

AUTOR #1 EN VENTAS EN INGLÉS SEGÚN EL *NEW YORK TIMES*

# TIM LAHAYE Y CRAIG PARSHALL

## AL BORDE DEL APOCALIPSIS

«SERIE FIN DE LOS TIEMPOS»

 Editorial Vida

UNA ESCALOFRANTE NOVELA POLÍTICA  
CARGADA DE ADRENALINA Y ENTRELAZADA  
CON LAS PROFECÍAS DEL FIN DE LOS DÍAS

De Tim LaHaye, creador y coautor de la serie mundialmente reconocida *Dejados Atrás*, y Craig Parshall llega esta historia épica extraída de los titulares de los acontecimientos mundiales y filtrada a través de las profecías bíblicas.

Joshua Jordan, un héroe ya retirado de los aviones espías de los Estados Unidos y ahora diseñador de armas, crea el sistema de defensa contra misiles más sofisticado del mundo. Sin embargo, las fuerzas globales conspiran para robar el arma de defensa, de modo que los líderes gubernamentales harán cualquier cosa para evitar la inminente catástrofe económica nacional, incluso traicionar a Jordan y su sistema de armas.

A medida que los sucesos mundiales comienzan a preparar el terreno para «el fin de los tiempos» predicho en Apocalipsis, Jordan debe considerar no solo las profecías bíblicas que predicó el pastor de su esposa, sino el precio personal que él debe pagar si anhela salvar a la nación que tanto ama.

**TIM LAHAYE** es autor de libros que han sido éxitos de ventas según la lista de «The New York Times», así como de más de setenta libros de no ficción, muchos acerca de profecías bíblicas y el fin de los tiempos. Además es coautor de la serie de mayor auge, *Dejados Atrás*. Se considera una de las autoridades más prominentes de los Estados Unidos en cuanto a las profecías bíblicas de los últimos tiempos.

**CRAIG PARSHALL** sirve como vicepresidente principal y consejero general de la National Religious Broadcasters y es autor de siete novelas de suspenso con gran éxito de ventas.

FICCIÓN / Suspenso  
FICTION / Suspense

Cubierta diseñada por: Curt Diepenhorst  
Foto de cubierta ciudad: Emin Kulihev / Shutterstock®  
Foto de cubierta misil: Nick Ballon / Getty Images®



**Editorial Vida**  
com

ISBN-13: 978-0-8297-5854-2



EAN

9 780829 758542

# **AL BORDE DEL APOCALIPSIS**

## OTROS LIBROS DE TIM LAHAYE

*APOC ALIPSIS SIN VELO*

*CÓMO HALLAR LA VOLUNTAD DE DIOS EN UN MUNDO EN CRISIS*

*CÓMO VENCER LA DEPRESIÓN*

*USTED SE ENOJA PORQUE QUIERE*

*TE AMO, PERO ¿POR QUÉ SOMOS TAN DIFERENTES?*

*EL ACTO MATRIMONIAL DESPUÉS DE LOS 40*

Para aquellos que creen que del caos de nuestro mundo  
de rápidos cambios algo grande está a punto de suceder...

Para aquellos que quieran encarar  
las incertidumbres de los últimos tiempos con  
una comprensión de las profecías bíblicas...

Y para los que anhelan disfrutar el maravilloso  
plan de Dios para nuestro futuro...

**AUTHOR #1 EN VENTAS EN INGLÉS SEGÚN EL *NEW YORK TIMES***

**TIM LAHAYE**  
**Y CRAIG PARSHALL**

**AL BORDE DEL**

**APOCALIPSIS**

«Serie Fin De Los Tiempos»



## **CONTENTS**

Cover

Title Page

PRIMERA PARTE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

SEGUNDA PARTE

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TERCERA PARTE

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO

TREINTA Y SEIS

TREINTA Y SIETE

TREINTA Y OCHO

TREINTA Y NUEVE

CUARENTA

CUARENTA Y UNO

CUARENTA Y DOS

CUARENTA Y TRES

CUARENTA Y CUATRO

CUARENTA Y CINCO

CUARENTA Y SEIS

CUARENTA Y SIETE

CUARENTA Y OCHO

CUARENTA Y NUEVE

CINCUENTA

CINCUENTA Y UNO

CINCUENTA Y DOS

CINCUENTA Y TRES

CINCUENTA Y CUATRO

CINCUENTA Y CINCO

CINCUENTA Y SEIS

CINCUENTA Y SIETE

CINCUENTA Y OCHO

CINCUENTA Y NUEVE

SESENTA

SESENTA Y UNO

SESENTA Y DOS

SESENTA Y TRES

SESENTA Y CUATRO

SESENTA Y CINCO

SESENTA Y SEIS

SESENTA Y SIETE

CUARTA PARTE

SESENTA Y OCHO

SESENTA Y NUEVE

SETENTA

OTROS LIBROS DE TIM LAHAYE

Copyright

About the Publisher

Share Your Thoughts

## PRIMERA PARTE

### *Bajo la sombra nuclear*

Enrico Fermi, premio Nobel, llamó a Richard Garwin, un diseñador de la bomba de hidrógeno, «el único genio verdadero que he conocido». Al testificar ante el Congreso en marzo de 2007, Garwin estimó una «probabilidad de un veinte por ciento anual de una explosión nuclear en la que estuvieran incluidas ciudades de Estados Unidos y Europa» [...] Mi compañero de Harvard, Matthew Bunn, creó un modelo que estima en un veintinueve por ciento la probabilidad de un ataque nuclear terrorista durante un período de diez años.

Graham Allison, director del Centro Belfer para la Ciencia y Asuntos Internacionales, Escuela de Gobierno Kennedy, ex subSecretario de Defensa (*Washington Times*, 23 de abril de 2008).

*Devolver al remitente,  
Dirección desconocida.  
No existe ese número,  
No existe esa zona.*

Winfield Scott y Otis Blackwell, 1962

Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca.

Apocalipsis 1:3

# UNO

## En un futuro no muy distante

A una altura de más de tres kilómetros y medio comenzó a sonar la alarma en la cabina del piloto del Merodeador EA-6B de la marina armada. Al principio el capitán Louder pensó que habían chocado con un grupo de aves, pero estaban demasiado alto para eso.

—Capitán —gritó su oficial principal de contramedidas electrónicas, el teniente Emmit Wilson—, las computadoras a bordo han fallado.

—¿Los controles?

—Trastornados, capitán.

—¿La navegación?

—Todo está como loco, capitán —dijo su oficial de navegación, el teniente Jim Stewart, un obsesionado de la electrónica de la Escuela de Comunicaciones Navales en Pensacola.

—¿Nos dieron?

—No que yo pueda ver, capitán.

El capitán Louder echó un rápido vistazo al motor del avión a su izquierda. No había humo, tampoco aceite. Miró a su derecha. El otro motor también parecía estar sano. Todo parecía normal, pero los instrumentos decían otra cosa: la presión estaba cayendo, el medidor de combustible indicaba cero, el altímetro y los indicadores de dirección completamente fuera de servicio.

—Necesito respuestas, señores.

Aunque la tripulación era buena en lo que hacía, eran jóvenes, y la

persona a la que por lo general miraban en busca de respuestas era el capitán Louder.

—¡Es una orden!

—Capitán —dijo el teniente Wilson con vacilación—, lo único que se me ocurre pensar es que hemos recibido algún tipo de descarga electromagnética muy fuerte, ya sea interna o externa, que ha liquidado todos nuestros instrumentos o...

—¿O...?

—O los coreanos tienen algún nuevo tipo de sistema de interferencia electrónica muy sofisticado.

—Se supone que seamos nosotros los que provoquemos la interferencia, no ellos.

La misión principal del merodeador era el reconocimiento y la supresión de los radares, sus armas eran un sofisticado equipo para interferencia electrónica y un MARAV, Misil antirradiación de alta velocidad —que podía tanto localizar como destruir las defensas de radar del enemigo.

—¿Y las manchas solares, capitán? —sugirió el teniente Stewart.

—Sería más probable pensar que chocamos con Santa Claus —refunfuñó el capitán Louder mientras luchaba por mantener estable el avión—, aunque todavía estamos en septiembre.

Lo que él necesitaba ahora eran soluciones y no suposiciones, y pronto.

—CGFF, aquí El Espejo, cambio —gritó por radio—. CGFF, aquí El Espejo, ¿me escuchan?, cambio.

—Faltan veinte minutos para nuestra comunicación, capitán. No van a responder —dijo el teniente Stewart.

—O a lo mejor la radio también está muerta. ¿Hay algo que aún esté funcionando en este avión?

El más joven de los tres especialistas en contramedidas electrónicas, el teniente Derrick Milius, un joven de veintiún años con su cara llena de granos y procedente de Lubbock, Texas, sacó con timidez un iPod

del bolsillo de su camisa. Lo conectó al intercomunicador de la nave y el sonido gangoso de Hank Williams, Jr. llenó la cabina.

—Un poco de inspiración, capitán.

□□□

—CGFF, aquí El Espejo, cambio... CGFF, aquí El Espejo, ¿me escuchan?, cambio.

La voz del capitán Louder crujía en los altavoces del búnker de comunicaciones tácticas en la base aérea Osan, a unos ochenta kilómetros al sur de la zona desmilitarizada.

—¿Respondemos, comandante?

El comandante Charles Stamper mascó ruidosamente otro chicle Nicorette. Lo que en realidad necesitaba era un cigarro, pero hacía poco que la base había prohibido fumar y él tenía que dar el ejemplo.

—No. Tenemos órdenes estrictas de mantener el silencio radial en todo el paralelo.

Una versión con sonido metálico de la canción «Nacido para el bugui-bugui» de Hank Williams, Jr. se escurrió por los altavoces seguida de: «CGFF, aquí El Espejo; tenemos una dificultad; pedimos permiso para variar la trayectoria de vuelo y regresar a la base, cambio».

Todos en el refugio hicieron silencio, esperando que el comandante hablara, pero lo único que se escuchaba en ese momento era su obsesivo masticar.

Regresó el trino de Hank Williams Jr., luego: «CGFF, aquí El Espejo, variando trayectoria actual de vuelo y solicitando un lugar secundario para aterrizar, ¿me copian?, cambio».

—¿Respondemos *ahora*, comandate?

El comandante Stamper se mordió la lengua por accidente. Las órdenes eran muy claras. No podía haber ningún contacto radial con los aviones volando sobre la zona desmilitarizada. Pero conocía personalmente al capitán Louder, tal vez le debía algunos dólares de uno o dos juegos de póker, y sabía que no rompería el silencio radial

a menos que se viera obligado a hacerlo. También sabía que el capitán no daría mucha información por radio. Ambos sabían que el ejército norcoreano, conocido como el ejército popular de Corea ó EPC, siempre estaba escuchando, buscando cómo revertir cada situación para ventaja suya. Pero el capitán Louder estaba oyendo música en la cabina. Música country. ¿Era una clave para comunicar algo? Se desvanecía el cerebro pero no se le ocurría nada.

—vamos a dar un par de golpes suaves en el micrófono para que sepan que les escuchamos.

El comandante se volvió a su oficial de vuelo.

—Envía dos cazas para chequear. Dígales que permanezcan altos y fuera del alcance de la vista. Que hagan contacto visual si pueden, pero no radial bajo ninguna circunstancia.

Había escogido una mala semana para dejar de fumar.

□□□

El capitán Louder supo que el silencio en la radio significaba que estaba por su cuenta, al menos hasta que saliera de la zona desmilitarizada. Su plan de vuelo le exigía permanecer en ese rumbo hasta que llegara a aguas internacionales sobre el Mar de Japón, pero no creía que su avión estaba en condiciones de llegar tan lejos. Cualquier cosa que hubiera atacado los instrumentos, había logrado muy bien su objetivo en los sistemas. Nada respondía. Era como regresar a un viejo avión de entrenamiento T-2 donde los músculos y tener buenas agallas eran tan importantes como los instrumentos para el control del vuelo. Para ser exactos, ahora solo contaban con las palancas y el timón.

—Vamos a tratar de planear con esta bestia —informó el capitán Louder a su tripulación—. Estamos comenzando a perder propulsión y el sistema hidráulico no funciona. Mantener la altitud y la velocidad será imposible. Necesito que estén pendientes del control de navegación y del grado de inclinación, no vaya a ser que nos veamos flotando al otro lado de la Cortina de Bambú.

La joven tripulación puso manos a la obra, energizados por la

adrenalina y la música de Hank Williams, Jr. Él sabía que por causa de esta música se iba a ver en serios problemas cuando regresara a la base, sin embargo, parecía mantener enfocada a su tripulación, pero, ¿qué rayos...?

El capitán Louder fue el primero en verlos, eran dos cazas norcoreanos que venían directo hacia ellos desde donde nace el sol al doble de la velocidad del sonido.

—Tenemos compañía, y no parecen muy felices de vernos.

Los dos pájaros norcoreanos pasaron como un rayo e iniciaron una larga vuelta para maniobrar detrás del lisiado avión norteamericano.

—Estoy iniciando una acción evasiva —resonó la voz del capitán Louder—. No necesitamos más sorpresas.

Trató de maniobrar con el avión, pero era como caminar sobre cemento mojado que a cada paso se pone más duro. Él sabía que eran un blanco perfecto, pero ahora no se podía preocupar por eso. Tenía que trabajar con lo que tenía. Además, ¿por qué habría de dispararle y arriesgar el inicio de la Tercera Guerra Mundial?

—Su radar acaba de dibujarnos, capitán —gritó el teniente Milius.

—¿Qué?

El capitán Louder se estremeció. *¿Nos están apuntando? ¿Por qué? ¿Nos hemos desviado tanto de nuestro rumbo después que los controles se descompusieron?*

—¡Lanzaron un misil, capitán!

A kilómetro y medio de distancia se divisó una blanca estela de humo en espiral detrás del misil termodirigido mientras salía del más adelantado de los aviones norcoreanos.

—¡Activen la contramedida automática!

El teniente Wilson presionó el botón.

—La contramedida automática no se activó.

—Dispáren de forma manual.

Wilson le dio un tirón al interruptor de contramedida direccional

IR. Luego activó el segundo interruptor para disparar las bengalas de calor, esperando alejarse del misil termodirigido que les seguía.

—¡Lanzaron otro misil, capitán!

La voz del teniente Milius se elevó unas pocas octavas cuando el segundo proyectil salió como un rayo desde el extremo del ala del avión coreano.

—Vamos a ver si a esta vieja chatarra aún le quedan algunos trucos.

El capitán Louder movió la palanca hacia adelante lo más rápido que pudo. De inmediato el avión comenzó en una caída libre mientras el primer misil pasaba por encima sin causarles daño.

—El segundo misil aún nos sigue la pista, capitán.

El segundo misil se estaba acercando a los motores del avión casi tan rápido como este se acercaba a la tierra.

—¡Detengan los motores!

Esta era una maniobra muy peligrosa, tal vez no podría hacerlos funcionar de nuevo, pero se estaba quedando sin opciones.

—Solo unos segundos más...

El capitán tiró con fuerza del timón tratando de sacar el avión de su descenso en picada.

—¡Necesito algunos alerones, necesito potencia!

El teniente Wilson trabajaba con furia en su consola, tratando de reconectar cualquier circuito activo para darle al avión una última oportunidad de evitar una violenta colisión.

—¡Ahora! —gritó el capitán.

De repente se liberó el timón, pegando con fuerza en el pecho del capitán mientras el avión volvía a subir hacia el cielo con un repentino estallido de potencia de su pareja de motores.

El misil trató de corregir su dirección, pero no tenía suficiente altura y se estrelló en la tierra en un llameante infierno.

Mientras se apagaban los vítores en la cabina, Louder se dio cuenta

de que habían esquivado una bala solo para provocar una nueva amenaza. El teniente Wilson maniobró sobrecargar el circuito en las células de combustibles que le dio a los motores el empuje necesario para volver a arrancar, sacando al avión de su caída libre. Pero ahora se había quedado sin trucos ya que el turborreactor de la derecha despedía humo y llamas.

—La sobrecarga eléctrica debe haber causado un cortocircuito.

—¿Puedes detenerlo?

—No lo creo, capitán. Nada responde.

—¿Cuál es nuestra altura?

—Ya no estamos descendiendo en picada, si es lo que quiere decir, capitán —dijo el teniente Milius con su característico acento y sequedad del oeste de Texas—. Creo que eso es algo positivo, capitán.

El capitán Louder miró a su tripulación. Todos los ojos se fijaron en él, esperando inspiración. Sin embargo, él no tenía nada que ofrecer. Nunca antes había perdido un avión, y no estaba muy contento ante la perspectiva de perder este. Pero sabía que no había otra cosa que hacer si querían salir con vida. Esos dos MiG aún estaban dándoles caza.

—Lo mejor será dar al traste con esto. De todas formas no se pierde mucho.

—Es posible que el MARAV esté en buenas condiciones, capitán —dijo en voz alta el teniente Stewart a manera de consuelo—. Quizá tengamos suerte y logremos asestarle un golpe a cualquiera que sea la cosa que los coreanos están usando para interferir en nuestros controles.

El capitán Louder consideró esto durante un segundo, luego se dirigió al equipo de radio.

—¡Socorro, emergencia!

La voz del capitán Louder resonó en los radios de los cazas de la flota de guerra; luego se abrieron uno, dos, tres paracaídas desde la

cabina del maltrecho merodeador y flotaron con lentitud hacia la tierra.

A unos ochocientos metros los pilotos de un par de aviones cazas se miraron el uno al otro a través del estrecho espacio de aire que separaba sus dos aviones furtivos relámpagos. ¿Dónde estaba el cuarto paracaídas? ¿Dónde estaba el piloto?

Entonces vieron regresar a los MiG, dando vueltas como chacales que hurgan en un animal muerto.

Uno de los aviones coreanos se deslizaba detrás del estropeado avión de reconocimiento norteamericano, alineándose para su tiro final. Las alarmas comenzaron a dispararse dentro de la cabina. El piloto coreano levantó la vista. Demasiado tarde. Nunca vio el avión caza furtivo ni el misil que lo destruyó.

El capitán Louder vio el resplandor de la explosión detrás de él. ¿Estaban los coreanos dando otra pasada? Tan solo necesitaba un poco más de altura para conseguir el rango máximo de manera que el MARAV pudiera destruir su objetivo. Él sabía que su avión ya era historia. Había sacado a su tripulación, ellos estaban a salvo, eso esperaba, pero ahora iba a lograr un poco de venganza. Tan solo necesitaba tiempo para un disparo...

Un MiG pasó a toda velocidad por encima, haciendo todo tipo de vueltas en la luz matinal. El capitán Louder se agachó en un gesto involuntario. Entonces vio lo que estaba provocando todas esas acrobacias aéreas. Dos aviones norteamericanos pasaron rugiendo. Él lanzó un grito de triunfo, soltando el MARAV mientras oprimía el botón de expulsión.

Se abrió el paracaídas de Louder y de repente todo estuvo en quietud. Observó mientras el MARAV ganaba en velocidad rumbo al ocaso, buscando un enemigo no visto que interfería señales en algún lugar de la frontera norte de la zona desmilitarizada. Su avión desapareció más allá de una pequeña elevación y luego explotó en una sacudida apagada. Lo último que vio fueron las dos estelas de los

misiles de los cazas norteamericanos que se dirigían hacia el desesperado caza norcoreano.

## DOS

Todavía el capitán Han Suk no había llegado al puente de mando de su nave cuando supo que algo andaba mal. El *Daedong* era un brillante lanzador de misiles norcoreano de largo alcance. Era todo lo que había soñado mientras experimentaba los rigores de la Academia Naval del Ejército de la República Democrática Popular de Corea. Cuando él era un joven marinero e iba ascendiendo desde marinero raso, a la Marina de Guerra Popular de Corea se le consideraba una «marina de aguas poco profundas», sus barcos pocos y pequeños con poca capacidad de largo alcance, operaban especialmente en aguas costeras y en ríos. Pero con la llegada del gran despertar nuclear por medio de su nuevo «líder supremo», Kim Jong-un, la nación volvió a enfocar sus energías para repeler la amenaza norteamericana y se embarcó en varias empresas militares muy ambiciosas. Sin embargo, contrario a otros destructores en la marina norcoreana, el *Daedong* era diferente en un aspecto muy significativo: Se diseñó para lanzar armas de destrucción masiva.

El descenso financiero en el país, que ya sufría escaseces y el rumor de hambruna en las provincias del norte, era enorme, pero los beneficios eran incalculables. El prestigio de la nación ascendía como una potencia militar internacional. Después de todo, la amenaza imperial norteamericana pronto se vería intimidada ante la vista de docenas de navíos a todo lo largo de su litoral, que estarían ondeando la estrella roja de Corea del Norte.

Este era el futuro glorioso, tal como lo veía el capitán Han Suk. Pero, por el momento, el *Daedong* era el primero a quien le dieran la tarea de patrullar el litoral oriental de los odiados Estados Unidos, y a él le dieron el honor de darle la tarea de llevar su temible poder ante

las narices del enemigo.

A pesar de eso, tenía algunas reservas. Reservas que nunca expondría ante ninguno de sus superiores, reservas que solo se permitía considerar en los pocos momentos que tenía para sí, entre el sueño y el deber.

El barco, precioso, rápido, en perfectas condiciones para la navegación, un éxito de la experiencia naval coreana, lo apuraron en su ensamblaje, ya que tenían la meta de tenerlo listo para la celebración del aniversario del gran líder. Aunque lo terminaron a tiempo, se tomaron ciertos atajos y no se utilizaron todos los materiales requeridos. Limitaron el tiempo para las pruebas de rigor, con el fin de enviar el barco al Atlántico antes de que el invierno congelara el paso del Ártico Norte.

El capitán había podido hacer una relación de las deficiencias del barco. Las más urgentes estaban en sus sistemas de comunicación. Los norteamericanos tenían un vasto despliegue de satélites y de estaciones receptoras en tierra que utilizaban la tecnología más moderna de VLF, microonda y láser para comunicarse de forma rápida desde cualquier parte del mundo. Para los coreanos, estar fuera de sus propias aguas territoriales era una nueva experiencia, y aún no existía el sistema para asegurar una comunicación segura y constante. Desde el momento en que el barco entrara en el Atlántico, los norteamericanos estarían interfiriendo su radar.

Además, al capitán le preocupaba el aislamiento que sentía. Estaba solo en aguas enemigas. El otro barco similar al *Daedong* no estaría listo sino hasta dentro de unos seis meses, así que se le había dado la encomienda del viaje de estreno a él solo. Conocía los estrictos límites territoriales de cada nación y se había asegurado de mantener la distancia de toda costa hostil, pero a pesar de eso se sentía vulnerable ante un enemigo que había ocupado el territorio soberano al sur de Corea durante más de sesenta años de opresión.

El capitán se guardaba todo esto para sí. Era su deber honrar la bandera de su amada Corea del Norte y traer gloria a su agradecida nación y líder. Era importante, sobre todo, porque el mismo

Comandante Supremo de la Marina, Sun Tak Jeong, iba a bordo para informar, de primera mano, las gloriosas noticias de la triunfante travesía.

Mientras el capitán ascendía por la pasarela hasta el puente rodeado de cristales, la mayor parte de la tripulación estaba abajo en el comedor. Al entrar al puente sintió algo fuera de lo común, una creciente agitación en el pequeño grupo que operaba el radar y los controles del barco. La acostumbrada eficiencia militar de sus bien seleccionados oficiales de cubierta se había remplazado por algo que él no podía identificar con precisión. Al avanzar hacia el puente, todos se cuadraron. Así los hizo permanecer durante un segundo más mientras determinaba el ambiente reinante en el local. Lo que sentía no le dio ninguna seguridad. Sino miedo.

—Regresen a sus estaciones, señores.

—Capitán —se adelantó enseguida el segundo comandante.

—Capitán.

La segunda voz vino del almirante Jeong, quien emergió de las sombras desde el final de la estructura octagonal. El capitán no lo había visto entrar, y su presencia en el puente de mando tan temprano en la mañana solo confirmó sus peores sospechas.

—Capitán, recibimos un mensaje en clave. —El almirante le entregó un pedazo de papel para que lo leyera. El texto era breve pero escalofriante:

Dos aviones del ejército popular de Corea emboscados y derribados al norte, sobre territorio soberano, por las incontenibles fuerzas aéreas de la ocupación norteamericana. No provocación. No advertencia. Misiles lanzados...

—¿Por qué no me lo comunicaron de inmediato?

—Porque yo lo recibí primero —dijo el almirante.

Las implicaciones eran claras. Miró con detenimiento a sus hombres buscando un indicio de traición. Ninguno lo miró de frente.

El capitán quería saber más.

—¿Hay algo más en el mensaje?

—Los norteamericanos han interferido nuestras comunicaciones — se adelantó a decir el segundo comandante—. Desde entonces no hemos podido establecer comunicación con Pyongyang.

—Si aún está allí —la afirmación del almirante hizo estremecer al capitán.

—Debemos dar la vuelta y regresar a casa de inmediato para defender a nuestro amado país y a nuestro líder —dijo el capitán.

—¿No es a eso a lo que él nos mandó *aquí*? —Una vez más las palabras del almirante hicieron que el capitán sintiera un frío escalofriante.

—Almirante, no hay nadie más consciente que yo de la sabiduría de su larga experiencia y conocimiento. Pero creo que podemos servir mejor a nuestro país y a nuestro líder regresando para unirnos a la batalla en casa... para rechazar al invasor norteamericano de nuestras amadas costas.

—No estoy de acuerdo.

Todos en el puente de mando se quedaron paralizados.

—El mensaje dice: «Misiles lanzados» —gritó el almirante, asegurándose de que todos los que estaban en la habitación comprendieran su intención, sobre todo el capitán.

—Almirante, el mensaje está incompleto y no podemos apresurarnos en nuestras conclusiones.

—La causa de la interrupción no está aquí, capitán; está en Pyongyang.

El capitán sintió la picada de un ataque de ira, se vio traicionado mientras se volvía a su segundo comandante. El segundo comandante soltó de inmediato:

—Capitán, yo no sé si fue aquí o no, aún no podemos confirmar ni una cosa ni la otra.

—Entonces, ¡busque una confirmación!

—No necesitamos una confirmación, capitán; necesitamos actuar.

—*Estamos* actuando, almirante.

—¡Como cobardes con la cola entre las piernas! —Las palabras del almirante retumbaron en todo el puente.

—¿Tiene una orden, capitán? —replicó Han Suk.

—¿Necesita una orden, capitán? —El capitán permaneció callado. De inmediato el almirante se volvió al oficial a cargo del disparo—. Entonces he aquí una orden. Comience con los procedimientos previos al lanzamiento...

—¿Almirante? —gritó el capitán.

El almirante continuó.

—Yo transmitiré el código de autorización nuclear.

—¡Almirante! —La voz del capitán seguía en aumento.

El almirante rompió un listón plástico que contenía una serie de números en clave, luego se volvió con frialdad al capitán.

—Necesito su llave, capitán.

El capitán dio un paso atrás.

—Es una orden, capitán.

El capitán siguió retrocediendo.

El almirante se volvió al segundo comandante.

—Deme su arma.

El segundo comandante vaciló.

—¡Deme su arma!

El segundo comandante desenfundó su arma y se la dio al almirante. Este la levantó y apuntó a la cabeza del capitán.

—¿Me va a dar la llave ahora, capitán?

—Almirante, le suplico, aún no sabemos lo que ha sucedido...

El sonido del disparo de la pistola en aquel espacio cerrado retumbó

mucho más fuerte de lo que esperaba el almirante. La bala entró por el pómulo derecho del capitán y salió por la parte posterior del cráneo, salpicando con sangre y materia gris el panel de acero detrás de él.

Temblaba la mano del almirante cuando se inclinó para retirar la llave del cuello del capitán que yacía sobre el corrugado suelo metálico.

Nadie dijo una palabra mientras el almirante, con la pistola aún en su temblorosa mano, le dio la llave ensangrentada al segundo comandante.

Durante un momento el almirante clavó los ojos en el mar, luego sonrió con un aire de fabricada confianza.

—Algún día escribirán historias sobre nosotros —se volvió con lentitud hacia el segundo comandante y asintió con la cabeza—. Ahora el barco es suyo, *capitán*. Háganos sentir orgullosos.

Un teléfono está sonando en la oficina del jefe del Estado Mayor. Era las 7:00 de la noche, pero todavía el jefe estaba allí. A él le gustaba usar las primeras horas de la noche, cuando el resto del personal se había ido, para pensar en la agenda del día siguiente. Su secretaria se había ido, así que levantó el teléfono.

—Habla el...

La voz al otro lado del teléfono no lo dejó terminar.

—General, tenemos alarma roja, repito, alarma roja confirmada.

El cuerpo del general salió disparado de su silla.

—¿Qué y dónde?

—Se acercan dos aves, costa este de los Estados Unidos —dijo con entonación la voz en el teléfono.

—¡Especifique! —vociferó el general—. ¿Dónde?

—La ciudad de Nueva York.

## TRES

Esa noche, para Abigaíl Jordan, había algo fuera de lo común. Por fin ella y Deborah, su hija de diecinueve años, se las habían arreglado para conseguir las entradas a una ópera en el Metropolitan Opera House; *Madama Butterfly* de Puccini. Abigaíl trató de presionar a Joshua, su esposo, para que fuera con ellas, pero sin muchas esperanzas ante lo poco probable de que esto sucediera. Además, Joshua debía volar de regreso a Nueva York para reunirse con un jefe militar en Washington. Tomaría un vuelo hasta el aeropuerto Kennedy y luego iría en su helicóptero privado hasta su oficina en Manhattan para realizar algún trabajo de última hora con su equipo de investigación y desarrollo. Así que Joshua Jordan, *para su gran alivio*, tenía una buena excusa para no asistir a la ópera. Abigaíl ya se lo figuraba.

A pesar de eso, Abigaíl puso en práctica sus poderes de persuasión. Enseguida vinieron a su mente brillantes argumentos. Ella estudió para abogada.

—Mira, Joshua —le había dicho ella un poco antes desde su celular—, yo sé que no te gusta la ópera, pero *Madame Butterfly* es una historia sobre un teniente de la marina que tiene este conflicto.

Su esposo se sonrió y la interrumpió. Hasta logró decirlo con cara seria:

—¿La marina? Tienes que estar bromeando. Cariño, aunque no tuviera que trabajar hasta tarde, debes recordar que estoy retirado del servicio activo como coronel de la Fuerza Aérea. La *Fuerza Aérea*. Sentarme en una ópera sobre un marinero, oye, eso sería una traición a todos mis compañeros de vuelo...

Ella trató de no reírse ante su suspicaz respuesta, pero no le fue

fácil. Así que, por lo menos, podría pasar un rato de privacidad con Deborah; primero una maravillosa cena juntas, y ahora andaban buscando un taxi que las llevara enseguida al Metropolitan antes de que empezara la función. En algunas cosas su hija se parecía mucho a su padre. Deborah, cadete en la academia *West Point*, se encaminaba a una carrera militar. A pesar de todo, a Abigaíl le encantaba que ella todavía amara las cosas *femeninas*. Una buena historia de amor, aunque fuera italiana, sería una puesta en escena ideal para ellas.

Mientras caminaban de prisa por *Times Square* en busca de un taxi, miraba a Deborah. Tenía los mismos ojos negros penetrantes de Joshua y una versión suavizada y hermosa de su cara con mandíbula cuadrada. Como su madre, Deborah era alta, delgada y atlética. Abigaíl la había extrañado mucho, aunque *West Point* no estaba tan lejos de su lujosa casa en Nueva York, y ella y Joshua la vieron varias veces durante su primer año en la academia. Con todo, le encantaba tenerla cerca, aunque solo fuera durante un fin de semana.

Las dos cruzaron *Broadway*, por debajo de la intensa iluminación de las gigantescas pizarras lumínicas de casi cien metros, las señales de neón y los centelleantes JumboTrons de *Times Square*. Abigaíl y Deborah casi estaban en el área peatonal en el medio de la calle donde se encuentra el inmenso quiosco TKTS de cristal donde vendían las entradas con descuentos. Para encontrar un taxi ellas tenían que salir de *Broadway*. Hacía muchos años que el tráfico en *Times Square* estaba cerrado, así que Abigaíl y Deborah se encaminaron a una calle lateral para conseguir un taxi.

Pero justo entonces escucharon el terrible sonido. Un ruido metálico desgarrador.

De inmediato Abigaíl y Deborah miraron a su alrededor. Un taxi se acababa de estrellar contra un puesto de venta de perros calientes.

Abigaíl se quedó pasmada. *¿Qué hace un taxi en Times Square?*

Increíblemente, el taxi no se detuvo. El taxista siguió por la calle 47 a toda velocidad, primero esquivando a los peatones y luego subiéndose a la acera como un bólido, derribando a los transeúntes como si fueran bolos. Varios amantes del teatro que esperaban en la

fila del quiosco TKTS, cruzaron corriendo la calle para llegar hasta los peatones caídos.

Deborah dio la vuelta y corrió rápido hacia ellos.

—¡Vamos, mamá, necesitan ayuda!

Pero Abigaíl vio algo y sujetó a su hija por el brazo.

—¡Cuidado!

Una gran limosina negra y luego un monovolumen llegaron a *Times Square* a la velocidad de un rayo y casi chapean a los buenos samaritanos. Un segundo taxi trató de dar una vuelta alrededor de la multitud y se subió a la acera, golpeando con fuerza las mesas desplegables donde momentos antes los vendedores ambulantes habían estado vendiendo recuerdos de los *Yankees* y los *Mets*.

Abigaíl se quedó paralizada mirando lo que sucedía. No podía calcular las posibilidades. Casi como orquestados los vehículos iban corriendo por la zona sin tráfico de *Times Square*. Dos choferes de taxi saltaron a la acera, realizando la misma locura en el mismo lugar a unos escasos segundos uno del otro. ¿Qué estaba sucediendo?

De repente comenzaron a sonar los teléfonos celulares a su alrededor. Durante un momento fue como si el mundo que abarcaban esas veinte manzanas de *Times Square* se hubiera detenido para responder la misma llamada telefónica pública. Abigaíl traía su celular, pero lo había apagado con toda intención. Ella valoraba mucho su tiempo a solas con Deborah.

Deborah miraba como esforzándose por tratar de entender todo aquello. Tratando de buscarle algún sentido.

—Mamá, está pasando algo grande.

Abigaíl tomó su moderno celular multifuncional Allfone para encenderlo. Ahora todas las personas a su alrededor se movían con un teléfono celular, como ante una señal, algunas corriendo, otras llorando, otras gritando sin control. Las demás se quedaron paralizadas, con rostros desconcertados.

Abigaíl usó el discado rápido para llamar a su esposo. En ese

momento Joshua estaría en el helicóptero, volando sobre Manhattan, rumbo a su oficina. Pero un vagabundo, con una chaqueta con capucha tropezó al pasar por su lado y de un golpe le tumbó el teléfono de la mano.

—¡Esto es el fin, el fin del mundo! —gritaba él.

Abigaíl se agachó para recoger el teléfono, pero otro vehículo alocado, un van del aeropuerto, venía hacia ella a toda velocidad. Saltó hacia atrás mientras le pasó rozándola, pero impactó por detrás al vagabundo. Este voló por encima del van y cayó varios metros atrás, junto a la acera. El conductor nunca aminoró la velocidad. Más carros y camiones como locos comenzaron a llegar a *Times Square* a velocidades suicidas.

«¿Qué es lo que sucede?», gritaba al aire una mujer con sus bolsas de compras. Nadie se detuvo a responder. Desde la posición ventajosa en la que estaba Abigaíl en el área peatonal, las personas daban vueltas como locas, corriendo en todas las direcciones. Las aceras se habían convertido en pistas de carrera mortales para taxis y otros autos, aplastando a todos y todo, tratando de llegar a la intersección llena de peatones agitados y un tráfico fuera de control.

Abigaíl no podía imaginar cuál era el caos que se había desatado. Carros y ómnibus estaban chocando, creando cuellos de botella, obligando a más y más personas a lanzarse a las calles y caminar. Las entradas al metro estaban abarrotadas de personas tratando de escapar del desastre en la superficie. Las personas empujaban y apretaban, golpeando y tumbando a otros en un éxodo de locura sin destino fijo. La ventana de cristal cilíndrica en la tienda de *Nike* estaba destrozada por los saqueadores que arrebataban artículos caros, zapatos, ropas y cualquier otra cosa que pudieran agarrar.

Unas pocas personas confundidas se refugiaron con Abigaíl y Deborah en el área peatonal; lo que parecía ser un ojo de calma en medio de la tormenta. Muchos se quedaron petrificados, mirando horrorizados tamaña confusión. Otros lloraban. Algunos oraban.

Deborah, impotente, daba vueltas a su alrededor al tiempo que miraba y movía la cabeza.

—Tenemos que hacer algo...

Pero la mente de Abigaíl parecía un remolino. Entonces le gritó:

—Tenemos que buscar un lugar seguro. Pero, ¿dónde está el peligro?

Fue entonces que notó que las personas miraban al cielo hipnotizadas, como si estuvieran esperando algo más allá de su control, algo catastrófico que cayera sobre ellas.

Un anciano detrás de Abigaíl suplicaba: «Necesito ver a mi nieta. ¿Alguien puede decirme qué está pasando?».

En ese momento Abigaíl notó algo en uno de los carteles electrónicos más grandes del área. En lugar de los habituales anuncios deslumbrantes sobre los más recientes pantalones o alguna película de éxito, esta vez solo presentaba una vista aérea de la brillante ciudad resaltando en el horizonte un escalofriante reflejo de los rascacielos que parecían gigantesco ante ellos.

—No comprendo —dijo alguien en la multitud, señalando la imagen que estaban presentando.

Entonces Abigaíl lo vio. Señaló abajo, hacia la calle, a un inmenso cartel de texto digital que daba la vuelta a un edificio. Las noticias que iban apareciendo por encima de *Times Square* eran demasiado atroces como para tener sentido. Entonces comenzaron a entenderlo. Las palabras digitales anunciaban un titular demasiado horrible de comprender:

Un barco de Corea del Norte ha lanzado dos cabezas nucleares desde la costa de Groenlandia... Objetivo: Manhattan

A la mujer que sujetaba las bolsas con algunas compras se le escaparon algunos sollozos involuntarios. Las personas gritaban aterrorizadas.

—Tenemos que encontrar un refugio antiaéreo... — gritó Deborah. Abigaíl le apretó la mano.

—Quédate conmigo. Vamos a correr hasta el hotel *Crowne Plaza*.

Tal vez allí tengan un sótano...

Las dos mujeres comenzaron a correr a toda prisa por todo Broadway. Un diluvio humano de peatones se movía en todas direcciones dando gritos.

Deborah gritaba mientras corría:

—El letrero decía armas nucleares. ¡*Armas nucleares*, mamá! Un sótano no nos va a salvar. ¡Estamos en zona cero!

—Tal vez estaban equivocados. Tal vez no sean armas nucleares.

—¿Y si lo son?

En ese momento iban a toda velocidad, resoplando en medio de la caótica multitud. Pero Abigaíl sabía algo que ni siquiera Deborah sabía. Unos pocos detalles sobre el proyecto altamente secreto de su esposo. Ahora Joshua debía estar muy cerca de su oficina. Su equipo de investigación y desarrollo debía estar esperando por él. Tal vez. Solo tal vez...

Abigaíl le gritó a su hija mientras corrían coincidiendo en sus zancadas:

—Si son armas nucleares, tenemos que orar para que papi las detenga...

—¿Papi?

Sin interrumpir su paso, Abigaíl comenzó a orar. Lágrimas comenzaron a brotar. Pero esto no detuvo su voz al orar a todo volumen.

—Padre celestial, oh, por favor, Dios, por favor sálvanos... y ayuda a Josh... ¡Ayúdalo, Señor!

## CUATRO

El helicóptero ejecutivo privado se deslizaba por las alturas del cielo nocturno por encima de las relucientes luces de la ciudad de Nueva York. Joshua Jordan, el solitario pasajero, estaba en la parte trasera. Cuarenta y tres años, de hombros cuadrados, atlético y vestido con un costoso traje italiano, parecía ser un hombre en la cima del mundo. Pero él no se sentía así.

En una tarde normal, camino a su oficina para algún trabajo de última hora, hubiera estado atareado con su moderno teléfono celular, revisando el correo electrónico y leyendo una variedad de documentos que le habían escaneado para que él revisara. La revolución digital por fin había mezclado en una plataforma todas las funciones de la información, comunicación y entretenimiento principales: Un pequeño dispositivo portátil que se convirtió en todas estas cosas; celular, fax, cámara de video de dos direcciones, televisión, radio, y, por supuesto, computadora con acceso a Internet. Las versiones mayores remplazaron a los televisores en los grandes muebles de las casas a lo largo de todo el país. Pero eran estas pequeñas unidades portátiles, estos celulares Allfone de primerísima calidad y sus imitaciones más baratas, las que se habían convertido en el enlace personal de comunicación principal para el público.

Por lo general Joshua habría estado accediendo a *Fox News*, CNN Internacional, *GlobalNetNews*, *BusinessNetwork* y cualquier cosa que necesitara para permanecer informado acerca de los asuntos económicos, políticos, mundiales y de negocios.

En su celular del tamaño de una mini-laptop, estaría revisando los titulares de cuatro publicaciones clave: *The Wall Street Journal*, *Barons*, *International Financial Times* y el *Daily Economic Forum*,

mientras mantenía la vista en una laptop Allfone en la que se veía un mapa del mundo donde las gráficas aparecían en las cuatro esquinas y la información actualizada iba desplazándose bajo el titular «Riesgo Global y Evaluación de Seguridad».

De modo que, una vez más, si esta fuera una tarde normal, él estaría reflexionando en los nuevos y preocupantes acontecimientos que estaban destruyendo la nación que amaba. Él había servido a los Estados Unidos como piloto de prueba de la Fuerza Aérea y oficial de reconocimiento secreto, volando en algunos de los lugares de conflicto más candentes del mundo. Ahora estaba sirviendo a su país como contratista para la defensa, pero a la luz de los catastróficos sucesos actuales, esto no era suficiente para Joshua. Así que él y algunos otros habían comenzado una nueva aventura audaz. Bajo condiciones normales todo eso habría estado rebotando en su mente como una pelota.

Pero esta no era una tarde normal. Joshua no podía sacar de su mente la conversación de ayer con su hijo Cal. ¿Por qué tuvo que arremeter contra su hijo de esa forma? Todo lo que Cal quería era hablar sobre un cambio de su especialidad en la universidad. ¿Cuál era el problema? Ya él había aceptado el hecho de que Cal quería ir a la Universidad Liberty; después de todo, era una buena escuela y tal vez Cal no estaba hecho para la vida militar. El mismo padre de Joshua había sido militar. Joshua también había pasado casi veinte años en la Fuerza Aérea. Incluso Debbie, su preciosa hija pequeña, estaba ahora en *West Point*. Pero Cal era diferente. Él rechazó la academia militar y dijo que quería ir a una universidad cristiana. Así que allí también estaba ese asunto religioso que Joshua tenía que enfrentar. Cal, al igual que Abigaíl, su madre, y hasta Debbie, habían dicho en diferentes momentos que habían llegado a ser «cristianos nacidos de nuevo». Joshua no podía aceptar la totalidad de este asunto del cristianismo, al menos no por sí solo. Pero se había esforzado mucho, tratando de apoyar la decisión de Cal acerca de la universidad. Ahora que Cal estaba en su segundo año en Liberty, Joshua se había acostumbrado a la idea.

Eso fue hasta esta mañana en que Cal le dijo que estaba cambiando su especialidad. De ingeniería al arte. Otra decisión de su hijo que parecía estar en franca oposición con el sentido común.

Joshua amaba a su hijo más que cualquier otra cosa, más que la propia vida. Pero no podía entenderlo. Cal se parecía mucho a su madre, y, sí, Joshua sentía envidia de esto. ¿Era eso? ¿Era envidia? A pesar de que Cal, como su padre, creía que la bandera y el país eran importantes, ¿lo que en realidad deseaba era sepultarse en pinturas y lienzos y alejarse del mundo? Esta era una de las cosas que le gustaban de Abby. Ella había sido una abogada brillante, y a pesar de eso, podía también desconectar su lado analítico, su lado legal y del deber, y sumirse en un libro o en una galería de arte, perdida en los matices de color, textura y luz.

¿Por qué esto lo tenía que disgustar tanto? Él se había prometido que cuando tuviera hijos no sería como su padre, estricto, exigente, perfeccionista. Sin embargo, allí estaba, haciendo las mismas exigencias que le habían hecho a él. Ahora Cal se había ido, camino de regreso a la escuela, con el eco del disgusto de su padre en sus oídos. Joshua sentía dolor por su hijo y, de forma extraña, dolor por sí mismo.

El sonido del teléfono de repente sacó a Joshua de sus pensamientos. Revisó su teléfono personal, pero no estaba sonando y no mostraba ninguna llamada entrante. Se dio cuenta de que este timbre era el de un sonido metálico grave.

Metió su mano en el bolsillo del traje y sacó otro teléfono. Este era plano y ancho, con diferentes tonos de azul. Era un teléfono satelital especialmente encriptado que solo se usaba para conversaciones seguras del más alto nivel. No sonaba con mucha frecuencia, pero cuando esto sucedía era por una emergencia. La clase de emergencia que hacía lanzar todos sus aviones de caza.

Joshua presionó el botón de filtrado de encriptación y respondió.

—Joshua Jordan.

—Coronel Jordan —dijo una voz luego de un segundo de

decodificación—. Señor, le habla el comandante Black, adjunto al Estado Mayor, en Investigación y Desarrollo en el Pentágono. Hemos hablado antes.

—Sí, comandante.

—Tenemos una alarma roja.

Joshua hizo un alto por una milésima de segundo como si sintiera el pecho apretado.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Nos han lanzado dos misiles, es muy probable que nucleares —dijo de forma brusca el comandante.

—¿Marca y modelo?

—De Corea del Norte. Misiles Taepo Dong. Lo que significa que deben tener un sistema de guía compatible con su protocolo SGR-DR.

El sistema SGR-DR, se conocía formalmente como el Sistema de Guía Reconfigurado - Devolver al Remitente, era un sistema láser antibalístico que Joshua y su equipo habían estado desarrollando durante casi diez años. Aún se le consideraba en fase experimental y su primera prueba de campo estaba programado para el mes siguiente.

—vamos a tener que adelantar esa prueba, Coronel —dijo el comandante, leyendo la mente de Joshua.

Joshua se inclinó hacia adelante y le gritó al piloto del helicóptero:

—Bert, vamos a descender. Y llama para que el equipo esté reunido. ¡Y cuánto antes!

Joshua regresó al teléfono satelital. Casi no le salen sus siguientes palabras.

—¿Cuál es el blanco?

—La ciudad de Nueva York.

Joshua sintió que su corazón se detenía. En este momento Cal debía estar lejos de Nueva York. Debía estar sentado en un tren de regreso a la universidad. Pero Abigaíl y Deborah estaban en la ciudad. Tal vez

podrían llegar a un lugar seguro...

—¿Cuánto tiempo? —dijo con palabras atragantadas.

—La detonación sobre Manhattan se estima en catorce minutos.

Joshua sintió que su boca se secó como si hubiera tragado arena.

—Por favor, dime que tenemos opciones de respaldo para destruir esos misiles.

—Hicimos despegar nuestros aviones enseguida, pero es posible que ya sea muy tarde. El resto de nuestro sistema de misiles de la costa oriental fue inhabilitado desde que la Casa Blanca nos hizo entrar en el Tratado de Misiles de Defensa entre seis países. Usted y su sistema pueden ser nuestra última esperanza. Así que oremos para que su pequeño equipo de interferencia pueda patear esos dos balones de fútbol y enviarlos a su lugar de origen. Si no, que Dios nos ayude.

## CINCO

La Gran Estación Central estaba cálida, llena de personas y con mucho ruido, un lugar especial para sentirse en el anonimato, para escapar, para estar solo. Al menos eso es lo que estaba pensando Cal Jordan mientras ponía su mochila en un banco y se desplomaba junto a ella. Estaba muy deseoso de salir de la ciudad y regresar a la escuela, muy deseoso de alejarse de su familia, sobre todo de su padre, pero de manera especial estaba deseoso de regresar con Karen. Ellos solo habían pasado un día y medio juntos en Nueva York, pero ya la extrañaba. Ella había salido antes que él. Esa misma tarde tomó un vuelo rumbo a su casa para estar en la boda de un primo antes de regresar a la Universidad Liberty. El recuerdo de ella lo hacía sonreír. Había conocido a Karen Hester en Liberty, el año pasado. Ambos estaban en primer año, pero fue un milagro que se llegaran a conocer.

Cuando Cal llegó a la escuela era en extremo tímido. No asistía a muchas de las actividades que se realizaban, excepto los juegos de hockey en hielo. A Cal le encantaba el hockey, desde que su padre lo llevó a un juego de los *Avalanche*, cuando era un jovencito en Colorado. Le encantaba la velocidad, la precisión y la gracia, y envidiaba a los jugadores; su confianza y sus incontenibles arremetidas, características que él sabía que le faltaban. En los juegos que se desarrollaban en Liberty, él se vestía con su suéter de los *Avalanche* y se sentaba en lo alto de las gradas para observar.

Una noche, una linda muchacha con una camiseta de los *Minnesota Wild* subió hasta donde Cal estaba sentado solo. Lo empujó por el pie.

—Estás en mi asiento.

Cal miró alrededor. Estaban desiertas unas doce filas próximas a él. Ella volvió a darle con el pie, insistiendo:

—Estás en mi asiento.

Se levantó para moverse.

Mientras se retiraba, ella dijo riendo:

—Como un fanático de los *Avalanche*, retirándose sin luchar.

Sonrió con una sonrisa grande, hermosa y cálida. Así fue como conoció a Karen.

Es probable que se enamorara de ella en ese mismo instante, pero tardó tres meses en admitirlo y otros tres meses para por fin decirle lo que sentía. Todo lo que pudo hacer ella fue sonreír y decir:

—¿Por qué te demoraste tanto?

Él amaba su forma de ser, sin pretensiones y la forma en que lo hacía sentirse seguro y confiado. Y, por supuesto, ambos tenían en común su fe en Cristo. Más allá de eso, ella apoyaba el deseo que sentía Cal de ser un artista. Ella quería ser una artista, ya fuera como actriz o como cantante, pero decía que quería hacer algo más con su talento que solo ser famosa y rica.

Cal solo le había contado un poco a sus padres sobre Karen, pero le habría tomado todo un verano solo para encontrar el valor suficiente para decirles que estaba cambiando su carrera. No quería que pensarán que ella había tenido algo que ver con su decisión. Y la verdad era que no. Ella solo le dio la confianza que necesitaba para que él reconociera lo que en verdad quería hacer. Si tan solo su padre pudiera verlo de la misma forma en que ella lo veía, entonces entendería, entonces no estaría tan enfadado y decepcionado.

Cal sacó su boleto del bolsillo de la camisa para verificar la hora del tren. Quince minutos. Quince minutos más, y podría dejar todo esto atrás. Todas las palabras ásperas, miradas prolongadas y fríos silencios.

Entonces escuchó el primer grito.

Levantó la cabeza y vio a una mujer al otro lado de la estación de trenes. Estaba blanca como un fantasma, mirando fija al televisor en la plataforma opuesta. Todos los que la rodeaban estaban haciendo lo

mismo. Cal se volvió al monitor más cercano. No pudo escuchar el sonido, pero pudo ver en la pantalla a un reportero en *Times Square* que señalaba al cielo. El texto debajo de él decía: «Pánico en la Ciudad de Nueva York, ataque nuclear inminente».

Cal se quedó mirando las palabras como si fuera una pesadilla. No tenían sentido. Sintió que sus manos se enfriaban y humedecían. Se dio la vuelta para echar un vistazo a la multitud y entonces comprendió por qué las personas habían comenzado a llegar a raudales por todas las entradas de la estación; empujando, atropellando, llenas de pánico.

Según lo que veía en los monitores de televisión, Nueva York era un caos total. Los choferes trataban de salir de la ciudad de cualquier manera posible, corrían como locos por las aceras, dispersaban a los aterrorizados peatones, golpeaban las señales, los estantes de periódicos y los puestos de perros calientes.

Los peatones de Nueva York que no andaban en autos corrían tratando de salvar sus vidas por entre los carros atorados y los embotellamientos de tráfico. Los puentes estaban llenos de personas asustadas que huían. Había disturbios en las paradas del metro por causa de las peleas de los que escapaban, tratando de alcanzar un lugar en el próximo metro que saliera.

Mientras los sentidos de Cal regresaban poco a poco, el ruido en la grande y tenebrosa sala principal de la estación se hacía insoportable. Se tapó los oídos, pero seguía escuchando el horrible estruendo de miles de personas que intentaban escapar de una muerte segura.

Alzó la vista y vio a una mujer que caía al suelo arrastrada por el gentío que corría para alcanzar los túneles del tren. Cal estaba en pie, a unos pocos metros de distancia, bien pegado a la pared de mármol para que la avalancha humana no lo arrastrara. Ella, en medio de la enmarañada inmensidad de personas que la pisoteaban, estiró su mano hacia él buscando ayuda, pero Cal estaba congelado, incapaz de moverse. El temor lo tenía sujeto como a un tornillo de banco, apretando su pecho y haciéndole sentir un nudo en el estómago. Su respiración era cortada y breve. Se quedó mirando a la mujer, su

brazo extendido, sus ojos suplicantes. ¿Y si fuera Karen? Pero Cal no se podía mover, no podía extender su brazo para alcanzarla y ayudarla. Sus piernas eran como de goma mientras se deslizaba hasta el suelo, temblando de manera incontrolable.

Su teléfono celular comenzó a sonar. No lo escuchaba mucho pero lo sintió vibrando en el bolsillo. Tal vez era Karen. A duras penas lo sacó de su chaqueta. En la pantalla leyó: «Llamada de mamá». Trató de presionar el botón para responder, pero no pudo lograr que su dedo respondiera. El teléfono se le cayó de las manos hasta el piso de mármol y se perdió en medio de la agitada masa de la humanidad. Cal miró el cuerpo sin vida de la mujer. La turba la había aplastado bajo sus pies.

Cal, inundado de sentimientos de culpa y desamparo, sintió los sollozos que comenzaban a brotar de su garganta.

## SEIS

Joshua irrumpió en el corredor revestido de cristal de su lujosa oficina y saludó a los guardias de seguridad privados. Mientras entraba a toda velocidad por la recepción, su desesperada recepcionista dio un salto, gritando algo sobre un anuncio en la radio.

—Ignóralo —ordenó Joshua. —Está bajo control.

—Abigaíl ha estado tratando de localizarlo —le gritó como respuesta.

—¿Está el equipo en mi oficina? —gritó.

—Sí, pero...

Justo en ese momento sonó su teléfono celular personal. Oprimió el botón para responder mientras se dirigía a su suite ejecutiva.

—¡Josh! —gritó Abigaíl en el otro extremo—, acabo de ver el titular en una pantalla en *Times Square*.

—Ya estoy al tanto... Estoy en mi oficina... estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para detener esto. ¿Dónde estás tú?

—En el sótano de un hotel, muy cerca a la plaza. Deborah está conmigo. Josh, ¿es cierto?

—Sí. Pero estoy contando con el Devolver al Remitente, el equipo de interferencia. Tengo que creer que estamos listos para esto —dijo Joshua, tratando de sonar optimista.

El teléfono se quedó en silencio durante un segundo.

—Dime que te voy a volver a ver —dijo su esposa con un nudo en la garganta.

—Querida, vamos a parar esa cosa —decía mientras salía disparado hacia su oficina—. ¿Logró salir Cal?

—Creo que sí, no contesta mis llamadas a su celular.

Joshua solo podía esperar que así fuera porque en ese momento Cal debía estar en el tren, alejándose hacia un lugar seguro.

—Dale un beso a Deborah de mi parte.

—Lo haré —dijo ella con una voz que luchaba por mantenerse controlada.

—Te veo esta noche, ¿me entiendes? Lo prometo... Abby... Te amo... —le aseguró Joshua mientras irrumpía en su oficina; su equipo ya estaba esperando.

—Yo también te amo —dijo ella—. Tanto... tanto... oh, Josh, voy a orar por ti para que Dios nos proteja... a todos...

Él colgó y echó un vistazo alrededor de la habitación. Aquí estaban los mejores y más brillantes investigadores e ingenieros diseñadores de armas en el mundo. Se centró más allá de ellos enfocado en la vista de los picos de los rascacielos de Nueva York, mirando hasta *Ellis Island* y a la isla donde está la Estatua de la Libertad. ¿Podría todo esto desaparecer hoy? El sistema SGR-DR tenía que funcionar, por todos los que estaban allí, por su esposa y sus hijos, por Nueva York, por el país, por el mundo entero. De repente regresó a la realidad. Su equipo estaba con los ojos fijos en él, esperando una orientación. Respiró profundo y controló sus nervios.

—Necesito una respuesta, concisa y dentro del rango de las probabilidades —comenzó—. ¿Puede uno solo de nuestros equipos de interferencia redireccionar no solo uno, sino dos cabezas nucleares en caso que sus trayectorias sugieran un blanco común?

Luego de menos de diez segundos de reflexión habló Ted, el ingeniero principal.

—Probamos esos protocolos. Tenemos todas las calibraciones para lograrlo.

—Pero nunca disparamos un sistema de redirección dual —dijo enseguida Carolyn, la física de armas—. No en una prueba en el mundo real.

—Está bien, pero nuestros protocolos están bien o no lo están... —gritó otro ingeniero.

—¿Y si no lo están...? —comenzó a decir un segundo ingeniero.

Pero Joshua interrumpió.

—Si nuestros cálculos están mal —dijo—, entonces todos tenemos un problemas, junto a varios millones de norteamericanos. ¿Alguno de ustedes tiene alguna sugerencia para incrementar la probabilidad de éxito?

Silencio. Ted hizo un gesto negativo con su cabeza.

—Entonces decido yo —dijo Joshua de forma repentina y se inclinó hacia un escritorio que estaba cerrado, tecleó un código y se abrió una gaveta de titanio y acero, dejando al descubierto un teléfono rojo, blanco y azul. Marcó un número en su teclado y esperó.

Tres segundos más tarde sonó.

El teléfono emitió un fuerte timbre metálico que hizo saltar a todos. El equipo podía parecer tranquilo y calmado, pero sus nervios estaban de punta.

Joshua alzó el auricular.

—Habla el Mayor General Zepak, llamando por orden del vicepresidente Bolthauer desde el Estado Mayor General. ¿Con quién hablo?

—Por aquí Joshua Jordan, junto con mi equipo principal de diseño de sistemas...

—¿Cuál es el veredicto? —dijo enseguida el oficial del Pentágono.

Joshua estaba decidido.

—Tenemos un alto grado de confianza en que si seguimos los protocolos que desarrollamos para un ataque múltiple de misiles tendremos éxito, señor.

—Está bien. Voy a conectarte con el buque de guerra *Tiburón Tigre*. A partir de ahora, compañeros, ustedes tienen el control de la situación, coordinando con la nave para tener ese equipo de interferencia listo para el blanco y en el aire en los próximos...—hizo

una pausa—, siete minutos.

Luego el oficial del Pentágono añadió con gravedad:

—No tengo que recordarles, solo tenemos una oportunidad ante este...

□□□

En el Atlántico, a unos pocos kilómetros de *Long Island*, el comandante Bradley del buque de guerra norteamericano *Tiburón Tigre* esperaba en el cuarto de lanzamiento de armas con una línea directa al teléfono de seguridad en la oficina de Joshua. Su oficial de armamento estaba sentado ante un teclado, escribiendo comandos. Mientras el oficial oprimía cada tecla, decía en voz alta la clave. En la oficina de Joshua el equipo de diseño escuchaba y miraba en el videoteléfono de línea segura, comparando las claves verbales del marinero con el protocolo del sistema que se mostraba en una inmensa pantalla que colgaba de una de las paredes.

Cuando terminó, Joshua comenzó a escribir con furia en su laptop, estableciendo las coordenadas láser para los dos misiles nucleares, utilizando la información de GPS que llegaba de forma directa a su computadora desde los satélites de defensa. Con Ted y Carolyn mirando por encima de su hombro, Joshua verificó su trabajo y se recostó. Luego ellos revisaron sus órdenes línea por línea.

—¿Estamos listos? —preguntó Joshua.

—Listos —respondió Ted.

Joshua miró a Carolyn.

Carolyn asintió con la cabeza.

—Sí, estamos listos.

Joshua cambió su atención al videoteléfono.

—Comandante, ¿ya se completó la secuencia de lanzamiento?

El comandante se volvió a su oficial de armas, un sudor nervioso le corría por la cara.

—Sí, señor —dijo el oficial con voz entrecortada.

Joshua regresó a su laptop y apretó una tecla. Apareció una pantalla intermitente de color rojo brillante: «PROTOCOLOS CERRADOS. DISPOSITIVOS LÁSER ARMADOS. LISTOS PARA DISPARAR».

## SIETE

En el puente del *Daedong* la tripulación trataba de realizar sus deberes como si nada hubiera sucedido. Habían sacado a rastras el cuerpo del capitán, pero en el área donde recibió el disparo aún se veían las vetas de las manchas de su sangre.

El almirante conferenciaba con el segundo comandante de la estación de radar, sujetando todavía la pistola entre sus manos. Animaba con gran determinación los diminutos puntos de luz verde en la pantalla mientras las dos armas nucleares continuaban su trayectoria hacia Manhattan. El anciano de setenta y dos años estaba más que eufórico. Ni de niño había conocido a una Corea unida. Siempre había vivido con sus odiados enemigos ocupantes justo al sur, tan cerca que casi podías extenderte hacia el otro lado de la zona desmilitarizada y poner tus manos alrededor de sus gargantas. Desde niño había soñado con expulsar a los norteamericanos de su sagrada tierra natal, pero la cuerda de trampa nuclear siempre había evitado que cada parte diera el primer paso. Ahora ellos habían tropezado con esa cuerda imaginaria, y, como lo quiso el destino, le había tocado a él recuperar el honor de su pueblo y su país. En cuanto al capitán, había sido débil. Los débiles deben eliminarse cuando se atraviesan en el camino de los hombres valientes de fuerza y coraje como era él mismo.

□□□

Había pasado exactamente un minuto desde que el primer misil de Joshua abandonara el silo de lanzamiento en el *Tiburón Tigre*. Sesenta segundos, los sesenta segundos más largos en la vida de Joshua Jordan.

Como con todos los sistemas de misiles de defensa por lanzamiento, existía un estrecho margen de tiempo en que el arma puede arremeterse de manera efectiva con el blanco y desplegar su sistema defensivo. Por lo general esto sucede en los primeros treinta a sesenta segundos de vuelo. Pero ya habían pasado setenta y cinco segundos, y los misiles coreanos aún seguían fijamente su pista hacia Manhattan.

Varios de los miembros de su equipo ya no pudieron contener sus emociones y las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos.

El oficial de armas, en el *Tiburón Tigre*, fijó los ojos en la pantalla de su radar, echando maldiciones entre dientes: «Deténlos, deténlos, hazlo, hazlo...»

El comandante estaba en pie por encima de él apretando duro los dientes. Tan fuerte lo hacía que todos en la cubierta de armas podían escuchar el sonido rechinante y repulsivo.

En el último piso del edificio *Jordon* en Nueva York, Joshua y su equipo miraban con detenimiento y en total silencio el videoteléfono, esperando algún cambio, alguna esperanza, alguna oportunidad.

Nada...

Joshua se alejó un poco y sacó su teléfono celular. Marcó el número del celular de Abigaíl. Al menos le quedaba tiempo para decir adiós a su esposa y a su hija. Decirles que lo sentía. Tratar de explicarles que les había fallado, que les había fallado a todos. Tal vez hasta podría comunicarse con su hijo. En verdad le debía una disculpa. De hecho, le debía unas cuantas disculpas. ¿Por dónde comenzaría?

Joshua no podía creer que estaba a punto de decir adiós a su esposa y a su familia... para siempre.

Cuando su esposa respondió al teléfono, se notaba que había estado llorando.

—Abby... —comenzó a decir, pero las palabras comenzaron a enredarse.

No podía seguir, no había nada más que pudiera decir, solo saber que ella estaba allí, en el otro extremo, era al menos algo... algo a qué aferrarse hasta que todo explotara en un ardiente infierno para todos.

—¡Coronel! —era la voz del comandante procedente del videoteléfono.

Joshua no estaba acostumbrado a que lo llamaran por su antiguo rango militar. Al principio no relacionó la voz con su persona... que el hombre en el otro extremo estaba hablando con él.

—¡Coronel Jordan! —gritó de nuevo la voz.

Joshua dio una vuelta completa y miró al monitor.

—Me parece...

Pero el comandante no tuvo que terminar su oración. La pantalla de rastreo de radar mostraba con claridad a los dos misiles norcoreanos dando la vuelta en un perfecto dueto y encaminándose en dirección opuesta, de regreso a su punto de origen.

El oficial de armas no pudo controlarse.

—¡Funcionó el equipo de interferencia! —gritó a todo pulmón.

La oficina completa irrumpió en un tremendo rugido unido, la alegría inundó el salón como pólvora hasta que el último piso estuvo celebrando... era como una víspera de año nuevo, martes de carnaval y la final del campeonato de fútbol americano, todo mezclado en una sola celebración. Las personas comenzaron a abrazarse unas a otras, saltando sobre las mesas, riendo, llorando de alegría, contentas de estar vivas.

Entonces Joshua se acordó de Abby.

—¡Abby! —gritó en su teléfono celular.

—¿Joshua? —Todavía se sentía la duda en su voz.

—Solo quería... yo quería decirte que te amo mucho —gritó con todas las fuerzas de sus pulmones para que todos lo oyeran—. Tanto, tanto. Vamos a estar bien, nena, bien, todos nosotros, ¡vamos a estar bien!

—Almirante... —dijo con urgencia el segundo comandante, interrumpiendo los pensamientos del almirante sobre el triunfo norcoreano.

Señaló hacia la pantalla del radar. Algo andaba mal, algo incomprensible.

—¿Está roto el radar? —preguntó el almirante mientras fijaba la vista en los dos puntos luminosos, la pantalla del radar mostraba de manera evidente que los dos misiles coreanos se dirigían de regreso a su nave.

El oficial a cargo del radar estaba demasiado abrumado para responder.

—¿Qué significa esto? —reclamó el almirante.

—Están regresando, señor —fue la respuesta del segundo comandante.

—¿Regresando?

—Sí, señor. Los misiles están... están regresando...

Los dos hombres estaban apiñados sobre la estación del oficial a cargo del radar, hablando en apagados susurros. El resto de la tripulación miraba por encima de los hombros desde sus puestos, sin saber qué interpretar de aquella extraña anomalía. Sin embargo, en breves momentos comprenderían que todos se habían involucrado en una pesadilla colectiva. Y muy pronto esta se iba a revelar frente a todos.

—¿Cómo puede ser esto posible? —Se escuchó decir al almirante con una voz extremadamente angustiada y gutural.

—No sé, señor, pero están regresando. Están muy cerca...

—No entiendo... ¿cuándo fue que tu radar captó esto...?

—Justo ahora, señor. Los norteamericanos deben haber interferido nuestro sistema de detección de radar...

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó el almirante con un trágico espanto que aún estaba arraigado en la negación.

El segundo comandante se quedó allí, temeroso de responder, no tenía respuesta.

—¿Qué vamos a hacer?

Esta vez el almirante gritó para que todo el puente lo escuchara. De repente todo se había quedado en silencio y solo se escuchaba el pitido del radar a medida que los puntos de luz verde avanzaban y se acercaban a la imagen digital que representaba su barco.

—¿Qué... vamos... a... *hacer*?

La situación era la misma, ninguno ofreció una respuesta.

El almirante miró los rostros de los hombres que lo rodeaban en el puente. En sus miradas ausentes y en sus expresiones de sobrecogimiento, ahora el almirante podía entender algo... comprendió que estaba haciendo la pregunta equivocada.

—¿Qué he hecho?

Estas palabras salieron de su boca como una acusación.

Los hombres no respondieron. Permanecieron en sus estaciones, esperando una respuesta que nunca llegaría.

El almirante se arregló el chaleco del uniforme y saludó con decisión mientras caminaba por el puente. Con los ojos fijos en lo alto, empuñando aún la pistola, se movió por toda el área ensangrentada donde había ejecutado al capitán. Salió a la cubierta superior sin echar una mirada. Una vez solo, con el aire del mar abierto, miró al cielo como si tratara de ver los misiles que regresaban a su hogar.

—¿Qué he hecho? —dijo ahora en un ronco susurro, hablando solo para él.

Esta vez no esperó la respuesta. De inmediato se colocó el cañón de la pistola dentro de la boca.

Si antes de apretar el gatillo el almirante vio o no el brillante destello blanco tras los misiles, fue algo irrelevante, ya que solo fue cuestión de milisegundo. Las dos explosiones nucleares volatizaron el barco y toda su tripulación en un despiadado tornado de fuego y

catastrófica contusión.

□□□

Para el domingo, el trauma de ese día, el intento de ataque nuclear contra la ciudad de Nueva York, y los sorprendentes informes noticiosos acerca de los misiles nucleares que incineraron el buque norcoreano, comenzaron a menguar de forma lenta, pero solo de forma lenta.

El pastor Paul Campbell, en el púlpito de la iglesia *Eternity* en Manhattan, permanecía en silencio delante de su congregación. El templo estaba repleto. Fue necesario poner sillas adicionales. Era el primer culto de domingo después de estar tan cerca de aquel golpe. En la multitud se notaba una nerviosa expectativa, mientras todos los ojos atravesaban el púlpito. Campbell sabía por qué estas personas estaban aquí, algunas con temor, pero todas con expectativas en sus rostros. Esperaban alguna palabra de consuelo, alguna verdad, o tal vez ambas, acerca de un mundo que parecía estar en una carrera desenfrenada y fuera de control.

El pastor Campbell miró a la multitud. Vio unas cuantas caras nuevas. Pero también reconoció algunos rostros familiares. Abigaíl Jordan, una asistente habitual, estaba sentada en la quinta fila en el asiento junto al pasillo.

Campbell, mirando la Biblia abierta en el púlpito, fijó sus ojos en los versículos que allí tenía señalados. El Evangelio de Mateo, capítulo veinticuatro. Su mente estaba saturada con la inmensidad del tema de su sermón. Pero más que eso, sentía su corazón agujereado por las miradas vacías de aquellos que habían deambulado por la calle esa mañana para escuchar... algo. Miradas perdidas y vacías. Almas turbadas.

Susurró una breve oración.

Entonces comenzó.

«Algunos de ustedes han venido hoy aquí en busca de consuelo. Otros por curiosidad. Aun otros por un motivo que ya tiene dos mil años. Hacia el final de su ministerio terrenal, Jesús se lamentó mucho

por la ciudad de Jerusalén, y luego profirió una sorprendente profecía acerca de la destrucción del gran templo herodiano en esa ciudad, una profecía que se cumpliría en el año 70 D.C., solo unas pocas décadas más tarde. Jesús, dejando el templo ese día, subió al Monte de los Olivos, desde donde se veía toda Jerusalén, y se sentó con sus discípulos, tal vez bajo la sombra de uno de los árboles, y ellos le hicieron dos preguntas. Primero ellos querían saber cuándo sería destruido el templo. Pero también le hicieron otra pregunta, una que tal vez en este día esté en nuestra mente y en nuestro corazón. Ellos querían saber cuáles serían las señales para la segunda venida de Cristo y qué señales identificarían el fin de esta era, ese capítulo final del mundo tal y como lo conocemos».

Campbell colocó su dedo sobre la Biblia, próximo a los versículos del seis al ocho.

«Jesús dijo que nación se levantará contra nación, y reino contra reino. Esto implica un conflicto a escala mundial. Ya hemos visto dos guerras mundiales en el siglo pasado. Y hace unos pocos días estuvimos muy cerca de lo que pudo haber sido el comienzo de otra. Jesús también dijo que habría hambruna. Solo en nuestra nación, en la agricultura norteamericana, ahora estamos viendo sequías y pestilencias mucho mayores que las que tuvimos durante los devastadores años de la Gran Depresión. Jesús dijo que habría terremotos. Ahora, amigos, piensen en estos últimos seis meses. Un terremoto en Indonesia, categoría diez en la escala de Mercalli, en la cual doce es el peor. Luego un terremoto que arrasó con Guatemala, once en la escala. Y por último un terremoto once punto cinco en Turquía».

Cerró su Biblia. Lo que diría a continuación estaba impreso en su corazón.

«Algunos de los que me escuchan esta mañana no conocen a Jesucristo. No han abierto la puerta. No le han permitido a Él entrar, cambiarlos, salvarlos y llenarlos con su presencia. Para ustedes, las imágenes del fin del mundo, las grietas que se abren en la tierra, los reinos que se vienen abajo, estas cosas para ustedes solo representan

una aterradorante oscuridad, desesperanza y miedo. Pero no tiene que ser así. Ustedes pueden unirse a la asamblea de aquellos que conocen y siguen a Jesús. Y aunque ninguno de nosotros se deleite en la idea de la destrucción que está por ocurrir, tenemos algo que ve más allá del estruendo abrasador que solo durará un breve momento. Habrá un reino futuro lleno de luz, paz y amor. Tenemos una esperanza viva. Y ustedes también la pueden tener. También pueden unirse a ese coro en el último libro de la Biblia, en el penúltimo versículo, aquellos que pueden gritar con valentía: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!»

Varios de entre la multitud lanzaron amenes a viva voz. Pero la mayoría de los que estaban en sus asientos permaneció en silencio. Unos pocos que habían venido por primera vez hacían muecas de disgusto o hasta de cinismo. Muchos estaban absortos en sus pensamientos. Otros, con ojos bien abiertos, tenían la expresión de quienes están esperando algo pero sin saber exactamente qué.

Por último Campbell se dirigió a sus oyentes, barriendo con su mirada todo el mar de rostros.

«Así que esas fueron las preguntas de los discípulos ese día, mientras subían al Monte de los Olivos, mirando desde arriba la ciudad de Jerusalén».

Luego preguntó algo, y luego de hacerlo se inclinó y comenzó a abarcar con su mirada fila tras fila, rostro tras rostro.

«Este es el momento de actuar con honestidad. Al mirar al futuro, ¿cuál es *tu* reacción, temor o fe?».

Su pregunta retumbó por todo el gran santuario con su techo alto y arqueado, estilo catedral.

## OCHO

### Dos semanas después

Después de todos los discursos políticos y las muestras públicas de apoyo, Nueva York regresaba a la normalidad. El agente especial John Gallagher del FBI maldecía el tráfico mientras esperaba en medio de un embotellamiento tratando de llegar al norte de la ciudad durante la hora pico matutina. Entonces recordó el terror que todos habían sentido esa mañana, se metió otra torta de chocolate en la boca y se sintió agradecido por estar manejando hoy en Manhattan.

Gallagher era parte de una unidad élite de antiterrorismo. La noche del ataque él había tomado el ferry hacia Staten Island para realizar una investigación acerca de una conversación que tuvo lugar en una red social muy popular, conversación que parecía tener como blanco la Estatua de la Libertad. Resultó que solo se trataba de unos chicos que querían mejorar su reputación en una secundaria de la localidad optando por el término *terrorista*, al igual que los aspirantes a raperos solían usar la palabra *ganga* para construir su credibilidad en la calle. De todas formas, su trabajo era estar al tanto de ellos.

Él era mayor que la mayoría de los agentes de su unidad y probablemente los superaba en el peso, al menos por unas cincuenta libras (25 kilos). Ese era el precio de haber estado tras un escritorio durante la mayor parte de los últimos diez años. Lo mantenían en la unidad por su pericia en la zona, pero la verdad era que él solo figuraba como un adorno glorificado en el escenario, y, muy dentro de sí, él lo sabía. Se veía bien tener en el equipo a un héroe genuino.

El ataque reciente de los misiles no era su primera experiencia con

el verdadero terrorismo en Nueva York. En la mañana del 11 de septiembre él había tomado el tren rápido hacia el World Trade Center, con la intención de caminar unas cuadras hasta la oficina regional del FBI en Nueva York, ubicada en el 26 Federal Plaza. Pero justo cuando salía de la estación de trenes, chocó el primer avión con la Torre Norte. Pasó la próxima hora tratando de llevar a tantos heridos como pudo a un lugar seguro.

A las 9:59 a.m. estaba cruzando la plaza frente a las torres, ayudando a un empleado de oficina herido, cuando se derribó la Torre Sur. Eso es lo último que él recuerda de ese día, pero tuvo suerte. Se despertó en la cama de un hospital con la espalda fracturada, un brazo partido y varias costillas fracturadas, sin mencionar todo el polvo tóxico que se había tragado. Pero estaba vivo, mucho más de lo que podía decirse de más de tres mil almas.

Recibió la Medalla del FBI por una Hazaña Meritoria y una Mención de Valor honoraria del Departamento de Bomberos de la Ciudad de Nueva York.

Después del 11 de septiembre, cuando el FBI estaba tratando de fortalecer su unidad antiterrorista en Nueva York, él era el primero en la lista. Sin embargo, después de un par de años sus lesiones comenzaron a ser más fuertes que él y tuvo que reducir su trabajo de campo. Por necesidad se convirtió en una especie de experto en usar el Internet para rastrear células terroristas, ya que esto no requería que se fuera de su buró.

Pero a veces lo llamaban a salir del buró, por lo general, para algo inusual como esta amenaza a la Estatua de la Libertad. Iba de camino a Staten Island cuando dieron la noticia sobre las armas nucleares que venían. Aunque al principio hubo pánico en el barco, los pasajeros mostraron una cierta apariencia de paz cuando el capitán se dirigió al mar, lejos de Manhattan, a toda velocidad. Desde la baranda trasera del ferry, Gallagher pasó todo el tiempo contemplando los edificios a lo lejos, incapaz de ayudar esta vez, preguntándose si sería la última vez que vería la silueta de su amada ciudad.

A Gallagher le sorprendió que los Estados Unidos, en represalia, no

hubiera arrasado con Corea del Norte. El ataque del 11 de septiembre en suelo norteamericano iniciaba dos guerras. Pero en esta ocasión el líder del Mundo Libre obraba con más cautela. Cuando fue senador en Iowa, Virgil Corland apoyó tácitamente la guerra contra el terrorismo. Pero ahora, como Presidente, estaba agobiado por la indecisión y una economía devastada que cada año se endeudaba más con los países extranjeros.

Los Estados Unidos podría haber eliminado al dictadorcito con solo apretar un botón, pero el presidente Corland dudó por temor a que esto lanzara al mundo a un holocausto global. Las Naciones Unidas aconsejaron refrenarse y después que el gobierno de Kim Jung II pareció admitir indirectamente que tal vez el ataque lo había causado un error de comunicaciones, los Estados Unidos evitaron cualquier tipo de acción en contra de Corea del Norte.

Gallagher pensó que por lo menos debían haber lanzado un par de misiles por si acaso, pero el país se había inclinado ante el clamor de «Un mundo, una paz» que emanaba de los nuevos centros de poder en Europa y Asia. El momento de actuar había sido durante las primeras setenta y dos horas, pero el presidente Corland, enfermo y cada vez más ineficiente, había flaqueado. Y los Estados Unidos retrocedía otro paso agigantado ante los ojos de la mayoría del mundo.

A menos de una hora después de la destrucción de la nave coreana, comenzaron a surgir rumores por todas partes en el Internet que decían que la nave coreana realmente no había lanzado los dos misiles sino que habían recibido el primer golpe de parte de los Estados Unidos. La mayoría de estas charlas en la web provenían de la gente que hablaba de raptos de extraterrestres, pero estas charlas mantenía a los parásitos de los medios cotorreando y tenían el potencial para exacerbar a los extremistas del mundo entero y alimentar así su odio hacia los Estados Unidos.

Tan pronto los misiles fueron desviados, Gallagher, que todavía estaba en el ferry, recibió una llamada de la oficina en su celular. Habría una nueva tarea...esta estaba hecha a su medida. Esa noche murieron montones de personas por causa del pánico en las calles de

Nueva York y casi mil personas más resultaron heridas. Alguien de arriba, en el gobierno, filtró la noticia a la prensa. Eso equivalía a asesinato premeditado, o al menos, un homicidio incauto, al considerar la muerte y la destrucción que causó. Una de las primeras reglas que todo el mundo aprende es que no se grita «¡fuego!» en un teatro lleno de gente. Alguien gritó fuego y ahora le tocaba a Gallagher averiguar quién había sido.

La primera persona que salió en vivo con la noticia fue un polémico presentador llamado Iván Teretsky en la emisora radial WFQL. «Apreciado» por sus grandilocuentes declaraciones políticas y sus ardides en el aire, una de los cuales fue la grabación que puso de un gobernador prominente y una prostituta mientras estaban haciéndolo, era conocido entre los neoyorquinos como «Iván el terrible».

Ahora Gallagher se abría paso por el horrible tráfico para entrevistar al presentador de radio en su estación ubicada en el lado noroeste de Manhattan. Timoneó por el Columbus Circle y manejó por el borde del parque hasta la calle 66<sup>th</sup>, después se detuvo en un parqueo subterráneo una cuadra antes de que la calle se convirtiera en Riverside Drive.

En el elevador Gallagher se armó de valor para la entrevista. Estaba bien consciente del tipo de ardides que este loco podía tramar. Teretsky podía intentar sacarlo al aire y convertirlo todo en un gran chiste. Pero Gallagher no estaba bromeando. Murieron personas y alguien era responsable.

Le dio su nombre a una bonita recepcionista que estaba en el mostrador y ella le pidió que esperara.

—El señor Teretsky está terminando su programa.

*Bien, pensó Gallagher. Al menos esta entrevista no saldrá por las ondas radiales.* Se sentó en el sofá a esperar. Un televisor que colgaba del techo mostraba imágenes sin sonido. Eran imágenes intermitentes de Washington, D.C., con un titular debajo que decía: «Comité conjunto del Congreso investiga el arma “Devolver al Remitente”».

La cámara tomó brevemente a Joshua Jordan y Abigaíl, su esposa,

mientras subían las escaleras del Capitolio rodeados de un enjambre de periodistas. Gallagher sintió una ira repentina.

Este hombre es un héroe de los Estados Unidos, y ahora estos idiotas del Congreso lo quieren freír por sus egoístas agendas políticas. ¿Por qué? Porque él, sin ayuda de nadie, había salvado a Nueva York con un sistema de armas que ellos no habían aprobado. ¿Estaban locos? Debían darle la Medalla de Honor del Congreso, un Premio Nobel de la Paz y un Oscar, quizá hasta el Trofeo Eximan, lo que él quisiera.

Sí, Gallagher estaba un poco molesto. La recepcionista le dijo que pasara, el señor Teretsky ya estaba listo para recibirlo. *No, no lo está*, pensó Gallagher, *ni siquiera un poco*. Ahora no estaba de humor para Teretsky; de hecho, casi sentía pena por él. “Iván el terrible” estaba a punto de tener un muy mal día.

## NUEVE

Mientras Joshua Jordan caminaba, dando grandes pasos por los pasillos del Congreso hacia la audiencia, Abigaíl se aferraba fuertemente a su brazo. Durante más de veinte años ella había estado a su lado, ya fuera estacionada en una base militar en Europa, enseñando en la Academia de la Fuerza Aérea de Colorado Springs, trabajando mientras él estudiaba en MIT, en Boston, o cuando trasladaron a su joven familia a la ciudad de Nueva York para comenzar una nueva vida. Incluso, durante la guerra cuando él estaba lejos en misiones aéreas en el Medio Oriente, ella siempre estuvo presente después de cada vuelo, esperando que él la llamara. Jordan sabía que ella no tenía que escoger esta vida. Cuando se conocieron, ella era una abogada muy exitosa de una prestigiosa firma de abogados en Washington. Su belleza lo cautivó de inmediato: su cabello negro, sus ojos verdes y el cuerpo esbelto y bronceado de atleta, pero al final, lo que lo dejó anonadado fue su inteligencia. Ella nunca olvidaba un rostro ni un hecho, podía citar estadísticas de fútbol, especialmente si eran de su equipo favorito, los Broncos de Denver, con la misma facilidad que hablaba de casos de derecho constitucional o de los estatutos federales. Nunca hacía una apuesta que no ganara y era arrasadora en el juego Scrabble.

Sin embargo, hoy ella no iba a estar a su lado todo el tiempo. Él iba a estar en una vista congresional a puertas cerradas solo con su ingenio y su abogado para ayudarle a enfrentar todo el poder del Congreso de los Estados Unidos. Él quería que Abby estuviera allí, pero ella lo convenció de que era mejor tener un abogado objetivo en lugar de una esposa amorosa y parcializada para aconsejarlo. Además, añadió ella, hacía años que no estaba en la sala de un tribunal y mucho menos en una sala de juntas del Congreso.

Abigaíl le recomendó el abogado Harry Smythe, quien fuera su mentor y colega durante la época que pasó en Washington. Él era una parte integrante del derecho legal en D.C. y se ganó una alta reputación al aconsejar a un antiguo presidente y luego pleitear y ganar varios casos ante el Tribunal Supremo. Jordan echó un vistazo al hombre calvo de sesenta años que caminaba a su lado. Vestido impecablemente, con pequeños espejuelos redondos, con su famosa corbata de lacito, le recordaba vagamente a Harold Lloyd, el artista cómico del cine silente, sin embargo, tenía fama de ser una cobra. No era Abby, pero tendría que arreglárselas con él.

Cuando llegaron al último control de seguridad, solo podían continuar los que iban a la audiencia secreta. Joshua llevó a Abby a un lado y le dio un abrazo. Después de todo este tiempo, era increíble la energía que sentía por solo estar a su lado.

—Desearía que pudieras entrar conmigo.

—Lo sé —sonrió ella, dándole un último apretón en la mano—. Te irá bien, siempre es así. Estaré orando por ti, no lo olvides.

Joshua fue a contestarle algo, pero en su lugar le apretó la mano y se dirigió a la puerta de la sala de audiencias.

Abigaíl no pudo evitar que le surgieran algunas dudas luego que Joshua desapareciera tras la puerta con su abogado. Después de la euforia de ese día cuando fueron devueltos los misiles, comenzaron a aparecer las preguntas. Primero fue solo un rumor, pero ahora ese rumor se había convertido en una corriente constante de preguntas mordaces. ¿Quién autorizó el uso de un sistema no probado como el SGR-DR? ¿Por qué las bombas fueron redirigidas a un blanco real? ¿Por qué no se destruyeron inofensivamente en el aire por encima del Atlántico? ¿Por qué los comités de inteligencia y defensa del Congreso ni siquiera estaban al tanto de este sistema? ¿Quién se creía Joshua Jordan que era para tomar estas decisiones? ¿Estaba él, un contratista militar privado, estableciendo una política de defensa nacional para todo el país?

Abigaíl había vivido en esta ciudad suficiente tiempo como para saber que hoy esto no iba a ser como un paseo para su esposo. Había gente que se forjaba una carrera aplastando a hombres honorables como él. Era un juego de suma cero. Cualquier ventaja que uno pudiera aprovechar, cualquier debilidad que pudiera encontrar, cualquier grieta que pudiera abrir y explotar se contaba como un trofeo más. Ella había tratado de preparar a su esposo para lo que pudiera esperar, pero él parecía estar confiado en que la razón estaba de su lado. Y Harry Smythe. Gracias a Dios por Harry. Él era un veterano que conocía bien los guardarropas políticos y los bares donde realmente se hace la mayoría del trabajo en Washington. Él no iba a dejar que Joshua pisara ninguna de las minas que estos senadores y congresistas pudieran esparcir en su camino.

Pero la verdadera pregunta era si podría salvar a Joshua de sí mismo. Cuando a Joshua se le metía una idea en la cabeza, era como un perro con un hueso, no había quien se la quitara. Eso era lo que lo hacía tan brillante, tan exitoso, pero también era lo que a veces lo sacaba a uno de quicio. Joshua no transigía. Ese era el mayor problema entre padre e hijo. Joshua tenía expectativas que Cal nunca sería capaz de satisfacer.

Abigaíl no le había contado a Joshua lo que realmente le sucedió a Cal la noche del ataque. Ella se enteró unos días después cuando Cal le confesó su terror. Al producirse la ola de pánico, Joshua supuso que Cal estaba en un tren bien lejos de la ciudad de Nueva York, pero estaba precisamente en medio de la ciudad. A ella no le gustaba ocultarle cosas a su esposo, pero él estaba muy preocupado con la audiencia en Washington. Además, las cosas habían estado un poco delicadas entre él y Cal antes de que este se fuera para la universidad. Ahora todo parecía mejor. La casi tragedia había acercado a la familia. Debbie fue como una roca para su hermano menor y Joshua por lo menos parecía intentar comprender la decisión de Cal de estudiar arte en la Universidad Liberty. Ella no quería quitarles eso. No por ahora. Todavía no.

Pero mientras caminaba por el pasillo se prometió a sí misma que

cuando todo esto hubiera terminado y las cosas se calmaran, ella le contaría a su esposo la verdad. Él se lo merecía y Cal también.

## DIEZ

Se le prohibió la entrada al público a la vista del Congreso que sería a puertas cerradas y con alta seguridad, pero a la prensa se le permitió entrar para tomar fotos durante unos minutos antes de que comenzara la sesión. Joshua estaba sentando en una mesa larga con un mantel verde, se veía incómodo mientras las cámaras chasqueaban y las luces iluminaban su rostro. No le gustaba que le tomaran fotos y no lo ocultó mientras se inclinó hacia su abogado que estaba sentado a su lado.

—Prefiero cualquier cantidad de interrogatorios de parte de un senador a esta forma de tortura.

Con una sonrisa irónica el abogado contestó:

—Espero que al terminar la audiencia te sientas igual.

Entonces, como tras una señal encubierta, los fotógrafos se detuvieron, recogieron sus cámaras y salieron. Joshua se preguntó, riéndose entre dientes, si habría algún tipo de silbato para perros que solo los sabuesos de las noticias podían escuchar. No importa lo que fuera, pero se alegró de haberse librado de la atención embarazosa de parte de la prensa.

Miró a su alrededor. Aunque no se permitía la entrada del público, había unos curiosos bastante influyentes sentados en la sección prácticamente vacía del público que estaba detrás de él: el consejero de seguridad nacional del presidente, el jefe de personal de la Vicepresidenta, un asistente del Estado Mayor Conjunto al que él conoció una vez pero cuyo nombre no podía recordar y otros consejeros y militares de alto rango. Era un gallinero bastante estimulante.

Los senadores y representantes, de uno en uno y de dos en dos, comenzaron a desfilar por la sala ocupando sus lugares en el estrado del frente. Unos pocos vinieron a estrechar la mano de Joshua con mucho entusiasmo, pero la mayoría simplemente ocupó sus asientos y comenzó a revisar sus notas o a consultar con sus asistentes. Era un grupo selecto de legisladores experimentados, el llamado «grupo de los ocho», como se les conocía en la jerga política de Washington: los miembros del Congreso con quienes el Presidente consultaba tradicionalmente en momentos graves de seguridad nacional, los líderes del partido Demócrata y Republicano en la Cámara y el Senado y los jefes y miembros de mayor grado de sus respectivos comités de inteligencia.

El presidente de este selecto comité, el senador Wendell Straworth, era un veterano poderoso de la política en Washington. Estaba sentado en medio del estrado, en una silla de espaldas alto que lo separaba de los demás. Un hombre corpulento e imponente, con una cabeza calva y brillante y cejas gruesas y enredadas. Se tomó un minuto para inspeccionar la sala, mirando por encima de los espejuelos que se posaban en la punta de su nariz.

—Damas y caballeros —comenzó el senador—, esta será una sesión cerrada y confidencial de este comité especial... creado para investigar lo que yo considero uno de los sucesos más estremecedores y perturbadores en la historia de la seguridad nacional de este país.

El senador Straworth hizo una larga pausa antes de continuar.

—Ahora todos estamos penosamente conscientes de que este comité emitió peticiones por escrito para obtener documentos relacionados con esta investigación. Peticiones enviadas al señor Joshua Jordan, un contratista de armas privado, así como a su abogado. Hasta la fecha el señor Jordan se ha negado a elaborar un solo documento. Hago notar que el señor Jordan está presente en esta audiencia en compañía de su abogado, el señor Harry Smythe.

Lentamente el senador Straworth volvió su mirada a Joshua.

—Este comité llama a su primer testigo, el señor Joshua Jordan —anunció con una voz retumbante.

Joshua se puso en pie y alzó su mano derecha. Juró decir la verdad bajo pena federal de perjurio

—... Juro ante Dios.

Entonces se sentó.

Joshua no era un hombre religioso, no como lo era Abigaíl. Pero justo en ese momento, mientras contemplaba el panel del congreso reunido frente a él, conociendo como conocía las movedizas arenas políticas y legales que tenía a su alrededor, se sintió feliz por una cosa: él sabía que Abigaíl estaba orando por él.

## ONCE

El senador Straworth estaba ansioso por atacar a Joshua Jordan. El incidente con el arma de Corea del Norte y el sistema SGR-DR antimisiles de Jordan habían desatado una creciente tormenta en los medios de comunicación. Se argumentaba que el sistema experimental era demasiado riesgoso como para haberlo probado y que los misiles podrían haberse desarmado con medios convencionales que ya estaban a disposición del Pentágono. Varios medios de comunicación comenzaron a llamar el incidente “lasergate” y la blogosfera estaba fuera de control con una avalancha de teorías de conspiración.

En medio de esta batalla de los medios, el senador Straworth había mantenido una imagen pública de agitada preocupación mezclada con una tensa neutralidad. Después de todo, era una realidad política innegable que la ciudad de Nueva York y sus residentes fueron salvados.

Pero los que conocían al senador entendían que detrás de su imagen cautelosamente controlada había un perro de pelea ansioso por zafarse de la correa. En los guardarropas del congreso él dejó clara su posición. El Pentágono había manejado incorrectamente el incidente de Corea del Norte. La política de la Casa Blanca y los procedimientos usuales del Pentágono habían sido, según su punto de vista, soberbiamente ignorados. Eso sin mencionar que la respuesta antimisil de los militares, devolviendo los dos misiles a su procedencia, en realidad violaba los tratados de defensa antimisil internacionales. Ya que Straworth personalmente había defendido esos tratados en el Senado, el senador veía el uso de la tecnología armamentista SGR-DR de Joshua como un cuchillo político en su

propia espalda.

Pero en primer lugar Straworth tenía que seguir el protocolo senatorial. Después de eso podría comenzar su acto político muy bien preparado.

Straworth sonrió y se volvió al hombre que estaba sentado a su lado.

—Primer asunto, el Presidente reconocerá al honorable senador de Wyoming. Ahora bien, entiendo senador Hewbright que usted tiene otros asuntos que atender en otro comité que preside. Así que, Senador, como miembro más antiguo, yo cedo y usted puede proceder hoy en primer lugar.

—Gracias, señor Presidente. —El senador Hewbright, un hombre de rostro cuadrado con cabello oscuro muy corto, casi al estilo militar, se volvió para confrontar al testigo, Joshua Jordan—. Coronel Jordan, déjeme decirle, señor, que lo considero un verdadero héroe de los Estados Unidos. Conozco su récord estelar como piloto de la Fuerza Aérea. Estoy consciente de los grandes riesgos que corrió al hacer vuelos secretos de inteligencia en Irán para ayudarnos a determinar la magnitud de sus ambiciones nucleares. Todos tenemos una copia de su impresionante currículum: sus actividades después de terminar en el servicio militar activo, su diploma de MIT en física aplicada y su brillante trabajo como contratista de defensa. Así que déjeme agradecerle, señor, su valor y su servicio a este país.

Joshua asintió cortésmente, se inclinó un poco hacia el micrófono y respondió con un sencillo: «gracias».

El senador Hewbright continuó, pero al hacerlo, cambió su tono.

—Sin embargo, no todo el mundo está tan entusiasmado con sus últimos logros en armamentos como lo estoy yo. Según veo, la tarea de este comité es tratar varias preguntas. Primero, existe una preocupación en cuanto al uso de la llamada tecnología de Devolver al Remitente, especialmente cuando esto implica revertir la trayectoria de una cabeza nuclear y si esto quebranta o no el Tratado de Defensa contra Misiles, un tratado al que yo personalmente me

opuse, y debo añadir, con vehemencia. El tratado no incluyó como firmantes las mayores amenazas nucleares del mundo, es decir, Corea del Norte, Irán, India y Pakistán. Por otro lado, sí incluyó entidades no gubernamentales como las Naciones Unidas y la Unión Europea, lo que no me pareció apropiado. Pero peor aún, para mí el tratado representa otra gran erosión de la soberanía nacional norteamericana.

—Con todo el debido respeto —interrumpió el senador Straworth que apenas se podía contener—, voy a pedir al Senador que se limite al asunto en cuestión. Es decir, el uso de la tecnología de armas del señor Jordan, que la Casa Blanca no había autorizado usar ese día y que tampoco se había aprobado adecuadamente a través de los canales correspondientes del Congreso ni mediante el examen del Ministerio de la Defensa. En pocas palabras, fue algo honestamente peligroso que no se había probado en lo absoluto.

—Señor Presidente —replicó el senador Hewbright—, la tecnología de este hombre salvó a la ciudad de Nueva York y a sus habitantes de un holocausto nuclear.

—Senador —interrumpió Straworth—, yo creo que esta audiencia va a demostrar que los aviones de la Fuerza Aérea que se enviaron ese día eran muy capaces de detener esas cabezas nucleares en el aire sin detonarlas, sin usar el arma láser SGR-DR del señor Jordan que todavía es algo experimental, sin ninguna pérdida humana, debo añadir, y sin crear una crisis internacional.

—¿Puedo proseguir? —el senador Hewbright detuvo en seco el discurso de Straworth— Yo creía que tenía la palabra...

Los ojos de Straworth centellearon y se enderezó como un boxeador.

—Así es, siempre que usted muestre respeto a este comité al mantener el curso.

El senador Hewbright había ganado esa ronda, pero escasamente. Su voz era firme, pero mesurada.

—Como iba diciendo, me preocupa menos cualquier supuesto asunto en la cadena de mando y más la pérdida de nuestra soberanía

nacional, y con esta, una gran medida de nuestra defensa nacional. Este incidente con Corea del Norte debiera obligarnos a evaluar la situación de nuestro país en estos momentos. ¿Cómo nos metimos en una situación tan desesperada? ¿Cómo? Bueno, yo tengo una idea bastante clara, y no empezó con la política exterior ni con la defensa militar. No. Comenzó como un problema básico de economía. La OPEP decidió reducir nuestras importaciones de petróleo para que India y China pudieran recibir cuotas mayores, y todos sabemos que eso provocó una crisis de energía aquí en casa. No aumentamos lo suficiente otras fuentes de energía y entonces tuvimos que ir arrastrándonos por el mundo en busca de otras fuentes provenientes de otros proveedores igualmente desagradables: Rusia, Venezuela, Brasil. Ahora bien, supongo que podíamos haber sobrellevado todo eso, pero el destino, o la mano de la Providencia o la Madre Naturaleza, o como quieran llamarle, tenía otros planes. La sequía de dos años en el centro del país, junto con las devastadoras enfermedades en el ganado, han tenido un impacto catastrófico en nuestra agricultura. Y todos hemos visto los índices de la bolsa, el Dow, la caída en los números del índice de S & P, lo más cercano que hemos estado de una caída de la bolsa de valores desde el Gran Crack de...

—Senador —interrumpió el presidente Straworth—, he tenido la cortesía de permitir que fuera usted el primero en hacer sus comentarios, ahora hágame el favor de terminar su discurso acerca de la economía de la nación y, *por favor*, vuelva al punto en cuestión.

El rostro del senador Hewbright estaba un poco enrojecido.

—El punto, señoras y señores, es que los catastróficos problemas financieros de los Estados Unidos, el dólar arruinado en el mercado monetario internacional, nuestra pérdida de crédito a nivel global, el quince por ciento de desempleo nacional, todo esto, si puedo decirlo sin rodeos, nos asustó hasta perder el sentido, tanto como para firmar tratados desastrosos a cambio de la promesa de un comercio más favorable y de condiciones de crédito con la Unión Europea, China y otras naciones que ahora nos tienen como rehenes económicos.

Nuestra libertad y seguridad a cambio de un poquito más de dinero en nuestros bolsillos, un poquito más de petróleo y mucha más deuda.

—¡Senador! —imploró el presidente Straworth.

Pero el miembro con más jerarquía seguía hablando.

—No solo estoy hablando de ese tratado mal concebido de defensa contra misiles que está involucrado en esta audiencia. —Los brazos de senador Hewbright estaban extendidos mientras se dirigía a los demás senadores y representantes en el estrado—. Un tratado de defensa contra misiles que negociamos por nuestro miedo financiero. También estoy hablando del Pacto de Tolerancia y Derechos Humanos de las Naciones Unidas que, me avergüenza decirlo, el Senado de los Estados Unidos también ratificó. ¿Y cuál es el resultado? Ahora tenemos monitores permanentes de las Naciones Unidas en muchas de nuestras ciudades más importantes. ¡Monitores de las Naciones Unidas en suelo norteamericano, dándonos consejos de cómo administrar nuestras propias libertades civiles y nuestras propias leyes!

El presidente Straworth estaba a punto de censurar a su colega, pero Hewbright lo vio venir y retrocedió justo a tiempo.

—Sin embargo, todo eso es un simple preludio. Lo que les he dado es apenas una introducción a mi primera pregunta para el coronel Jordan.

Straworth se recostó satisfecho de haber puesto riendas a su oponente político.

—Coronel Jordan —dijo Hewbright—, siento un gran respeto por la innovación que emplea su sistema de defensa SGR-DR. Por favor, sépalo. Pero por otro lado, este organismo ha pedido todos sus documentos con relación a este proyecto experimental. Su abogado respondió a nombre suyo indicando que usted no los presentará. Por favor, ayúdenos a entender su renuencia a cumplir con esta exigencia. Explíquenos con tanto detalle como sea posible, porque yo, por lo pronto, quiero darle el beneficio de la duda.

Joshua Jordan aguardó un instante para organizar sus pensamientos. Entonces se inclinó hacia el micrófono con las manos

unidas sobre la mesa que estaba frente a él y comenzó:

—Senador, mi abogado, el señor Smythe, ya explicó en su carta nuestras objeciones legales a la petición de este comité. Entonces permítame tratar de explicar los problemas prácticos. La tecnología SGR-DR que mi empresa desarrolló, y que se usó exitosamente durante la crisis con Corea del Norte, es sumamente única y exclusiva en su naturaleza. Honestamente consideramos que no debemos entregar esta información a nadie más que no sea el Pentágono.

—Estoy de acuerdo, pero todavía usted ni siquiera ha hecho eso por completo.

—No, porque este comité no nos ha dado su completa garantía de que mantendrá mi tecnología como algo secreto y que no se pasará a terceras partes.

—Señor Jordan, ¿existe alguna razón por la cual usted no confía en este comité?

—Señor, con todo el debido respeto, no creo que los complejos detalles técnicos de ningún sistema de armas le competan a ningún comité del Congreso. El funcionamiento altamente clasificado de nuestra tecnología más secreta debe permanecer de esa manera, como un secreto.

—Coronel Jordan, ¿y si este comité terminara por notificarle una orden de comparecencia? ¿Qué pasaría entonces? —El rostro del senador Hewbright mostraba un deseo profundo de tratar de ayudar a Joshua a desenredarse—. Lamentaría mucho que llegara a ese punto, además, ¿acaso parte de la tecnología que usted está tratando de guardar como un secreto no está ya en el mercado, lo que significa que en realidad no es tan única? Lo que significaría, con toda sinceridad, que sus bases legales para rehusarse a cumplir con nuestra petición, se verían bastante tambaleantes.

Joshua asintió.

—En un sentido usted tiene razón. El uso de rayos láser para transmitir datos se utilizó recientemente en otras aplicaciones limitadas. Como usted bien sabe, los rayos láser antes se usaban solo

para destruir cosas. Como las balas de alta energía. Instrumentos afilados. Entonces los que trabajamos en este campo comenzamos a ver otras posibilidades. Hace algunos años que los pequeños láser reemplazaron los cables que conectaban los circuitos en las computadoras y que en aquel momento podían enviar la información a los chips a una velocidad más alta de lo que podían hacerlo los cables. Luego vino la prueba exitosa en la que un satélite alemán y un satélite de nuestra Agencia de Misiles de Defensa comunicaron información de un lado a otro a más de cinco mil kilómetros de distancia usando solo rayos láser. Lo que hicimos en Jordan Technologies fue depurar esos conceptos considerablemente y con una aplicación revolucionaria. Como resultado, nuestro SGR-DR es capaz de enviar un mensaje por láser a la computadora que está en la parte cónica del misil que viene, con una directriz de datos que capta el plan de vuelo de la trayectoria actual. Después, un segundo rayo láser transmite un espejo contrario a esa trayectoria, lo que la revierte ciento ochenta grados. La idea, Senador, es que no podemos, nuestro país no puede permitir que esta tecnología caiga en manos equivocadas.

El senador Hewbright miró su reloj, asintió y luego dijo rápidamente:

—Buena suerte, señor. —Entonces se disculpó y salió.

Ahora era el turno del senador Straworth, quien miró directamente a los ojos de Joshua.

## DOCE

—Señor Jordan —el senador Straworth sonrió cuando comenzó a interrogar a Joshua—, usted dijo que le preocupa que su tecnología SGR-DR caiga en las manos equivocadas. ¿Correcto?

—Sí, señor.

—¿Y quiénes exactamente cree usted que son las «manos equivocadas»?

—Creo que las manos equivocadas son cualquiera fuera de los Estados Unidos.

—¿Con «fuera de los Estados Unidos» usted se refiere también a nuestros aliados?

—Sí, señor —contestó Joshua enérgicamente.

—¿Entonces usted les negaría a nuestros aliados las mismas medidas de defensas que nosotros tenemos?

—No, señor.

El abogado de Joshua se inclinó con urgencia a susurrarle algo, pero Joshua le hizo caso omiso.

—Creo que debemos compartir nuestra tecnología con nuestros aliados de más confianza, pero no debemos simplemente ponerla en sus manos.

—¿Ponerla en sus manos? —Straworth fingió ignorancia.

—Esto no es otro sistema de armas que podamos venderle al mejor postor. Este sistema, mi sistema, puede alterar el equilibrio nuclear para el bien de nuestro país, para el bien del mundo, pero solo si mantenemos un control estricto sobre el mismo. Imagine usted si cada misil, cualquier misil, que nos dispararan se pudiera regresar. Con mi

sistema de “Devolver al Remitente”, existe una certeza probable de que cualquier ataque de misiles por parte de una nación renegada resultaría en la propia destrucción de esta. Así que la amenaza de un ataque nuclear mediante misiles a nuestro país o a nuestros aliados se reduce casi a nada.

—Si su sistema funciona como usted dice —interrumpió Straworth.

—Creo que eso se demostró hace dos semanas, ¿no le parece? —respondió Joshua rápidamente—. Al igual que cuando pusimos nuestras armas nucleares en Europa Occidental para impedir la amenaza soviética en los años 1980, no entregamos nuestro arsenal nuclear a los europeos, aunque ellos eran nuestro aliados. De esa manera podíamos asegurarle al mundo que las armas no caerían en las manos equivocadas.

—Y yo estoy aquí para asegurarle, señor Jordan, que hoy tenemos la misma preocupación —dijo el senador Straworth.

—Es bueno saberlo.

Joshua se relajó. Esto era más fácil de lo que pensaba.

—Pero creo que usted ha invertido los papeles, señor Jordan.

—¿Cómo?

—Sí —dijo el Senador mientras su voz cobraba intensidad—. Verá, proteger los secretos militares, con el debido respeto, no le corresponde a un empresario privado como usted. Eso le corresponde al gobierno de los Estados Unidos. Esa es nuestra función, no la suya.

—Creo que se le olvida algo —dijo Joshua.

—¿Y qué es?

—Yo soy parte del gobierno de los Estados Unidos. No porque trabajo para el Pentágono, sino porque soy ciudadano norteamericano. Yo soy parte de eso que dice «nosotros, el pueblo» en el preámbulo de la Constitución. En cuanto a eso, Senador, supongo que usted pudiera decir que trabaja para mí...y para todos nosotros.

Ahora Straworth se daba cuenta de que las contemplaciones se habían terminado.

—Así es, señor Jordan, así es. Yo trabajo para usted. Me eligieron ciudadanos norteamericanos como usted y ocupo un puesto de autoridad para tomar las decisiones difíciles que afectan la seguridad de mi país. Ese es el trabajo que la gente de este país me ha dado. No es el trabajo que se le ha dado a usted, señor.

El rostro del senador se estaba poniendo rojo y apenas comenzaba. Su voz retumbaba.

—Hay un cierto orgullo desmedido en su negativa para presentar los documentos de este proyecto, una arrogancia al considerar que le corresponde decidir cuándo y cómo deben compartirse los secretos militares con el Congreso de los Estados Unidos. Una actitud que, honestamente, me resulta chocante y me atrevo a decir que es antipatriota.

Harry Smythe se inclinó hacia su micrófono antes de que Joshua pudiera llegar al de él.

—Señor, no hay necesidad de impugnar el patriotismo de mi cliente.

El abogado puso su mano sobre el micrófono de Joshua para asegurarse de que su cliente no comenzara a echar maldiciones.

—Es precisamente debido a su record anterior de patriotismo y servicio a este país que me resulta particularmente intrigante por qué no quiere cumplir con una sencilla petición de su gobierno —continuó Straworth.

Joshua ya había escuchado suficiente. Le quitó la mano al abogado del micrófono.

—¡Porque no quiero darle ni una pizca de tecnología que pudiera salvar a nuestro país a la misma gente que está tratando de destruirlo!

El senador Straworth se recostó, como una araña que observa a su presa volar directamente a su tela de araña. Sonrió y se inclinó de nuevo hacia delante.

—¿Usted quiere decir las Naciones Unidas y los firmantes del Tratado de Defensa Contra misiles? —entonó Straworth.

—Exactamente —espetó Joshua.

—¿Entonces usted se refiere a nuestros aliados?

—¿Aliados?

—Sí —confirmó el senador.

—¿Aliados como China y Rusia? —dijo Joshua con sarcasmo.

Harry Smythe sabía que no podía detener a su cliente, así que sencillamente se recostó para observar a estos hombres enfrentarse como si fueran boxeadores en el cuadrilátero.

—Son nuestros aliados, señor Jordan —dijo Straworth, que ahora evidentemente estaba disfrutando la situación.

—Así es —dijo Joshua—, pero solo porque necesitamos petróleo de uno y le debemos billones de dólares al otro.

—¿Entonces debemos simplemente deshacernos de nuestras alianzas a causa del orgullo herido? —dijo el Senador que ahora jugaba con él—. Entonces, ¿en quién podemos confiar en este mundo?

—Esa es la cuestión, ¿no es cierto, Senador? —Ahora le tocaba a Joshua defenderse—. ¿En quién podemos confiar?

Joshua se volvió a su abogado.

—Puedo confiar en Harry porque sé que él está bajo juramento, si él repite cualquier cosa que yo le diga en confianza, podría perder su licencia de abogado, tal vez incluso ir a la cárcel. Confío en mi esposa porque sé que me ama y que nunca me traicionaría. Confío en la Constitución porque sé que en su corazón está el beneficio de nuestro país. —Se detuvo un segundo pensando detenidamente antes de continuar—. Pero el asunto es en quién puedo confiar de las personas que están en este salón... La verdad es que no se me ocurre una respuesta satisfactoria para esa pregunta.

Se armó un gran revuelo en la habitación, todos los senadores y representantes se pusieron en pie hablando y gritando a la misma vez. El senador Straworth golpeó duramente con su martillo para poner orden en la sala.

—Señor Smythe, por favor informe a su cliente cuán cerca está de

recibir una citación por desacato.

—Yo estoy aquí mismo, Senador —contestó Joshua—, así que puede hablarme directamente. Y estoy bien consciente de las implicaciones del desacato.

—No me parece, señor. De lo contrario, no habría insultado a los miembros honorables de este comité como lo ha hecho. La manera en que usted ha venido aquí hoy es ultrajante, pensando que puede intimidar a este comité con sus afirmaciones egoístas sobre el deber y el honor. Yo le digo, señor, que es su deber entregar su trabajo acerca del proyecto SGR-DR. Es su deber, señor, por el bien de su país. Y le advierto que si usted o su abogado tratan de paralizarnos en esto, le enviaremos una citación para comparecer ante ambas cámaras del Congreso y el gobierno de los Estados Unidos, y es su deber cumplir con la misma como ciudadano de este gran país al que usted profesa amar. Cualquier cosa menos que eso, señor Jordan, sería una afrenta a este comité y a los hombres y mujeres honorables que sirven en el mismo y a todo el mundo en los Estados Unidos, como también un ultraje y un delito. Señor, si es necesario lo mandaremos a la cárcel, si usted insiste en su negativa de cooperar. —El senador lo dijo bien despacio para enfatizar—. Y estoy seguro de que todos mis colegas en este comité comparten mis sentimientos.

El Senador se recostó en su silla de espaldar alto simulando fastidio.

—Le diré lo que me resulta un ultraje y un delito —Jordan hablaba calmadamente—. Esto, Senador, no tiene nada que ver con este comité. Con lo que sí tiene que ver es con el hecho de que allá afuera, ahora mismo, en células terroristas, en habitaciones oscuras, en países bergantes, y en los palacios de los dictadores y de los capos de gangas internacionales de la droga, hay hombres que están dispuestos a hacer *cualquier cosa* con tal de poner sus manos en mi tecnología.

Joshua tenía algo más que decir sobre el tema. Y lo soltó como si fuera un pedazo de manzana podrida.

—*Cualquier cosa...*

## TRECE

### Bucarest, Rumania

Atta Zimler, también conocido como el argelino, abrió la puerta ventana e hizo que los primeros rayos abruptos del amanecer invadieran la suite del sexto piso en el elegante hotel Athenée Palace. Mientras miraba detenidamente desde el estrecho balcón, con vista a la famosa *Piata Revolutiei*, no pudo evitar fijarse en la sombra larga y de forma rara que creaba la estatua de Iuliu Maniu, ubicada en el centro de la histórica plaza. Envuelto en una lujosa bata de hotel, Zimler bebió un sorbo de su café expreso turco y contempló los sucesos del día que se acercaba. Se limpió la boca con una servilleta mientras recorría la lista en su cabeza.

Siempre había sido un hombre cuidadoso, organizado, algunos hasta pudieran decir que obsesivamente meticuloso. Sabía por adelantado el resultado de cada una de sus acciones así como las posibles reacciones de los que lo rodeaban, y planificaba para cada posible panorama. Él acreditaba a esta preparación el éxito continuo que tenía en su línea de trabajo, la preparación y una total ausencia de emociones. Si alguien más hubiera estado en la habitación no habría podido discernir al observar su comportamiento calmado que estaba en el proceso de formular los detalles minuciosos del asesinato que pronto llevaría a cabo.

Al regresar a la habitación puso la taza sobre la mesa del comedor, se quitó la bata y la dobló cuidadosamente sobre la silla. Vestido solo con la ropa interior se acostó sobre la alfombra oriental y comenzó su rutina rápida de cincuenta planchas, cincuenta abdominales y tantos abdominales de piernas como le parecieron necesarios. Al terminar

los ejercicios estaba resoplando, aunque no se sentía exhausto en lo más mínimo.

Durante años había entrenado su cuerpo mucho más allá de la capacidad que tiene la mayoría de los seres humanos. Dominaba el kárate, el judo y el aikido. Su fuerza no era evidente, no era como la de los culturistas y los futbolistas norteamericanos, pero eso le convenía. Era más fuerte que la mayoría de los atletas, sin embargo, en la calle, se veía como cualquier otra persona. Había llegado a la conclusión de que la mayoría de la gente era demasiado tonta o estaban demasiado ocupadas en sí mismas como para notarlo siquiera.

Después de darse una ducha, Zimler sacó alguna ropa de su maleta Louis Vuitton. Hoy se vestiría de manera informal, una camisa de seda importada de Italia, pantalones de hilo hechos a la medida, zapatos españoles de piel. Mientras se vestía se le ocurrió, aunque por poco tiempo, que sería la última vez que podría usar estos artículos en particular.

Sonó el teléfono. Una voz masculina habló del otro lado de manera directa y carente de emoción.

—¿Es el argelino?

—¿Quién llama? —Zimler respondió al tiempo que cerraba el último botón de su camisa.

—Estoy llamando de parte de alguien que tiene un grave problema.

—¿Sí?

—Le siguen devolviendo el correo...

—Parece que su cartero es malo.

—Sí —respondió la voz—. Un cartero muy malo. Hay que eliminar al cartero.

—¿Es eso lo que usted realmente quiere? —preguntó Zimler—. ¿Al cartero?

—Bueno... el problema mayor está en el sistema de entregas.

—Creo que estoy de acuerdo. Supongo que usted llama porque

estuvo de acuerdo con el precio.

—Sí.

—¿Y con las demás condiciones también?

—Sí, sí —contestó la voz del otro lado.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Zimler—. Sin embargo, si en algún momento en el futuro usted no hace los depósitos correctos, en las cuentas señaladas, en el momento indicado, terminaré nuestra relación de inmediato.

—Sí. Eso lo entendemos. ¿Cuándo comenzará su trabajo? Mi superior quisiera tener la tecnología en sus manos tan pronto como sea posible.

—Ya hay ciertos asuntos que se han puesto en marcha —le aseguró el argelino.

—Como sabe, lo escogimos debido a su... bueno... a su reputación —señaló el hombre del teléfono.

—Por supuesto.

—Por favor, no nos falle.

—Usted no tiene que preocuparse por eso —afirmó Zimler confiado—. No estoy dispuesto a comprometer mi reputación.

Dicho eso, Zimler terminó la conversación.

Veinticinco minutos después el argelino entró al elevador del hotel cubierto de espejos, bajó dos pisos, al cuarto piso. Esperó a que los pasillos estuvieran vacíos para dirigirse a la habitación 417, que él sabía que estaba desocupada. Del bolsillo derecho de su pantalón sacó unos guantes de látex y se los puso. Del bolsillo izquierdo sacó un dispositivo magnético de programación, similar en tamaño a un juego de cartas. Luego Zimler sacó de la caja magnética una llave de hotel tipo tarjeta en blanco y la insertó en la cerradura de la habitación.

Nada.

Volvió a deslizar la llave electrónica por el dispositivo e insertó un

código nuevo usando el teclado numérico que estaba encima de la caja. Probó la llave otra vez.

La puerta se abrió.

Zimler sonrió, entro en la habitación vacía y cerró la puerta tras sí.

Y esperó.



Yergi Banica estaba evidentemente nervioso, y no solo era porque tuviera unos minutos de atraso. Luego de estacionar su auto en el lado norte de la *Piata Revolutiei*, como le orientaron, se abrió paso rápidamente por la plaza hacia el hotel. En su mente solo había euros, diez mil de ellos para ser exactos. Su trabajo como profesor de ciencias políticas en la Universidad de Craiova pagaba poco, apenas lo suficiente para arreglárselas en su pequeño apartamento con su nueva esposa, quien era mucho más joven que él. En lo personal no le molestaba el espacio reducido, pero él sabía que Elena aspiraba a cosas mejores.

Yergi era de tamaño promedio y, aunque no poco atractivo, había ganado esas libras de más que vienen con la edad. Él sabía que había tenido suerte al haber encontrado a su Elena, suerte de que ella lo encontrara interesante, de que hubiera estado de acuerdo en casarse con él. Él conocía su pasado deshonroso, pero no le importaba y nunca hablaba con ella acerca de eso. También estaba muy consciente de que esta suerte podría terminar si su situación financiera no cambiaba. Pero la suerte quiso que sus finanzas estuvieran a punto de cambiar.

Hace un año un alumno ruso de su clase de ciencias políticas se le acercó. El alumno era amistoso, brillante y estaba muy involucrado en sus estudios, pero eso solo era una estratagema. En realidad, el joven quería saber si el profesor estaría interesado en ganar un poco de dinero extra. Lo único que Yergi tendría que hacer era pasarle algunos detalles acerca de las opiniones políticas de algunos de los profesores más radicales y de los estudiantes más ricos de la universidad. Yergi era lo suficientemente mayor como para haber

vivido durante la KGB y luego su sucesor, el secreto Servicio de Seguridad Federal Ruso, FSB. Así que él sabía lo que le estaban pidiendo, que fuera su informante. En realidad no le haría daño a nadie, razonaba él, solo pasaba un poco de información inocente. Además, el dinero extra le vendría bien.

Como un efecto accidental secundario, este nuevo arreglo le produjo a Yergi un nuevo sentido de confianza. Como siempre, trataba de impresionar a los amigos más jóvenes de su esposa, en varias ocasiones, luego de unos cuantos tragos, dejó escapar que era un hombre que sabía cosas, un hombre con contactos. Incluso, en bromas se refería a sí mismo como un espía. Sí, hasta en privado contemplaba la idea de que era un equivalente oriental de James Bond.

Luego, hace tres semanas, Yergi recibió una extraña llamada telefónica. Un hombre que decía ser un argelino supo de él por un colega y le preguntó si podría facilitar información acerca de cierto contratista de defensa norteamericano. Al principio, Yergi sintió desconfianza. ¿Por qué este hombre pensaba que él podría conseguir esa información? ¿Sabía él de la relación de Yergi con el FSB? ¿Y quién era este «colega» que lo había recomendado?

Luego el asunto se hizo más práctico. El argelino ofrecía veinte mil euros por la información, la mitad ahora y la otra mitad cuando la entregara. Era dinero más que suficiente para que él y Elena se mudaran a otro lugar y comenzaran una nueva vida juntos. Entonces él recurrió al joven agente del FSB con el que había estado trabajando y le ofreció un trato: darle la mitad de su pago inicial a cambio de cualquier información que pudiera encontrarse con respecto al norteamericano, Joshua Jordan. Pero, ¿tenía el joven agente del FSB acceso a eso? Dijo que vería que podía conseguir.

Una semana después Yergi recibió una copia del exhaustivo expediente del FSB, que incluía fotos, biografías, datos personales y todo tipo de detalles clasificados sobre el norteamericano en cuestión. Esto debía alegrar al argelino, pensó él. Yergi dejó que de nuevo su imaginación echara a volar libremente. Tal vez él y Elena podrían

mudarse cerca del mar. A ella le encantaba el mar. Y ella lo amaría.

A medida que dobló la esquina y divisó la entrada al hotel Athenée Palace, los sueños de Yergi en cuanto a su futuro de pronto se transformaron en nerviosismo. Agitado, llegó a la conclusión de que era la promesa de la riqueza lo que motivaba que sus nervios estuvieran de punta y no ningún posible peligro. Claro que podía confiar en el argelino. Después de todo, el hombre ya había pagado diez mil euros por adelantado, la mitad de los cuales estaba segura en el pequeño apartamento de Yergi, cerca de la universidad. Y estaba a momentos de recibir otros diez mil. Sí, la transacción iría sin problemas. Él tenía exactamente lo que el argelino quería.

## CATORCE

A las 9:35 a.m. alguien tocó a la puerta de la habitación 417. Zimler la abrió y se dejó ver al rumano ligeramente rechoncho y con gafas, llevando un pequeño maletín bajo el brazo.

—Yo soy Yergi. ¿Usted es... el argelino?

Zimler asintió y lo hizo pasar. Señaló una mesa pequeña que estaba en la sala y persuadió al portador que pusiera en el suelo su paquete.

El profesor estaba evidentemente nervioso. Sus ojos recorrieron la habitación, y luego a su anfitrión.

—Es curioso... en realidad usted no parece argelino —dijo tartamudeando.

Zimler sonrió, entonces caminó hacia la puerta ventana del balcón y las abrió para que entrara un poco de aire fresco.

Comenzó con una pregunta.

—La información que usted tiene en el paquete —dijo señalando al maletín—, ¿está actualizada?

—Sí, muy actualizada. El agente ruso de quien la obtuve garantizó su autenticidad. Aquí tengo bastante información para usted, incluyendo el acuerdo para la investigación básica y de desarrollo entre el señor Jordan y el Pentágono con respecto a su trabajo en la tecnología SGR-DR. Por supuesto, nadie tiene la representación esquemática real del sistema, pero este debe darle un buen punto de partida. —Yergi esperaba que esto terminara pronto—. Entonces, con respecto a mi pago...

—Entonces, ¿trajo su pasaporte como le pedí? —respondió Zimler.

A pesar de que la fresca brisa matutina de Bucarest corría por la

sala, el rumano comenzaba a sentir los primeros síntomas del sudor que cubría su frente.

—Necesito verificar que usted es quien dice ser —continuó Zimler.

—Por supuesto.

Yergi buscó un poco a tientas y luego sacó el pasaporte del bolsillo del abrigo y se lo ofreció a Zimler, quien procedió a hojearlo.

—¿Entonces usted no ha estado en los Estados Unidos?

El profesor, que ya se sentía incómodo, ahora añadió la confusión a su creciente lista de ansiedades.

—No, ¿por qué?

—Esperaba que me contara un poco acerca de cualquier experiencia que hubiera tenido por allá. Tengo planes de ir algún día.

Zimler sonrió, le devolvió el pasaporte y se viró hacia el balcón. Luego, haciéndole una señal al profesor hacia la puerta ventana, agregó:

—Una buena vista de la Plaza de la Revolución, ¿no le parece, Yergi?

Yergi, por supuesto, ya estaba familiarizado con la vista. De hecho, él había llevado a Elena al restaurante que estaba localizado en este mismo piso del hotel para su primera cita. Quería impresionarla y sin dudas había funcionado. Lo que ella no sabía era que Yergi tenía un alumno que trabajaba en el restaurante y este le ofreció una cena gratis a cambio de una nota de aprobado.

No obstante, la vista era espectacular y en realidad el día estaba resultando hermoso.

Entonces Zimler añadió algo inesperado.

—Oh, mire hacia allá, ¿no es su carro el que están remolcando?

Yergi corrió hacia las puertas abiertas y miró en dirección a la calle, al lado norte de la plaza.

—No, no lo creo... Me temo que no veo de lo que usted está hablando...

Antes de que Yergi pudiera volverse, Zimler, que ahora estaba detrás de él, pasó un garrote por la cabeza del hombre y se lo puso alrededor del cuello, como si fuera una horca.

La primera reacción de Yergi fue agarrar el cable de acero que apretaba su garganta y tratar de arrancarlo, pero el pánico apareció de inmediato. Luchaba angustiosamente por respirar, pero no podía. Entonces trató de alcanzar el brazo del argelino. Parecía de acero. Comenzaba a perder el conocimiento asido de su asesino.

Zimler sabía, por años de experiencia, que el proceso de quitarle la vida a un cuerpo de esta manera tomaría menos de dos minutos.

El rumano apenas podía emitir unos débiles gritos ahogados que no tuvieron éxito cuando trató de gritarle a la gente que estaba debajo, lo suficientemente cerca a las puertas del balcón como para que lo escucharan. Él seguía agarrado inútilmente de su cuello y del brazo del argelino.

Zimler haló más.

Las rodillas de Yergi se doblaron.

Las olas llegaban a la orilla bajo el sol del Adriático. El día era muy tranquilo. Yergi podía oler el aire del mar, sentir el calor en su piel. Y allí estaba ella, Elena, con su gorra de pelota norteamericana, saludándole con la mano y sonriendo. Sería la última imagen que cruzaría su mente.

Un momento después la lucha cesó... junto con su respiración. El cuerpo sin vida de Yergi cayó al suelo.

El asesino se puso de pie lentamente, se sacudió sus pantalones de hilo, estiró su camisa de seda, hizo un lazo con el cable y lo colocó de nuevo en su bolsillo. Arrancó el pasaporte de la mano del rumano y agarró el maletín de la mesa.

De nuevo, luego de asegurarse que los pasillos estuvieran libres, Zimler, con su mano protegida con un guante de látex, enganchó el

letrero de «No moleste» alrededor del pomo de la puerta tras sí.

Enseguida Zimler regresó a su habitación, se arrancó la camisa, los pantalones y los zapatos y los metió en una bolsa plástica que luego colocó en su maleta Louis Vuitton. Entonces se puso otra ropa y se dirigió al lobby para marcharse del hotel.

—¿Fue agradable su estancia? —preguntó el empleado del hotel con un fuerte acento rumano.

—Muy buena —respondió Zimler con una amplia sonrisa.

El asesino salió del hotel, caminando lentamente por la calle. En un callejón que estaba a tres cuadras, detrás de Calea Grivitei, sacó la bolsa plástica de su maleta y la colocó en un contenedor de basura justo cuando el camión llegaba a la calle para su recogida semanal.

Minutos después, en la parte trasera de un taxi que se dirigía al sur por el boulevard Dimitrie Cantemir, el argelino abrió el maletín y sacó parte de su contenido. El currículum con fotos de Joshua Jordan fue el primer artículo que captó su atención.

Zimler entrecerró los ojos para enfocarlos como un láser mientras estudiaba su objetivo. Luego colocó el currículum y otros papeles en el maletín y lo cerró.

—Por favor, apúrese —le comentó Zimler al taxista—, tengo un día bastante ocupado por delante.

## QUINCE

### Washington, D.C.

Las imágenes violentas que relampagueaban en las pantallas de televisión por Internet en la Casa Blanca preocupaban mucho al presidente Virgil Corland. Movi6 la cabeza mientras se preguntaba si la cobertura de la policia antimotines que avasallaba a camioneros desarmados en el coraz6n de la capital del pa6s tendr6a un impacto negativo en «la agenda».

Corland se mov6a nerviosamente en su silla, como un hombre que tuviera problemas en la espalda.

—No me gusta lo que veo aqu6, Hank. Uno pensar6a que se trata de Somalia y no de Washington.

El Jefe de personal, Hank Strand, estaba sentado cerca del Presidente en un sof6 blanco de piel, y asinti6 con la cabeza. 6l tambi6n estaba preocupado con el fiasco que ocurr6a en la calle y en la televisi6n, pero no lo exteriorizaba.

La tercera pantalla a la izquierda atrajo la vista del Presidente, una reportera joven, parada con un micr6fono en la Avenida Constitution, estaba a punto de salir en vivo. Con su control remoto, Corland escogi6 el volumen de esa pantalla en particular y lo subi6.

«Los camioneros que est6n protestando», dec6a la reportera, «est6n enojados con la reciente decisi6n de la administraci6n al permitir que la iniciativa federal de racionar la gasolina, tomada hace cuatro meses, permanezca en pie para la industria del transporte. El mes pasado el presidente Corland envi6 delegados especiales a la OPEP y a Rusia para tratar de resolver la crisis de petr6leo que ha ido en

aumento desde agosto del año pasado. La decisión de la administración de quitar la orden de racionamiento para algunas industrias y no para otras ha sido controversial, especialmente con la persistente crisis financiera. La mayoría de los norteamericanos comprende que una industria de transporte mutilada llevará a precios más altos incluso en las mercancías. Y ya que el índice de popularidad del Presidente ha menguado en las últimas semanas debido a...»

Corland resopló furioso mientras apretaba el botón un poco más duro de lo necesario para enmudecer la pantalla.

—¿Quién es esta mujer? No la reconozco. Debe ser nueva.

—Es una recién contratada —respondió Strand—. Haré que Finley hable con su jefe esta tarde. Como usted sabe, señor Presidente, a veces es difícil controlar estos acontecimientos en los medios cuando suceden en vivo. Yo no me disgustaría mucho por esto. A eso de las siete de la noche, después que todos los presentadores de noticias hayan terminado su transmisión nocturna, la mayoría del pueblo norteamericano creerá que usted es el héroe y que estos camioneros malhablados son los malos. Porque eso será lo que les dirán que crean.

Corland miró a Strand, quien sencillamente sonrió. Ambos hombres reconocían que hacer tal afirmación era el colmo de la arrogancia y el elitismo. Sin embargo, ambos también sabían que era verdad.

—No sé cuán caldeado se pondrá este asunto, pero me aseguraré de que nuestra gente de Relaciones Públicas nos pongan en los programas del domingo, por si acaso. Podemos enviar a nuestro subsecretario de comercio, Bud Meyerling, para que se encargue del asunto de la televisión. Él es excelente en los programas con presentadores. Dentro de dos semanas nadie se acordará de esto. Las calles estarán despejadas.

—Espero que tengas razón, Hank. Pero tú y yo sabemos que nadie ve esos programas dominicales —contestó Corland con una leve carcajada—. Caramba, si ya ni siquiera ven el noticiero de la noche. ¿Quién sabe? Tal vez los conservadores nos hayan descubierto.

Strand se detuvo un instante antes de reaccionar, inseguro de si Corland estaría tratando de ser chistoso o no.

—Estoy seguro de que algunos lo están, señor Presidente.

—Entonces, ¿cuál es el último itinerario para mantener andando este asunto de la inflación? —preguntó Corland—. Recuerda que a mí es a quien más culpan por esa inflación.

—Señor, como usted sabe, esta crisis económica en realidad nos está ayudando a adelantar nuestra agenda global. Podremos lograr muchas más cosas si el pueblo norteamericano está distraído con las preocupaciones en cuanto a sus finanzas. La gente de Obama lo demostró hace unos años. Los conservadores nos matarían si supieran lo que estamos haciendo, tal y como querían hacer con Barack. Pero nosotros sabemos que la globalización es para el beneficio de todos, aunque los fundamentalistas protestantes no lo reconozcan.

—Hank, estás tratando de ganar tiempo. ¿Cuánto tiempo?

—Hasta fines del año próximo.

—¿Qué? ¡Eso está demasiado escaso de tiempo! —replicó Corland.

—Aún así nos da diez meses antes de las elecciones de noviembre para reavivar la economía, lo que, por supuesto, será un resultado directo de sus políticas. Fácilmente ganará la reelección. De hecho, yo pronostico una victoria aplastante —aseguró Strand.

—¿Y si la economía no responde a tiempo?

—Señor, a mí me gusta estar en la Casa Blanca. Y tanto como usted quiero estar aquí durante otro mandato. No vamos a permitir que eso suceda.

—Está bien. Manténme al tanto. —Corland se detuvo satisfecho; entonces giró su atención a otro desafío—. Ahora hablemos un poco de la defensa nacional. ¿Estará el ministro de relaciones exteriores en la sesión informativa?

—Eso creo, señor Presidente.

—¿Y el del Estado Mayor?

—Sí, señor. El Pentágono va a enviar al Vicepresidente.

—¿Cuál es su posición en cuanto al asunto de Corea del Norte?

—El Estado Mayor ha sido informado de la sugerencia del secretario de que compartamos nuestra tecnología SGR-DR con otros países. Sin embargo, varias personas en el Pentágono se oponen a la idea —informó Strand—. Espero que podamos convencerlos.

—Bueno, la tecnología SGR-DR sería una herramienta muy provechosa. No nos vendría mal que fluyera más petróleo en nuestra dirección. Y más crédito. Eso nunca está de más. Entonces, ¿cuál es su objeción? —preguntó Corland.

—Todavía les preocupa la seguridad nacional y el hecho de que otros países tengan la tecnología. Es decir, el riesgo de que se filtre a países delincuentes o terroristas. Lamentablemente esta gente del Pentágono está muy firme en esto. Hasta están alegando que el comité del Congreso debiera aflojar un poco con Joshua Jordan. No quieren que lo presionen para que entregue sus documentos.

Justo en ese momento timbró el bloc de notas digital de Hank Strand.

—Perdóneme, señor Presidente. Llegó la señora Vicepresidenta.

—Está bien. Veamos cuál es su opinión de todo esto.

La puerta del despacho del Presidente se abrió y Jessica Tulrude, la vicepresidenta, entró confiada dando grandes pasos. La mujer trigueña de cuarenta y seis años, antiguamente senadora, había ayudado a Corland para que en las últimas elecciones ganara en los estados difíciles, ayudada por el evidente amor que siente la prensa por esta feminista tan sincera.

—Señor Presidente... Hank —comenzó ella con una sonrisa cortés.

—Jessica, hablemos de esta sesión informativa.

—Gracias, señor Presidente —respondió Tulrude, quien comenzó a hablar sin más preámbulos—. Es crucial que apoyemos al secretario Danburg. Él quiere comenzar negociaciones inmediatas con la Unión Europea, Rusia, India y, por supuesto, con China, quien a fin de cuentas sigue siendo nuestro mayor acreedor financiero, para tratar de hacer algo a manera de cambio: la economía de ellos por la

tecnología SGR-DR.

—¿Cómo sugiere usted que tratemos el asunto? —preguntó el Presidente.

—Bueno —propuso Tullrude—, la conferencia de paz en Davos, Suiza, viene pronto. Todavía no hemos respondido a su invitación. Muchos países están indignados con nosotros debido al incidente de Corea del Norte. El Presidente de la Unión Europea nos ha llamado «caudillos» porque usamos el SGR-DR.

—¿Todavía está pidiendo pruebas de que nosotros no provocamos al ejército coreano para que dispararan sus misiles?

—Así es —respondió Tullrude con las cejas arqueadas—. Así que esta conferencia sería una excelente tribuna para que nuestro gobierno trate el asunto.

—¿Diría usted que esta es una buena oportunidad para que yo comience a exponer parte de nuestra agenda global? —preguntó Corland.

—En realidad, yo aconsejaría no hacerlo, señor Presidente —contestó Tullrude—. Este cónclave de la paz no es lo suficientemente importante como para una aparición personal del Presidente de los Estados Unidos. Francamente creo que Vance Danburg debe estar allí. Dejemos que nuestro ministro de relaciones exteriores haga un breve discurso. Que insinúe que pudiéramos estar dispuestos a compartir nuestra tecnología de armamentos. Que abra una especie de diálogo... algo así.

—Está bien —Corland se detuvo para pensarlo—. ¿Alguna otra sugerencia, Jessica?

—Sí, señor Presidente... acerca de las audiencias del Congreso.

—¿Cuál es su sugerencia?

—Es un bochorno internacional que este Joshua Jordan, un contratista de defensa privado, esté dando la impresión de tener como rehenes al Presidente y al Congreso de los Estados Unidos, al negarse a publicar la información sobre su tecnología de armamentos.

—Eso es válido —admitió Corland—. No se puede permitir que un solo ciudadano dirija nuestra política de defensa nacional.

—Envíe un mensaje al Congreso —continuó Tulrude—, que es mejor que hagan su trabajo. No tolere el reto de este hombre. Usted tiene que inmovilizar a Joshua Jordan.

Luego Tulrude se volvió a las pantallas de televisión llenas de imágenes de camioneros amarrados por las muñecas y arrastrados por la policía antimotines.

—Tiene que inmovilizarlo como haría con cualquier otro delincuente —añadió.

## DIECISÉIS

Joshua Jordan se relajó, vestido con sus pantalones deportivos grises y una de sus viejas camisetas de la Academia de la Fuerza Aérea, y se acostó en un cómodo diván. Este era uno de sus lugares favoritos. Privado. Retirado. A pesar de que estaba en medio de la ciudad de Nueva York. Desde la terraza de su penthouse con espléndidos jardines él podía ver kilómetros de edificios a lo largo del horizonte hasta el puerto. Rodeado de unos pocos árboles en macetas, de una vegetación muy bien cuidada y de varias plantas florecidas, allí donde las aves remontaban el vuelo y la ciudad se extendía bajo sus pies, él se sentía aislado... y al mismo tiempo libre. Pero sabía que este momento no duraría mucho.

Aquel eufórico sentimiento de paz se volvía cada vez más escurridizo. Joshua se alegraba de haberse alejado del fuego político y legal que explotaba a su alrededor en Washington.

Pero ese domingo en la mañana, al menos durante unos preciosos minutos, él encontró su refugio. Solo otro lugar del planeta podía producirle más paz: su enorme cabaña en las montañas de Colorado. Él y Abby pronto estarían allí, pero no tan pronto como él quisiera. Ahora simplemente estaba tratando de olvidar al senador Straworth con su dramático pavoneo y sus amenazas arrogantes de hacer que citaran a Joshua por desacato al Congreso.

Mientras tomaba un sorbo de su café mañanero, escuchó los pasos de Abby en la terraza embaldosada. Llevaba puesto un vestido color melocotón brillante y luchaba con una sencilla cadena de oro.

—Cariño, ¿me pudieras enganchar esto?

Ella se sentó junto a él y se acomodó el cabello a un lado para dejar la nuca al descubierto.

Los dedos gruesos de él buscaron un poco a tientas hasta que por fin logró cerrar el broche de la muy fina cadena.

—Ya está. Oye, este fue difícil —entonces se inclinó y le besó la nuca.

—¿Te acuerdas de dónde lo saqué? —preguntó ella con una amplia sonrisa.

Joshua pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—Fue lo primero que me regalaste, cuando comenzamos a salir juntos —le dijo ella.

—No es muy llamativa —contestó él sonriendo—. ¡Me sorprende que te quedaras conmigo!

—Yo no necesito que sea llamativa —le dijo ella dándole una palmadita en la mejilla—. Solo te necesito a ti.

—Con eso te ganaste dos puntos —le replicó él riendo—. *Belleza e inteligencia. Soy un tipo afortunado*, pensó.

Abigaíl se estrujó un poco la nariz, de manera sutil y rápida. Casi imperceptible, pero Joshua reconoció este gesto. Fue entonces que supo que algo pasaba.

—Solías hacer eso cada vez que ibas al tribunal para un juicio —dijo él.

—¿Hacer qué?

—Eso con la nariz —bromeó él—. Es una revelación completa. Me sorprende que los abogados contrarios no lo captaran. Tienes algo en mente. Lo sé.

—Entonces, dime tú —propuso ella aceptando el reto—, ¿qué estoy pensando?

—Eso ni siquiera puedo empezar a imaginarlo.

—Bueno, ni aquellos abogados tampoco —dijo ella con una sonrisa ladina.

—¿ves?, más me vale no tratar de ganarle una discusión a mi esposa, la abogada...

Entonces Abigaíl respiró profundamente y se quedó callada.

Ahora él estaba seguro de que a ella le molestaba algo.

—Bueno, ya es suficiente. ¿Qué pasa?

—Se trata de Cal —entonces desapareció la sonrisa y una expresión gentil y un tanto maternal la reemplazó.

—¿Le sucedió algo?

—Él está bien, pero hace poco pasó algo. Me pareció que debías saberlo.

—¿Qué?

—Fue el día de la crisis de los misiles.

Joshua esperó. Abigaíl continuó.

—Cal estaba en Nueva York cuando sucedió todo eso...

—No, no puede haber estado aquí. Ya estaba de regreso a la universidad —dijo Joshua corrigiéndola.

—Eso fue lo que nos dijo, pero en realidad estuvo en medio de todo. Acababa de llegar a la estación de trenes. Estaba junto a una mujer que... Josh, la pobre mujer murió pisoteada. Justo frente a nuestro hijo.

—Espérate... ¿por qué estaba él todavía en Nueva York? Creí que se había ido antes y que estaba a salvo fuera de la ciudad.

—Bueno, pues no. Él quería pasar el día con Karen en una conferencia de arte y entonces trató de irse esa noche, que fue cuando todo sucedió.

—Entonces... ¿Cal nos mintió? —Joshua movía la cabeza con una mirada como si su hijo se hubiera atrevido a abofetearlo. Nunca pudo tolerar que sus hijos le mintieran. Nunca. Y él se los hizo saber. ¿Por qué Cal le faltaría el respeto de esa manera?

—Josh, querido, no estás viendo el verdadero problema.

—No, yo te voy a decir cuál es el verdadero problema. El día antes del ataque de Corea del Norte, él no estaba aquí con nosotros. Supuse que ya había tomado el tren para regresar a la Universidad Liberty.

Entonces, ¿dónde estaba? ¿Pasó la noche con esa chica?

—Solo quiso pasar el día en Nueva York antes de regresar a la universidad. Estaba tratando de comprender el sentido de su vida —la voz de Abigaíl era forzada y suplicante. Tenía las manos extendidas hacia su esposo, ahuecándolas como quien acaricia algo muy frágil, como la porcelana.

Ambos guardaron silencio durante un instante. El rostro de Joshua se puso tenso. Abigaíl se daba cuenta. Esa dureza, la severidad, la decisión inmovible que siempre le venía bien en la batalla y en los negocios, pero que tan a menudo era su perdición cuando se trataba de su propio hijo.

—Déjame terminar antes de que juzgues, Josh —dijo ella por fin—. El asunto es que él estaba aquí en Nueva York cuando se produjo el ataque. Estaba solo, atrapado. Vio a una mujer morir aplastada por un gentío amotinado. ¡Él mismo casi muere pisoteado en esa estación de trenes! Estaba muerto de miedo.

Se detuvo para que él asimilara la idea. Los ojos de Joshua estaban fijos en ella pero era como si tratara de ver a través de ella, de mirar a alguien o a algo que estaba lejos, en la distancia.

—Tu hijo —continuó Abigaíl—, se quedó paralizado por el miedo. Pero no podía reconocerlo ante ti. Jamás. Porque tú eres el héroe de la guerra. El hombre que voló a zonas de guerra sin pestañear. Tú eres el hombre que salvó la ciudad de Nueva York. ¿Cómo podría decirte que sintió miedo? No has hecho que a Cal le sea muy fácil abrir su corazón.

Joshua inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, como si al sacudir la idea de un lado a otro de su cerebro pudiera hacer que cayera en el hueco adecuado, pero no encajaba.

—Entonces, él dice mentiras y yo soy el malo, ¿no?

—Yo no dije eso —contestó ella—, pero sí creo que eres parte del problema. Y vas a tener que ser parte de la solución.

Otra vez hubo silencio entre ambos.

Por fin Abigaíl se levantó.

—Me voy para la iglesia. Me encantaría que vinieras conmigo, pero no soy yo quien tiene que decidir.

Joshua no se movió.

—Entonces, te quedas —dijo ella de modo terminante.

De nuevo solo hubo silencio.

—Está bien. —Entonces dio la vuelta y se fue.

Joshua se quedó solo con su propia agitación. Sus pensamientos concentrados en dos de las personas más importantes de su vida.

Su hijo le había mentado en su cara, pero el asunto iba más allá. Joshua recordó cómo se sintió con relación a su hijo cuando este decidió que no quería ir a una escuela militar. Luego su decisión de dejar la ingeniería y estudiar arte. A cada paso, en cada encrucijada, Cal había ignorado los consejos de Joshua. Hasta las advertencias con respecto a la novia habían caído en oídos sordos.

Ahora Cal, luego de haber vivido el terror de la estación de trenes, estaba lidiando con algo grande. Joshua entendía cómo era ver morir a alguien frente a uno, era algo que podía afectar hasta a un militar veterano como ninguna otra cosa en la vida. Y Cal sentía vergüenza de hablar con su padre al respecto.

Por otro lado estaba Abby. Él la amaba con locura, pero desde que ella empezó este peregrinaje espiritual, había entre ellos una especie de incertidumbre. No es que a él le molestara su nueva búsqueda de un propósito superior para la vida. En realidad no lo resentía. Él trataba de respetar la decisión de Abby de desaparecer entre este nuevo mundo de la lectura de la Biblia, ir a la iglesia y hablar de Dios. Ella parecía bastante feliz. Pero él tenía sus propias metas, especialmente ahora que se había visto arrastrado a esta crisis nacional por el ataque de Corea del Norte y su diseño del SGR-DR. Tenía las manos llenas hasta el tope.

Él era un tipo de misiones específicas. Y Dios no era parte de su misión. Él no tenía nada en contra de la religión. De hecho, en los

momentos de quietud a menudo se preguntaba qué habría encontrado Abby que funcionara tan bien en su vida. Incluso se cuestionaba cuáles eran los motivos reales que él tenía para guardar la distancia con Dios. ¿Sería la necesidad que siente un piloto perfeccionista de tener el control absoluto de su propia vida, su propio «patrón de vuelo»? ¿Tal vez sería una necesidad excesiva de control?... Entonces, ¿sería también ese el problema entre él y Cal? ¿Tratar de ejercer demasiado control sobre su hijo?

*¿Igual que mi papá? ¿Se repite la historia?*

El papá de Joshua fue un aviador de carrera, un subteniente de aviación en la Fuerza Aérea. En su casa no había nada fuera de lugar. Ni una sábana. No había un plato sucio. No se dejaba la bicicleta en el césped. Nada. Dios recibía una especie de respeto, pero al final, uno tenía que entender las cosas por sí mismo. Uno era responsable de sí mismo. Los problemas de cada quien eran propios y uno mismo tenía que resolverlos.

Por supuesto, ese tiempo de orden y disciplina más adelante le vino muy bien a Joshua para su profesión. La dureza mental era imprescindible. Como cuando hizo cinco vuelos secretos de reconocimiento sobre Irán, tomando fotos de sus emplazamientos nucleares. En su quinto vuelo recibió un código cifrado de su apoyo aéreo diciendo que «lo acababan de pintar». Al parecer, los radares iraníes lo habían detectado. El cielo estaba a punto de llenarse de misiles tierra-aire, todos dirigidos a él. Pero él no había terminado. Joshua, con toda paciencia, mantuvo su cámara de reconocimiento dando vueltas para que se pudiera documentar cada detalle de último minuto de las plantas nucleares, sabiendo que en cualquier momento podía estallar en el aire.

Pero los misiles nunca llegaron. No fue hasta meses después que él supo por qué. Una planta israelí dentro de la defensa aérea iraní a última hora sabotó su radar. Los iraníes descubrieron y ejecutaron brutalmente al agente del Mossad, pero Joshua y su misión quedaron a salvo.

Así que desde la perspectiva de Joshua el mundo era un lugar

difícil y peligroso.

Pero las preguntas persistentes que Joshua tenía seguían en pie, no acerca del mundo exterior sino sobre su propia familia.

Allí arriba en su terraza, «en el nido de cuervos» como él la llamaba, Joshua no tenía respuesta para los cabos sueltos que parecían incapaces de unirse ordenadamente. Las cosas personales que parecían desafiar una solución esquemáticamente diseñada. Él era un hombre de tomar decisiones. Alguien que resolvía problemas. La falta de decisión era algo que lo incomodaba. Y más que nada con su propio hijo.

Supo, sentado allí solo, que necesitaba encontrar algo más tangible en lo cual enfocarse. Agarró su pequeño lector de noticias digital que estaba sobre la mesa del jardín e hizo clic en la función de noticias instantáneas. Después de recorrer algunas secciones, un titular captó su atención.

JORDAN DESAFÍA AL CONGRESO EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE MISILES

—¡Esa era una audiencia a puertas cerradas! —gritó Joshua al aire—. ¿Quién lo filtró?

Mientras leía el artículo electrónico del *New York Examiner* se dio cuenta de que alguien le había dado a la prensa todos los detalles de la sesión secreta. Y lo peor era el giro que le daban a Joshua en el artículo: «Militarista... Aprovechado».

El reportaje concluía con una feroz acusación personal:

Las fuentes sugieren que Joshua Jordan pudiera estar intentando subir el precio de su SGR-DR mientras que disputa con el Congreso los documentos de su diseño.

Joshua agarró su celular y marcó el número privado de Harry Smythe. Después de varios timbrazos, el abogado contestó. —Harry, es Joshua.

—Ya lo sé, ya lo sé —interrumpió el abogado—. Lo acabo de leer.

—Una pregunta —reclamó Joshua.

—Dispara.

—¿Cuán rápido podremos comenzar a defendernos?

## DIECISIETE

El agente John Gallagher estaba solo, esperando pacientemente dentro de la sala de conferencias de la oficina del FBI en Nueva York, tirado en una de la media docena de sillas negras acolchonadas que rodeaban una mesa de cristal grande. Una pantalla plana de alta definición, sin imágenes, llenaba una de las paredes de la habitación donde los agentes rutinariamente se reúnen para ver y estudiar entrevistas grabadas a testigos y revisar secuencias filmadas de vigilancia. El video de la entrevista de Gallagher con el polémico presentador radial, el favorito de Nueva York, «Iván el Terrible», estaba listo en el punto de inicio. Pero el director regional, Miles Zadernack, estaba atrasado. Gallagher trataba de pasar el tiempo repasando en su mente cuál sería la respuesta de Zadernack a la entrevista, aunque ya él tenía una idea bastante buena de qué esperar.

Zadernack era un fanático de los reglamentos. Puritano hasta el cuello. Había que reconocer que las técnicas investigativas de Gallagher, aunque eficaces, en ocasiones eran excéntricas. Y si había una cosa que su jefe, Miles Zadernack, no podía soportar era cualquier cosa que se saliera de los reglamentos.

Gallagher tomó unos tragos de la caja de leche que había traído. Era la única cosa que podía detener la sensación aplastante y de ardor que sentía en su pecho. El médico le llamaba reflujo gástrico. Estrés causado por el trabajo... pero esto era más apropiado para los jóvenes banqueros de Wall Street y no para él. Gallagher tenía su propio diagnóstico y suponía que lo que había inhalado el 11 de septiembre por fin lo había alcanzado. Así que no se molestaba en comprar la medicina que le mandaba el médico. Tragarse un poco de leche

parecía ayudar. Con eso bastaba.

—vamos —murmuró mientras le daba un vistazo a su reloj—. Ya es hora del estreno, dale.

Entonces oyó los pasos de Zadernack en el pasillo. Pasos uniformes. Ni demasiado rápidos ni demasiado lentos. Su jefe entró a la habitación, llevaba un traje azul oscuro y una corbata de color entero, como siempre. Y a diferencia de las de Gallagher, las corbatas de Zadernack nunca tenían rastro de manchas de su último perro caliente.

—Buenos días, John —comenzó Miles con su voz monótona—. Veamos qué nos traes hoy.

—Teretsky, el presentador de radio, más conocido como «Iván el Terrible» —empezó Gallagher—. Filmé mi entrevista con él. No podía creer que estuviera de acuerdo sin protestar. Y sin tener ningún abogado presente. Eso fue un bombazo.

—veo que el hombre disfruta los litigios —contestó Miles mientras daba un vistazo al expediente investigativo de Teretsky—. En la secretaría del tribunal deben conocerlo muy bien.

—Sí, dicen que tuvieron que hacer un ala nueva solo para almacenar todos los archivos de sus litigios —dijo Gallagher como un chiste.

Miles sonrió cortésmente.

—Dice aquí que demandó dos veces a la Policía de Nueva York. —Luego, tratando de tener un intercambio subido de tono, Miles añadió — parece que demandará a cualquier tipo que tenga pantalones.

—Sí, y también a algunos que no los tengan. —Él no quería que Miles, la viva estampa de la falta de sentido del humor, tuviera la última palabra en algo, especialmente con dichos ingeniosos.

Miles cerró el expediente e hizo un gesto hacia el control remoto. Gallagher lo apretó y tomó otro poco de leche.

En la pantalla, Iván estaba sentado en la silla de su estudio. Justo antes de hablar extendió la mano hacia el micrófono jirafa para

quitarlo del medio y poder mirar directamente a los ojos del interrogador del FBI.

Iván era calvo, con una barba negra y una mirada ligeramente alocada y perdida. Iván se ajustó sus espejuelos de armadura oscura.

—Muy bien, señor hombre del FBI —comenzó Iván—, usted convocó esta fiesta así que, co-men-emos...

Gallagher comenzó con lo usual. Declaró, para que conste, que Iván daba permiso para la grabación. Dio la fecha, la hora y el lugar de la entrevista, y que Iván hablaba con él voluntariamente sin ninguna coerción ni coacción y que tenía el derecho de que hubiera un abogado presente pero que él había renunciado a ese derecho.

Gallagher decidió no decir la Advertencia Miranda por dos razones. Técnicamente, él simplemente era un testigo y no un sospechoso. Pero, lo que era más importante, él no quería provocar a Iván. Al menos, no por ahora. No antes de que ni siquiera hubieran comenzado.

El agente del FBI identificó el alcance de su entrevista al entrevistado. Le dijo a Iván que estaban investigando la crisis de misiles con Corea del Norte y la información que Iván había recibido con relación a los misiles que venían hacia la ciudad de Nueva York.

Entonces Gallagher comenzó con los detalles de ese día. La hora a la que Iván llegó al estudio esa tarde. El momento en que supo de los misiles por primera vez. Y sobre todo, *cómo* supo de estos.

—Una llamada telefónica —dijo Iván—. Era una mujer.

—¿Quién?

—Ella dijo su nombre... como si yo la conociera o algo así, pero no era el caso. Ahora no me acuerdo del nombre. Creo que lo borré de mi cabeza debido a lo que ella dijo después.

—¿Y eso que fue?

—Comenzó a hablarme vehementemente, pero no alto, era más bien susurrando como si no quisiera que alguien más la escuchara y me dijo: «Sal de Nueva York ahora» ... y si no podía hacer eso,

entonces tenía que irme al sótano. Que había dos misiles de Corea del Norte con rumbo a Manhattan. Entonces colgó.

—¿Y usted anunció por radio que Nueva York estaba bajo la amenaza de un ataque nuclear basándose en la llamada telefónica de una mujer que ni conocía?

—Claro que no. ¿Usted me ve cara de estúpido? No, hicimos una llamada a un contacto en el Pentágono. La persona sonaba nerviosa y se negó a comentar. Hicimos una llamada más, a la mujer en la oficina local de preparación para emergencias. Me hice pasar por oficial de la policía y actué como si supiera que algo estaba pasando... y ella se fue de lengua justo en dos segundos.

—¿En qué teléfono estaba usted cuando recibió la primera llamada acerca de los misiles?

—La llamada me entró directo al estudio —dijo Iván señalando el teléfono que estaba en su buró.

—¿Es ese el mismo número que el público utiliza para llamar a su programa?

—No. la línea del público es un número diferente. En el estudio usamos este para asuntos internos. Este es el número al que llaman los invitados a nuestro programa. También los técnicos llaman por esta línea.

—¿Tiene usted algún tipo de registro electrónico o identificador de llamadas en esa línea?

—No. Solo en la línea del público.

—Pero su personal técnico, y cualquier invitado especial a su programa, alguien a quien usted va a entrevistar en vivo, ¿ellos tendrían este número?»

—Sí.

—Me gustaría ver una lista de todos sus invitados durante los últimos doce meses —pidió Gallagher del otro lado de la cámara—. Y de todos sus técnicos. Cualquiera que tenga acceso a ese número. Empecemos por ahí.

—¿Usted está loco? —dijo Iván de manera abrupta.

Ahora estaba sentado perfectamente derecho en su silla, como si acabara de recibir una descarga de bajo voltaje.

—Esa información es confidencial —dijo Iván—. Nosotros tenemos derechos. Mi abogado dice que tenemos inmunidad periodística para no revelar información a gente como usted.

—Iván, dígle a su abogado que regrese a la escuela de leyes —contestó Gallagher—. La lista de invitados es información pública porque ya usted la sacó al aire y probablemente esté en su sitio web. Además, yo la pudiera obtener de la FCC o de sus archivos públicos. ¿Realmente quiere jugar a abogados conmigo? Puedo mandarle una citación para comparecer ante un gran jurado. Entonces se vería obligado a testificar. A menos que quiera reclamar su derecho a la Quinta Enmienda. Así que Iván, ¿quiere reclamar su derecho de guardar silencio porque pudiera incriminarse a sí mismo? ¿Se siente culpable por la muerte de los neoyorquinos que murieron en el barullo que se produjo porque usted abrió la boca en vivo sin hablar con nosotros primero?

Iván explotó.

—¡Esto es increíble! ¿Usted está diciendo que soy un asesino?

Ahora el polémico presentador está de pie diciendo malas palabras y gritando a su interrogador y poniéndose los puños al lado de la cabeza como si estuviera haciendo alguna especie de extraña danza ritual.

Pero Gallagher seguía hablando.

—Usted no tiene que responder a mis preguntas. Llame a su abogado. Podemos parar ahora mismo. Usted tiene ese derecho, Iván. Mientras tanto, yo hablaré con mis abogados. La única diferencia es que los abogados federales tienen potestad para meter a la gente en la cárcel. Su abogado, por otro lado, solo tiene potestad para mandarle a usted y a su estación de radio una factura prácticamente por la cantidad de dinero del presupuesto de un país pequeño. Entonces, ¿quiere pelear? Arriba.

Iván seguía farfullando. Lo que el video no captaba era la mirada en la cara de Gallagher que estaba fuera de cámara, sonriendo al presentador radial que estaba descontrolado. Por fin, Iván comenzó a recuperar la calma. Luego apuntó a la cámara y gritó:

—¡Apague eso!

La imagen se quedó oscura.

—¿Qué pasó después? —preguntó Miles.

Gallagher conocía a su jefe y reconoció en su voz la tensión para tratar de mantener la calma. Gallagher metió la mano en su maletín, sacó un montón de papeles bastante grande y los tiró en la mesa.

—Todos los nombres y direcciones de cada uno de los invitados al programa de Iván durante el último año. Además de la información de contacto de cada miembro del personal técnico de la estación.

—Tu método no va con el protocolo —dijo Miles con toda naturalidad, pero sus ojos se cerraban nerviosamente mientras hablaba—. Tú conoces el procedimiento estándar. Vas a la oficina de la fiscalía de los Estados Unidos. Ellos van al Ministerio de Justicia y obtienen permiso para citar a la empresa telefónica para que den una lista de las llamadas telefónicas al estudio del señor Teretsky. Ponen un día para el tribunal. La empresa telefónica responde...

—Mi manera es más rápida.

Miles señaló a la pantalla de video.

—No me gusta lo que acabo de ver —advirtió—. Tendré que decidir si te hago una amonestación por escrito por causa de este asunto.

—Miles, piénsalo. Si quieres, todavía podemos conseguir la citación. Mientras esta investigación continúa

—*Si es que continúa* —amenazó Miles con un tono menos monótono de lo usual. Entonces se puso en pie—. Por favor, asegura ese video en el cuarto de evidencias —exigió y dio la vuelta para marcharse.

Gallagher estaba atónito. Tuvo que pensar un momento mientras

todavía estaba en su silla. Por fin estiró la mano y recogió los papeles de la mesa. No podía creer lo que su jefe estaba sugiriendo. Que el FBI dejara de investigar una información que se filtró y que comprometía la seguridad nacional.

*Vamos, Miles, ¿qué es lo que está pasando aquí?*

## DIECIOCHO

### Davos, Suiza

Caesar Demas había alquilado dos pisos completos del hotel Belvedere para acomodar al enorme personal que dirigía su fundación privada. Para estar cómodo, el multimillonario había reservado una amplia villa en las montañas cercanas. Él era un hombre que amaba la tranquilidad siempre que fuera posible. Y el día antes del comienzo de la Quinta Cumbre de la Paz Mundial de su organización, él tenía mucho en qué pensar.

Demas, con su barba muy bien cortada y su pelo canoso cuidadosamente arreglado, estaba parado en la enorme terraza con una taza de té de menta en la mano. Por supuesto, la vista de los Alpes era bellísima, pero en ese momento en particular él no estaba contemplando el paisaje.

Esa tarde Demas esperaba un visitante que tal vez sería capaz de ayudarlo a acercarse un poquito más a su meta final.

Todavía no había terminado su té, cuando Alexi, el jefe administrativo de Demas de tantos años, entró al vestíbulo de seguridad de la parte privada de la villa, junto con el visitante del Departamento de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, y apretó el timbre para anunciar su llegada.

Con un control remoto Demas abrió la puerta. Le dio una cálida bienvenida a su invitado mientras que al mismo tiempo Alexi desaparecía de la habitación.

Luego se encaminaron hasta la terraza donde Demas conversó con el señor Burke sobre algunas cosas sin importancia hasta que le

pareció que había llegado el momento de entrar en materia. Entonces fue directo al asunto.

—Me alegró mucho saber que el Danburg, el Ministro de Asuntos Exteriores, hablará en nuestro congreso sobre la paz. ¿Ya llegó?

—Sí. Viajamos juntos. Agradecemos mucho el alojamiento. Dentro de poco el ministro Danburg estará acomodado en su suite, cuando nuestra gente de seguridad termine de inspeccionar el lugar.

—Yo quería tener una idea de lo que él va a decir.

—Lo sabíamos —respondió Burke con una sonrisa y le entregó a Demas un sobre—. Esto es un borrador de su discurso. Tuve el privilegio de trabajar con él en esto. Pedimos que se prohíba su divulgación hasta treinta minutos antes de sus palabras mañana en la tarde.

—Por supuesto —dijo Demas cortésmente. Él entendía las reglas. Abrió el sobre y con la mirada comenzó a recorrer el bosquejo. Después de un minuto Demas alzó la vista—. Aquí hay una implicación fuerte, que los Estados Unidos podrían estar dispuestos a iniciar una oferta unilateral para compartir parte de su tecnología armamentista con la esperanza de obtener lo que ustedes señalan como «la esperanza de la disuasión universal» —respondió dando golpecitos con su dedo en el discurso impreso.

—Sí, en beneficio de la paz —contestó Burke—. Señor Demas, el gobierno también quiere que sepa que reconocemos el hecho de que usted ha sido un buen amigo del gobierno de Corland. Cuando el resto del mundo denunciaba nuestro uso del SGR-DR, yo sé que usted consultó con el Secretario General de la ONU a favor nuestro. El presidente Corland agradeció mucho los comentarios conciliadores del Secretario general con relación a los Estados Unidos. Estoy seguro de que usted jugó un papel importante para que así fuera.

—Los Estados Unidos son un jugador clave en nuestra esperanza de alcanzar la paz mundial. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, solo déjeme saber. Y, no obstante...

El enviado del Ministerio de Relaciones Exteriores escuchaba

atentamente a Demas para que terminara su idea.

—Y, no obstante —continuó Demas—, si los Estados Unidos se dispone a considerar en serio el compartir su tecnología armamentista con otros países, entonces la pregunta seguiría en pie...

—¿Sí?

—¿A qué sistema de armas se están refiriendo específicamente?

—Por supuesto, esa es una pregunta crucial —contestó Burke mirando a su anfitrión muy de cerca.

—Por ejemplo, ¿estarían dispuesto los Estados Unidos a compartir su tecnología SGR-DR?

Durante los minutos siguientes hubo un silencio total. La expresión de Burke mostraba una ausencia de sorpresa. Él sabía adónde iba la conversación, pero tenía que evitar intervenir demasiado pronto. Claro que no iba a revelar ningún detalle acerca de la disposición del presidente Corland a negociar un tratado internacional de armas a cambio de crédito.

Caesar Demas era un maestro en llegar al meollo de un asunto, al tiempo que mantenía una conducta perfecta con un rostro inmutable. No había una pizca de emoción en su rostro. Nada que revelara cuán importante era el sistema de armas SGR-DR para la misión final de Demas.

Por fin el señor Burke respondió.

—Sí, podría estar el posible diálogo en cuanto a ese tema. Razón por la cual estamos tratando este tema con usted en primer lugar. En vez de usar las vías diplomáticas oficiales de exploración, pensamos en tratarlo con usted directamente. Aquí en el Congreso. Como usted se imaginará, este es un asunto tremendamente delicado.

—Sí, por supuesto —concordó Demas—. Usar los métodos diplomáticos formales entre los países puede ser torpe. Y es demasiado público. Y si las cosas no funcionan... podría ser una vergüenza para su gobierno. En cambio, en mi caso, yo puedo actuar como un enviado no oficial de su posición. Puedo investigar un poco con respecto a compartir el SGR-DR con aquellos países que podrían

brindar ayuda económica y comercial a los Estados Unidos. Yo podría tantear el terreno... ver cuál es su valor neto. Puedo hacer mucho en cuanto a eso a través de la ONU. Y si mis empeños fracasaran, y la prensa se enterara... simplemente me denunciarían a los medios como una especie de entremetido!

Burke y Demas rieron cortésmente. Por fin, el oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores extendió su mano al multimillonario.

—Creo que nos hemos entendido —dijo Burke.

—Al mismo tiempo —añadió Demas con vacilación—, estoy consciente de que el diseñador del SGR-DR es un ex piloto de la Fuerza Aérea que está en disputa con el Congreso. Un acto desvergonzado, en mi opinión... el negarse a divulgar su diseño a su propio gobierno. ¿Está usted seguro de que los pormenores de este sistema de armas estarán disponibles para revelarlo a otros países en algún momento?

—Eso es un asunto de poca importancia. Joshua Jordan se verá obligado a obedecer. No tiene que preocuparse por eso.

—Una última sugerencia —señaló Demas mientras acompañaba a su invitado por la sala enorme y tenebrosa hacia la puerta de la parte privada de la villa—. Espero que no me considere arrogante al decir esto pero, tal vez usted debiera modificar levemente el discurso del ministro de relaciones exteriores.

—¡Ah! ¿Cómo?

—Yo haría que sus intenciones de repartir la tecnología armamentista fueran todavía más ambiguas y no tan evidentes. Eso me daría más influencia en mis negociaciones privadas, tras bambalinas. Es solo una idea.

El señor Burke reconoció la petición con una inclinación de la cabeza.

En cuanto Burke se marchó, Demas hizo una llamada telefónica a una oficina de embarque marítimo en el puerto industrial de Rotterdam.

Sonó un teléfono en la pequeña oficina de importaciones-exportaciones que estaba metida entre kilómetros de muelles de embarque y gigantescas grúas industriales de carga a lo largo de la costa holandesa.

Petri Feditzch, el gerente de la oficina, contestó el teléfono.

—Soy yo —comenzó Caesar Demas.

Feditzch era un buen soldado del pequeño ejército de Demas. Él sabía que no le convenía interrumpir. Esperó a que su jefe continuara.

—Necesitas informarle al mensajero que nuestro proyecto ha sido pospuesto temporalmente.

—¿Debo darle un plazo de tiempo? ¿Cuánto debe esperar?

—Le dirás al mensajero —explicó Demas—, que por lo menos unos días. Tal vez más. Quizá permanentemente. Dile que espere hasta nuevo aviso. ¿Está claro?

Petri Feditzch colgó el teléfono y se limpió la boca. Encendió un cigarro. Demoraría la llamada hasta que terminara de fumar. Los antecedentes de Feditzch como antiguo miembro de la KGB soviética le hacían un cliente exigente.

Pero aún así no sentía ansiedad alguna para hacer la llamada telefónica que tenía que hacer ahora.

## DIECINUEVE

—¿Entonces se lo contaste... quiero decir, a papá?

—Sí. Cal, él es tu padre. Tiene derecho a saber. Confiaste en mí como tu madre, y me alegra que lo hayas hecho. Pero tu papá y yo no tenemos secretos.

—Así que cualquier cosa que yo te diga darás media vuelta para ir a contárselo a papá. ¿Así es la cosa?

—Cariño, Dios nos ve a tu padre y a mí como si fuéramos uno solo. Y tú también debieras verlo así. Así es como es.

—Pero todavía no entiendo por qué esto se ha convertido en un lío tan grande.

Cal Jordan estaba saliendo de Demoss Learning Center en la universidad Liberty con su mochila colgando de un hombro y el teléfono enchufado en la oreja. A lo lejos vio a Karen Hester con su amiga Julie que cruzaban de un lado a otro. Karen lo vio y lo saludó con la mano.

—Porque tú estás sufriendo —contestó Abigaíl Jordan firmemente al otro lado de la línea—. Eso siempre es importante. Si no hubiera sido por el ataque de los misiles, todavía no sabríamos que te habías quedado en Nueva York, ¿o sí? Además, si era algo tan insignificante, ¿por qué me lo contaste?

—No podía seguir con eso adentro. Misiles volando. La gente pisoteada hasta morir. La ciudad de Nueva York en todos los canales. Y mi padre estaba precisamente en medio de todo eso. *Mi padre*. No el de otra persona. ¡El mío! Él es el gran héroe, mientras que yo ni siquiera pude ayudar a una mujer que estaba a un metro de distancia. Me quedé paralizado, muerto de miedo. Y soy yo el que ha tenido que

lidiar con eso.

—Sé que debe haber sido devastador.

—Lo fue...

—Pero ponte en el lugar de tu padre. Él piensa que durante un desastre horrible tú estás a salvo, fuera de la ciudad, y luego descubre que no fue así porque nos mentiste en cuanto adónde estabas y qué estabas haciendo.

—¿Entonces todo este lío es porque no les hablé por lo claro? Que en lugar de irme para la escuela la noche antes como les dije, me fui a la ciudad para estar con Karen. Está bien, no les dije la verdad. Mira, yo sé que a papá no le cae bien Karen. Y sé que le daría un ataque si sabe que nosotros pasamos la noche en Nueva York, aunque no estábamos durmiendo en la misma habitación. Simplemente no puedo creer cómo esto se ha vuelto un problema tan grande.

—Cal, tú sabes que yo espero que me digas la verdad, porque eres mi hijo...

—Sí, claro, está bien.

—Pero todavía más importante es que tú eres cristiano. Tomaste la misma decisión que yo de poner tu fe en Jesucristo.

—Sí, lo sé.

—Y ya que eres cristiano, entonces la verdad debe ser una prioridad.

—Está bien.

—¿No es cierto?

—Sí...

—Y de la misma manera que la verdad es una prioridad para mí, lo debe ser para ti.

—Está bien, mamá. De acuerdo.

A estas alturas Karen estaba a solo unos pasos. Cal se llevó un dedo a la boca para evitar que ella hablara. Su respuesta fue ponerse una mano en la cadera y mostrar un enojo fingido, casi hizo que Cal se

riera.

—Y, para tu papá, decir la verdad es algo muy importante — continuó su mamá.

—No me digas —le contestó Cal.

—Así que, a fin de cuentas, mentir a tus padres fue un gran problema. Cal articuló a Karen las palabras *mi mamá*.

—¿Sí o no? —repitió Abigaíl con un poco más de fuerza que antes —. Sí o no, después de todo, tu mentira fue algo grande.

—Mamá, no te hagas la abogada conmigo. Me vuelve loco.

—No es cuestión de abogados. Es una cuestión de madre. Dos cosas muy diferentes, Cal.

—Está bien. Estuvo mal. Me equivoqué. Papá está enojado conmigo. Vaya, para variar...

—Cal, quiero que me escuches con mucha atención. Él te quiere. Tu papá te quiere mucho.

La voz de Abigaíl se cortó un poco. Cal pudo escucharlo. Él podía escuchar la ternura. Era lo que más amaba de su mamá. Y, sin embargo, detestaba cuando pasaba. Cuando su amor y su pasión llegaban al límite y las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos. Ahora fueron sus ojos los que comenzaron a aguararse. Enseguida Cal le dio la espalda a Karen para que ella no pudiera verlo.

—Eres *tan* importante para él —dijo Abigaíl. Ella medía sus palabras, formándolas en su boca con un cuidado exquisito. Su voz era lenta y suave—. Él daría *su vida* por ti...

Durante unos segundos Cal no habló. Ni su madre tampoco.

—Lo que pasa es que... —Cal estaba tratando de sonar seguro de sí mismo. Después de unos segundos más, continuó—. Lo que pasa es que siempre está encima de mí, por todo, todos los días, a toda hora.

—Cal, vas a tener que quererlo tal y como él es —añadió Abigaíl—. Yo lo hago. Él es un hombre maravilloso. Él no quiere otra cosa que no sea lo mejor para ti. Eso hace que sea exigente, lo sé. Pero, Cal, dale un poco de gracia. Eso es algo que ya debieras saber...

Karen dio la vuelta alrededor de Cal y ahora estaba de nuevo frente a él, pero esta vez no hubo gestos cómicos, ni intentos de hacerlo reír. Ella notó lo que había en sus ojos.

—Mamá, tengo que colgar.

—Está bien. Te quiero, Cal. Y papá también. Manténte en contacto. *Llámanos...*

Cal colgó su Allfone y luego miró a Karen.

—Lo siento...

—¿Era tu mamá?

—Sí.

—La cosa parecía seria.

—La misma canción con diferente melodía.

—Aaaahh —dijo ella con una sonrisa radiante—. Muy buena metáfora, pensé que la especialista en música era yo y que lo tuyo era el arte.

Él sonrió y se encogió de hombros, entonces le preguntó si quería tomar café antes de la próxima clase. Karen estuvo de acuerdo y le tiró del brazo mientras caminaban juntos.

—Entonces, ¿quieres contarme algo?

—La verdad que no. Líos constantes con mi padre.

—¿Por lo de Nueva York?

—Exacto.

—¿Te buscaste un problema?

—Nada que yo no pueda resolver.

—Ahora *sí* que hablaste como tu padre.

—¿Cómo lo sabes? Solo lo viste una vez.

—Dos veces. ¿Te acuerdas del juego de fútbol? ¿En las gradas? Todos nos sentamos juntos.

—El asunto es... —empezó a decir Cal.

—El asunto es que posiblemente te parezcas más a tu padre de lo

que te gustaría reconocer —dijo ella terminando la idea.

—¿Y qué pasó? ¿Cambiaste ahora de música para psicología? —bromeó él para luego añadir— Oye, espero que todavía tengas por ahí algunas de las rosquillas de azúcar. Me encantaría comerme un par con mi café.

—Buena jugada, señor Jordan. Estás tratando de evadirme, cambiando el tema.

Karen veía, mientras caminaban a la cafetería, que Cal estaba pensando mucho. Por fin él habló.

—Entonces, te tengo una pregunta. Es en serio.

—Está bien —dijo ella—. ¿Qué quieres?

Él esperó un momento y se detuvo. Ella se detuvo junto con él e inclinó un poco la cabeza, estudiándolo de cerca. Entonces Cal le preguntó.

—¿Exactamente por quién estarías *tú* dispuesta a morir?

## VEINTE

A la periodista se le hacía difícil seguir la velocidad de su entrevistado. El centro de su atención, un hombre de mediana edad impecablemente vestido procedente de Pakistán, caminaba rápido hacia el elevador reservado solo para diplomáticos en el Centro de Conferencias de Davos. La periodista se esforzaba por hacer tantas preguntas como fuera posible antes de que Hamad Katchi desapareciera en el santuario del elevador, fuera del alcance de la prensa.

A unos seis metros el asistente ejecutivo de Katchi mantenía abierta la puerta del elevador para que este entrara.

—Señor Katchi —continuó la periodista—, hubo un momento en que usted fue uno de los traficantes de armas más notorios del mundo. Usted suministraba sistemas de armamentos avanzados a diferentes países, naciones rebeldes y grupos terroristas...

—Corrección. Nunca he hecho negocios con terroristas —replicó Katchi con una sonrisa. Ya en la entrada del elevador, se detuvo y luego se volvió—. Además, ahora estoy totalmente fuera del negocio de las armas.

—Entiendo —contestó ella—. No obstante, hay muchos que creen que su decisión de aliarse a la Sociedad para el Cambio Global, la organización de la cual usted es fundador junto con Caesar Demas, fue para camuflar su pasado.

—Ahora estoy completamente dedicado a fomentar la paz, en lugar de expandir la guerra —afirmó Katchi—. Usted ya debe haber oído la historia de cómo uno de los mismos sistemas de armamentos que yo vendía causó la muerte de mi propio hermano. Por lo tanto, hace varios años decidí reencauzar mis energías por motivos humanitarias.

Ahora, por favor, lo siento, pero tengo otro compromiso...

Katchi se dio la vuelta otra vez, junto con su ayudante, y entró en el elevador vacío.

Ambos guardaron silencio hasta que el elevador disminuyó la velocidad para detenerse, y las puertas silbaron al abrirse.

En el pequeño pasillo los esperaba Caesar Demas, flanqueado por dos guardias de seguridad vestidos de civil. Katchi y su asistente salieron del elevador para saludarlo.

—vamos a dar un paseo a solas —insistió Demas al mismo tiempo que le hacía una señal a Katchi para que lo siguiera por el pasillo mientras que el asistente se quedaba detrás, junto al elevador. Demas señaló con un dedo hacia la puerta de un baño. Entonces empujó la puerta seguido de cerca por Katchi. Los dos guardaespaldas enseguida ocuparon posiciones para bloquear la entrada al baño de los hombres.

Demas y Katchi comenzaron a examinar el baño con cuidado, abriendo cada puerta para asegurarse de que estaban solos.

Entonces Demas caminó hacia los dos secadores de manos y los apretó hasta que el sonido de ambos llenó la habitación.

Se inclinó hacia Katchi y le habló directamente al oído.

—He dado la orden para detener la acción del mensajero. Al menos temporalmente.

—¿De veras? Yo hubiera esperado. Sé cuál es tu motivo. Tú estás contando con que los Estados Unidos cedan. Bueno, tal vez lo hagan. Pero tal vez no. Creo que debiste haber puesto al mensajero en un lugar seguro antes de posponer su misión.

—¿Por qué? ¿Para que él pudiera estar en posición de apoderarse primero de la información sobre la SGR-DR? ¿Y luego dejarnos de lado y vender la información directamente a otra entidad? Hamad, yo creí que eras más inteligente.

—Aunque los Estados Unidos decidiera no darnos los datos de la SGR-DR, entonces, de acuerdo a nuestro plan, de todas maneras nuestro hombre podría apropiarse de los diseños.

—Sí —contestó Demas—, pero para entonces yo tendré a mi gente alrededor de él para asegurarme de que no se nos vuelva un canalla...

□□□

En ese mismo momento, al otro lado del Atlántico, los carros se amontonaban en fila en la frontera de Canadá y Estados Unidos. Los que querían cruzar de Lacolle, Quebec, a Champlain, Nueva York, tenían demoras de hasta cuarenta y cinco minutos. Los oficiales de aduana de los Estados Unidos revisaban cuidadosamente los pasaportes de todos los choferes que entraban.

Detrás del timón de su auto alquilado, el argelino se tomó unos instantes para examinarse en el espejo retrovisor. Tenía el pasaporte de Yergi Banica en el asiento de al lado. Miró la foto del pasaporte y luego su cara en el espejo.

Se parecía mucho.

Zimler se había dejado crecer el bigote para parecerse más a Banica. Eso lo había logrado incluso antes de asesinarlo. Curioso, pensó Zimler, que Yergi ni siquiera notara la similitud antes de que tuviera la cuerda alrededor de su cuello. A pesar de sus destrezas académicas, Banica no se había dado cuenta de que su ejecutor se esmeró mucho para crear un gran parecido. Para completar su transformación en el profesor rumano de mediana edad, Zimler había adquirido unos espejuelos y se había teñido ligeramente partes de su cabello.

Ahora lo único que faltaba era cruzar la frontera sin ningún percance. Y si eso salía bien, entonces uno de los peores asesinos del mundo andaría deambulando libremente por los Estados Unidos.

Sonó el teléfono de Zimler.

Bajó la vista y vio la palabra «Restringido», pero no contestó. Ahora tenía asuntos más importantes. No podía hacer movimientos sospechosos. Estaba a la vista de los guardias de la frontera y solo había dos autos entre el suyo y el punto de control.

No dejaron mensaje en su teléfono celular. Él silenció el timbre del

teléfono.

Ahora solo quedaba un auto entre Zimler y la parada en la frontera.

Zimler sintonizó en el radio del auto una estación francesa que ponía música clásica. Escuchó durante unos momentos y puso el volumen a un nivel relajante. ¿Había escuchado antes esta pieza? Pensó que podría ser de Debussy, uno de sus compositores favoritos. Tal vez era *Estampes* para piano. Era una pena que las tareas de su «vida profesional» le impidieran disfrutar de las cosas realmente buenas de la vida. Como la belleza y la complejidad de la música.

Pero la música no era por puro placer. También le ayudaría a enfocarse. A disminuir los latidos de su corazón. Lo ayudaba a relajar sus músculos faciales y crear una expresión serena. Todo tenía que parecer normal.

Llegó el turno de su auto. Se detuvo en la ventana.

—Buenas tardes —anunció Zimler, presentando con confianza el pasaporte robado al oficial de la frontera norteamericana.

El oficial sonrió. Entonces estudió el pasaporte y miró muy bien a Zimler.

—¿Qué le trae a los Estados Unidos?

—Siempre he querido visitar el país —dijo Zimler con un acento rumano pulido—. Ahora se me presentó la oportunidad. Se trata principalmente de negocios. Voy a estudiar algunos documentos en la Biblioteca del Congreso para mi investigación.

El guardia de la frontera sonrió pero no quitó sus ojos de Zimler.

—¿Podiera preguntarle por qué no voló directamente de Rumania a los Estados Unidos, señor Banica?

—Bueno —dijo Zimler con una leve sonrisa—, el vuelo a Québec era más barato, por supuesto, que volar directamente a Washington. Pero si quiere saber un secreto... siempre quise visitar Nueva Inglaterra. Mientras manejo puedo ver un poquito, si vengo por la parte norte del estado de Nueva York. Ahora solo espero encontrar una gasolinera que tenga petróleo... usted sabe, con el plan de

racionamiento de su presidente...

El guardia de la frontera sonrió y entonces le entregó el pasaporte a Zimler.

—Que tenga un buen viaje, señor Banica.

Zimler avanzó, cruzó la estación de la frontera norteamericana dejando atrás a Québec. Subió el volumen de la música en la radio.

*Ya entré.*

A unos pocos kilómetros por la autopista vibró su teléfono. Otra vez decía «Restringido». Bajó la música e hizo clic en el celular.

—Quisiera hablar con el mensajero —anunció Petri del otro lado de la línea.

En su oficina de Europoort en Rotterdam, Petri Feditzch daba golpecitos a la punta de otro cigarro que acababa de encender. Miraba por la ventana manchada de grasa hacia la confluencia de los ríos Rin y Mosa. Había decidido esperar un poco antes de comunicarse con Zimler, por si acaso los superiores de Petri cambiaban de opinión y a fin de cuentas decidían no demorar el proyecto. En tal caso sería necesario comunicarse con Zimler varias veces en lugar de una. Y eso era algo que Petri quería evitar. Sus días con la KGB le habían enseñado algunas cosas acerca del lado más perverso de la naturaleza humana. A la gente peligrosa e impredecible hay que manejarla de manera sencilla. La complejidad innecesaria... bueno, no resulta bien, especialmente cuando se negocia con un sociópata como Zimler. Mantener las cosas simples. Predecibles.

—Por favor, debo hablar con el mensajero —repitió Petri.

—Habla —respondió Zimler.

—¿Es el mensajero?

—Si tú eres el exportador, entonces yo soy el mensajero.

—Bien —dijo Petri—. En ese caso tengo un mensaje para ti.

Se hizo silencio.

—Mis superiores quieren que demores el proyecto.

Más silencio... entonces un resoplido de fastidio.

—No me gustan las demoras. Rara vez las tolero.

—Entiendo, pero me temo que en este caso es crucial.

—¿Cuánto tiempo?

—No estoy seguro.

Hubo otra pausa. El antiguo agente de la KGB sabía que la ira hirviente de Zimler estaba a punto de venir sobre él.

—Tengo un cronograma muy estricto —espetó Zimler—. Cretinos como tú no pueden apreciar eso.

Petri volvió a chupar su cigarro y luego contestó simplemente:

—Mi deber era darte el mensaje. Ya lo hice. Las instrucciones están claras. Tienes que paralizar el proyecto hasta que recibas más instrucciones de mi parte.

Zimler no respondió. En cambio, colgó el teléfono y subió el volumen de la radio.

Mientras manejaba, Zimler se estiró para llegar a su maletín, sacó un archivo y lo puso en el asiento del pasajero. Lo abrió. Ahí estaba la foto de Joshua Jordan, junto con los demás documentos que le había dado el fallecido Yergi Banica. También había varios recortes recientes sobre Joshua y la controversia acerca del SGR-DR.

Zimler no necesitaba mucho tiempo para rumiar la llamada de Petri. Él no iba a demorar su misión. Se negaba a que lo trataran como si fuera un escolar en espera de que la maestra le diera su próxima tarea. ¿Con quién se creían ellos que estaban tratando?

Ya sabía exactamente lo que iba a hacer y cómo iba a hacerlo. Zimler volvió a mirar la foto de su objetivo.

Mientras manejaba, escuchando la pieza de piano que estaba por terminar, en su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción.

Sí. Tenía razón. Al fin y al cabo era de Debussy.

## VEINTIUNO

Tres cuadras al oeste de Market Street en San Francisco, no muy lejos del City Hall, dos oficiales armados se bajaron de su vehículo estacionado. Ambos tenían chaquetas de color azul oscuro con letras doradas en la espalda que decían *U.S. Marshal*. Era obvio que el oficial de alto rango, el alguacil adjunto Jim Talbot, carecía de entusiasmo ante lo que tal vez tuviera que hacer hoy.

Este era el distrito de alquileres altos en el centro de San Francisco y el edificio frente al cual los dos oficiales estaban parados encajaba muy bien en el barrio. Al alzar la vista a la fachada de cristales ahumados y acero se podía adivinar que el interior estaba costosamente amueblado y lleno de cromo brillante y mármol pulido, aunque ninguno de los dos oficiales había puesto un pie allí. Talbot tan solo pudo mover la cabeza mientras pensaba: *qué desperdicio tan absoluto del dinero de los contribuyentes*.

Pero era el objeto en el centro de las elegantes puertas de cristal lo que le preocupaba a Talbot. Aunque en los noticieros nocturnos había visto innumerables de veces el enorme símbolo azul con forma de globo y hasta una vez pasó por las bien conocidas oficinas centrales de la organización cuando visitaba la ciudad de Nueva York, le seguía molestando en extremo. Las conocidas ramas de olivo, una a cada lado, que rodeaban un boceto de los continentes del mundo en el centro.

Todo este asunto le parecía muy raro a Talbot. Tener este edificio con ese logo, aquí en San Francisco. En su ciudad. ¿Cómo sucedió eso?

La transformación de su hogar... su país... se produjo en silencio... mientras que nadie prestaba atención.

Justo encima del símbolo estaban las palabras:

Monitor de Derechos Humanos de las Naciones Unidas  
División de California

Talbot quería soltar lo que estaba en su mente en ese mismo momento y en ese mismo lugar. *¿Qué estaba pasando con los Estados Unidos?* Pero no lo hizo. Él era un hombre de palabra. Amaba los Estados Unidos. Y eso quería decir que estaba obligado a hacer cumplir sus leyes. Incluyendo el desventurado tratado de la ONU que su amado país había firmado.

Talbot y su alguacil más joven entraron dando grandes pasos y se presentaron ante la mujer que estaba sentada en el buró de la recepción. En la pared, detrás de ella y encima, había una réplica de las mismas palabras y del símbolo que se mostraba afuera de manera prominente. Ella habló con un marcado acento que era difícil de determinar. Los dos alguaciles estaban allí para ver a la Monitora Jefe de la ONU, Catalina Obreras, una abogada española. Su oficina, dijo la recepcionista, estaba en el tercer piso.

Al entrar en el santuario de la funcionaria de la ONU, cuyas paredes estaban cubiertas de fotos de ella con varios jefes de estado del mundo entero, Talbot se percató de que la señorita Obreras no era el tipo de persona con quien él se relacionaría socialmente. Tal vez eso tenía que ver con el trabajo de ella.

Sobre su buró tenía dos copias del informe en cuestión. Después de las presentaciones y cumplidos obligatorios, ella le dio una copia a Talbot quien se la arrebató.

—Aquí está todo, alguacil Talbot —explicó Obreras—. La queja original en contra del reverendo Teddy Berne de hace tres meses. En aquel momento se le hizo una advertencia mediante una citación por escrito y no lo arrestaron. Eso fue de acuerdo al Pacto del Protocolo entre los Estados Unidos y la ONU. Como usted sabe, cuando se cometen infracciones por primera vez, se hacen advertencias debido a la costumbre de libertad de expresión que tienen ustedes aquí en los Estados Unidos. Pero a pesar de que se le dijo que cesara y se

abstuviera, el reverendo Berne ha proseguido con sus devaneos ilegales y con sus peligrosas demostraciones públicas. Tiene programado un mitin en unos diez minutos aquí en la ciudad. El lugar aparece en la primera página del informe. Allí también encontrará la certificación del Ministerio de Justicia aceptando nuestra recomendación para que se procese al reverendo Berne, con lo cual estuvieron de acuerdo.

Talbot hojeó los papeles hasta que llegó a la carta del Ministerio de Justicia donde le autorizan a detener al pastor. El documento afirmaba que Berne era el presidente de un grupo llamado Fundación para una América Cristiana. Este especificaba que al reverendo Berne se le acusaba de violar el Pacto de Tolerancia y los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (PTDH-ONU) que ratificó el Senado de los Estados Unidos y el Presidente. La carta decía:

El reverendo Theodore Obadiah Berne ha infringido en varias ocasiones el artículo IV, inciso 6, del PTDH-ONU, (difamación de religión) que forma parte de las leyes de los Estados Unidos por acta del Senado de los Estados Unidos, y que firmó el Presidente de los Estados Unidos. El mencionado reverendo Berne ha sido partícipe de difamación irrazonable y ofensiva de la religión de otra persona de manera que ha despreciado dicha religión y con la tendencia a provocar, o amenazando provocar, un desorden público; es decir, mediante comunicaciones y enunciados públicos que han denigrado la religión del Islam y a sus seguidores.

El alguacil Talbot le dio los papeles a su compañero y le ofreció un «que tenga un buen día» muy poco convincente a la señorita Obreras. Entonces giró sobre sus talones y salió de la oficina de la monitora de la ONU.

Cuando el alguacil de los Estados Unidos llegó a la plaza Justin Herman el reverendo Berne, que estaba parado en una pequeña plataforma frente a la enorme fuente y ante una multitud de unas doscientas personas, estaba en medio de su discurso.

Y las cosas estaban comenzando a irse de control.

Acababa de llegar al lugar un pequeño grupo de manifestantes a

favor del Islam y llevaban carteles que decían «Paren la cruzada cristiana en contra de los musulmanes» y «Adiós a la intolerancia bíblica».

Talbot y su compañero se bajaron del auto.

En ese mismo momento uno de los manifestantes decidió correr a un lado del escenario y desconectar los altavoces. Entonces saltó a la plataforma y arremetió directamente contra el reverendo Berne. El asistente del reverendo se inclinó y con el brazo le bloqueó el paso al asaltante e hizo que el atacante se cayera. Ya abajo, el manifestante rápidamente se quitó una de sus botas y con el tacón golpeó al asistente del reverendo Berne en la frente, lo cual hizo que este se bamboleara ligeramente hacia atrás y cayera de rodillas.

Talbot observaba mientras varios policías de San Francisco, que ya estaban de guardia cerca del perímetro de la plaza, corrieron hacia el escenario con los bastones en alto. Dos de los oficiales saltaron a la plataforma y blandieron sus bastones con mucha fuerza sobre los hombros y brazos del asistente del reverendo Berne quien ya estaba en el piso, mientras que un tercer oficial haló hacia un lado al atacante promusulmán, lo reprendió y simplemente le ordenó que se fuera.

Berne comenzó a gritar a los oficiales para que dejaran de golpear a su amigo.

—¡Tienen a la persona equivocada! —gritó.

Lo único que Talbot y su compañero podían hacer mientras se acercaban a la plataforma era guardar para sí sus airados pensamientos. *Yo debiera estar persiguiendo a fugitivos peligrosos de la justicia y no esposando a un predicador y viendo a la policía local golpear a gente inocente.*

Talbot le ordenó al policía que blandía el bastón que se detuviera.

—Retírense, agentes. Ahora nosotros nos ocuparemos. Los dos policías de San Francisco accedieron de mala gana.

—¿Es usted el reverendo Teddy Obadiah Bernes? —preguntó Talbot cuando estaba frente al predicador.

Berne no estaba sorprendido. Él lo esperaba. Levantó un poco la cabeza mientras respondía.

—El mismo.

—Señor, soy un alguacil de los Estados Unidos. Reverendo Berne, usted está arrestado por quebrantar el Pacto de Tolerancia y Derechos Humanos.

La afirmación de Talbot provocó un inmediato abucheo a coro de parte de un pequeño número de los partidarios de Berne que estaban en la multitud, junto con igual número de ovaciones de parte de los manifestantes. Sin embargo, era evidente que esta multitud no tenía intenciones de volverse irrefrenable. Y por eso Talbot respiró con alivio. No había necesidad de alertar al escuadrón antimotines. La mayoría de los que se habían reunido para escuchar al predicador simplemente eran curiosos y no les importaba para nada el resultado. El show se estaba acabando.

—¡Dios salve a los Estados Unidos! —le gritaba Berne a voz en cuello a la multitud mayormente desinteresada que ahora comenzaba a dispersarse—. Que Jehová salve a este país de la tiranía de los amos globales y de las Naciones Unidas, ¡y de la opresión de la policía de San Francisco!

Dos horas después Berne estaba detenido luego que lo inscribieran en el edificio federal. Al Reverendo se le concedió una llamada telefónica, pero no fue a su abogado. Fue a un amigo. Y el amigo llamó a un asociado quien conocía a un general retirado del ejército llamado Rocky Bridger.

□□□

En una hora el general Bridger recibió una llamada en su celular Allfone. Su bote de pesca estaba a punto de atracar en el puerto de Charleston en la costa de Carolina del Sur. El hombre del otro lado de la línea explicó lo que le había sucedido al reverendo Berne.

El general escuchó atentamente mientras saludaba con la mano al capitán de la dársena que estaba amarrando su bote en el muelle. Bridger le prometió al que llamaba que se ocuparía del asunto.

—Estoy a punto de reunirme con unas personas que querrán saber esto —explicó—. No sé más nada del reverendo Berne que lo que me contaste. No tengo idea de si es un hombre honorable o no. Pero hazle saber que su caso no quedará en el olvido.

Después de colgar, el general Bridger marcó el número de su amigo Joshua Jordan.

Cuando sonó el teléfono en la oficina de su penthouse en Nueva York, Joshua estaba reflexionando en unos documentos.

—Josh, es Rocky. Sé que tenemos la agenda llena para la Mesa Redonda, pero tengo algo que me gustaría añadir.

—General, cualquiera que sea el asunto, estoy seguro de que valdrá la pena tratarlo. Qué tal si le mandara un correo electrónico codificado a todos los miembros. Cuéntales el asunto.

—Está bien.

—Abby y yo estamos ansiosos por volverte a ver en Colorado. Tal vez podamos ponernos de acuerdo para jugar un partido de dieciocho hoyos en el club, mientras conversamos.

—Solo si me concedes un handicap decoroso. De hecho, como oficial de más rango, es una orden.

Joshua se rió. El general Bridger era uno de los mejores hombres que él había conocido. Joshua había servido bajo sus órdenes cuando lo asignaron durante un período al Pentágono, y le reportaba a él directamente cuando voló en varias misiones secretas en U-2 sobre Irán, pasando por encima a la cadena de mando.

Se despidieron y Joshua sacó su libro de planeamiento para la Mesa Redonda. Abrió la página de cubierta donde estaba escrito la orden del día. En la parte superior escribió con su pluma: «Preocupación de Rocky Bridger».

Entonces cerró la libreta. Todo dentro de él le decía que el momento para su próximo viaje a Colorado y la reunión secreta que él convocaría no podía ser mejor.

## VEINTIDÓS

La Casa Blanca,  
Washington, D.C.  
Sr. Joshua Hunter Jordan  
1 Plaza Court Towers  
New York City, New York 10004

Estimado señor Jordan:

A nombre de los Estados Unidos de América quiero extenderle mi agradecimiento por la ayuda que usted brindó durante la crisis de misiles de Corea del Norte. Su cooperación durante ese tiempo peligroso proporcionó un servicio importante para nuestro país.

Sinceramente,  
*Virgil S. Corland*  
\*\**Presidente*

Abigaíl estaba releendo la carta que La Casa Blanca le remitió a su esposo unos días después de la casi destrucción de Nueva York. Hacía rato que no veía el documento y se tomó el tiempo para mirar más de cerca el sello grabado en oro que estaba en la parte superior. Tenía el símbolo tan conocido de su país, el del águila con una rama de olivo en una garra y un grupo de flechas en la otra, tal y como aparece en el reverso del billete de un dólar. Ahora, a la luz del feroz ataque que se tramaba en el Congreso contra su esposo, y la recién falta de apoyo por parte de la Casa Blanca, ella releía la carta desde un nuevo ángulo.

—El agradecimiento del presidente Corland en realidad no fue

ningún agradecimiento —masculló para sí.

Se recostó en el asiento, al lado de su esposo en el Citation X, su jet privado. El cielo estaba claro y sin nubes durante este viaje de Nueva York a Denver. Mientras Abigaíl miraba por la ventana ese azul tan profundo, seguía meditando en todo lo que había sucedido. Trataba de hacer encajar las cosas.

—¿Dijiste algo?

Ella se volvió y se dio cuenta de que Joshua la estaba estudiando. No se percató de que había hablado en voz alta. Ahora Joshua levantó la vista de su enorme archivo de documentos de trabajo.

—Solo pensaba en voz alta, es todo.

Joshua indagó más.

—¿En qué?

—Esto...

Ella le dio a Joshua la carta de la Casa Blanca, y él sonrió.

—Así que has estado revolviendo en mi archivo...

—La vi de causalidad entre esos papeles en los que estás trabajando.

—¿Y?

—Creo que la carta de agradecimiento de Corland fue bastante poco entusiasta. Demasiado cautelosa, especialmente si consideramos que acababas de salvar a la población de toda la ciudad de Nueva York de ser incinerada.

—Sí... bueno, no tanto —argumentó Joshua—. Los verdaderos héroes fueron los de mi equipo técnico y la gente del Pentágono y la tripulación del USS *Tiburón tigre*...

—Está bien, entiendo. Mi esposo tan humilde como siempre. Pero me refiero a los motivos del Presidente. En esta carta se ve la política por dondequiera...

—Bueno, al fin y al cabo él es un político. Algo curioso de los políticos es que uno siempre puede contar con ellos para que sean

«políticos».

—Pero Josh, no de esta manera —comentó ella, dando con una uña arreglada sobre la carta que ahora estaba en la parte superior del archivo de él—. Por favor... ¿«quiero extenderle mi agradecimiento por la ayuda que usted brindó...?» ¡Y ni hablar de la manera en que te «honraron»! Una pequeña recepción privada en el Ala Oeste. No fue en la oficina presidencial. No invitaron a la prensa. Solo al fotógrafo de la Casa Blanca. ¿El Presidente, el Jefe de personal y quién más, uno o dos Representantes del pentágono? Y se acabó. Ya tarde, un viernes, mandaron una pequeña nota a la prensa. Eso es lo que hacen en Washington cuando quieren enterrar una historia. Que fue exactamente lo que sucedió. Josh, mi amor, tú merecías algo mejor.

—Estoy de acuerdo, papá. Tú merecías algo mucho mejor —dijo Deborah que estaba sentada en la fila detrás de ellos, escuchando.

—Vaya, parece que aquí tengo una sección de animadoras —dijo Joshua bromeando.

Su hija se estiró por encima del asiento y le abrazó el cuello.

—Olvídate de los políticos, papá. Todos los cadetes en Point piensan que eres maravilloso.

—Pídeles que llamen al Congreso y lo digan allá, ¿quieres? —sugirió su padre esbozando una sonrisa.

—Deb, cuánto nos alegra que pudieras venir con nosotros. Qué bueno que tuviste un receso en la academia. En el momento preciso. Apuesto a que estás ansiosa de montar otra vez en tu caballo —dijo Abigaíl.

—Sí, ya hace tiempo que no lo hago. ¿Cómo está el Sargento Pimienta?

—Dice Frank que está bien —le aseguró Abigaíl—. Y también los otros. Acaba de ponerles herraduras, pero le dije que no los cepillara. Yo sabía que tal vez a ti te gustaría hacerlo.

—Excelente. Oigan, ¿por qué no vamos los tres a dar un paseo a caballo?

De inmediato Joshua miró a Abigaíl con «esa mirada». Ella sabía lo que él quería decir. A él nunca le gustó debatirse entre la familia y los compromisos profesionales. Pero Joshua era un hombre de ímpetu, especialmente cuando estaba en Nido de Halcón para una de sus reuniones secretas de la Mesa Redonda. Con un solo propósito. Enfocado como un rayo láser en la agenda. Esta reunión en particular era crucial.

—Veremos —contestó Joshua.

—¡Ay!, yo conozco esa voz —respondió Deborah mirando al techo del avión—. Significa: «petición denegada, retírese».

Abigaíl se estiró y apretó el brazo de él.

—Ayyy, Josh, hagamos un esfuerzo. Sería maravilloso. Los tres juntos otra vez por el camino.

A Joshua siempre se le hacía difícil negarse a sus dos chicas. Y ellas lo sabían. En el rostro de Abby brillaba una sonrisa mientras lo miraba. Joshua trató de mantenerse serio, pero luego de unos segundos de absorber el brillo de su esposa, no pudo seguir. Y comenzó a formarse una sonrisa en su boca.

—Está bien. Sacaré tiempo para montar a caballo con ustedes. Lo prometo.

—¡Maravilloso! —Deborah se recostó en su asiento y se enganchó su iPod en el oído, pero entonces se detuvo.

—Oigan... en el hangar del avión, antes de despegar, los oí hablando de algo... ¿algo de la seguridad en Nido de Halcón?

Joshua y Abigaíl se miraron rápidamente. Su padre decidió responder.

—Mi abogado, Harry Smythe, sugirió que fortaleciéramos un poco la seguridad en el complejo.

—¿Hay algún problema?

—Realmente no, Deb — interrumpió Abigaíl—. Es solo una precaución.

—¿Una precaución de qué?

—Por la historia que se filtró acerca de mi testimonio en el Congreso —añadió Joshua—, y toda la cobertura que la prensa le ha dado al asunto desde entonces, la mayor parte negativa. Él pensó que sería prudente. Solo porque puede haber algunos chiflados que pudieran querer quince minutos de fama y aparecerse en la puerta. Cosas así.

—Oye, ya yo recibí clases de los elementos de combate —exclamó Deborah—. Y este semestre voy a estudiar inteligencia de seguridad. Así que mientras yo esté contigo, ¡no tienes de qué preocuparte!

Hubo risas en el lugar, pero entonces Deborah dejó de reír y se puso seria.

—Papá, en realidad no dijiste lo que vas a hacer en cuanto a la seguridad.

—Bueno, tenemos a Bill Lawrence —le aseguró Joshua—. Él está familiarizado con Nido de Halcón. Ya lleva tres años ahí.

Deborah no estaba convencida.

—Sí, pero, bueno... ya está muy viejo. ¿Él no está retirado?

—Él es un detective retirado de la policía de Denver —señaló su papá—. Está en muy buena forma física. Todavía tiene la mano más firme que yo haya visto en el campo de tiro. Me hace pasar vergüenza.

—Pero, papá, ¿un solo hombre?

—Y tenemos nuestra seguridad electrónica. Es de último modelo. Así que, Deb, cariño, no estoy preocupado. Creo que Harry Smythe estaba exagerando. A los abogados se les paga para que sean así.

Al decirlo, Joshua miró a su esposa con una sonrisita. Ella también le sonrió y movió la cabeza.

Deborah se rindió y volvió a su música.

Joshua volvió a sus papeles.

Pero un minuto después, Abigaíl volvió a sacar el tema.

—Está bien —susurró inclinándose hacia su esposo—. Solo entre nosotros, ¿qué tiene de malo aumentar la seguridad en la propiedad?

—No es necesario.

—Nunca es necesario hasta que es demasiado tarde.

—¿Tú no crees que entre Bill y yo podríamos ocuparnos de las cosas si surgiera alguna situación?

—No estoy diciendo eso.

—Bueno, ¿y qué estás diciendo?

—Solo que desde que Harry habló del asunto... no sé... tal vez es una impresión. Desde el asunto con Corea del Norte te has convertido en una especie de blanco nacional, eso es todo.

—Cualquiera que en estos días tenga la mala suerte de llegar a los titulares, por cualquier motivo, al final se va a buscar algunos enemigos. Así es la vida. Abby, escúchame. —Él tomó las manos de ellas entre las de él—. Si yo creyera que ustedes corren riesgo, haría lo que fuera necesario para proteger a mi familia. Tú lo sabes, pero realmente no me preocupa tanto lo que Harry dijo, eso es todo. Todo está bajo control. Así que, no nos preocupemos por eso, amor, ¿está bien?

Abigaíl sintió el calor y la fortaleza de sus manos. Había seguridad en la manera en que él apretaba sus manos. Abigaíl siempre se había sentido segura con Joshua. Él era un hombre de una valentía inmensa ante el peligro. Pero en esta ocasión era diferente. Ella podía sentirlo. Una sensación de temor de la cual no podía zalandarse. Como si afuera, en algún lugar, alguna especie de amenaza anónima, inadvertida, estuviera dando zarpazos hacia ellos. Y ya que no podía decir concretamente qué era, no se lo había dicho a Joshua.

En su creciente relación con Dios ella había aprendido una lección importante cada vez que enfrentaba los desafíos de la vida que eran sobrecogedores o que provocaban miedo. En esas situaciones las opciones eran bastante claras: actuar con fe o dejar que el temor la gobernara.

Sin saber exactamente cuándo o por qué, ella se preguntaba si tendría que enfrentar esa decisión.

## VEINTITRÉS

—Tengo autorización para hablar de esto contigo.

—¿De veras?

—Claro, ¿crees que te estoy mintiendo?

John Gallagher, el agente especial del FBI, no quería correr ningún riesgo. Así que preguntó de nuevo.

—¿Estás seguro?

—vamos, John. ¿Qué es lo que pasa?

La mirada en los ojos de Gallagher indicaba claramente que no estaba bromeando. El oficial de inteligencia de la CIA, Ken Leary, decidió indagar más.

—¿Por qué tanta timidez, John? Tú no eres así. ¿Dónde está el toro bravo que todos conocemos y queremos?

—Bueno, últimamente mi supervisor ha estado encima de mí.

—Te refieres al monigote de Miles Zadernack.

—Sí. El tipo que se acuesta todas las noches con una camisa blanca almidonada y una corbata.

—¿En qué lío te has metido?

—Digamos simplemente que él no aprueba mis técnicas para los interrogatorios.

—Oye, apuesto a que no recibiste la nota —expresó Leary con una seriedad burlona—. Ahora los liberales son los que dirigen... se acabó lo de torturar a los sospechosos.

Eso provocó una tremenda carcajada en Gallagher. Leary era uno de los tipos en la comunidad de la inteligencia que compartía el

cínico sentido del humor de Gallagher. De alguna manera la risa siempre ayuda a aliviar algunas de las cosas horrendas con las que tenían que lidiar a diario. De vez en cuando Gallagher iba a las oficinas de la CIA en la Agencia de Nueva York para visitar a Leary. Gallagher supervisaba varias investigaciones pero también llevaba una corta lista de algunos sujetos relacionados con terrorismo que eran sus blancos principales. Algunos de los cuales había estado siguiendo durante años.

En esta ocasión Leary lo llamó a la Agencia pero no le dijo por qué.

—Muy bien, vamos al grano —anunció Leary—. Como veo que todavía estás en contrterrorismo, pensé que tal vez te interesara esto...

Leary puso un boletín en el buró, frente a Gallagher.

**ALTAMENTE CONFIDENCIAL: SE REQUIERE AUTORIZACIÓN**

Bucarest, Rumania: Un cuerpo encontrado en la habitación 417 del hotel Athenee Palace en Bucarest se ha identificado como el Dr. Yergi Banica. El rumano, profesor de estudios internacionales en la Universidad de Craiova, ha sido una persona de interés para la Agencia. La causa de la muerte fue estrangulamiento. El Dr. Banica tiene fama de reunirse con personas también de interés para la Agencia, incluyendo personas que hacían investigaciones relacionadas con sistemas y diseños de armas a nivel internacional. Banica no era un empleado de la Agencia.

—Está bien. Ligeramente interesante —reaccionó Gallagher—. ¿Qué más tienes de este hombre?

—Hemos estado siguiendo las idas y venidas del Dr. Banica. En su mayoría, solo lo normal. Excepto que hubo un viaje reciente que parece un poco extraño. Parece que nuestro amigo viajó de Bucarest a Glasgow. Y de ahí a Islandia, haciendo una breve parada en Reykjavik. Luego a Québec.

—¿Y el motivo del viaje?

—Nada que podamos determinar.

—Pero, bueno, hay algo que no estoy entendiendo —se decía

Gallagher. ¿Me llamó Leary desde el otro lado de la ciudad solo para hablar del asesinato de un informante enemigo?

—Tenemos un informe confiable de la autopsia de Banica y también el momento estimado de su muerte. Ese estimado del tiempo es importante.

—¿Por qué?

—Bueno, como tú sabes... los muertos no vuelan —dijo Leary bromeando con una sonrisa retorcida—. Al menos, no en primera clase.

—¿Le seguiste la pista a su pasaporte? —preguntó el agente del FBI.

—Según inmigración, aduana y las aerolíneas, el Dr. Yergi Banica estaba en el aire sorbiendo vino blanco y comiendo pollo pasado por el microondas catorce horas después de haber muerto estrangulado.

—¿Alguna idea de quién está usando su pasaporte?

—No que se pueda precisar. Tenemos algunos videos de la seguridad en el aeropuerto que muestran a un tipo que es una copia bastante buena de Yergi Banica. Nada muy de cerca.

—¿Por qué el pasaporte de Banica no estaba en una lista de seguridad? Leary soltó una risa displicente, como uno lo hace cuando algo no es realmente gracioso.

—Esa es una historia larga, compleja y muy triste. Huelga decir que los procedimientos de la lista de seguridad en los viajes no son infalibles. Y solo porque la CIA piense que alguien es sospechoso, no se garantiza que Seguridad Nacional va a estar de acuerdo. Están involucrados algunos procedimientos judiciales un tanto complicados.

Gallagher miró a Leary de manera dudosa. Así que el oficial de la CIA simplificó las cosas.

—Sin rodeos, la administración de Corland ha inundado el asunto de la inteligencia y el contrterrorismo con cuestiones políticas.

—Ya entiendo —comentó Gallagher—. Entonces, tenemos a alguien que no sabemos quién es, que está usando el pasaporte del Dr. Banica

luego que asesinaran a este. Tu boletín dice que posiblemente el profesor se estaba relacionando con algunas personas con intereses malignos en armamentos. Bueno, entonces tal vez uno de ellos estaba usando su pasaporte. ¿Tienes algo más?

—Solo puedo darte esto otro verbalmente, nada de documentos —indicó Leary—. John, esto es algo solo para la Agencia. Estoy pisando terreno peligroso al hablar de esto contigo. Así que vamos a jugar un poco a preguntas y respuestas. Yo no puedo darte las respuestas, pero nada me impide que te haga las preguntas correctas.

—Me gustan los retos.

—Ahí vamos. ¿Cuántos sujetos terroristas tienes todavía en tu lista en el Buró?

—Veamos —Gallagher se tomó unos segundos—. Cinco. Había más, pero los demás, o los mataron, o los detuvieron o se supone que estén muertos.

—¿Cinco?

—Sí.

—¿Y quién es el número uno en tu lista?

—Todos son malos.

—Sí, lo sé, pero, ¿quién es el más malo de los malos en tu lista negra?

Gallagher miró a Leary. Leary lo miró a él y sonrió. Entonces Gallagher comenzó a mover la cabeza. Tenía que saber.

—¿Te refieres a Atta Zimler? Asesino a sueldo. Asesino subcontratado de los rebeldes de Al-Qaeda, Hamas y chechenios. De vez en cuando usado por la antigua KGB, luego viró las cosas en un contrato y también mató a algunos de ellos. Cometió algunos asesinatos para facciones antagónicas en Chipre. Además, es un experto en robos de inteligencia, delitos cibernéticos, identidad falsa. ¿Ese Atta Zimler? La madre era argelina y el padre austriaco. Nunca lo han atrapado. Ni siquiera ha estado cerca de que lo agarren.

—Esto es lo que sabemos. Según una sola fuente nuestra, uno de los

contactos de Yergi Banica puede haber sido Atta Zimler.

—¿Entonces tú crees que existe una relación entre el interés de Banica en los sistemas de armas y su posible asociación con Zimler?

—Eso no lo sabemos.

Los ojos de Gallagher comenzaron a ponerse vidriosos, mientras que su cerebro daba vueltas. Se recostó en su silla con una mirada agitada. Se metió el dedo en la oreja y lo sacudió como si estuviera tratando de aclarar sus oídos luego de un descenso brusco en un avión, después se puso las manos sobre su regazo.

—John, hay algo más —anunció Leary, rompiendo el silencio.

Gallagher no habló. Ni se movió.

—Tenemos el rastro del pasaporte de Banica.

Gallagher todavía no se movía.

—La última vez lo escanearon en la frontera de los Estados Unidos con Canadá, cruzó por Lacolle, Québec. Quien sea que lo está usando, entró por Champlain, New York.

Gallagher siguió procesando todo lo que Leary estaba diciendo.

Leary inclinó un poco la cabeza para poder mirar a Gallagher directamente a las pupilas y se inclinó hacia delante.

—Quiere decir, John, que este tipo, quienquiera que sea, ahora está dentro de los Estados Unidos.

## VEINTICUATRO

Matt Christensen trataba de mantener la compostura. Le quedaban dieciocho minutos de transmisión y él sabía que más le valía recuperar algo de control. Como presentador durante largo tiempo de *Punto de crisis*, una transmisión simultánea por televisión e Internet con presentadores charlatanes, su función era ayudar a impulsar la agenda dando la impresión de que él era imparcial. Y él era bueno haciéndolo. Por eso le pagaban un buen dinero.

El programa de la semana pasada salió sin problemas. Los camioneros fueron marginados tal y como la Casa Blanca quería. El secretario de prensa de Corland había escogido a los dos invitados de Matt, un periodista de izquierda y un estratega liberal. Y el programa resultante cumplió su objetivo. Pero el índice de audiencia junto con el programa en sí, eran mediocres. No había conflicto. No había razón para verlo.

Sin embargo, el programa de hoy resultaba ser todo lo contrario. En el estudio de la cadena Global News de Nueva York, había surgido una batalla campal. Y aunque este tipo de riñas podía aumentar el número de televidentes y añadir ganancias, si la agenda sufría, rodarían cabezas. Los mismos invitados confiables de la semana anterior habían sido confirmados. Así que el nuevo ejecutivo del programa decidió añadir un tercero a la mezcla para animar las cosas. Sería su primer y último error.

Matt trató de convencer a este joven productor nuevo de que no invitara a Patrick Forester porque Patrick era... bueno, él sabía expresar sus ideas. Y sabía sostenerse bajo presión. A pesar del aluvión de interrupciones y ridículo constante de sus oponentes, el estratega conservador pudo lanzar un par de asuntos clave, aunque lo

superaban en número, dos contra uno o tres contra uno, si contábamos a Matt.

—El cincuenta y ocho por ciento del pueblo norteamericano piensa que el discurso del Ministro de Relaciones Exteriores en el congreso de la paz de Davos fue demasiado lejos —anunció Patrick—. Ellos creen que Estados Unidos no debiera apresurarse tanto para comerciar nuestra tecnología SGR-DR con otros países. ¡El cincuenta y ocho por ciento! ¡Y eso usando las cifras de la encuesta *de ustedes*! Me imagino que en realidad las cifras son mucho más altas.

Michael Kaufman, el periodista, contestó rápido.

—¡Espera, espera! ¿Ahora quieres decir que se han alterado las encuestas?

—Mike, la empresa que es dueña del mismo servicio de noticias para el que tú trabajas fue la que realizó la encuesta. Y todo el mundo sabe que ustedes no son más que un vocero del gobierno de Corland. Ustedes no sabrían qué hacer con una encuesta imparcial si de repente se les apareciera dándoles una paliza...

—Muy bien, señores. Tratemos de calmarnos —interrumpió Matt—. Miren, todavía no sabemos con exactitud lo que pueda hacer este sistema de armas. Lo único que sabemos es que hicimos una prueba durante la crisis en la ciudad de Nueva York y este eliminó la nave coreana.

—Sí y creó un escándalo internacional —añadió el estratega liberal—. Y muchas preguntas sin respuestas. Corea del Norte afirma que la nave estaba desarmada.

—No me sorprende que te pongas de parte de los comunistas en esto —dijo Patrick con sarcasmo.

—Espérate. Eso fue...

Pero Patrick siguió adelante, como un toro que se abre paso con el ruido.

—El Pentágono confirmó que los coreanos fueron quienes lanzaron dos misiles nucleares. Y como siempre fue la tecnología norteamericana la que pudo cambiarles el curso y mandarlos de

regreso. Este estudio en el que estamos sentados ahora mismo, junto con los muchos neoyorquinos que están viendo el programa, no estaría aquí de no haber sido por el sistema SGR-DR.

—Tal vez eso sea verdad —contestó el periodista—, pero el gobierno emitió una declaración a un Comité Especial del Congreso que investiga este incidente en el que se declara que el presidente Corland no autorizó el uso de la SGR-DR durante la crisis. Él tenía entendido que nuestra gente de la defensa aérea en NORAD y en NEADS tumbaría esos misiles con interceptación convencional.

Pero Patrick también tenía una respuesta para eso.

—Mike, como debes recordar, no hubo tiempo suficiente para eso.

—De cualquier manera, sin avisar a la Casa Blanca y al Congreso, un contratista de defensa tomó el asunto por su cuenta. Ahora este mismo contratista se niega a cooperar con el Congreso —continuó Kaufman—. Está dando evasivas. El gobierno norteamericano tiene el derecho de saber exactamente cómo funciona el sistema.

—El único motivo por el cual este gobierno quiere saber eso es para poder vender la tecnología a otros países, como anunció el ministro Danburg de manera tan elocuente durante su discurso en Davos.

—Oye, Patrick, nadie dijo nada de vender nada! —gritó el estratega liberal—. Si alguien está tratando de hacer dinero es tu socio, Joshua Jordan, quien obviamente está esperando al mejor postor.

—Está bien, señores, por favor —interrumpió el anfitrión—. Respiremos profundamente. Es un buen momento para hacer una pausa. Cuando regresemos, quiero hablar acerca del verdadero problema en mi opinión, las repercusiones éticas de hacer volver las armas nucleares a las poblaciones civiles. Porque el SGR-DR de Joshua Jordan sin dudas nos llevará a eso. Y también quiero decir quién es verdaderamente el señor Jordan y por qué está en la línea de fuego frente al Congreso. Mientras él no sea más abierto, todos estaremos en la ignorancia. Y en el mundo volátil de hoy, ese nunca es un buen lugar. Enseguida regresamos.

□□□

El Secretario de prensa de la Casa Blanca salió del Ala Oeste corriendo a toda velocidad. Iba directo al despacho presidencial.

A mitad de camino se le unió el Jefe de Personal del Presidente, Hank Strand.

—¿Ya tienes una declaración elaborada? —disparó Strand con un poco de falta de aire mientras ambos caminaban dando zancadas como si fueran marchadores olímpicos de larga distancia.

El Secretario de prensa se dio un golpecito en la cabeza y dijo:

—Lo tengo todo aquí.

—Bueno, pues mejor lo pones todo en un papel para que el Presidente lo lea. Y *de inmediato*.

—Ya sé lo básico que vamos a decir. El discurso del ministro Danburg se sacó de su contexto. El gobierno no ha tomado una decisión oficial de comercializar el diseño del SGR-DR a cambio de una ayuda económica internacional. Entonces, rápidamente desviaremos la atención del Presidente y la enfocaremos en el Congreso. Ellos necesitan ejercitar su autoridad. Ya sabes, usar los poderes de desacato del comité supervisor para obligar a Joshua Jordan a ser comunicativo... etc., etc., etc.

□□□

Y una hora después, Caesar Demas, quien estaba en su complejo palaciego adornado con columnas en las afueras de Roma, recibió una llamada telefónica del Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos. El mensaje era cordial pero directo... y nada sorprendente.

—Señor Demas, agradecemos su oferta para negociar como mediador entre los Estados Unidos y otros países clave con relación a compartir nuestra tecnología SGR-DR. Pero lamentablemente, tendremos que rechazar su oferta.

—Entiendo —respondió Demas de manera despreocupada.

—Estoy seguro de que usted podrá apreciar que las realidades

políticas han hecho que dicha comercialización sea... bueno, que no sea factible en este momento.

—Sí. ¡Qué pena!

—Que tenga un buen día, señor Demas.

□□□

Cinco minutos después Petri Feditzch recibió una llamada en su celular. Estaba a punto de irse de su oficina en el puerto industrial de Holanda y dirigirse al centro de Rotterdam para cenar, ya tarde.

Caesar Demas estaba en la línea.

—Soy yo.

—Usted dirá, señor.

—Mira, Petri, le dije al Ministerio de Relaciones Exteriores que evitaran que el idiota de Danburg hiciera obvio en su discurso lo del intercambio del SGR-DR por mejores condiciones para el comercio internacional. Pero no, él no hizo caso. Así que los números en las encuestas bajaron para la Casa Blanca y ahora se han acobardado. Parece que tendremos que conseguir el SGR-DR por las malas. Regresamos al Plan A.

—¿Y el mensajero?

—Dile que seguimos con el plan.

—Está bien. Espero que esta sea la última vez que tengamos que cambiar el rumbo...

—Solo entrega el mensaje —ladró Demas—. Petri, me sorprendes, considerando tu condición de ex miembro de la KGB. Pareces una niñita. ¿Te da miedo hablar con el mensajero?

Petri miró por su espejo retrovisor para ver si lo seguían.

—Para nada. Mi única preocupación es el éxito de la misión.

—Afortunadamente no perdimos mucho tiempo. Nuestro hombre debe ser capaz de llegar al objetivo y sacar la información sin comprometer el cronograma.

—Creo que sí.

—¡Ah!, y algo más —añadió Demas.

—¿Sí, señor?

—Agradecería que nuestro mensajero no dejara un rastro desastroso tras sí.

—Eso pudiera ser un problema.

—¿Y por qué? —preguntó Demas.

—Porque crear un desastre humano es lo que mejor hace él.

Demas no podía rebatir eso.

—Bien. Solo asegúrate de que obtenga todo lo que necesita con relación al SGR-DR.

□□□

Cuando Atta Zimler recibió la llamada de Petri Feditzch ya estaba manejando un vehículo diferente y había dejado la autopista. Después de tomar un camino de tierra y desierto por una zona boscosa del norte del estado de Nueva York y manejar unas pocas kilómetros, se detuvo y entró por un camino reservado para incendios que pasaba por el bosque. Entonces, manejó casi un kilómetro por el bosque antes de llegar al borde de un claro donde había un pantano maloliente lleno de fango negro. Antes de salir se detuvo y se miró en el espejo.

Zimler ya se había afeitado el bigote, se había quitado los espejuelos y se había teñido el cabello de rojo.

Entonces salió del auto.

En ese momento sonó su celular. Hizo clic en el teléfono barato e imposible de rastrear que había comprado en una gasolinera local y respondió a la llamada mientras abría el maletero del auto.

Era Petri.

—El jefe dice que la misión va. Tal y como estaba planeada. Puedes retomarla otra vez.

Al escuchar eso, Zimler tuvo que sonreírse. Solo tuvo una cosa que decir:

—Nunca paré.

Colgó la llamada y metió el teléfono en el bolsillo.

Entonces levantó la tapa del maletero y metió la mano. Agarró un saco de lona, lo arrastró fuera del maletero y lo tiró en el suelo. El ruido sordo que se escuchó sería repugnante para la mayoría de las personas, pero a Zimler no le molestaba en lo absoluto.

Después sacó una caja de cal del maletero.

El argelino abrió el saco y miró adentro.

Ahí, mirándolo con los ojos en blanco, estaba su última víctima con la mueca de la muerte en su rostro. Era el dueño del auto que Zimler estaba manejando ahora. El asesino vertió metódicamente la cal en la bolsa, luego añadió unos ladrillos, la amarró y la arrastró hasta el borde del pantano.

Entonces alzó la bolsa con el cadáver sobre su cabeza como si fuera un levantador de pesas, dio unos pasos cortos hacia el frente y la lanzó a la parte más profunda del pantano.

La bolsa golpeó el pantano y flotó solo durante un momento. Entonces, rápidamente, se hundió en el lodo negro y desapareció por completo de la vista...

## VEINTICINCO

Abigaíl había tenido que preguntarse si bajo la superficie pudiera yacer algún tenebroso secreto. Conocía a su amiga Darlene lo suficiente como para saber que esa mañana, mientras conducían juntas, ella parecía estar cargando un peso demasiado grande en su corazón. Mientras sus esposos se preparaban para al primer día de reuniones del grupo clandestino Mesa Redonda, las dos mujeres conducían hasta Aspen para almorzar. La idea había sido de Darlene.

Abigaíl era varios años más joven que la carirredonda Darlene. Las dos se conocían desde hacía casi diez años, se conocieron por medio de sus esposos. Darlene estaba casada con el juez Fortis Rice, quien había sido juez del Tribunal Supremo de Idaho. Era un miembro fundador de la Mesa Redonda de Joshua.

Como residente durante mucho tiempo en Colorado, Abigaíl había viajado unas cuantas veces por toda la pequeña y rústica villa. En lo particular, no le preocupaba mucho la atmósfera pendiente de las celebridades del famoso centro de esquí, el hogar de varias estrellas de Hollywood y hasta un príncipe saudita, el Beverly Hills de las montañas Rocosas. Pero Darlene nunca había estado allí y se preguntaba si podrían ir. Abigaíl dijo que le gustaría llevarla y estuvo de acuerdo en conducir hasta allá. Viajarían en un pequeño jeep amarillo para esa excursión de un día, el jeep que Darlene decía que se veía tan gracioso y que los Jordans conservaron todo el año en *Nido de Alcón*.

Mientras se sentaban juntas para almorzar en el concurrido café al aire libre, Abigaíl se preguntaba si Darlene habría arreglado ese día juntas para de ese modo poderse franquear con relación a aquello que la tenía en sus garras. Pero todavía Darlene no estaba lista. En lugar

de esto, se pasaba todo el tiempo haciendo chistes acerca de la sociedad de Aspen: la moda muy moderna de perros exclusivos, mezcla de Labrador con Puddle, a quienes la gente del lugar paseaban por delante de su mesa, además de las mujeres ricas y elegantes que usaban pantalones de mezclilla rasgados con mucho arte al mismo tiempo que lucían diamantes de ocho quilates mientras paseaban de un lado a otro meciendo sus carteras Prada.

Darlene hacía que Abigaíl se riera y se sintiera a gusto. Pero Abigaíl, mientras estudiaba a su amiga, detectaba algo. Bajo la superficie del humor de Darlene se veía como una tristeza.

Ellas seguían disfrutando sus ensaladas mientras charlaban sin un tema en particular. Darlene había ordenado una enorme ensalada «del chef», mientras que Abigaíl le gustó la idea del ligero «Especial del Bosque de Aspen», que consistía en un tazón de verduras adornado con nueces y frutas.

Darlene terminó un bocado, le echó una mirada a su amiga, y sacudió la cabeza.

—Sigues siendo muy buena en eso de las calorías. Mírame a mí, me he excedido con todo este jamón y queso. Y olvidé ordenar el aliño bajo en calorías...

—Darley, no seas tan fuerte contigo misma. Vamos a verlo solo como una pequeña celebración. Dos amigas almorzando. En realidad ha pasado mucho tiempo...

—Desde la víspera de año nuevo.

—Tenemos que reunirnos más a menudo. En verdad, Darley...

De repente Darlene se quedó en silencio. Miró su ensalada y con apatía movió la lechuga de un lado a otro. Entonces suspiró, bajó el tenedor y apoyó la barbilla entre sus manos.

—¿Sabes, Abby?, siempre he pensado que tú eras una amiga...

Darlene hizo una pausa. Abigaíl se preguntó qué vendría después de aquello.

—Pero ahora creo que tú eres mi amiga *favorita*.

Abby se ruborizó un poco y estiró su mano sobre la mesa para estrechar la de Darlene. La apretó mientras Darlene continuaba.

—No nos vemos sino una, bueno... tal dos veces al año como promedio. Y muchas llamadas telefónicas en los intermedios, por supuesto...

Abigaíl sonrió cuando dijo eso.

—Siento que en verdad puedo decirte cualquier cosa...

Ahora Abigaíl estaba esperando.

Pero entonces, de repente, Darlene cambió el rumbo.

—Te ves en muy buena forma, Abby. ¿Aún estás corriendo?

—Trato de hacerlo. En estos últimos tiempos nuestros horarios han estado imposibles. Es difícil incluir algo en la rutina con todo lo que está pasando...

—Lo sé. Fort y yo hemos estado siguiendo cómo los medios persiguen al pobre Josh en esta crisis de los misiles. En qué lío se ha metido este país.

Abigaíl asintió y sonrió, pero sabía que Darlene solo estaba dando vueltas alrededor del asunto, cualquiera que este fuera.

—Estoy segura de que ustedes dos estarán bajo mucha presión —continuó Darlene.

—Sí, la ha habido. Pero es curioso, en este tiempo me he sentido muy unida a Josh, a pesar de la tensión y el estrés.

—Humm, estrés... —Darlene repitió la palabra casi a manera de un quejido.

—Pero, por otro lado, conozco a varias personas que la han pasado mucho más mal que nosotros —dijo Abigaíl con una voz apacible que tomó por sorpresa a su amiga. Enseguida Darlene se cubrió la boca con las manos y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Tuvo que esperar casi un minuto antes de que pudiera reponerse y responder. Cuando lo hizo, era evidente que su voz temblaba.

—Nunca voy a olvidar cuánto me ayudaste cuando la muerte de Jimmy. Es una de esas cosas que una madre no puede soltar. Son

muchas preguntas. ¿Cómo pudo mi hijo de veinticinco años, con tan buena salud, morir así por causa de ese aneurisma? No hubo advertencias. Ni síntomas. Una llamada de su amigo... estaban jugando baloncesto. «Jimmy se desplomó», dijo. En un instante cambia toda tu vida. Con solo una llamada telefónica.

—Me alegro de haberte podido apoyar —le reafirmó Abigaíl—. Y sigo dispuesta a hacerlo.

—He tratado de hablar con Fort acerca de esto, pero tú lo conoces, es como si se retirara dentro de él mismo. No lo culpo. Él es así. Sé que estaba destruido. Aún me pregunto si todo esto ha tenido que ver con sus problemas del corazón. Y desde que tuvo que retirarse del tribunal ha sido... bueno... *interesante* en casa, y no en el sentido positivo.

Darlene se detuvo. Se estaba acercando. Abigaíl le permitió continuar.

—Así que he tenido que hacerle frente lo mejor que he podido. Encontrar mis propios pequeños métodos para vivir con todo esto. Es curioso que cuando se es joven, no se tiene mucho temor. Entonces comienzas a perder cosas, pierdes a personas que amas, y de repente le tienes miedo a todo. De modo que haces lo que sea necesario para poner un pie delante del otro y así mantener tu equilibrio.

Sus manos estaban sobre la mesa, mientras clavaba la vista en el espacio y con gracia movía sus dedos al compás de cierto ritmo, como si estuviera rasgando una invisible y pequeña guitarra.

Entonces, de forma brusca, se enderezó en la silla y comenzó a mirar a su alrededor.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi cartera?

El rostro de Darlene reflejaba pánico.

Abigaíl la divisó debajo de su silla y se agachó para tomarla. Darlene estiró rápidamente su mano sobre la mesa para arrebatarse la cartera de las manos de Abigaíl. Al hacerlo, tumbó por descuido la cartera y esta se cayó de la mesa, saliéndose su contenido.

Y esto incluía una docena de frascos de pastillas por receta.

Abigaíl recogió uno de los frascos. Luego otro. Y otro. En todos se leía *Diazepam*.

Abigaíl reconoció lo que era.

—Todos son de valium...

Darlene alargó su mano y los agarró para meterlos de nuevo en la cartera. Trataba de parecer serena, pero no lo estaba logrando. Sus manos temblaban y, sin querer, volvió a dejar caer varios de los frascos de pastillas al suelo. Con calma, Abigaíl la ayudó a recogerlos y ponerlos sobre la mesa.

Entonces, extendió sus manos y apretó las de Darlene.

—Está bien, mi amiga. Estás lidiando con muchas cosas grandes, ¿no es así?

Darlene trató de lanzar un chiste acerca de su vergonzoso momento con los frascos de pastillas. Intentó sonreír y comenzar a hablar, pero no pudo, al menos durante unos breves instantes. Nerviosa, miró por los alrededores a los otros visitantes del café, mientras su barbilla temblaba y las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas.

Por fin encontró la fuerza para hablar.

—Está bien, Abby. Ahora ya lo sabes. Mi repugnante pequeño secreto. Así es como puedo lidiar con las cosas.

—Es mucha cantidad de valium, Darley...

Darlene asintió.

—Tengo tres médicos diferentes en tres ciudades diferentes. Cada uno me hace una receta. No creo que se conozcan entre sí. Aunque hay dos de ellos que saben acerca de Fort, y por tratarse de quién es él, ellos no me hacen muchas preguntas. Así que he triplicado la dosis. Abigaíl, las uso para poder existir.

—¿Y?

—Y siento que no puedo vivir sin eso. Tal y como lo digo. No puedo dejarlo. Que Dios me ayude. He tratado de dejarlo, pero cada vez que lo hago, el miedo y la ansiedad comienzan a ahogarme. No puedo respirar. No puedo dormir. Ni siquiera puedo comenzar a

decirte cuán terrible es.

—¿Fort lo sabe?

—No lo creo. Él sabía que después de la muerte de Jimmy yo tomaba algunos medicamentos para relajarme, pero eso es todo.

Abigaíl pensó en la siguiente pregunta que quería hacerle a su amiga. Sabía que podía parecer un poco brusca, pero era necesaria. Así que decidió seguir adelante.

—Darley, te voy a preguntar esto solo porque me preocupo por ti. Pero me estaba preguntando, ¿por qué decidiste contarme esto?

Darlene se encogió de hombros y movió un poco la cabeza.

Durante un instante Abigaíl tuvo miedo de haber ofendido a su amiga. Pero, por fin, Darlene habló.

—Yo supongo, no sé... tal vez pensé que tú serías una de las pocas personas que no me juzgaría y que podría ser honesta conmigo.

—¿Honesto acerca de qué?

—Mi, bueno... tú sabes...

—Te estoy escuchando...

—Está bien. Mi adicción. Ya está, lo dije. Para sobrevivir dependo por completo de esas pastillas. Por favor, no me odies por esto...

—Darley, por supuesto que no. Te quiero como a una hermana. ¿Pero qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé. Tal vez puedas darme algún consejo. Me he quedado sin respuestas. Solo estoy sobreviviendo minuto a minuto. Aunque apenas.

—Mira, me alegra que hayas confiado en mí. No soy una experta, pero conozco un poco sobre adicción. Hace algún tiempo, cuando me dedicaba por completo a las leyes, tuve algunos clientes que enfrentaban situaciones similares. Y sé lo suficiente como para decirte que tu disposición para admitir que tienes problemas es el primer gran paso.

—Es bueno oír eso...

—El siguiente paso es encontrar un lugar que sea discreto, donde hallan consejeros que te puedan ayudar a deshacerte de esto. Puedo ayudarte a buscar un buen centro de rehabilitación.

Darlene estaba llorando, sin llamar demasiado la atención.

Abigaíl continuó:

—También vas a tener que hablar con Fort acerca de esto...

—Abby, va a quedar devastado...

—Pero, Darley, él te ama y estoy segura que te va a apoyar. Sin embargo, hay otra cosa más, es un paso todavía más importante...

Justo en ese momento se acercaba la camarera. Darlene miró el último frasco de pastillas que estaba sobre la mesa, lo agarró rápidamente y lo metió en su cartera.

Luego miró a Abigaíl por entre sus lágrimas y preguntó:

—¿Un paso todavía más importante? ¿Como qué?

—Tú misma lo dijiste.

—¿Yo lo dije?

—Sí, cuando dijiste las palabras *que Dios me ayude*. Yo creo que Él puede y que lo hará... si tú se lo permites. Dios está en el negocio de reparar personas.

El rostro de Darlene se suavizó y se vio en ella una mirada como de sorpresa. Como si le acabaran de decir algo que ella asumía que había sabido todo el tiempo, pero que ahora se daba cuenta de que no había pensado en eso.

## SEGUNDA PARTE

### *Cuando el león cuenta la historia*

En menos de una generación las cinco empresas entrelazadas de los medios de comunicación han aumentado su influencia en la vida de la casa, la escuela y el trabajo de cada ciudadano. Su concentrada influencia ejerce un poder político y cultural que nos recuerdan los decretos reales de los monarcas que los revolucionarios de 1776 rechazaron.

Ben H. Bagdikian, periodista ganador del premio Pulitzer

Los medios de comunicación pueden determinar la política exterior, y pueden ayudar a ganar o perder guerras. Pueden provocar recesión, o pueden estimular la confianza en la economía. En resumen, vivimos en una dictadura de los medios. Estos controlan lo que sabemos, lo que pensamos y lo que compramos. No es al Hermano Mayor a quien tenemos que temer tanto como al Ciudadano Kane [Nota de la traductora: película que relata la vida de un magnate de periódicos]. Y si en verdad vamos a ser libres, debemos quitarnos el velo que nos ciega.

Tom Neumann, editor, *The Journal of International Security Affairs* [La Revista de Asuntos de Seguridad Internacional]

Por contraste, en el caso de la BBC y la CNN, usted está rotundamente consciente de que en lugar de presentar al mundo como ellos lo ven, esos canales están tomando un lado diferente, el lado internacionalista, liberal y de izquierda en un debate honesto y fundamental sobre la política exterior.

Robert D. Kaplan, «Why I Love Al Jazeera» [Por qué  
\*amo a Al Jazeera] *The Atlantic* (Octubre, 2009)

## VEINTISÉIS

Jerry Hendrickson se paseaba de un lado a otro como un hámster en una jaula. Era uno de esos momentos en que uno suda frío.

Como gerente del estudio *Global News Network's Los Angeles*, Jerry había acabado de leer la amplia transcripción del testimonio del Congreso. Era abrumador. Ahora él estaba entre la espada y la pared. Miró su reloj. Bob Kosterman, el vicepresidente ejecutivo de la cadena, debía haber dejado su almuerzo privado en la mansión ejecutiva en Washington con la vicepresidenta Tulrude unos cinco minutos antes. En este momento Jerry debía llamar a Bob, mientras Kosterman andaba solo dentro de la lemosina que había enviado la administración para que lo llevaran de regreso al aeropuerto.

Así lo hizo. Tres timbrazos y Kosterman descolgó. Jerry no perdió tiempo.

—Señor Kosterman, he leído toda la transcripción del testimonio de Joshua Jordan ante el comité del Congreso. Me parece que este es un tema explosivo.

—Explosivo. Sí. Y sin la intención de usar palabras explosivas. — Kosterman se sonrió por el juego de las palabras.

—Correcto. Bueno, creo que hemos estado proyectando toda esta historia de una manera ligeramente mal dirigida... o... *mal orientada*. Este señor Jordan no está apretando al Pentágono para un mejor trato. De ninguna manera. Dice aquí que la verdadera razón por la cual ha estado renuente a revelar toda su investigación sobre el diseño del SGR-DR es...

Pero Kosterman no lo dejó terminar.

—Jerry, ¿estás acusando a nuestra cadena de crear una historia

falsa?

—No, no, señor.

—¿La cadena cometió una difamación por la que nos puedan demandar? ¿Es lo que estás diciendo?

—No, señor, pero...

—¿Has leído la transcripción?

—Sí, señor.

—¿Te la entregaron de forma anónima?

—Así fue.

—¿Una transcripción de una reunión a puertas cerradas del comité del Congreso para asuntos de alto nivel de seguridad nacional? ¿Te das cuenta del problema en que nos podemos meter si publicamos eso?

—Pero, señor Kosterman, nosotros publicamos ese informe que se filtró sobre el comité en el que Jordan desafiaba al Congreso. Y ahora parece que el enfoque de la historia de la manera en que la reportamos estaba completamente equivocada...

—No lo estaba. Tú mismo dijiste que no creamos una historia falsa.

—Bueno, no lo hicimos intencionalmente. Pero ahora parece que la precisión de...

—No, Jerry, te lo repito, no incluyas nada de esa transcripción en nuestro servicio de noticias de nuestra página web. Ni en ningún lugar. Ni ahora. Ni después. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Y entrega de inmediato esa transcripción a mi asistente ejecutiva. Y no hagas ninguna copia.

Después que Jerry colgó, volvió a sentir ese incómodo sentimiento de remordimiento. Era algo que le estaba sucediendo con mucha frecuencia en estos últimos días. Él había estado en la industria de la televisión durante veintidós años. Suficiente tiempo para ver cómo el negocio de los medios de comunicación se había corrompido, como

plátanos echados a perder con moscas revoloteando a su alrededor. Y él sabía por qué.

Jerry estuvo en la transición que se produjo en 2009–10 cuando todas las estaciones de televisión norteamericanas, en respuesta a los requerimientos del gobierno federal, tuvieron que convertir el sistema antiguo de señal analógica al formato digital. Desde un punto de visto técnico, esto tenía sentido y parecía funcionar bastante bien para los consumidores. De modo que cuando algunos años después el gobierno de los Estados Unidos volvió a ordenar una segunda «conversión» de los medios, la mayoría de los norteamericanos no se disgustó mucho. Ya lo habían visto antes. Por supuesto, en ese tiempo, tras esa transición de los medios, algunos expertos y observadores de los medios habían advertido la posibilidad de que se estuviera desarrollando un desagradable monopolio. Jerry estuvo de acuerdo con esa idea.

La mayoría de los políticos no lo vio, o no lo quiso ver, de modo que el Congreso no intervino. Después de todo, se le había asegurado al público que la conversión de todas las transmisiones de radio y televisión a la transmisión por medio de la Internet daría por resultado nuevas opciones espectaculares de entretenimiento. Los espectadores seguirían teniendo la comodidad de ver las cosas en sus grandes monitores de pantalla plana, pero una vez que cambiaran para obtener la televisión y la radio a través de la web, el norteamericano promedio tendría un banquete de opciones fantásticas. Si John y Jane, en Lansing, Michigan, estuvieran viendo una película sobre el asesinato de Lincoln, podrían hacer una pausa y en su pantalla hacer una búsqueda en Google acerca de la muerte de Abe Lincoln; todo desde la comodidad de sus butacas. O, si un grupo de personas en casa de Casey, en Boston, estuvieran viendo la Serie Mundial en la pantalla del televisor, podrían quitar el audio de la televisión, sintonizar el audio de un locutor deportivo de su preferencia en cualquier estación de radio del país y personalizar su forma de ver el juego, todo en el mismo televisor. Además, el gobierno dijo que necesitaba apropiarse del anticuado espectro de transmisión «por aire» que habían utilizado la televisión y la radio

durante décadas para emplearlo con otros propósitos, como servicios de emergencia y transmisiones extensas de información técnica de alta velocidad para las agencias federales, contratistas e industrias.

Pocas personas reconocieron lo que Jerry y otros veteranos de los medios vislumbraron. Pero la mayoría de los que estaban en los medios como Jerry, entendió que era más fácil mantener la boca cerrada. Después de todo, él tenía una familia que alimentar y un trabajo que conservar.

Por aquel tiempo casi todos los periódicos y revista de la nación también habían emigrado a Internet. El mundo de la publicación impresa había estado en ruina financiera, así que ir hacia el formato electrónico era un asunto de sobrevivencia. En ese momento la televisión y la radio se habían convertido en un solo sistema de transmisión con base en Internet, todas las formas de noticias e informaciones nacionales se habían transferido a una sola plataforma: La web. Era como si todas las compañías de medios de comunicaciones tuvieran reservación para el mismo crucero en un viaje por el océano. Pero pocas personas hicieron la pregunta correcta: ¿Cómo eran los pilotos de ese navío, y hacia dónde se dirigía?

Jerry y algunos de sus viejos amigos en la industria vieron que esto podría convertirse en una embarcación de tontos. La conversión de las noticias a Internet había creado una puerta abierta para que unas pocas de las grandes compañías de telecomunicaciones ejercieran un monopolio sobre todas las noticias y la información.

Y tampoco dejaron de ver el efecto de una toma de poder internacional. Las demás naciones usaron con inteligencia, y de forma encubierta, los fondos del gobierno para comprar una participación mayoritaria en las redes de noticias y de telecomunicaciones norteamericanas durante el tiempo de crisis nacional. Jerry lograría escuchar a la secretaria de Bob Kosterman comunicarle que tenía en línea a los grandes inversionistas de París, Moscú, Beijing o Bahréin. Y él sabía que no era solo para hablar de finanzas. ¿Cómo evitar que se escurrieran en las decisiones sobre qué noticias y programas quitar

y cuáles dejar? El mismo escenario ocurría en todas las demás cadenas de televisión. Y lo mismo en la industria de la radio.

En cuanto a la orden de Bob Kosterman, ocultar la verdad acerca del testimonio de Jordan, bueno, él sabía que su jefe nunca iría contra la corriente.

En voz baja Jerry pronunció las dos palabras que él sabía que estaban detrás de lo que acababa de ocurrir.

*Jessica Tulrude.*



Los miembros de la Mesa Redonda estaban en un receso, en las montañas de Colorado, apiñándose en el enorme local de reuniones en el rancho *Nidos de Alcón* de Joshua Jordan, comiendo sándwiches y tomando bebidas en el aparador de unos seis metros de largo. Las grandes ventanas que se extendían por todo el local brindaban una vista impresionante de las Montañas Rocosas y un amplio panorama del valle abajo, lleno de artemisas de un fuerte color verde y enebros, además del serpenteante río que corría en su centro.

El juez Fortis Rice, un hombre alto y delgado de unos cincuenta años, estaba en pie, frente a una de las grandes ventanas de cristal cilindrado, con sus manos en los bolsillos de sus pantalones de vaquero, mirando hacia afuera.

—Josh, nunca me canso de admirar la vista que tienes desde aquí. ¿Y tú?

Joshua Jordan movió la cabeza y sonrió.

—Nunca.

Las personas que visitaban su rancho de 80 hectáreas (200 acres) muchas veces hacían preguntas como esa. Aunque Joshua no lo mostraba, en realidad eso lo hacía sentirse incómodo. Casi era como si le estuvieran preguntando si estaba contento cuando estaba aquí. Y, por supuesto, no lo estaba. Estaba intranquilo. A pesar de su espléndida mansión de madera barnizada, donde siempre había un suave aroma del humo de sus múltiples chimeneas y abundaban los

chistes sobre la gran piel de oso pardo que estaba en la pared, preguntándose quién en realidad mató a la bestia cuando esta atacó de forma inesperada su partida de caza, ya fuera Joshua o su compañero y jefe de seguridad en el rancho, Bill Lawrence. Ambos tiraron al mismo tiempo, y ambos tenían idénticas *Winchester Big Bore* calibre 94, así que nunca se supo con certeza. Este era un lugar que hablaba del alma de Joshua más que ningún otro en el mundo. Un lugar lleno de buenos recuerdos de la familia y los amigos. Un sitio al parecer lejos de las decisiones de negocios que siempre le molestaban y lo consumían.

Sin embargo, él nunca estaba realmente en paz. Ni siquiera cuando estaba aquí.

—En verdad es precioso —continuó Fort—. Te he contado sobre el pequeño lugar que Darley y yo tenemos en el lago, en Idaho. Por supuesto, no como este. Pero creo que comprendo un poco cómo te sientes cuando estás aquí. Siempre se me olvida traer fotos de nuestra cabaña...

—Fort, ¿cómo está Darley? Sé que Abby estaba muy deseosa de pasar el día con ella.

—Bueno, ella nunca había estado en Aspen. Abby fue muy amable al soportar su insistencia para ir a ver el lugar. Aunque no tengo la menor idea de por qué quería ir. Tal vez para estar lo más lejos posible de la Mesa Redonda. Me pregunto si ella cree que en estas reuniones somos demasiado serios, tú sabes, todo negocio...

Entonces, el juez Rice se distanció de la ventana de una forma abrupta, como si acabara de recordar algo—. Pero no, Darley está bien. Ella está bien.

A mitad de la comida Joshua volvió a llamar a la reunión y todos se sentaron alrededor de la larga mesa oval, con espacio suficiente para acoger a los catorce miembros de la Mesa Redonda.

Joshua, como fundador, era el presidente permanente. La Mesa Redonda estaba compuesta de cinco subgrupos, cada uno con un enfoque particular y su presidente. Cada subgrupo tenía uno o dos

miembros adicionales.

El juez Rice era el presidente del grupo de leyes. El general Rocky Bridger dirigía la unidad para la defensa nacional. El presidente del grupo de los medios de comunicación era Phil Rankowitz, de pelo entrecano, ex presidente de una red televisiva, presidente actual de una red de satélite y fundador de varias compañías experimentales «de los nuevos medios».

Beverly Rose Cortez, estaba al frente del subgrupo de negocios del mercado libre. Su historia era como la de Cenicienta. Con solo veinte años desarrolló su propia línea de ropa y joyas para una pequeña tienda individual en Nuevo México. Y unos pocos años después abrió nuevas sucursales en varias tiendas prestigiosas por todo el estado. Cuando por fin su compañía se presentó a la bolsa de valores, su participación mayoritaria creció de forma vertiginosa hasta casi 500 mil millones de dólares. En la actualidad está en la directiva de varias de las compañías de mayores ganancias en los Estados Unidos.

La unidad política del grupo la dirigía el antiguo senador norteamericano Alvin Leander, un hombre pequeño y fogoso que muchas veces hablaba con un tipo brutal de crudeza, alguien familiarizado, como pocos, con el funcionamiento interno de la ciudad de Washington.

Los hombres y las mujeres de la Mesa Redonda se reunían con regularidad, al menos cuatro veces al año y algunas veces más, por lo general en el rancho de Joshua en las Montañas Rocosas, pero de vez en cuando lo hacían en unos pocos y selectos hoteles, convenientemente centralizados. Todos eran diestros en sus respectivas áreas. Pero todavía más importante era el elemento unificador del grupo.

Después de iniciar la sesión de la tarde, Joshua entregó la palabra al general Rocky Bridger, quien dijo:

—Todos ustedes tienen el correo electrónico que les envié sobre el arresto del predicador en San Francisco. Hemos tenido numerosos incidentes como este, relacionados con la aplicación del tratado internacional de tolerancia en el que se ha comprometido Estados

Unidos. Para ser franco, es deprimente. Juez Rice, sé que usted puede actualizarnos en cuanto al aspecto legal de estas cosas, pero desde mi punto de vista, este es otro en una serie continua de ataques a nuestra soberanía nacional. La sola idea de oficiales de las Naciones Unidas con oficinas justo aquí en los Estados Unidos señalando a ciudadanos de una creencia religiosa en particular y reportándolos a las autoridades federales para que los arresten; estos no son los Estados Unidos por los que yo luché. No sé nada acerca de este predicador, pero tenemos que hacer algo. ¿No fue especialmente para esto que iniciamos este grupo? Tratar de recuperar a los Estados Unidos de América de aquellos que están subastando nuestras libertades por términos de mercado internacional que nos permiten comprar más carros de China mientras nuestros obreros se quedan sin trabajo en casa.

El juez Rice intervino. Era por naturaleza un hombre calmado. Su agitación por asuntos como estos no se reflejaba en su comportamiento sino en la intensidad de sus ideas.

—He estado en contacto con algunas organizaciones legales, luchando contra esos casos de tratados relacionados con la tolerancia. Por desgracia, no hay ninguna buena noticia. En un caso, un tribunal del distrito federal que presidió la jueza Anne Plymouth decretó que la Primera Enmienda tenía precedencia sobre el tratado. Es triste decirlo, el Tribunal de Apelaciones de los Estados Unidos anuló su decisión. Enseguida otro juez citó este terrible precedente en un juicio en Boston en el que se arrestó a un comentarista radial por criticar a un califa musulmán de la localidad, y se le acusó de violar ese tratado. Así que, señoras y señores, como se dice, me temo que estamos caminando sobre una delgada capa de hielo que está a punto de derretirse. Todo esto comenzó con una resolución del Concilio de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas en marzo de 2009. Ha tomado fuerzas con los años. Nación tras nación lo han firmado. Y, por último, nuestro Senado, impulsado por nuestro buen Presidente, también lo firmó.

Alvin Leander estaba a punto de explotar.

—¿Cuándo el Tribunal Supremo va a resolver esta parodia? Si todavía yo estuviera en el Senado, votaría para que llevaran sus cámaras al medio de la calle hasta que aceptaran uno de esos casos para revisarlos...

—El Tribunal Supremo no nos va a ayudar —respondió con calma el juez Rice—. Los dos nombramientos más recientes que hizo el presidente Corland favorecen la ley internacional. Ahora los globalistas mantienen una mayoría en el Tribunal Supremo. Es muy probable que ellos confirmen el tratado y ajusten el significado de la Primera Enmienda, por lo menos, cuando se trata de la sección del tratado en cuanto a la difamación de la religión. El tribunal ya declaró que los crímenes que supuestamente impliquen intimidación, aunque se trate solo de expresión verbal o escrita sin violencia, no tienen protección bajo la Libertad de Expresión y el Libre Ejercicio de la Religión. Ya se ha empleado la terminología en otras decisiones del tribunal. He visto que esto ha estado sucediendo desde hace algún tiempo...

Ya Beverly Rose Cortez también estaba harta.

—Esto es ultrajante. Que una persona no pueda hablar sobre sus creencias religiosas... cualquiera que sean. ¿Y desde cuándo no podemos como norteamericanos decir lo que pensamos sobre las creencias religiosas de otros? Así que sugiero que consideremos pelear estos casos. Voy a empeñar un millón de dólares para la defensa legal de este amigo predicador, quienquiera que sea...

Varios miembros comenzaron a hacer sus comentarios. Entonces...

—Mis amigos, los árboles no nos están dejando ver el bosque.

Fue Phil Rankowitz. Él había estado escuchando con mucha atención. Siempre era el pragmático, tenía una habilidad estilo bisturí para cortar hasta el corazón del asunto. Se quitó sus espejuelos de leer y golpeó con ellos sobre la mesa para aquietar al grupo.

—No estamos viendo el bosque. Es cierto que esto es ultrajante. Y yo podría nombrar otra docena de crímenes deshonorosos contra el sentido común que en estos momentos está cometiendo nuestro

gobierno. Trascendentales infracciones a nuestras libertades como norteamericanos. La lenta y estable transferencia de nuestra nación a un país socialista que se está convirtiendo en una amalgama de un gran estado global. Cada uno de nosotros podría nombrar atrocidades similares. Cosas que habrían incendiado los corazones de nuestros padres y madres fundadores de la nación y que de seguro los habrían incitado a la acción como la revolución que en realidad ocurrió. Pero todo eso significaría seguir dejando de ver lo principal.

—Entonces, ¿qué es lo principal, Rankowitz? —La cara de Alvin Leander se estaba enrojeciendo.

—Es ese antiguo proverbio africano —respondió con tranquilidad.

—¿El qué? —preguntó el general Bridger.

—El proverbio que dice así: «Cuando el león cuenta la historia, el león siempre gana».

—Más sabiduría del gran lama de los medios —murmulló Leander entre dientes. El grupo comenzó a reírse cortésmente.

—Bueno, ríanse si quieren —dijo Rankowitz—, pero el hecho es que quien controla los medios de comunicación, controla el mensaje. Y en un país donde quedan unos pocos vestigios de una república, un electorado bien informado es una poderosa herramienta de libertad. Por otro lado, un público mal informado es una mercancía en extremo peligrosa.

—Phil, entonces, —preguntó la señora Cortez—. ¿qué es lo que usted sugiere?

—Yo propongo que en este momento nos centremos por entero en una sola cosa: Nuestro tan ansiado proyecto con los medios de comunicación. Tenemos que romper el monopolio del silencio que los grandes conglomerados de los medios han disfrutado desde que las noticias fueron a un formato digital. Como alguien del mundo de las noticias, les puedo decir esto: El daño que causan los pecados de comisión de los medios, tales como los hechos incorrectos, la información torcida y los informes polarizados, pueden ser devastadores. Pero con todo lo malo que puedan ser, no se pueden

comparar con la amenaza real: Los pecados de omisión del mundo periodístico. Dejar fuera todo lo que de verdad importa porque sencillamente no se quiere que las personas allá afuera se enteren.

—¿Es el momento correcto para hacerlo? —inquirió el juez Rice.

—No podía ser mejor —anunció Rankowitz—. Josh, con esta situación del SGR-DR en el Congreso, los medios te han atado a un poste para azotes. Distorsionan los hechos. Te hacen ver como un vendedor ambulante de armas que va tras el dinero fácil y no como el patriota que sabemos que eres. Está bien, ese es su pecado de comisión, pero ¿van a permitir tu versión de la historia? No. Así que ese es también su pecado de omisión. Y es ahí donde entra nuestra revolucionaria idea de *AmeriNews*. Nuestro grupo de medios de comunicación tiene todas las piezas en su lugar. Los muchachos del área técnica ya tienen resueltos los problemas. Estamos listos para cargar nuestro servicio de noticias en cada teléfono Allfone de los Estados Unidos. Tenemos el capital para la inversión. Tenemos el servicio de satélite. *World Teleco* está dispuesta a firmar el contrato. Todo lo que necesitamos de ustedes, aquí en la Mesa Redonda, es la luz verde.

—Josh, has estado muy callado en esta discusión —apuntó el general Bridger.

—Solo estaba pensando —respondió Joshua—. Le dije a mi abogado que quería ir al tribunal a hacer algo sobre ese ataque a mi persona. Él me dijo que casi no teníamos caminos legales para responder a esa fuga de desinformación. Al menos ninguna que pudiera tener éxito. Y él estaba seguro de que una acción legal contra los medios por difamación, no procedería.

Joshua se detuvo durante un momento y puso en orden sus pensamientos. Luego concluyó.

—Por otro lado, tan solo piensen en la importancia de la comunicación para la causa de la libertad y la seguridad nacional en la historia de los Estados Unidos. Los comités de correspondencia prepararon el camino para la revolución. El correo a caballo durante la expansión hacia el oeste. El telégrafo durante la Primera Guerra

Mundial. Amigos, creo que es tiempo de que nos sumemos a las filas de aquellos que nos precedieron. ¡Llegó la hora de nuestra revolución!

## VEINTISIETE

En el ala norte del rancho, provista de doce cuartos, Joshua y Abigaíl tenían sus propias habitaciones privadas y su dormitorio principal. Este cuarto tenía una terraza que durante el día permitía una vista del valle y en las noches una bóveda de estrellas incrustadas en el oscuro cielo.

Después de un largo día, ellos se sentaron, uno al lado del otro, meciéndose con suavidad en sus dos sillones. Joshua estaba tomando agua de una botella mientras Abigaíl bebía a sorbos de una taza de té de hierbas. Ella rompió el silencio con voz suave, casi reverente.

—¿Es esa la Vía Láctea?

—Sí. Parece una estela de polvo de diamantes a través del cielo.

—¿Podrías navegar usando solo las estrellas? Quiero decir, ¿si lo tuvieras que hacer?

—En la escuela de aviación nos enseñaron a hacerlo. Me gustaría pensar que aún puedo hacerlo.

Entonces Joshua, con su cara risueña, se volvió a su esposa.

—Después de todos estos años de estar sentados en este portal mirando las estrellas, ¿por qué es la primera vez que me preguntas eso?

Abigaíl tuvo que pensar durante un momento. Luego respondió con una sonrisa.

—No lo sé. Solo se me ocurrió, fue eso.

Entonces, después de un instante, añadió:

—Los astrólogos dicen que nuestra vida está relacionada con las estrellas. Yo creo que eso es un montón de tonterías, pero sí creo que

Dios puso las estrellas en el cielo con una razón. ¿No lo crees?

—¿Y cuál sería esa razón?

Ella se demoró unos segundos antes de responder.

—Bueno, la Biblia dice que los cielos cuentan la gloria de Dios...

—Suenan razonable.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con la Biblia?

—No, no he dicho eso. No exactamente.

—Entonces, ¿qué? —preguntó ella, sondeando un poco más.

—Solo que cuando tú lo dices siempre suena razonable. ¡Y sé muy bien que no se puede discutir con un abogado!

Ella tuvo que sonreírse ante su evasiva. Luego continuó.

—De todas formas, te sorprenderías ante la gran cantidad de personas adultas con las que me encuentro que siguen leyendo sus horóscopos todos los días. Darley dice que ella lo hace.

—¿Cómo está ella?

—Está pasando por un tiempo más difícil de lo que me imaginaba.

Abigaíl estaba considerando cuánto decirle a su esposo, pero necesitaba hablarlo con su alma gemela.

—Algo sucedió hoy mientras almorzábamos.

—¿Con Darley?

—Sí. Fue algo personal.

—¿Como qué?

—Todavía está sufriendo mucho por causa de Jimmy.

—Pienso mucho en la pérdida que sufrieron Fort y Darley cuando murió su hijo de esa manera. Tan de repente, sin advertencia alguna. Justo cuando Jimmy estaba comenzando su vida como hombre. No creo que un padre pueda llegar a sobreponerse de algo así.

Joshua le puso la tapa a la botella de agua y sondeó un poco a Abigaíl.

—Dijiste que estaba relacionado con...

Abigaíl decidió decírselo todo. Su esposo necesitaba oírlo. No solo porque Darley y Fort eran sus amigos, sino porque Joshua y Fort trabajaban muy unidos en la Mesa Redonda.

—Darley se siente culpable por la muerte de Jimmy. No ha podido quitarse de encima la idea de que había algo que ella debía haber hecho para protegerlo. Su médico le recetó un medicamento para la ansiedad porque le estaba costando mucho trabajo dormir. Al principio fue solo una pastilla, luego no fue suficiente y añadió otra. Después decidió que necesitaba más. Así que comenzó a buscar médicos. Ahora tiene tres médicos por separado y está usando valium (un tranquilizante) constantemente. Esto ha estado sucediendo desde la muerte de su hijo. Josh, ella admitió con toda franqueza que es adicta a esas drogas. Dice que no puede pasar ni un día sin tomar algo.

—¡Qué cosa tan grande! Pobre Darley. ¿Y Fort lo sabe?

—No exactamente. Aunque pudiera ser lo que la ley llama indiferencia deliberada.

—Lo dices como si a él no le importara.

—No, al contrario, tal vez le importa demasiado.

—No te entiendo...

—Creo que las personas que aman mucho a otra por naturaleza piensan lo mejor de ella, no lo peor. Es posible que Fort esté viendo muchas pistas, pero inconscientemente cierra los ojos. En realidad no desea ver a su esposa como una adicta. ¿Quién lo desearía?

—Entonces, ¿qué le dijiste?

—Me ofrecí para ayudarla. Llevarla tal vez a un centro de rehabilitación. Y le dije que se lo contara a su esposo. Él tiene el derecho de saberlo, y ella necesita su apoyo.

Joshua miró fijamente a su esposa. Tomó sus manos, las dos, y las besó.

—Gracias a Dios que te tiene por amiga. Eres excepcional, Abby. De verdad.

Ella se inclinó y le dio un apacible y prolongado beso.

—Y tú eres un hombre increíble.

Luego Joshua añadió:

—Si hay algo que pueda hacer para ayudar, me lo dices.

—Gracias, Josh.

Entonces se le iluminó el rostro y se centró en el proyecto de su esposo.

—¿Así que mañana terminan la Mesa Redonda?

—Sí. Vamos a concentrarnos en nuestro proyecto de medios de comunicación. Esto va a ser algo grande. Vamos a ir a toda vela. Abby, vamos a conmover a este país hasta sus cimientos.

—Estaré orando por tu nueva aventura. ¿Es el proyecto *AmeriNews*, verdad?

—Exacto.

—Así que, después que terminemos mañana, tal vez tú, Deborah y yo podamos irnos a pasear a caballo.

—Está bien... pero...

—¿Pero qué, querido? —Abigaíl ya estaba traduciendo la parte no hablada de la respuesta de su esposo.

—Acabo de recordar que debo jugar un partido de golf a dieciocho hoyos con Rocky Bridger.

—Bueno, podrías levantarte temprano, ser el primero en golpear la bola y regresar a tiempo para al medio día irte a pasear con nosotros. ¿Está bien?

Una sonrisa se apoderó de la cara de Joshua.

—Sí. Se puede hacer eso. Puedo acatar órdenes. Fui un buen oficial de la Fuerza Aérea. Plan de vuelo modificado por el alto mando.

—Eres un dramático en exceso —dijo con una sonrisa y los ojos centelleantes.

Luego hubo un breve momento de quietud, donde lo único que se podía escuchar era el lejano correr del río allá abajo en el valle.

Abigaíl fue la primera en romper el silencio.

—Entonces, ¿hay algún plan para la noche mientras estamos aquí?

—Nada, excepto disfrutar la ausencia de planes. Una de estas noches necesito revisar alguna información sobre adquisiciones e inversiones. Ver cómo estamos.

Fue entonces que comprendió.

—Tú tienes algo en mente, ¿no es así?

—En verdad, sí.

—¿Qué es?

—Cuando regresemos a Nueva York, el pastor Paul Campbell va a realizar en las noches una serie especial de conferencias en *Eternity Church*. El rostro de Joshua ni se inmutó, pero Abigaíl podía escuchar los engranajes moviéndose en su cabeza.

—Sé lo que estás pensando —le dijo ella.

Joshua se rió.

—¿Estás segura?

—Cuando tienes esa mirada en tu cara, sí. Estás pensando: «Esposa, esta es la vez número doscientos que me invitas a la iglesia. Y he ido contigo un par de veces. Justo hace dos meses. Pero cuando regresemos a Nueva York tendré muchas cosas a las que darle seguimiento después de la Mesa Redonda».

—Bastante cerca.

—Pero esta vez es diferente. Creo que esta serie de mensajes son más para ti que para mí. El tema es ideal para ti. En serio.

—Bien jugado, señora abogado. Así que soy yo el que se va a lamentar si no va...

—Puedes estar seguro. Y si vas, creo que te sorprenderás. De hecho, creo que encaja en lo que ustedes están haciendo en la Mesa Redonda...

Ella logró tener su atención.

—Has despertado mi curiosidad. Por lo menos dime de qué se trata.

—Mejor que eso, te voy a dar el folleto que me dio Paul para que lo leas. Ahí lo explica todo.

—Está bien, voy a leerlo. Pero sin promesas...

## VEINTIOCHO

### Moscú

Hamad Katchi se abría paso por un callejón lleno de basura, botellas rotas y otros desechos. Era cerca de la medianoche. Para la mayoría de las personas ese vecindario en particular y a esa hora de la noche en particular, sería una experiencia como para poner los pelos de punta.

Pero no para Katchi. No tenía miedo de los gánsteres rusos que controlaban esa parte de la ciudad. Muchos de ellos habían hecho negocios con Katchi en el mercado ilegal de las armas. Y aquellos que no lo habían hecho, con seguridad habían escuchado acerca de él.

A lo largo de los años Katchi había llegado al nivel de celebridad internacional en el bajo mundo. Quién habría pensado que una «conversión» para la paz global le daría la posibilidad de continuar negociando secretamente con los líderes nacionales tras el manto de la legitimidad. Este era un hombre con el cual a nadie le gustaría cruzarse.

El amo pakistaní de las armas dio la vuelta en una esquina y caminó otros quince metros hacia una rústica tienda con la palabra *Kotpeüinx* en el letrero que la identificaba: «Café expreso». La fachada de la tienda estaba oscura, y se veía una señal colgando de la ventana que decía: «Cerrado». Katchi sabía que estaba en el lugar correcto.

Con cautela miró a un lado y a otro de la calle, asegurándose de que estuviera vacía, entonces abrió la puerta y entró. El café estaba vacío, las sillas ya se habían apilado al finalizar el día y las luces en el salón principal del comedor estaban apagadas. Pero desde una

habitación, en el fondo, una suave luz emitía su resplandor hacia el oscuro establecimiento. Katchi caminó hacia la pequeña oficina y cerró la puerta.

Un hombre fornido, que vestía un desaliñado traje y fumaba un tabaco cubano, estaba sentado en la esquina de una pequeña mesa de madera. Con lentitud, dio unos golpecitos con el dedo anular en el extremo de su tabaco, haciendo que las cenizas cayeran al suelo, al mismo tiempo que miraba a Katchi mientras este entraba en la habitación.

—Es bueno volver a verte, Vlad —comenzó Katchi.

El otro hombre, Vlad Levko, había sido agente de la KGB y ahora era un miembro veterano de la reciente agencia de espionaje de la Federación Rusa, la FSB. Sonrió y señaló una botella de vodka junto a dos vasos. Katchi movió su cabeza rechazando la invitación. Levko se sirvió de todas formas, llenó el pequeño vaso y lo bebió de un sorbo.

Levko no perdió tiempo en preliminares.

—¿Qué vamos a hacer tú y yo con nuestro trato?

—Tengo esperanza de poder negociar un precio —respondió Katchi.

—¿Y debo suponer que tienes autoridad para hablar en lugar del señor Demas?

—No hice este largo viaje hasta Moscú para probar tu vodka.

—Está bien, pero hay un pequeño ajuste desde nuestra última conversación.

Katchi estaba preparado para alguna traición de última hora de los rusos. Para lo que no estaba preparado era para algo que desechara el trato.

Levko volvió a llevarse el tabaco a la boca y lanzó una bocanada de humo antes de proseguir.

—Queremos los derechos exclusivos sobre el SGR-DR. No queremos que se venda el sistema a otros competidores.

—Eso no es un ajuste, Levko, eso es una renovación completa. Debiste informarme antes de perder el viaje.

—Y tú debiste haber anticipado que desearíamos ser los únicos propietarios de esta tecnología. Cualquier ventaja que nos pudiera proporcionar el SGR-DR disminuirá en el mismo momento en que la tecnología se distribuya a cualquier otro gobierno.

Katchi no estaba sorprendido, realmente no. Como resultado de la desintegración del imperio soviético unas décadas atrás, la dominación militar rusa se había debilitado. De modo que en los últimos años los rusos estaban como locos tratando de reconstruir la condición de superpotencia, pero aún les quedaba un largo trecho por recorrer. Estaban recibiendo amenazas de todos partes, y si iban a tener alguna esperanza de poder financiar su fortaleza militar, necesitaban proteger su posesión más preciada: Los vastos campos petroleros que eran su mayor fuente de ingresos.

Katchi respondió:

—Va a ser muy difícil vender a Demas lo que estás pidiendo.

—Estamos preparados, por supuesto, para compensarlos por la exclusividad. Sin embargo, ustedes van a tener que garantizar que podrán entregar toda la información necesaria sobre los detalles del Sistema de Guía Reconfigurado-Devolver al Remitente para que el negocio valga la pena.

Hamad Katchi respondió de manera despreocupada, sin pestañear un ojo.

—Eso no va a ser problema.

—Y no vamos a esperar hasta el año que viene para que lo envíen. Tú puedes entender eso.

—Esperamos estar en posesión del SGR-DR en cualquier momento.

—Otra cosa. No podemos, bajo ninguna circunstancia, permitir que se sepa que estamos detrás de tus esfuerzos por obtener el diseño del SGR-DR. ¿Estamos claros en eso? No estamos buscando una guerra mundial con los Estados Unidos. Por lo menos todavía. ¿Puedes garantizar que nos vas a dejar fuera del foco de atención?

—Eso no va a ser problema. Mientras tanto, te sugiero que incrementen la cuota de petróleo a Estados Unidos por encima de lo

que le están ofreciendo en la actualidad, para que parezca que están ayudando a levantar su economía. Seguirán pareciendo como amigos y los Estados Unidos no sospecharán.

Ahora Levko estaba interesado en escuchar el resto de la historia. Se sirvió y bebió otro trago, y le hizo señas con la mano a Katchi para que prosiguiera.

Katchi continuó con entusiasmo:

—Tenemos a alguien consiguiéndonos el SGR-DR que es de talla mundial. El mejor que hay. Tal vez el mejor que haya existido. Estoy seguro de que nos va a dejar a todos fuera del foco de atención.

Pero entonces Katchi se contuvo. ¿Habría dicho más de la cuenta? Él no quería que los expertos rusos de espionaje supieran a quién habían contratado para este proyecto. Los rusos eran de los que no perdonaban. La ejecución por parte de Atta Zimler de tres de sus mejores agentes había dejado una llaga purulenta.

—Este hombre que están utilizando, ¿es alguien que yo conozco? —preguntó Levko con despreocupación.

—Un caballero de América del Sur. Bueno, quizás *caballero* no sea la palabra adecuada. Ha estado operando debajo del radar durante años. Es excelente para este tipo de cosas.

Katchi, luego de la mentira, se quedó estudiando a Levko para ver si había tragado el anzuelo. Vlad solo le sonrió como respuesta mientras bebía otro trago.

Katchi concluyó mientras se levantaba para irse.

—Mi amigo, nunca vas a llegar a la edad del retiro si sigues bebiendo así...

—En nuestro negocio nunca hay garantía de retiro. ¿No es así, Hamad?

Justo antes de salir de la habitación al fondo del café, Katchi añadió casi con descuido:

—Para la posesión exclusiva del diseño del SGR-DR, tendrás que pagar el doble.

Levko no se sobresaltó. Las reservas de petróleo en Rusia estaban en mejores condiciones que nunca. Y la Federación había logrado con éxito tomar el control total de toda la producción privada de petróleo. Otros mil millones de dólares no serían gran cosa.

—Cuídate, amigo —murmuró Vlad Levko a Katchi mientras este salía del oscuro café a la calle—. El mundo puede ser un lugar peligroso.

## VEINTINUEVE

Decir la verdad se había vuelto un negocio arriesgado.

Durante años las noticias en difusión digital de los Estados Unidos habían estado bajo el fuerte agarre de un puñado de magnates empresariales, y ellos no iban a soltar el control con facilidad. Todos en la Mesa Redonda lo sabían. Más razón, pensaban ellos, para lanzar su revolución de inmediato.

El ritmo avanzó considerablemente durante el último día de la Mesa Redonda. Habían llenado la gran cafetera en el local de conferencias, rodeado de ventanas, y ya la habían vuelto a vaciar. El grupo estaba tratando de hacer los ajustes finales del proyecto *AmeriNews*, pero mientras más pensaban que el concepto estaba listo, más y más detalles finales surgían. Phil Rankowitz había pasado la mayor parte del día yendo de un lado a otro, haciendo llamadas telefónicas a abogados, solucionando los últimos términos del contrato con la *World Teleco*, la gran compañía de telecomunicaciones cuyo satélite serviría de transporte al servicio de las noticias.

El financiamiento del proyecto no era el mayor de los problemas. Phil había estado trabajando con Beverly Rose Cortez para asegurarlo. Además de los inversionistas de afuera, varios de los miembros de la Mesa Redonda habían comprometido en esta aventura su capital personal o préstamos avalados por instituciones con sus propias garantías. El proyecto se estructuraría mediante una corporación fantasma denominada *Mountain News Enterprise*, MNE Inc., que ya se había establecido con ese propósito.

El desafío era evitar que la compañía de telecomunicaciones supiera que esta red de noticias sería algo diferente por completo. Después de todo, *World Teleco* apoyaba a la administración de

Corland y estaba en perfecto acuerdo con los servicios de noticias existentes. En contraste, *AmeriNews* sería una nueva clase de periodismo, uno que estaría dispuesto a enfrentarse cara a cara con los actuales gigantes informativos y que además estaría dispuesto a desafiar el actual *status quo* de la política. *AmeriNews* cubriría asuntos impactantes que las redes predominantes de televisión y radio por Internet se negaban a cubrir. Y se transmitiría a los modernos teléfonos celulares *Allfone* que utilizaban la mitad de los ciudadanos norteamericanos. Si todo iba bien, en unos diez meses el plan se expandiría y proporcionaría *AmeriNews* a casi cada norteamericano con un teléfono celular.

Pero el senador Leander seguía martilleando al grupo. Tenía serias dudas sobre si la idea de transmitir las noticias era acertada, y además se preguntaba si por fin se podría cerrar un negocio exitoso con la compañía de telecomunicaciones. De modo que Rankowitz tuvo que volver a recorrer todos los detalles.

—La idea no es complicada —explicó Rankowitz al grupo—. Cubriremos las noticias nacionales sin ningún tipo de restricciones. Tengo directores de noticias que están desempleados y reporteros que periódicos y revistas impresas que han fracasado despidieron de sus trabajos. Ellos están listos para hacer el reporte investigativo y escribir el texto de las noticias nacionales. Por otra parte, los periódicos locales en áreas geográficas clave están dando espacio gratis para sus noticias locales. Cuando alguien con un *Allfone* equipado con nuestro servicio de *AmeriNews* esté dentro del radio de unos ochenta kilómetros de una ciudad o condado que cubra un periódico digital local que ha firmado con nosotros, *bam*, enseguida esas noticias locales se mostrarán de forma automática en su celular *Allfone* y junto con las noticias locales también se mostrarán los anuncios locales. Lo podemos hacer mediante los sistemas ya existentes de localización social que están incluidos en cada uno de los *Allfone*. No hay que hacer ningún ajuste en el equipo. Cada teléfono tiene integrado un sensor GPS y una brújula electrónica de modo que se pueda determinar dónde está. Nosotros solo utilizaremos esa información para conectar al usuario del *Allfone* con el miembro

más cercano de nuestra asociación de periódicos locales. Pero recuerden que la ventaja más grande de todo esto es que cada usuario de estos celulares no solo recibirá las noticias locales del lugar donde esté en ese momento, sino nuestra propia cobertura informativa de los asuntos nacionales, todo al alcance de sus manos. A través de los *Allfone* los lectores nos darán acceso a todo el país, de una punta a la otra. Penetraremos el monopolio del silencio de los medios y lo haremos con nuestros temas. Por primera vez en años, el pueblo norteamericano comenzará a recibir los hechos reales.

Pero a Leander aún le preocupaban las posibles divulgaciones.

—¿Y si de repente la compañía de telecomunicaciones *Allfone*, *World Teleco* se echa atrás? ¿Si descubre que tus noticias van a desafiar el flujo principal de los medios de comunicación que ya ellos tienen como clientes? ¿Que estás planeando destruir el monopolio de las noticias? Tengo suficiente edad como para recordar la manera en que la red *Fox* sacudió el negocio de los medios de comunicación durante un tiempo y cómo las personas en el Senado, y yo, tuvimos que estarlos vigilando. Era algo saludable. Fue durante aquel tiempo que los que conducían los controversiales programas radiales de participación en realidad podían desafiar a la Casa Blanca. Luego, hasta las otras redes de noticias parecieron aventurarse, comenzaron a mostrarse un poco más susceptibles, más honestas, más independientes. Pero ya todo eso pasó. Phil, estamos a punto de pinchar a estas poderosas compañías de telecomunicaciones justo en los ojos.

Rankowitz no se inmutó.

—Para mí está bien, ¿y para ti? Además, también queremos dejarles un ojo morado a las agencias de noticias en este país. Ellos se han vendido a las empresas de telecomunicaciones que controlan su acceso a Internet. Pero ahora estamos a punto de destrabar esa situación.

Leander continuó después del Presidente del grupo de los medios.

—No me estás escuchando. ¿Y si la *World Teleco* descubre esto? Que están a punto de invitar un caballo de Troya en su sistema

inalámbrico. Tal vez se retiren antes de firmar el contrato.

El juez Rice levantó un dedo. Todos los ojos se volvieron a él.

—He revisado la estructura del contrato de Phil —dijo Rice—. No creo que haya forma alguna de que *World Teleco* descubra que este grupo o alguno de ustedes está implicado. Ellos pensarán que esto solo es otro servicio de noticias. Phil ha sido muy inteligente al contratar a antiguos empleados del mercado general de las noticias para que sean la fachada del contrato. Lo que *World Teleco* no sabe es que ellos son personas de los medios que de manera silenciosa creen lo mismo que nosotros. Amigos, me parece que estamos bien.

Joshua había estado pensativo, pero ahora decidió poner la piedra final de la discusión.

—Amigos, esto nos obliga a confiar. Varios de ustedes están respaldando esto con su propio dinero y su crédito. Pero todos estamos de acuerdo en una cosa: Mientras que no llevemos la verdad a los norteamericanos, este país se seguirá desmoronando.

Se iluminó el rostro de Phil Rankowitz, quien con nerviosa energía daba golpes con su bolígrafo sobre la mesa, con el tipo de sonrisa que lleva un niño cuando va al circo. Le hizo un gesto a Joshua y dijo como con electricidad en su voz:

—Queremos lanzar esta nueva red de noticias basada en la tecnología celular con una serie de titulares sobre tu historia del SGR-DR. Llevar los verdaderos hechos de por qué no entregaste el diseño al Congreso. Y cómo el Congreso y las noticias de los medios te han estado presentando falsamente como un tipo de traidor. Además, algo más al respecto. Queremos exponer el encubrimiento de la Casa Blanca sobre lo que en realidad pasó dentro del Despacho Oval el día en que esos misiles norcoreanos venían hacia nosotros. Algo huele muy mal en la explicación del Presidente. La jefatura del Pentágono con la que ha estado hablando Rocky Bridger en privado, ha dado una historia diferente. Ellos dicen que la Casa Blanca sabía bien que nuestro ejército iba a utilizar el SGR-DR para hacer volver esos misiles y nunca hizo objeciones. Si la administración de Corland dice lo contrario, está diciendo puras sandeces...

Durante unos pocos segundos hubo silencio. Como si por fin todos hubieran comprendido cuán grande en verdad era aquello. En un golpe audaz estarían desafiando al Congreso, a la Casa Blanca y al monopolio norteamericano de la noticia.

Rocky Bridger hizo un llamado a votar.

—Necesitamos aprobar esto formalmente para poder comenzar con la implementación. Ahora. La espera terminó. Recuerden, este voto necesita ser unánime.

Enseguida lo secundaron. El proyecto *AmeriNews* estaba a punto de someterse a votación.

—¿Todos a favor? —dijo Joshua.

Todos, excepto el senador Leander, levantaron la mano a favor. Él estaba sentado, de brazos cruzados, con una fría mirada en su rostro.

Por fin, después de un momento de indecisión, levantó también la mano con lentitud. Joshua anunció lo que ya era evidente para todos.

—Terminamos. *AmeriNews* está en marcha. ¿Cuánto tiempo, Phil?

—Estoy presionando todo lo que puedo. En una o dos semanas esperamos estar en vivo. Tal vez un poco más.

El grupo se dispersó después de algunos asuntos finales, incluyendo las fechas de seguimiento para los miembros. Fue entonces que Rocky Bridger se acercó a Joshua.

—Así que, ¿estaremos mañana en el primer hoyo?

Joshua puso los ojos en blanco y se sonrió un poco al decir:

—Sí, a las seis y media de la mañana. De esa forma aún tendré tiempo para dar un paseo a caballo con Abby y Deb.

—¿Tienes algún plan después?

Joshua inclinó su cabeza con una paciente sonrisa y añadió:

—Al día siguiente volaremos de regreso a Nueva York. Con el tiempo suficiente para ir con Abby a una conferencia en la iglesia a la que ella asiste. ¿Y tú?

—Oh, creo que tomaré un vuelo temprano después de nuestra cita

de golf. Tengo que asistir a una reunión de oficiales retirados en San Diego. Estaré allá un par de días. Luego salgo para Pensilvania. Estoy muy deseoso de hacerlo. Ver a mi hija Peg, y a mi yerno Roger.

Joshua estaba tratando de ubicar el nombre.

—¿Roger... Roger French?

—Sí. Es un agente de seguros en Filadelfia. Un buen hombre. Desde que murió Dolly yo he estado por mi cuenta, la familia se ha convertido en algo precioso para mí. No veo las horas de verlos a ambos; y también a mi nieta.

Joshua le dijo a Rocky que se encontrarían para desayunar temprano, a las 5:30 de la mañana siguiente y que luego lo llevaría en su carro hasta el club de golf.

Después que partió el general Bridger, Joshua miró con detenimiento al juez. Rice, que por lo general era un hombre sin emociones, parecía pensativo, turbado.

Le dio unos golpecitos a Rice en el hombro y le dijo:

—Parece que algo te preocupa. No tienes problemas con el proyecto sobre los medios, ¿verdad?

—Ninguno. Desde el principio he estado contigo en esto.

—¡Qué bueno! Solo me estaba asegurando...

—Pero hay algo que sí me preocupa.

—¿Algo de lo que quisieras hablar?

Fortis Rice lanzó una especie de gruñido y asintió con la cabeza de una forma tal que impresionó a Joshua al verlo indefenso y al descubierto, sobre todo tratándose del juez.

Rice dijo:

—Anoche me dijo Darley que tenía algo que necesitaba conversar conmigo. Pero dijo que podía esperar a que terminara nuestra reunión. Me ha dejado pensando...

La voz de Fortis Rice se marchitaba. Pero entonces, cambió de repente el tema. Dijo:

—Además, estaba pensando en ese abogado, Allen Fulsin, que yo iba a recomendar para que formara parte de la Mesa Redonda y reemplazara a Fred Myster en el subgrupo legal. A propósito, el tratamiento del cáncer de Fred está progresando de forma satisfactoria. Tengo la esperanza de que lo hayan atacado a tiempo. Pero el asunto es que necesito investigar un poco más a Allen Fulsin. Ya yo le he planteado el asunto acerca de nuestro grupo. Por supuesto, traté de ser lo más discreto que pude.

—Cuéntame algo de él.

—Es súper competente. Fue funcionario en el Tribunal Supremo de Justicia. Trabajó en la oficina del fiscal general del estado antes de irse al sector privado. Ese no es el asunto. Lo que más me preocupa son las cosas que no conozco personalmente de él. Como su carácter y su filosofía política. Solo tengo información de segunda mano. Aunque todo suena bien. Y luego tuve esa conversación con él...

Joshua advirtió la preocupación de Rice, así que le preguntó a quemarropa:

—¿Le dijiste algo de lo cual te arrepientes ahora? ¿Quiero decir acerca de la Mesa Redonda?

—No. No le dije nada concreto. No le di los nombres ni los detalles de nuestros miembros. Solo un poco de lo que hacemos. Tú sabes, para tantearlo. Creo que pude haber mencionado que estamos trabajando en un proyecto sobre los medios audiovisuales. Sí mencione a la *World Teleco* para ver si alguna vez los había representado. Él dijo que no.

—¿Crees que fue honesto?

—Tengo esa impresión.

—¿Y sus ideas sobre la política?

—Muy entusiasmado con nuestra posición acerca de las cosas. Dice que ha estado esperando para hacer algo por el futuro de los Estados Unidos.

—Entonces, ¿alguna preocupación?

—En realidad no. Aunque anoche le eché un vistazo al currículum vitae que me dio. Noté que había omitido algo. Tal vez fue un descuido inocente, pero no relacionó su trabajo para un bufete de abogados en D.C. el año antes de unirse a *Cobrin, Cabrezze & Lincoln*, donde está trabajando ahora.

—¿Cuál fue ese otro bufete de abogados?

—*Morgan & Whitaker*.

—No entiendo. ¿Por qué es importante?

—Morgan, el socio mayoritario en el anterior bufete de Allen, fue asesor legal de la Casa Blanca para el presidente Corland durante el primer año de su administración. Nosotros estamos utilizando la Mesa Redonda para atacar de frente las políticas imprudentes de la administración Corland. Así que me estoy preguntando si Fulsin omitió deliberadamente de su biografía el hecho de que había trabajado con un bufete de abogados que apoya a Corland. Necesito estar seguro de que Allen no tenga conflicto de lealtades.

Joshua pensó en la remota conexión entre Allen Fulsin trabajando para una firma en Washington y que el socio principal de esa firma hubiera trabajado para el presidente Corland. Parecía que el juez Rice estaba exigiendo demasiado, pero por otro lado, eso es lo que hacen los abogados y los jueces.

Rice dijo de una manera espontánea:

—Josh, de todas maneras voy a ahondar un poco más. Solo para estar seguro de que la asociación anterior de Allen con los abogados de Corland no distorsione su juicio en el trabajo con nosotros.

Joshua le agradeció su diligencia. Luego añadió:

—Espero que todo salga bien en tu conversación con Darley.

Rice sonrió con una mirada que decía que apreciaba la amabilidad de Joshua. Pero, muy típico de él, no añadió palabra alguna a ese pensamiento. En vez de eso, tomó su maletín, dio una vuelta y salió de la habitación.

## TREINTA

Sonó el teléfono en la oficina de *Consolidated Insurance Brokers*, en el centro de la ciudad Filadelfia. Era un mal momento. Todos, excepto Roger French, se habían marchado. Ahora dudaba, se debatía entre la culpa de irse temprano y el beneficio de evitar el tráfico de la hora pico. Ya había visualizado el camino, primero al boulevard JFK y de ahí a la autopista. Esa sería la manera más rápida para llegar a tiempo al juego de baloncesto de su hija.

La mano de Roger se estiró por encima del panel del sistema telefónico de la oficina. La ley de Murphy le decía que debía dejar que fuera directo al correo de voz, pero una fuerte ética profesional le instaba a contestar.

Mientras agarraba su maletín apretó el botón en el panel que decía: Roger, audífono.

El hombre al otro lado de la línea hablaba con un claro acento británico.

—Oh, cuánto me alegra escuchar que todavía haya alguien ahí. Necesito adquirir un seguro comercial de inmediato para una empresa internacional a la que represento.

*Sabía que no debía haber respondido esa llamada.*

Roger trató de aplazar al cliente tan insistente.

—Me dará mucho gusto reunirme con usted mañana. Tan temprano como guste, pero esta noche tengo un compromiso...

—Sí. Lo siento, pero verás, tengo un tiempo muy limitado en los Estados Unidos para coordinar esto. Me adelantaron mis planes de viaje y tengo que regresar a Londres mañana por la mañana, así que esta misma noche tengo que tratar esto con un agente de seguros.

La voz de Roger era cortés mientras explicaba:

—En realidad, se espera que esté en el juego de baloncesto de mi hija en poco más de una hora...

—No hay problemas, de veras —dijo el hombre con una voz que tenía un pulido tono de la persona que se adapta con facilidad—. Ahora mismo estoy a pocos minutos de su oficina. Estoy seguro de que podemos tratar los asuntos preliminares en treinta o cuarenta y cinco minutos. Puedo pagarle la tarifa del contrato inicial. Luego podemos terminar los detalles por teléfono. De esa manera usted llegará al juego de baloncesto de su hija. ¿Será suficiente con eso? Realmente es muy importante que yo inicie esto antes de salir del país mañana.

Roger se tomó unos instantes para considerarlo.

—Está bien... siempre y cuando no se demore más que eso... señor... eh... me parece que no sé su nombre.

—Toby Arthur. Tengo un negocio con sede en Londres y lo único que me falta es tener un certificado de seguros, el único detalle que todavía necesito para nuestro financiamiento de manera que podamos finalizar nuestra expansión al mercado norteamericano.

—Está bien. Entonces, ¿en cinco minutos?

—Maravilloso. Allí estaré.

Roger colgó y marcó el número de su esposa con el número de marcado rápido. Después de tres o cuatro timbrazos, pasó al correo de voz de ella.

—Peg, es Roger. Puede que me atrase diez o quince minutos para el juego, pero no te preocupes, allí estaré. Le prometí a Terri que esta vez llegaría. Te amo.

□□□

Atta Zimler, con el cabello teñido de rojo, vestido con un costoso traje a rayas y un portafolio en la mano caminó hacia las oficinas de *Consolidated Insurance Brokers* cinco minutos después de terminar su llamada a Roger. Zimler consideraba que este era un viaje secundario

molesto, pero necesario. El expediente que el Dr. Banica le había provisto era superficial, en el mejor de los casos. Los agentes rusos que lo compilaron solo habían tocado la superficie del SGR-DR. Y no había ninguna información personal acerca de Joshua Jordan que le permitiera a Zimler seguirle la pista hasta su punto más vulnerable. No era que él no pudiera hacerlo, lo haría. Y Roger, el hombre de los seguros, lo iba a ayudar.

Después de entrar en el lobby principal del edificio, alejando hábilmente su rostro de las cámaras de seguridad, Zimler subió al quinto piso. Tocó el timbre de *Consolidated Insurance*. Roger abrió la puerta, parecía un poco perturbado, pero le dio una rápida sonrisa a su cliente. Zimler tomó su mano y la estrechó fuertemente. Mientras saludaba a Roger, lo midió.

Cuando Roger dio la espalda para agarrar una carpeta grande, Zimler le torció el brazo a la velocidad de un rayo y le dio una patada de karate en la nuca.

Roger cayó al suelo golpeando una pequeña mesa en el lobby y esparciendo revistas mientras se desplomaba en el piso.

Cuando recuperó el conocimiento, estaba en medio de una pesadilla.

Desorientado trató de recordar qué había pasado. Algo cubría la parte inferior de su cara. Cinta adhesiva. Pero no podía arrancársela. Estaba atado a una de las sillas de la oficina, tenía los brazos muy fuertemente amarrados detrás de sí y las muñecas apretadas, con más precinta.

Pero había algo más. Había cables pegados a varias partes de su cuerpo incluyendo el pecho, los muslos y los lóbulos de las orejas. Los ojos de Roger siguieron los cables, tratando de ver el rastro. Iban de su cuerpo al piso y de ahí a una especie de caja que estaba conectada a un tomacorriente.

Atta Zimler agitó un documento frente a su víctima. Una copia del correo electrónico de Roger que él había publicado en un blog antinuclear.

—Muy bien de tu parte, Roger, defender a Joshua Jordan en esta publicación en la web; veamos, ¿cómo fue que dijiste? Ah sí, «un amigo personal de mi suegro quien es un ex general del Pentágono». Así que tengo algunas preguntas para ti, Roger French. Preguntas sobre Joshua Jordan. Él es un hombre difícil de alcanzar y está muy claro en este correo que tu suegro, el general Bridger, pudiera haberte confiado cierta información acerca de Jordan. Así que me vas a decir todo lo que sabes sobre él y su negocio, sobre su familia, todo.

Zimler se acercó más a la cara de Roger para poder hacerle su sádica advertencia en voz baja y calmada. Zimler haría que su víctima comprendiera que su cuerpo y su vida, y todo lo demás con respecto a él, ahora estaban en control de Zimler. De nada valía luchar. De nada valía hacer planes para escapar. No vendría ayuda de ningún tipo.

Zimler dijo:

—Así que ahora te voy a quitar la precinta. Ahí, ya está. Ahora puedes respirar mejor, ¿verdad? Está bien. Ahora yo te haré las preguntas. Y si creo que no me lo estás diciendo todo, entonces tendré que castigarte con electricidad. Así que por favor, cuéntamelo todo, no ocultes nada al responder mis preguntas. Empecemos con la familia de Jordan.

## TREINTA Y UNO

—Hanz, esto es un desastre. Dame tu opinión acerca de esto, ¿quieres? Ahora mismo estoy mirando a mi pantalla y el dólar estadounidense está hundiéndose como una piedra...

Sean, un cambista de una casa de bolsa de la calle Oxford, en el corazón de Londres, estaba sentado frente a su computadora. Hablaba por teléfono con el gerente de la sucursal de la misma empresa en Munich.

—Estaba mirando las posiciones abiertas a la hora del cierre. El dólar versus el franco suizo. El dólar versus el yen. El dólar contra la libra...

Desde su oficina en Goethestrasse en Munich, Alemania, Hanz dijo abruptamente:

—Sí, nosotros también lo vemos. El dólar está cayendo. Todos los días. Aunque esto es malo... hoy todavía hay tiempo para hacer negocios. Vamos a deshacernos de nuestras posiciones en el dólar. No vamos a esperar...

Los cambistas de la oficina de Amsterdam de la misma casa de la bolsa también observaban la catástrofe con la moneda norteamericana y dieron la orden de vender el dólar norteamericano y venderlo pronto. En los últimos días habían hecho una cantidad vertiginosa de transacciones carry-trade porque la moneda norteamericana había estado muy barata. Pero eso se estaba acabando por completo. Ahora era demasiado riesgoso tener dólares.

□□□

Era muy temprano en la mañana en Washington, D.C. Todavía el sol no había alcanzado la cima del monumento a Washington. Un airado

oficial federal hacía otra llamada a la Casa Blanca. En esta ocasión el Jefe de personal respondió a la llamada personalmente.

—Lamento las demoras. Estoy muy familiarizado con el asunto urgente del Ministro de Hacienda, pero con la agenda del Presidente ha sido prácticamente imposible coordinar esto antes...

En esta ocasión el oficial del tesoro no iba a dejarse coaccionar.

—Hank, el Ministro tiene que ver al Presidente. Hoy. Basta de excusas. Si no hacemos algo pronto, ustedes van a ver a nuestro país enfrentar un Chernobyl financiero. Y yo personalmente me encargaré de que el mundo entero sepa que Hank Strand, el Jefe de Personal del Presidente, es el responsable. Vas a hacer que lo de Bernie Madoff parezca cosa de niños.

—No me gustan las amenazas...

—Y a mí no me gustan las incompetencias. Haz tu trabajo. Y haz que esto suceda hoy.

El Subsecretario de Hacienda había llamado dos veces durante los últimos dos días para programar una reunión entre el Ministro de Hacienda y el presidente Corland. Pero Strand había dado órdenes de postergar la reunión. Él sabía que Corland no había podido tomar una decisión sobre el asunto. Estaba claro que una vez que los Estados Unidos tomaran este camino, no habría vuelta atrás.

Pero el tiempo se estaba acabando. Los informes de hoy de los mercados financieros mostraban que el dólar ya no estaba a flote, se estaba hundiendo. Muy pronto no podría competir ni con las monedas más débiles. La moneda estadounidense mostraba señales de un fracaso catastrófico y todo el mundo en el gobierno de Corland lo sabía.

Ya fuera por la devastación impredecible de la agricultura norteamericana, la crisis del petróleo, el aumento del desempleo, los agobiantes impuestos federales o la gigantesca deuda que Estados Unidos tenía con China y Rusia, ahora todo eso parecía irrelevante.

Hank Strand abrevió la llamada telefónica y le dijo al segundo al mando en Hacienda que él personalmente le daría el mensaje al

Presidente.

Treinta minutos después, Strand estaba en el despacho presidencial con el presidente Corland, quien estaba de pie, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. El Presidente de su junta de consejeros económicos, quien estaba sentado en el sofá, hizo un ademán para levantarse e igualar la posición del Presidente. Pero, después de unos segundos, Corland impulsivamente se dejó caer en una silla tapizada. El Presidente de la Junta pensó que últimamente la conducta del presidente Corland era cada vez más rara. Miró al Jefe de personal de Corland esperando deducir algo de su expresión, pero él debía conocer mejor a este hombre.

Hank Strand era un maestro de los rostros sin expresión. Se quedó sentado con las manos abiertas y puestas en los brazos de la silla. Ya él había visto todo esto antes. Corland era un comunicador desenvuelto y tranquilo en la televisión, pero en momentos de crisis era un hombre que no podía quedarse quieto. Y, además, como ya Strand sabía muy bien, estaba aquel *otro* asunto con el Presidente.

Muy pocas personas sabían de la rara condición médica del presidente Corland. Strand era una de ellas. Él pensaba que si permanecía calmado, controlado y confiado cuando estaba cerca de Corland, se evitarían uno de los «incidentes» del Presidente.

Por fin el Presidente de la Junta Económica habló.

—Señor Presidente, este es simplemente el próximo paso inevitable. Otra etapa en la evolución financiera de los Estados Unidos.

El Presidente trataba de controlar sus emociones. Su rostro se había quedado congelado con una sonrisa tensa, tratando de parecer agradable, pero la expresión resultante era casi macabra.

—No quiero ser el que pase a la historia por...bueno...por matar el dólar norteamericano. El rostro de Washington todavía está en el billete de un dólar, ¿recuerdan? Al pueblo norteamericano no le va a gustar esto.

El Presidente de la Junta exclamó:

—Yo creo que lo que el público norteamericano quiere es una

economía que no se parezca a la de Alemania después de la Primera Guerra Mundial.

Corland volvió la mirada al Jefe de Personal.

Hank Strand quería interponer una actitud de calma, pero sabía que el fracaso era evidente y, por tanto, añadió en tono conciliador:

—Señor Presidente, el Ministro de Hacienda quiere que usted le dé la luz verde para que los Estados Unidos comiencen el proceso de conversión monetaria. Puede ser algo gradual, por supuesto.

—Pero no demasiado gradual —añadió el Presidente de la Junta—. Señor Presidente, no queremos un colapso de nuestros mercados.

De alguna manera Corland estaba tratando de poner un lazo retórico a todo el asunto. Entonces se iluminó su rostro. Ya lo tenía.

—Podemos describir esto como un hecho histórico. El fin de una época, tal vez, y al mismo tiempo el comienzo de una nueva era de libertad financiera...

El Presidente de la Junta se relajó en su silla cuando vio al Presidente volviendo en sí.

—Hemos estado en mercados globales desde fines del siglo veinte, ¡por favor! ¿Es realmente tan radical que ahora nos convirtamos en parte de una moneda global unificada?

—¿Y el precedente del que usted hablaba? —preguntó Corland.

—Sí, el Fondo Monetario Internacional. No es muy conocido el hecho de que durante años el FMI haya tenido el poder de emitir un formulario llamado Derechos Especiales de Giro (DEG) como una forma de moneda global.

—Y estos DEG...

—Son como una moneda internacional, señor Presidente. Así que este paso de los Estados Unidos de unirse al resto de las naciones principales para adoptar la nueva moneda internacional, Orden de Girar Fondos para la Regulación de la Moneda (OGReM) como parte de nuestra moneda nacional, a fin de cuentas no es algo tan nuevo. Además, el OGReM ya es una forma de moneda con doble formato. Sí,

se ha usado en la versión en papel, pero también está disponible de manera electrónica. Como una tarjeta de débito internacional. Lo cual es una gran ventaja ya que dentro de muy poco tiempo el mundo entero pasará a una moneda sin efectivo. Además, los norteamericanos están preparados para esto. Desde el año 2007 han hecho más compras con tarjetas que con efectivo. Así que estamos más que atrasados respecto a este sistema internacional de moneda.

Corland miró a Hank Strand para que lo ayudara con la política de este asunto.

Strand sonrió y dijo:

—El Congreso está de su parte en esto. Usted tiene su apoyo, señor.

—¿Y la Vicepresidenta?

—Ah, la vicepresidenta Tulrude nunca ha vacilado. Ella cree que los Estados Unidos necesitan convertirse en una entidad internacional más evolucionada. Más integrada en la comunidad global. Sí, ella está muy entusiasmada con esto.

—Está bien —dijo el Presidente—, haz que nuestro secretario de prensa trabaje en esto. Una serie de anuncios cortos sobre una «mejoría monetaria». Algo ambiguo. Que de todos modos permitiremos que los norteamericanos usen el dólar. Algo así, pero muy pronto el pueblo norteamericano verá que sus dólares no valen nada aunque podrán usar el OGREM, y de repente dirán: «Oye, puedo comprar más con el OGREM que con la moneda anterior, ¿verdad?»

Todos asintieron con la cabeza en la habitación.

El Ministro de Hacienda tenía cita para una reunión en el despacho presidencial a las 3:30. En ese momento el presidente Corland le daría la buena noticia. Norteamérica estaba a punto de unirse a la nueva forma de moneda internacional.

Sin embargo, antes de las 4:30, alguien en la Casa Blanca, nunca se supo quién, filtró la información a una persona que escribe un blog clandestino que se llama Puerta Corrediza.

A las 4:48 la Puerta Corrediza informó que el Presidente había aprobado que los Estados Unidos disolviera el dólar y el OGREM

pasara a la nación.

Diecisiete minutos después, por miedo a las represalias de la Casa Blanca, el servidor central que sirve de anfitrión a Puerta Corrediza lo desconectó permanentemente sin ningún tipo de aviso. Así que el administrador de web de Puerta Corrediza llamó de inmediato a las redes informativas principales para quejarse.

Ninguna de ellas lo informó.

## TREINTA Y DOS

El hedor sofocante de la muerte permeaba la habitación.

Luego de años investigando crímenes de violencia para el FBI, John Gallagher había desarrollado la destreza de detectar el olor penetrante de la carne humana en descomposición. Era famoso por tener una nariz como la de los perros de la policía que se especializan en encontrar cadáveres.

Pero, en realidad, John Gallagher nunca se acostumbró al olor. Jamás.

Incluso, con la máscara orgánica para filtrar vapor que llevaba puesta, Gallagher se encogió mientras el médico forense del condado del norte de Nueva York usaba unas tijeras de uso industrial para cortar la bolsa mojada que contenía el cadáver. Pero el cuerpo no estaba en una de esas bolsas plásticas como las que usaría un criminal amateur.

Eso fue lo primero que Gallagher observó, claro, después del olor. La persona que había botado el cuerpo usó una bolsa de lona.

—El asesino sabía lo que estaba haciendo —dijo Gallagher, parado junto al cuerpo que yacía en la mesa de acero inoxidable de la oficina del forense—. Envolver a este pobre hombre en lona para que los elementos pudieran comenzar el proceso de descomposición más rápido. Y añadir cal a la mezcla.

El forense abrió la boca del cadáver para examinarla, pero no estaba preparado para lo que vio allí. Gallagher también lo vio.

Entonces el forense cerró la boca de la víctima y dijo:

—Pero el asesino cometió un error.

—¿Cuál?

—Tiró a su víctima en un pantano.

—Y...

—Los pantanos como este en que encontraron a la víctima tienen un alto contenido de ácido tánico. Este actúa como un conservante. Algo así como un formaldehído natural.

Gallagher pensó en eso. *Entonces el asesino no era del lugar y no sabía mucho de turberas o pantanos. De lo contrario, habría sabido en cuanto a lo que decía el forense.*

Ahora el forense inspeccionaba el cuello de la víctima.

—¿Cómo lo encontraron?

—Hable con Red Yankley, el comisario del condado. Está en el lobby tomando café. Él le podrá decir.

Después de más o menos un minuto examinando la laringe, el forense miró a Gallagher con una extraña sonrisa que reflejaba cierto orgullo profesional.

—Creo que lo estrangularon. Mañana podré darle algo definitivo cuando termine todo, pulmones y demás. Pero apuesto a que las marcas de ligaduras aquí en el cuello son de un cable de metal fino.

Gallagher estaba tratando de mantenerse calmado. A Zimler en particular le gustaba dar cuenta de sus víctimas bien de cerca, y usualmente con un garrote. Y se sabía que estaba en los Estados Unidos.

Gallagher se excusó y salió al lobby. Se quitó la máscara y entonces fue a buscar al comisario que estaba parado junto a la máquina de café con un vaso de poliestireno en la mano.

—Comisario Yankley, soy Gallagher, el agente especial del FBI.

—¿En qué puedo servirle? ¿Es este un asunto federal?

—Posiblemente. Me preguntaba cómo descubrieron el cuerpo.

—Un cazador. Andaba con su perro de caza por el pantano. Hacía unos días que no llovía y las cosas se secaron. El perro lo encontró

enseguida.

—¿Motivo?

—Bueno, encontramos huellas de llantas que llevaban al lugar y que salían del mismo. Creemos que eran del auto de la víctima. Así que por lo menos ahí hay un robo de auto.

Pero Gallagher tenía la corazonada de que este no era un simple caso de auto robado. Él estaba tratando de no adelantarse. *Ten calma, John. No te apresures a sacar conclusiones.*

—Entonces, comisario, ¿alguna otra cosa de interés?

—Veamos...ah, sí. La víctima fue despojada de todas sus identificaciones. No tenía nada encima. Quiero decir *de verdad*. No sé si me entiende. Tal vez el asesino era dentista o algo así...

—Sí, me di cuenta —comentó Gallagher.

Había visto que el asesino rompió todos los dientes de la víctima y se los sacó para impedir la identificación dental.

—Sí, pero no fue tan inteligente. El asesino le dejó los dedos a la víctima... huellas digitales.

—Tuvimos suerte —dijo Gallagher—. Si ese perro no hubiera encontrado el cuerpo cuando lo hizo, las huellas se habrían disuelto con toda la cal con que lo envolvieron.

—Bueno —continuó el comisario—, de todos modos uno se pregunta, ¿qué es eso de arrancarle los dientes a un muerto?

Gallagher no necesitaba preguntárselo. El veterano del FBI había calculado que el asesino no podía permitirse dejar ningún tipo de conexión directa con la víctima. Así que quiso asegurarse de que la víctima no sería identificada de inmediato. Este era un asesino sádico y calculador.

El comisario sorbió el último trago de café y dejó en la mesa la revista de caza, entonces puso las manos a ambos lados del cinturón de piel.

—¿Tiene alguna idea de todo esto, agente Gallagher?

Gallagher sonrió.

—Sí, la tengo —le dijo.

Pero no le dijo lo que era y en cambio dio la espalda y regresó a las puertas que llevaban al cuarto de autopsia con su piso de losas. Abrió las puertas. El forense todavía estaba inclinado sobre el cuerpo y alzó la vista.

—¿Tiene una hora estimada de la muerte? —preguntó Gallagher.

—Creo que sí... —comenzó a decir el médico forense.

Pero Gallagher alzó un dedo para detenerlo antes de que respondiera.

—No, déjeme adivinar. De seis a diez horas.

Los ojos del forense se abrieron más y movió un poco la cabeza.

—Aparte de tal vez una hora o dos de equivocación, usted dio en el clavo, agente Gallagher. ¿Cómo lo supo?

—Es una teoría en la que estoy trabajando —dijo Gallagher con una sonrisa ladina. Dio la vuelta y salió del cuarto de autopsias, pasó por el lobby y con la mano se despidió brevemente del comisario Yankley mientras salía hacia el parqueo y hacia el placer exquisito del aire puro.

John Gallagher tenía más que una teoría. Sus instintos le decían que el hombre que mató al Yergi Banica de Bucarest era el mismo que había usado el pasaporte del muerto para entrar a los Estados Unidos por la frontera entre Canadá y el estado de Nueva York. Además, de eso se deduce que una vez que el asesino entrara a los Estados Unidos necesitaba cambiar de autos rápidamente. El agente especial del FBI apostaba a que este asesino era un profesional consumado. Así que escogió al dueño del auto al azar, lo mató y se deshizo del cadáver de una manera diseñada para prácticamente no dejar huellas. Y todo porque el asesino necesitaba usar el auto durante un par de días sin que pudieran seguirle el rastro y pronto deshacerse de ese vehículo y robarse otro.

Así que como un punto de partida Gallagher usó la fecha y la hora en la que el hombre con el pasaporte entró a Nueva York y supuso que era el mismo tipo que había matado al pobre dueño del auto.

Listo. Ya estaba solucionado lo de la hora de la muerte.

Que el forense concordara con su estimado significaba que aumentaban las probabilidades de que el asesino del Dr. Banica fuera el usuario del pasaporte del profesor rumano, y también el asesino del dueño del auto.

Ahora lo que tenía que hacer era determinar si su sospechoso, Atta Zimler, era el hombre que estranguló al profesor en Rumania. Allí fue donde comenzó todo. Muy dentro de sí Gallagher sabía que Zimler era el hombre que estaba detrás de todo esto, aunque no lo pudiera explicar en ninguno de los términos que uno puede encontrar dentro de un manual de investigación del FBI.

Lo que lo llevaba a una pregunta mucho más desesperada, ¿qué estaba haciendo Zimler en los Estados Unidos?

El corazón de Gallagher latía con fuerza. El pecho se le apretaba con la conocida sensación aplastante y de ardor. Necesitaba encontrar pronto una gasolinera y comprar una caja de leche para aliviar el dolor. Pensó haber visto una cuando manejaba hacia el pueblecito aletargado luego de salir de la carretera interestatal 87.

Gallagher subió a su auto. Esperaba no tener más víctimas durante un tiempo y que tal vez el hedor de la muerte quedara atrás. Por otro lado, si estaba en lo cierto en cuanto a que Atta Zimler estuviera en los Estados Unidos haciendo *negocios*, bueno, eso cambiaría las probabilidades de casi cero hasta un grado máximo de encontrar más muertos.

## TERCERA PARTE

### *La torre global de Babel*

Algunos hasta creen que somos parte de una cábala secreta que trabaja en contra de los intereses de los Estados Unidos, y nos califican a mí y a mi familia como «internacionalistas» y de conspirar con otras personas de otros lugares del mundo para construir una política y estructura económica globales más integradas, un mundo, si así lo prefieres. Si esa es la acusación, me declaro culpable y estoy orgulloso de serlo.

Presidente Woodrow Wilson, 1918

Para estabilizar y regular una verdadera economía global necesitamos algún tipo de sistema global para tomar decisiones políticas. En conclusión, necesitamos una sociedad global que apoye nuestra economía global.

George Soros, multimillonario socialista

Si pudiéramos aprender de nuestra experiencia de transformar la unidad de propósito en unidad de acción, podríamos apoderarnos juntos de este momento de cambio en nuestro mundo para crear una sociedad verdaderamente global.

Gordon Brown, Primer Ministro Británico

## TREINTA Y TRES

—Caos, muerte, destrucción. ¿Es eso en lo que están pensando?

Se detuvo. Nadie se movía.

—¿Es eso lo que inunda la mente de ustedes cuando piensan en el fin del mundo? El Armagedón. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Cualquiera que sea la frase que quieran usar. Cuando las personas lo imaginan, visualizan el horror. Pero permítame desafiar esa idea. El Dios que controla el futuro es un Dios misericordioso. En medio de la catástrofe él nos dará a todos la opción de salvarnos mediante su gracia. De hecho, creo que el fin del mundo en realidad será el primer capítulo de un nuevo tipo de vida radical. No solo se trata de los estragos de la destrucción. El mundo futuro que Dios tiene para nosotros, luego de que terminen los dolores de parto aquí en el planeta tierra, en realidad será un mundo de vida y de vida en abundancia. Y de vida con él durante toda la eternidad.

El pastor Paul Campbell se estaba dirigiendo a una iglesia repleta desde su puesto en el púlpito ornamentado de la iglesia Eternidad en el centro de Manhattan.

Joshua Jordan, hecho un emparedado en el banco entre su esposa y su hija, esperaba que el ministro llegara al punto clave. Él sabía un poco del trasfondo de Campbell. Había revisado sus credenciales en el Internet. Un doctorado en filosofía, un doctorado en teología. Campbell había escrito dos libros, ambos relacionados con la Biblia y las profecías de los últimos tiempos. Y sí, Joshua tenía que reconocerlo, Campbell era un comunicador dinámico. Ya lo había escuchado algunas veces debido a la insistencia de su esposa.

Pero ahora Joshua esperaba el momento más importante. El mensaje de Campbell se había anunciado: «Globalismo: Tres señales

del fin». Honestamente, Joshua había esperado otra cosa. Estaba empezando a impacientarse y se arrepentía de haber venido. Tal vez debió haberse resistido un poco cuando Abby lo animó a irse temprano de Colorado solo para asistir al culto.

*¿Cuándo vamos a llegar a los peligros del globalismo? Para eso fue que vine.*

La mente de Joshua comenzó a divagar. Regresó a la mansión de troncos que tenían en Colorado. Ese mismo día, al amanecer, habían dejado su finca en las Rocosas para viajar en su jet privado. Ahora Joshua sonreía mientras recordaba el paseo a caballo que él, Abby y Debbie habían dado el día antes. En primer lugar Joshua tenía programado jugar golf con Rocky Bridger, un poco después del amanecer, pero supo por Ronda, el ama de llaves, que Rocky se había marchado de la finca con sus maletas en la mano cuando todavía estaba oscuro. Ella dijo que Rocky tenía una expresión preocupada en su rostro y dijo algo de «un asunto familiar urgente».

Joshua intentó llamar a Rocky a su celular, pero su amigo no contestaba. Así que le dejó un mensaje. Quería saber si todo estaba bien y si había algo que él pudiera hacer.

Tarde en la mañana todavía Joshua no había recibido noticias. Así que Abby, Debbie y él montaron en sus caballos y salieron a pasear por el camino conocido que llevaba a una enorme pradera llena de flores silvestres. Fue entonces cuando Joshua, sin avisar, decidió lanzar el reto. Alegrementemente le dio con los talones a su caballo americano, el General Billy Mitchell, le dio un beso muy fuerte y salió galopando a toda velocidad, mientras retaba a su esposa a que le ganara la carrera al otro lado del claro. Le ganó a su esposa pero a duras penas. Ella, muy contenta, le dijo que era un tramposo. Joshua sonrió un poco al recordarlo. *Está bien. Tal vez no le di un trato justo. Vamos Josh, reconócelo. Ella es mejor jinete que tú, no hay dudas...*

Pero, entonces, algo hizo que la mente de Joshua regresara de los paisajes elevados de las montañas Rocosas. ¿Qué fue? De nuevo estaba en el santuario repleto de la iglesia. Otro comentario de Campbell captó la atención de Joshua. Era como si alguien estuviera

dándole un suave golpecito en el hombro, en medio de una habitación muy concurrida.

—Para entender con toda claridad lo que Dios diseñó para nuestro futuro, necesitamos reconocer que él lo ha expuesto todo en la Biblia para que lo veamos. La Biblia contiene la agenda de Dios para el futuro del planeta Tierra, y para todo el que habita en el mismo. Muy bien, entonces, ¿cómo sabemos que la Biblia es verdad?

A Joshua le interesó eso. Muy bien, escuchemos esto. Yo he respetado la «nueva relación con Cristo» de Abby, de la que habla todo el tiempo. Pero, ¿la Biblia prediciendo el futuro? Eso me parece demasiado exagerado...

Campbell dijo:

—Además de ser la palabra inspirada de Dios, la Biblia ha demostrado su valía a lo largo de los siglos. Vamos a concentrarnos primero en solo una profecía importante. Tal vez esta sea la evidencia más asombrosa del hecho de que estamos viendo el advenimiento de los últimos tiempos del planeta Tierra y de la venida de Jesucristo para establecer su nuevo reino. Y esa prueba viene con una sola palabra, *Israel*.

El argumento de Campbell era sencillo. Se considera un milagro en los tiempos modernos que el 14 de mayo de 1948 las Naciones Unidas reconocieran a Israel como un estado soberano.

—Ese solo hecho, el surgimiento de Israel como nación, fue el cumplimiento asombrosamente preciso de la profecía de hace 2.500 años que aparece en el capítulo treinta y siete del libro de Ezequiel en el Antiguo Testamento. Una profecía que dice así:

Tomaré a los israelitas de entre las naciones por donde han andado, y de todas partes los reuniré y los haré regresar a su propia tierra. Y en esta tierra, en los montes de Israel, haré de ellos una sola nación.

—La profecía se define —continuó Campbell— como «una historia escrita por adelantado». Nadie puede «predecir» la historia una vez que ya esté escrita. Solo Dios puede predecirla *antes* de que suceda y

hacer que ocurra tal y como él dice que va a ocurrir. Así es como sabemos que la Biblia tiene un origen divino. No es simplemente un montón de escritos que salieron de la mente de los hombres. La mayoría de la gente no está consciente de que al menos el veintiocho por ciento de toda la Biblia fue profético cuando se escribió.

Dicho esto, Campbell oprimió su control remoto y las pantallas de cada uno de los lados del santuario se encendieron con una imagen enorme de una Biblia negra. De un lado al otro por la parte de abajo de la Biblia había una flecha roja estampada que señalaba la palabra «profecía». Él enfocó la flecha y de repente desapareció la cubierta de la Biblia y comenzó a aparecer un desfile de versículos proféticos de las Escrituras, uno tras otro bajaban por la pantalla. Las predicciones del Antiguo Testamento acerca de la terrible maldición que sobrevendría al hombre que reconstruiría la ciudad de Jericó, en el siglo nueve A.C. Advertencias proféticas hechas al rey David como resultado de su pecado, «por eso la espada jamás se apartará de tu familia», algo que más adelante sucedió sin lugar a dudas. Versículos que hablaban de predicciones precisas acerca del tipo de muerte que le acontecería al malvado rey Acab y a Jezabel, su igualmente corrupta esposa, todas cumplidas al detalle. Seis profecías separadas con relación al destino que acaecería a la antigua ciudad de Tiro, y cada una ocurrió tal y como se había predicho.

—Más de la mitad de esos acontecimientos profetizados en la Biblia —dijo Campbell, mientras su voz se volvía cada vez más seria—, se cumplieron más adelante. La otra mitad se relaciona con lo que denominamos «los últimos tiempos». Pero, escúchenme atentamente... muchos de esos acontecimientos se están cumpliendo en *nuestros* tiempos... razón por la cual tantos de nosotros creemos que estamos viviendo «el fin» sobre el que los discípulos preguntaron a Jesús en Mateo 24. Ahora bien, hablando de profecías cumplidas, Dios mismo usó muchos de esos cumplimientos para demostrar su propia existencia. Ochocientos años antes de que Jesucristo naciera, en Isaías 46:9–10, Dios usó a uno de los grandes profetas del Antiguo Testamento para reprender a su pueblo escogido por adorar ídolos. Y luego, hablando en nombre de Dios, el profeta Isaías dijo: «Yo soy

Dios... Yo anuncio el fin desde el principio...Lo que he dicho, haré que se cumpla». Lo que Dios está diciendo aquí es que una de las grandes pruebas de que él existe es el cumplimiento increíblemente preciso de sus profecías. Solo Dios puede hacer eso.

—El Dr. John Walvoord fue uno de los más grandes eruditos en las profecías del siglo veinte, un escritor prolífico y presidente del Seminario Teológico de Dallas. En una ocasión él describió más de mil profecías de la Biblia, más de la mitad de las cuales ya se han cumplido. Solo Dios puede escribir la historia por adelantado y hacer que se cumpla. Esas profecías cumplidas nos demuestran, sin que quepa la menor duda, que las profecías de los tiempos del fin también se cumplirán literalmente, tal y como más de quinientas predicciones de Dios ya se han cumplido en épocas pasadas. Algunas de esas profecías del fin de los tiempos se están desarrollando incluso ahora, en nuestra propia generación.

Pero entonces el Pastor dio un giro que sorprendió a Joshua. Campbell comenzó a concentrarse en una sola persona de la Biblia. Segundos después, Joshua se dio cuenta de que debió haber visto lo que venía.

Campbell estaba fraguando un debate acerca de quién era Jesús, basado en su cumplimiento de múltiples profecías.

—Estoy convencido de que las profecías cumplidas confirman que Jesús era verdaderamente el único Mesías que vino «a buscar y salvar lo que se había perdido». Solo piénselo un instante: él cumplió las 109 profecías del Antiguo Testamento con relación al Mesías cuando vino a esta tierra. Ningún otro ser humano puede siquiera acercarse, sin embargo, Jesús las cumple todas. Desde nacer de una virgen, en Belén, algo que se había predicho setecientos años antes, a ser llevado en secreto a Egipto siendo niño, hasta sanar todo tipo de enfermedad, especialmente restaurar la vista a los ciegos... desde que un «amigo» lo traicionara por treinta piezas de plata... hasta que lo colgaran en una cruz entre dos ladrones para resucitar al tercer día luego de la crucifixión, tal y como él mismo predijo seis veces en los Evangelios... y, por último, lo anunciaron milagrosamente cuando los ángeles que

corrieron la piedra se lo contaron a las mujeres. ¿Se acuerdan de eso? Ellas vinieron a la tumba el primer día de la semana y se les dijo: «No está aquí, pues ha resucitado, *como dijo*». Obviamente, este Jesús de la Biblia fue único. Único en toda la historia. Y ahora nosotros, dos mil años después, todavía estamos hablando de él. ¿Por qué? Porque resucitó y así indicó que hasta el mismo Dios estaba satisfecho con el sacrificio que él hizo por nuestros pecados en la cruz. El cristianismo es la única fe religiosa del mundo que se basa en la resurrección de su fundador. Y la mejor evidencia de la resurrección no es solo el testimonio unánime de los doce apóstoles, ni tampoco el de los quinientos testigos de Jesús que lo vieron en la carne después de resucitar, sino que también lo demuestra la existencia actual del cristianismo. Y recuerden, el cristianismo nació en el primer siglo, en medio de una persecución inimaginable y, no obstante, la gente creyó en Jesús, el Mesías, el Salvador. Tal es su impacto sobrenatural en aquellos que le recibieron. Si la resurrección de Jesús fuera un fraude, ¿creen ustedes que alguien estaría adorándole hoy? Él y sus seguidores han influido en este mundo más que ninguna otra persona que haya vivido jamás. Amigos, escuchen, en la actualidad el cristianismo es la fe religiosa mayor del mundo. ¿Por qué? Porque Jesús es exactamente quien dice la Biblia que es.

Los comentarios de Campbell le resultaron bastante interesantes a Joshua, pero su mente comenzaba a deambular. ¿Y qué del título del sermón? ¿Qué del surgimiento del «globalismo»? Esa era la amenaza que él y sus compañeros de la Mesa Redonda habían identificado. Una pérdida creciente de la soberanía norteamericana ante un orden mundial. Por eso fue que él vino a la iglesia esa noche.

Pero Campbell parecía tomarle la delantera.

—Entonces, veamos ahora las profecías acerca del futuro, de los tiempos del fin. Aunque hay muchas señales importantes del regreso de Jesucristo y el fin de esta Era, señales que los discípulos le preguntaron a Jesús, una de las más significativas en nuestro mundo actual es lo que llamamos el «globalismo». Los oficiales de gobiernos anteriores le llamaban «gobierno de un solo mundo». De hecho, los

planificadores del mundo, quienesquiera que fueran, propusieron la idea después de la Primera Guerra Mundial. Así que lo llamaron la Liga de las Naciones. El Senado de los Estados Unidos rechazó la idea y la noción no se reavivó hasta 1945. Fue entonces cuando se le llamó Naciones Unidas.

—Ahora uno puede ver la idea de un sistema mundial unificado, a lo que la Biblia se refiere como a la «Babilonia» del futuro, como una mesa de tres patas. Un gobierno global, una economía global y una religión global. En la Biblia se profetiza cada una de esas como los poderes mundiales al final de los tiempos. Y por cierto, según la profecía bíblica, Dios destruirá cada uno de ellos. Usted mismo puede leerlo en el último libro de la Biblia, Apocalipsis, los capítulos del diecisiete al dieciocho.

—Desde el siglo diecisiete han existido aquellos que sueñan con un gobierno global y han usado el lema de «paz mundial» como la meta supuesta. Pero, ¿qué está detrás de eso? Al final, es el deseo de controlar las vidas de las personas mediante el puño férreo de un gobierno que se expande cada vez más. En los últimos tiempos usted podría encontrar innumerables líderes en los medios de comunicación, en la educación y en el gobierno que han apoyado incansablemente la meta de una economía global. George Soros, uno de los hombres más influyentes y ricos del mundo fue un poco más allá, al declarar abiertamente que no se puede tener una economía mundial a menos que también se tenga un gobierno mundial.

Campbell se alejó del púlpito y se puso las manos detrás de la espalda. Miró en silencio al público durante casi treinta segundos. Entonces continuó.

—El surgimiento de este tipo de Babilonia política, un sistema global de gobierno, será un elemento integral de los últimos tiempos, como se predijo en la Palabra de Dios... y mientras que estoy aquí parado hoy... y escuchen bien lo que voy a decir ahora... en este mismo día yo creo que estamos viendo la preparación del escenario para el surgimiento final de esta nueva Babilonia. Porque debe haber, como dice la Biblia, una unificación global entre las naciones

reunidas alrededor de su gran capital. Una coalición política y legal. Está ahí mismo, en los capítulos diecisiete y dieciocho del último libro de la Biblia.

Después Campbell remató el asunto con una voz que se quebró un poco y que la emoción hizo que fuera ronca. Sus palabras se alzaron, casi suplicantes, mientras decía:

—Sea honesto consigo mismo... al mirar a su alrededor, ¿no ve el movimiento inicial entre las naciones del planeta para trabajar juntas en la creación de un nuevo orden mundial?

## TREINTA Y CUATRO

Paul Campbell había captado la atención de Joshua, quien comenzaba a ver la relación entre las profecías bíblicas que el pastor estaba describiendo y los asuntos que consumían su Mesa Redonda. La erosión de la soberanía norteamericana. El movimiento para obligar a los tribunales de los Estados Unidos a adoptar las leyes internacionales de las naciones del resto de mundo. El mantra a favor de un solo gobierno global.

Para Joshua esto era algo así como estar en Nido de Halcón durante el otoño cuando la niebla aparecía con una ola de frío temprano en la mañana. Pero cuando el sol rompía, desaparecía la manta blanca de la niebla y de repente se dejaban ver los picos imponentes de las montañas que se alzaban por todas partes. Durante un instante Joshua se preguntó si la declaración de propósitos al fundar la Mesa Redonda habría sido demasiado pequeña. *Yo he querido salvar a los Estados Unidos... pero, ¿será suficiente? ¿Y si todo esto es mucho mayor que los Estados Unidos?*

Campbell pasó a su segundo punto principal.

—Así que, sin lugar a dudas habrá una Babilonia *política*. Una unificación de los poderes de las naciones del planeta. Pero al final de los tiempos también habrá una Babilonia *religiosa*. Otra pata más para nuestra mesa de tres patas. Una fusión de las religiones del mundo en un conglomerado masivo de falsa espiritualidad. ¿Cuándo sucederá esto? A la postre no será hasta que la iglesia... y con esto me refiero a la suma total de todos los verdaderos creyentes en Jesucristo... hasta que la iglesia no sea «raptada»... llevada instantáneamente a Dios... y cuando eso suceda, una vez que el poder inhibitor de la iglesia se haya ido de la tierra, no habrá nada que impida esta fusión enorme

de las religiones del mundo. Y será entonces cuando se producirá la aparición horrorosa... un falso profeta vendrá y echará a andar la adoración blasfema e idólatra del anticristo, tal y como se predijo en el décimo tercer capítulo de Apocalipsis.

»Pero además de los aspectos políticos y religiosos, también habrá una Babilonia *económica*. El apóstol Juan, en Apocalipsis, describe este centro financiero del futuro: “y los comerciantes de la tierra se enriquecieron a costa de lo que ella despilfarraba en sus lujos”. Cuando Dios finalmente conquiste a Babilona, como se nos dice que lo hará, ¿quién va a llorar su gran caída? Se nos dice que “los comerciantes de la tierra llorarán y harán duelo por ella, porque ya no habrá quien les compre sus mercaderías”. ¿Cuáles son las señales de esta Babilonia económica venidera? Se nos advierte en la Biblia que en el futuro habrá un sistema internacional para comprar, vender, comerciar e invertir. El capítulo 13 de Apocalipsis nos dice que el anticristo, la “bestia”, por fin establecerá un sistema financiero y monetario mundial que tendrá a todo el planeta bajo su puño letal:

Además logró que a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiera una marca en la mano derecha o en la frente, de modo que nadie pudiera comprar ni vender, a menos que llevara la marca, que es el nombre de la bestia o el número de ese nombre.

Campbell sacó un pedazo de papel de su Biblia. Dijo que era algo con lo que se había encontrado en el Internet. Un fragmento reciente de un pequeño blog llamado Puerta Corrediza.

—Tengo aquí un artículo breve que menciona una decisión que al parecer tomaron los legisladores en Washington. Una decisión para convertir la moneda norteamericana a la nueva forma internacional de dinero que se usa ampliamente entre las naciones junto con el euro, una nueva moneda llamada OGRéM. Aunque parezca raro, cuando regresé al sitio para continuar leyendo, había desaparecido. Por qué, no lo sé. Pero seguiré buscando. Y les aconsejo que ustedes hagan lo mismo. Jesús reprendió a los fariseos de su época por no reconocer las señales de los tiempos. Por supuesto, algunas personas

dirán que la Biblia nos asegura que no podemos saber el momento específico en que Cristo regresará a la Tierra. Y eso es cierto. Por otro lado, ¿por qué Jesús, como se nos dice en los Evangelios de Mateo y Marcos, nos ha dado una lista exhaustiva de los sucesos que precederán a su venida si no quería que usáramos esa información, si no quería que vigiláramos los tiempos y los analizáramos para que reconociéramos las señales de su pronta venida? Una de las grandes preguntas que ha atormentado a los filósofos durante miles de años es esta: ¿cómo puedo saber realmente que lo que sé es verdad? Yo tengo una sugerencia para usted. Usted puede estar seguro de lo que sabe si basa su conocimiento en aquellas cosas que Dios ha decidido revelar. Y la única manera de hacerlo es confiar en su Palabra, la Biblia. Su Palabra dice que el mundo se dirige a un sistema económico unificado. Y eso, amigos míos, es algo con lo que definitivamente pueden contar...



Coincidentemente el tema de la banca y las finanzas estaba esa noche en la agenda de las oficinas del Senado en Washington, D.C.

Los miembros del personal del Congreso de nuevo estaban trabajando hasta tarde. Ese era uno de los gajes del oficio. Salarios bajos y horarios largos y penosos, al menos mientras el Congreso tenía sesiones. Pero siempre había la esperanza de que pudieran ascender en la escalera política. Tal vez lograr algún día un trabajo como asesor jurídico en jefe en uno de los comités influyentes. O quizá la posibilidad de pasar al sector privado, con un salario de seis cifras en un despacho de abogados u oficina influyente en Washington, D.C.

Una joven auxiliar legislativa, que era parte del equipo político nocturno, arrancó una nota urgente de la parte superior de la libreta de mensajes en el lobby de la oficina del senador Wendell Straworth. Con el susto rasgó la esquina de la nota. Así que revisó el buró de la recepcionista, encontró precinta y pegó la nota rasgada.

Entonces corrió a toda prisa por el lobby, bajó por el pasillo adyacente y llegó a la puerta cerrada que estaba al final y que se

dirigía a la oficina del senador. La auxiliar se detuvo frente a la puerta. Sabía que él estaba ahí con el Líder Mayoritario del Senado, Russell Beyers. No se les debía molestar a menos que fuera algo sumamente importante.

La auxiliar, todavía sujetando la nota pegada en su mano, respiró profundo y tocó dos veces en la puerta.

El jefe de personal del senador Straworth abrió la puerta. La auxiliar le tendió con rapidez la nota al Jefe de personal. Detrás vio a Straworth y Beyers sentado uno frente a otro en sillas de piel.

El Jefe de personal cerró la puerta y le entregó la nota al senador Straworth.

Este la leyó y entonces alzó la vista para mirar a Beyers.

—La Vicepresidenta quiere una decisión. Está exigiendo que la llamen... de inmediato.

—Pedimos que el Presidente nos llamara directamente —murmuró Beyers para sí—. ¿Por qué están enclaustrándolo de esa manera? ¿Qué está pasando? ¿Tiene cáncer o algo así? ¿Ha tenido un colapso nervioso? Tengo la impresión de que ahora Tulrude es quien está dirigiendo el despacho presidencial.

Straworth solo movió la cabeza, pero sugirió que hicieran la llamada por teléfono. No tenían opción.

Cuando por fin la Vicepresidenta estuvo en la línea, la pusieron en el altavoz del teléfono. Como siempre, ella fue muy directa.

—¿Vamos a obtener el voto en esta nueva moneda o no?

Beyers se irritó un poco. Como líder mayoritario no le gustaba que lo trataran como a un chiquillo que está entregando su tarea atrasada. Sin embargo, ese era el estilo de Jessica Tulrude.

—Señora Vicepresidenta, todo está bajo control —dijo Beyers. Su voz sonaba confiada, pulida y calmada.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Un voto mañana para convertir todo el sistema monetario norteamericano al OGrEM.

—¿Cuál es su plan para lidiar con la opinión pública? —espetó Tulrude.

—Bueno, el asunto del OGREM está enterrado en un enorme proyecto de ley presupuestario. Es tan gordo como la guía telefónica de Nueva York. Honestamente, la mayoría de los senadores no ha leído el proyecto completo. Dudo que la prensa lo haga, pero nuestra gente en el Senado por lo general comprende que esto es algo *necesario* debido a que el dólar se está devastando en las tasas de cambio.

—¿Han hecho un conteo?

La mandíbula de Beyers se puso tensa, pero forzó una sonrisa mientras hablaba.

—Claro que hemos contado los votos. No debe ser un problema. Tenemos una amplia mayoría.

Entonces Beyers se detuvo y añadió otra idea. Se acercó más al altavoz del teléfono y dijo:

—Señora Vicepresidenta, supongo que cuando le demos el voto para este asunto de la moneda, como sé que será, el gobierno me apoyará en los tres proyectos de ley que describí hace unos días en mi mensaje al presidente.

Jessica Tulrude se aclaró la garganta y dijo:

—Russ, tú sabes que yo cumplo con mi palabra.

Eso era lo que Russell Beyers necesitaba escuchar. Se despidió de Tulrude y dando zancadas salió de la oficina a una reunión de su partido mientras que Straworth se disculpó rápidamente y dijo que no podría asistir.

A una señal del senador Straworth, su Jefe de personal salió de la habitación cerrando la puerta tras sí.

Straworth quitó la llamada del altavoz y comenzó a hablar en el diminuto celular que se activaba con la voz y que estaba sujeto a su solapa.

—Como puede ver —trató de explicar Straworth a la

Vicepresidenta—, yo he cumplido con mi parte del trato. Tengo al líder de la mayoría y al Senado apoyando la conversión de la moneda.

—¿Y?

—¿Tengo que explicarlo?

—No es necesario.

—Bien.

—Pero todavía le queda una tarea más...

—Sí, yo sé, el asunto del SGR-DR. Pero quiero que sepa que esta mañana conseguí la aprobación del subcomité para autorizar órdenes de comparecencia para Joshua Jordan. No le quedará más opción que comparecer y presentar los documentos del SGR-DR o correrá el riesgo de ir a la cárcel. Y si él piensa que puede hacerle frente a una pena de prisión, estará tristemente equivocado. Esto le quitará la reputación a su carrera y a su negocio y lo convertirá en una mancha de petróleo en el asfalto. Jaque mate. Así que, señora Vicepresidenta, he hecho todo lo que prometí.

—Y el puesto en el que usted está interesado, ¿sigue siendo el mismo?

—Creo que yo sería un excelente juez en el Tribunal Supremo.

—Bueno, se rumora que el juez Manweiller va a permanecer durante el período actual y que probablemente anuncie su retiro después de las elecciones presidenciales de noviembre próximo. Si todo eso sale bien, yo seré la persona en el despacho presidencial que haga ese nombramiento. Wendell, con el apoyo de sus senadores, su confirmación al Tribunal Supremo estará asegurada.

Wendell Straworth sonrió. Hacía mucho tiempo que esperaba esto. Todo estaba cuadrando.

—¿Y definitivamente el Presidente está de acuerdo en hacerse a un lado luego de un solo período y darle todo su apoyo durante las elecciones primarias? Eso rara vez sucede...

—Nunca antes hemos tenido un Presidente en esta situación —contestó bruscamente Tulrude—. Solo recuerde que aquí yo soy quien

tiene el control...

—No se me ocurriría cuestionar eso —dijo Straworth. Su voz estaba cargada de excusas.

—Muy bien —dijo la Vicepresidenta. Su voz tenía un tono condescendiente, pero también había un aire de satisfacción ahora que la situación con el senador Straworth se había aclarado.

Después que la Vicepresidenta se despidió, Straworth exhaló profundamente y se recostó en su silla. Estaba dispuesto a echar a andar una serie de sucesos que sin duda asegurarían su futuro profesional. Se acercó a su mesa de trabajo y agarró su copia de la orden de comparecencia. A primera hora de la mañana el servicio de mensajero enviaría el original al Servicio de Alguaciles de los Estados Unidos.

Straworth saboreó las palabras que aparecían al comienzo del documento:

POR LA AUTORIDAD DEL SENADO DEL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS  
DE AMÉRICA

PARA: SR. JOSHUA JORDAN

MEDIANTE LA PRESENTE SE LE ORDENA COMPARECER ANTE EL COMITÉ DEL SENADO DE LOS ESTADOS UNIDOS QUE SE NOMBRA A CONTINUACIÓN, A LA HORA Y EN EL LUGAR QUE SE DESIGNAN DEBAJO Y PRESENTAR ALLÍ TODOS LOS DOCUMENTOS, REGISTROS Y PAPELES RELACIONADOS CON EL DISEÑO, LA CONCEPCIÓN, LAS ESPECIFICACIONES DE INGENIERÍA, LA PRODUCCIÓN Y LOS PRINCIPIOS DE FUNCIONAMIENTO DEL SISTEMA DE ARMAMENTOS CONOCIDO COM A;NMENTE COMO «SISTEMA DE GUÍA RECONFIGURADO - DEVOLVER AL REMITENTE» (SGR-DR), INCLUYENDO EL USO EL RAYOS LÁSER PARA REVERTIR EL RUMBO DE LA TRAYECTORIA DE MISILES ENEMIGOS.

SU INCUMPLIMIENTO IMPLICARÁ ESTAR SUJETO A LAS SANCIONES PENALES CORRESPONDIENTES.

## TREINTA Y CINCO

Las multitudes salían de la Iglesia Eternidad ahora que el servicio nocturno había concluido. Deborah Jordan estaba ocupada conversando con algunos amigos en el vestíbulo, usando el tiempo que había estado fuera de West Point y poniéndose al día rápidamente antes de regresar al día siguiente. En la parte delantera del santuario, junto al púlpito, Abigaíl sostenía las manos de Joshua con ambas manos mientras se acercaban al pastor, pero las soltó para que su esposo pudiera estrechar las manos de Paul Campbell.

—Pastor Campbell, le presento a Joshua, mi esposo. Creo que ya se han visto antes...

—Sí, una o dos veces hace un tiempo —dijo Campbell con una sonrisa tranquila—. Es un placer. Y un privilegio. Lo considero un héroe de la nación.

Cada vez que Joshua escuchaba eso se estremecía un poco. No era que le avergonzara, pero nunca se veía a sí mismo de esa manera. Él era un tipo de misiones y deberes. ¿Cómo podía aceptar la etiqueta de «héroe» solo por dar lo mejor de sí en lo que tenía que hacer?

—Tal vez algunos no estén de acuerdo con usted en eso.

—Eso no cambia mi opinión.

—Gracias por su mensaje de esta noche —dijo Joshua—. Fue muy interesante.

Joshua estaba minimizando el impacto que el sermón había tenido en él. Se estaba resistiendo y lo sabía. Pero no veía razón para confesarlo ahí en la iglesia. Campbell lo había puesto a pensar.

Campbell sencillamente dijo:

—Me alegra saberlo. ¿Van a estar aquí en la ciudad algún tiempo?

—Acabamos de regresar de Colorado —dijo Abigaíl. Entonces Campbell miró a Joshua y lo estudió durante un instante.

—Esto podría ser una conjetura, pero ahí va. ¿Por casualidad juega golf?

Abigaíl se rió. Luchaba para mantenerse tranquila. Enseguida Joshua, antes de responder, le dio una mirada divertida a su esposa.

—Sí, dicen que les he pegado a algunas pelotas de golf. Ella no pudo seguir aguantando y dijo repentinamente:

—Le está restando importancia, pastor. Es casi un profesional. Usted debiera ver su handicap.

—Oh —dijo Campbell con una risita—. Entonces, tal vez sea mejor que reconsidere mi invitación. Es probable que humille a los demás...

A Joshua le picó la curiosidad y preguntó:

—¿Qué tiene en mente?

—Bueno, mañana es mi día libre. Es un secreto del clero. En realidad nos gusta ir a jugar en lugar de tener que trabajar todo el tiempo. En fin, teníamos un cuarteto planificado para ir mañana a jugar un partido a dieciocho hoyos. Pero uno de nuestro grupo tuvo que irse. Así que necesitamos un cuarto. ¿Le interesaría?

Por un instante Joshua supo exactamente cuál sería su respuesta. Tenía un mundo de trabajo esperándole en la oficina. Tenía que revisar informes financieros de sus diversas empresas. Tenía una reunión de investigación y desarrollo con sus ingenieros acerca del perfeccionamiento para el sistema SGR-DR. Y también había planificado una prolongada llamada telefónica con Harry Smythe, su abogado, para averiguar qué más sabía de su situación con el Congreso.

Entonces Joshua miró a su esposa con el rabillo del ojo. Ella lo miraba directamente, tan directo como una flecha, con una sonrisa resplandeciente en su rostro.

*Vaya... en este momento tiene una belleza que realmente no puedo describir. Es algo diferente,* pensó él. Por un segundo lo cogieron

desprevenido.

—Entonces —insistió Campbell—, ¿nos acompaña y nos muestra cómo jugar?

—Me parece que eso es lo que a ti te gusta —añadió Abby.

Fue entonces cuando Joshua se sorprendió a sí mismo.

—Por supuesto, muy bien. ¿Por qué no? Voy a sacar el tiempo. Se suponía que ayer jugara un poco en Colorado con un amigo, pero no pudo ser. Esto lo compensará.

—Excelente. ¿Qué le parece si todos nos encontramos en el club Hanover? ¿Sabe dónde está?

—Sí. ¿A qué hora?

—La hora de salida es a las 9:30 a.m. Vamos a encontrarnos en la casa del club a las 9:15.

—Ahí estaré.

Mientras Joshua manejaba de regreso a casa por el tráfico de la ciudad de Nueva York, observó que Abigaíl estaba callada, tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas y una sonrisa en su rostro. En ella se veía un hálito de paz.

—Estás distintivamente callada.

—Complacida, es todo.

Joshua casi se rió al escuchar eso. Esa noche, durante el sermón, él había sentido como si tuviera todo el tráfico de una autopista pasando por su cerebro. ¿Satisfacción?

—Me gustaría estarlo —le contestó él—. Vas a tener que compartir tu secreto conmigo.

De repente Deborah se rió en el asiento de atrás.

—¿Qué tiene de cómico? —preguntó Joshua.

—Está bien, mamá, cuéntale a papá tu secreto de la satisfacción...

Abigaíl le dio a su hija una mirada sin palabras que parecía tener

toda la sabiduría y experiencia de su condición femenina.

Deborah captó el mensaje silente y masculló:

—Está bien.

Dejó de hablar y volvió a recostarse en su asiento. Entonces Abigaíl se volvió a su esposo y le dijo:

—Me alegra que vayas a jugar golf. Creo que será un buen cambio para ti.

—Tú sabes que tomo muy en serio mis juegos de golf. Tu pastor no va a predicarme en el campo de golf, ¿verdad?

Después de una pausa dramática, Abigaíl respiró profundamente.

—Es probable que lo haga.

Tanto ella como Deborah comenzaron a reírse.

Joshua movió la cabeza y gimió:

—Estupendo...

A pesar de su recelo en cuanto a ser el público cautivo de un sermón que duraría dieciocho hoyos, Joshua anhelaba jugar golf. El campo de Hanover era excelente, y solo había tenido dos oportunidades de jugar en él.

Parado en el altiplano del primer hoyo, Joshua se tomó unos segundos para mirar más allá de la cima de los árboles, hacia el paisaje urbano que se veía en el horizonte. Se le había olvidado lo impresionante que era la silueta de los edificios de la ciudad de Nueva York vista desde el primer hoyo. *Qué hubiera pasado si el SGR-DR no hubiera funcionado a la perfección... imagínate. Abby y yo hubiéramos muerto. Cal y Deb también. Manhattan hubiera quedado bajo un ataque nuclear. Tantos muertos. Vamos, Josh, realmente no fuiste tú quien salvó la ciudad. De ninguna manera. Tú siempre has sabido que...*

—Muy bien, usted será el líder del cuarteto.

Mientras se acercaba, Paul Campbell hacía unos cuantos movimientos con su palo. Lo acompañaban otros dos jugadores, Bob y

Carl, empresarios de la junta de su iglesia.

Entonces, el Pastor añadió con una mueca fingida:

—Que empiece el dolor y el sufrimiento para nosotros los inútiles...

Joshua caminó hacia el primer soporte para la pelota. Colocó su pelota. Después del acostumbrado ejercicio para estirarse mientras sujetaba el vástago del palo por encima de la cabeza con ambas manos, dio un paso hacia atrás e hizo dos movimientos de práctica.

—Caballeros, tal vez deban mantenerse a distancia —dijo Joshua—, estoy a punto de empezar a disparar...

Los otros tres se rieron.

Pero cuando Joshua dio el golpe, fue con la velocidad de una máquina de lanzamiento. Se sintió el sonido del sólido crujido mientras su pelota Bridgestone B330 pintada de blanco se alzaba en el aire y seguía arqueándose hasta que por fin desapareció en el camino más allá del indicador de doscientas yardas. Se acabó la risa.

—Hermoso tiro —dijo Campbell con admiración.

El pastor era el segundo.

Joshua observó que Paul Campbell tenía una constitución atlética fuerte y un estilo de balanceo natural. No dio el primer golpe con el poder que Joshua lo había hecho, pero lo hizo de una manera controlada. Puso su pelota como a unos sesenta pies (veinte metros) detrás de la de Joshua.

Con dos tiros Joshua ya estaba en el green. Campbell llegó con tres. Pero Joshua tenía un *putt* largo y bordeó el hoyo. Ambos empataron el primer hoyo con un par.

A alturas del séptimo hoyo Joshua se sentía cómodo con Campbell como su compañero de juego y lo consideraba un jugador bastante bueno. Él le estaba ganando al Pastor por dos golpes. Los otros dos jugadores se habían quedado atrás.

—¿Le gusta este campo? —preguntó Campbell.

—Está bien diseñado. Es realmente bello. Pero en este campo no se puede bajar la guardia.

—No, tiene razón. Hay peligros en todas partes. Las elevaciones cambian. He estado aquí unas cuantas veces con Bob y con Carl. Ambos son miembros del club. Pero nunca he tenido la sensación de dominar por completo un solo hoyo.

—Esa vista desde el hoyo de salida, junto a la casa club, es espectacular. Uno puede verlo todo, hasta el horizonte.

—Sí, cuando el aire está limpio y el cielo también. Como hoy.

Hubo una pausa mientras se tomaba un segundo para lavar su pelota y secarla.

Campbell siguió diciendo:

—El golf siempre me recuerda algo.

—¿Qué cosa?

—Me recuerda la vida. Se parecen en algunas cosas, pero son muy disímiles en otras.

Joshua pensó para sí: *Ahí viene. Me pregunto si tiene la Biblia escondida en la bolsa de golf.*

Campbell había hecho una pregunta intrigante, pero Joshua no quería caer. Lo que quería hacer era prolongar su ventaja en el par cuatro que venía, pero de todas maneras entabló la conversación.

—Déjeme adivinar —dijo Joshua con un ligero aire de diversión—. El golf es como la vida porque está lleno de obstáculos inesperados. Obstáculos de agua por aquí. Un bunker por allá. Bosques que llevarán su pelota hasta las raíces de un árbol. ¿Me acerqué?

— Justo en el blanco —dijo Campbell con una risita—. Dio en el green...

—Entonces, ¿en qué es el golf *disímil*?

Campbell no respondió. En su lugar miró a Joshua Jordan a los ojos con una mirada que no tenía nada que ver con balancear un palo de golf.

Por fin el Pastor dijo:

—Creo que voy a dejar que usted mismo descubra eso. —Luego

añadió apuntando al soporte de la pelota— Muy bien líder, le toca...

## TREINTA Y SEIS

Ahora el agente John Gallagher contemplaba a otro hombre muerto. *Vaya. Todo en un solo día de trabajo.*

El agente del FBI tenía un ánimo acérrimo y sombrío mientras se inclinaba sobre el cadáver. Todavía la víctima estaba amarrada a una silla en su oficina de la empresa de seguros. El policía tuvo que buscar un cerrajero para que abriera la puerta que cerraron desde afuera.

—¿Cuál es su nombre?

Uno de los dos detectives de la policía de Filadelfia que estaban en la escena abrió su libro donde lo había anotado.

—Roger French. Agente de seguros. De seguros comerciales.

—Entonces, ¿tienen alguna idea?

—vuélvame a decir, ¿por qué el FBI está interesado en esto? —preguntó el detective.

—Estoy investigando un delito federal.

—¿Y cuál sería ese delito *federal*?

—Uno que ahora se está investigando —dijo Gallagher sonriendo a medias—. Miren, señores, recibí el informe en mi computadora mientras hacía un trabajo de campo relacionado con un caso a un par de estados de aquí. Había pedido un informe de delitos por la red entre instituciones. Delitos a una distancia razonable del norte del estado de Nueva York, delitos de cierta naturaleza. Salió este. Y aquí estoy. No quiero ser prepotente, pero ustedes saben que los federales tenemos una jurisdicción superior. Entonces, ¿cuál es su teoría?

El detective no estaba contento. Pero sabía que de momento tenía que seguirle la corriente a esta intrusión federal.

—Tal vez un negocio de drogas que salió mal —sugirió.

Cuando Gallagher le dio una mirada escéptica, el detective añadió:

—En esta parte de la ciudad hay un poco de tráfico ilegal de drogas.

El agente del FBI tenía que hacer la pregunta obvia:

—Entonces, ¿se sabe que nuestro hombre, el señor French, ha sido traficante o consumidor? ¿O que frecuenta fiestas con coca o con heroína?

El detective miró a su compañero quien negó con un movimiento de cabeza.

—¿Algún rastro de drogas aquí en la oficina?

—Solo Tylenol en su buró.

Gallagher tuvo que contenerse al oír eso, pero tenía que ser profesional.

—¿Algún antecedente criminal?

Ambos detectives negaron con la cabeza.

—¿Algún arresto anterior? ¿Órdenes judiciales pendientes en contra del señor French? ¿Alguna orden judicial de algún tipo en su contra?

Los dos detectives seguían negando con la cabeza.

—¿Tiene su departamento de policía algo *malo* que decir sobre Roger French? —dijo Gallagher, aventurándose ahora al sarcasmo—. Multas por estacionamiento...libros sin devolver a la biblioteca pública...

El detective mayor se aclaró la garganta y por fin dijo:

—El fallecido parece limpio.

Al fin Gallagher tenía que soltarlo, y al hacerlo, en su tono se sintió algo de *¿por qué estoy perdiendo el tiempo con ustedes?*

—Sin embargo, ¿todavía ustedes se aferran a lo del tráfico de drogas?

—¿Qué quiere decir con eso? —replicó el detective.

Gallagher se estaba impacientando.

—Miren la escena del crimen. La víctima estaba amarrada a una silla, y se me ocurre pensar que estuvo conectado a aquel tomacorriente mediante cables eléctricos... —dijo Gallagher señalando las pequeñas quemaduras en el lóbulo de cada oreja.

—Entonces, ah, fue... —dijo el detective.

—Exacto, torturado —interrumpió Gallagher para ahorrar tiempo—. Una técnica de interrogatorio completamente estándar, si uno vive en Irán, por ejemplo. Pero, caballeros, estamos en Filadelfia...

Luego, mientras estudiaba el cadáver añadió:

—Creo que él se defendió. Tal vez se negó a hablar, de lo contrario no tendrían necesidad de meterle corriente al pobre hombre...

—¿Hablar de qué?

—Eso es lo que necesito averiguar. ¿A qué tipo de información tenía acceso nuestra víctima, aparte de tarifas de seguro y cuotas comerciales? ¿Algo que pudiera tener un valor único para los malos?

—No estamos seguros.

—Tal vez algunos contactos inusuales que tuviera. ¿Algo por ahí?

Fue entonces cuando los dos detectives se miraron. Después de un instante, uno de ellos habló.

—El señor French es yerno del señor Rocky Bridger, un general retirado.

—¿En qué lugar se destacó el general?

—En el Pentágono.

Ya Gallagher había sacado la cuenta. Una de las primeras cosas que los detectives le dijeron cuando llegó fue que Roger French había dejado un mensaje en el correo de voz de su esposa diciendo que iba a llegar tarde al juego de baloncesto de su hija porque tenía un «asunto de último minuto» que atender. Gallagher supuso que el asesino coordinó una reunión con French. Había calculado el tiempo de viaje desde la escena del crimen en el pantano de los campos del estado de Nueva York hasta esta parte de Filadelfia. Gallagher

comenzaba a tener la sensación, en su corazón y en su cerebro, y literalmente frente a sus ojos, en todas partes, de que esta cadena de crímenes que estaba presenciando era la pista de una mutilación criminal cuidadosamente premeditada por Atta Zimler.

—¿El Pentágono? —gritó Gallagher para hacer énfasis en lo evidente.

Los dos detectives asintieron uno detrás del otro.

—Señores —dijo el agente, entregando su tarjeta al detective mayor —, les agradeceré cualquier novedad que puedan darme con relación al desarrollo de este caso.

Cuando el agente Gallagher estuvo en su auto, llamó a Miles Zadernack, su supervisor. Se alegraba de que Miles contestara la llamada con rapidez.

—Miles, es Gallagher. Este caso en el que he estado trabajando salió con algo gordo. Creo que necesita una investigación especial y muy cuidadosa.

—¿Qué tienes?

—Mi sujeto favorito... Atta Zimler. Miles, creo que está en los Estados Unidos.

Del otro lado del teléfono hubo un silencio total, al menos durante diez segundos.

—Si eso es cierto —dijo entonces Zadernack con una monotonía impasible—, sería sin dudas extraordinario.

*¿Extraordinario?* Ese comentario golpeó a Gallagher como algo que uno pudiera esperar de un observador de aves que acaba de detectar una especie que no había visto hace algún tiempo.

—Si es cierto —añadió otra vez Zadernack para hacer énfasis.

—Creo que lo es. He estado reuniendo los pedazos de la pista. Tiene todos los elementos del *modus operandi* de nuestro asesino terrorista.

—Sí, pero, ¿por qué entraría a los Estados Unidos? Parece sumamente riesgoso para él.

Gallagher estaba tratando de mantener un tono respetuoso, pero se

hacía muy difícil.

—Oye, Miles, tienes que estar bromeando. Por favor, confía en mí.

—John —dijo Miles Zadernack—, creo que necesitamos vernos para hablar de esto. Cara a cara. Aquí en la oficina.

—Ahora estoy en Filadelfia, siguiendo algunas pistas. Eso va a ser un poco difícil. El tiempo es de importancia crucial...

—No te estoy *pidiendo* que regreses a Nueva York.

Gallagher exclamó:

—Miles, tú no hablas en serio.

Pero Miles le contestó:

—John, no sé por qué sigues diciendo eso. Tú sabes que yo no soy de los que bromean. Quiero que regreses, lo más pronto posible. Entonces, hablaremos.

John Gallagher colgó su celular. De nuevo le ardía el pecho. Zadernack ya había desbaratado su investigación de Iván el Terrible, el anfitrión del programa radial.

Y ahora esto. Lo primero que pensó fue, sin duda alguna, por instinto de conservación. *¿Me estarán botando? ¿Me degradarán a trabajo de oficina? ¿Me reasignarán a Montana? Algo viene. Lo que quiera que sea, no va a ser bueno para John Gallagher.*

Sin embargo, lo que no esperaba era algo mucho peor.

## TREINTA Y SIETE

Los primeros dieciocho hoyos se fueron volando. Joshua y sus compañeros pasaron un buen tiempo. Hanover, el campo del club de golf, era tan difícil como Joshua lo recordaba. Cuando llegaron al último hoyo, la pelota de Joshua estaba a unos tres metros del green. La de Campbell estaba a un metro más atrás en el camino.

Joshua estaba preparando dos golpes para ese último hoyo, que era un par cuatro, y le ganaba a Paul Campbell por tres golpes. Pero el Pastor también estaba preparando dos golpes para ese último hoyo. Joshua sabía que su oponente había jugado de manera respetable, hasta lo había hecho sudar un poco al principio de los últimos nueve. Pero el poderoso dominio de Joshua sobre el juego por fin lo estaba alejando de su competidor.

Joshua observó su pelota con cuidado, luego estudió la distancia entre el green y el hoyo. Campbell lo observaba.

—Estoy comenzando a reconocer esa mirada en su rostro. Está apuntando a uno bajo par, ¡estoy seguro! —le gritó Campbell—. Va a tratar de dejar caer la pelota directo en el hoyo.

Mientras Joshua sacaba su hierro nueve, sonrió y le contestó:

—Me pasó por la mente...

—¡No hace falta que me lo restriegue!

Hizo algunos movimientos de práctica, y luego se concentró en la pelota. Joshua miró hacia arriba y hacia el amplio campo durante un último segundo, su mirada fue más allá de este hasta el enorme bunker que estaba del otro lado. *Suficiente pero no demasiado. Un movimiento controlado. Levantarlo debajo de la pelota. Arquearla alto para que caiga a un metro directamente frente al hoyo. Olvídate esta vez*

*de darle efecto de retroceso. No te enfoques en el obstáculo de arena. Arriésgalo todo.*

Joshua dio un golpe aparentemente perfecto, puso la pelota en el lado más grande de su palo nueve y la sacó por el aire, lanzándola hacia el green con una curva agraciada.

Parecía perfectamente alineada para caer directamente en el hoyo, que estaba en el medio de un green amplio y de forma irregular.

Pero sin el efecto de retroceso la pelota dio duro en el green y rebotó una vez, saltó por encima del hoyo y luego cayó por la cuesta del otro lado del green, comenzó a rodar alejándose del banderín y cobrando velocidad.

En un instante la pelota se salió del green, bajando por el pequeño reborde del bunker donde se encontró con el green y rodó varios metros, casi hasta el otro lado del pronunciado obstáculo de arena.

Joshua mantuvo la calma, como siempre. Pero ya estaba sumando en su cabeza. Si a Campbell le iba bien con su último golpe, o en los dos últimos, y a Joshua no, las cosas se pondrían muy interesantes.

Campbell agarró su palo nueve. Parecía relajado frente a la pelota. Le pegó. La pelota se elevó por el aire y cayó en el green con un giro retroso violento, luego disminuyó, pero seguía derecho hacia el hoyo; luego subió por la cuesta ligera y siguió rodando. Joshua observaba y ahora estaba preocupado.

La pelota iba rodando hacia el hoyo. Pero justo antes de llegar, bajó un poco y llegó al borde del hoyo.

Rebordeó el hoyo y giró una vez alrededor de la circunferencia para luego caer embocado en el hoyo con un sonido apagado.

Joshua estaba asombrado. *Vaya... eso fue demasiado.*

—¡Gran tiro! —gritó Joshua—. ¿Cómo lo consideramos? ¿Un milagro divino o suerte de pastor?

Hasta el mismo Campbell estaba sorprendido con el tiro y se reía. —No me pregunte. Ni siquiera podría decirle cómo lo hice.

Joshua acababa de perder su ventaja de tres golpes. Con su

próximo golpe quedaría solo en dos. Y tendría suerte si ganaba solo por dos. El bunker era tremendo obstáculo. Había que cruzar tres metros de arena. Cuesta arriba. Luego había un green que parecía rápido. Y todavía tenía que conquistar la ligera cuesta arriba hacia el banderín.

Joshua sacó su palo cucharilla y comenzó a bajar hacia la arena.

Desde arriba Campbell lo miraba sonriendo, observando a su súper competidor ante la emergencia de un juego a presión.

Pero Joshua, en su cabeza, había clausurado las emociones que dicen cuán importante es ganar, ganar en todo. Ahora funcionaba de una manera automática.

Era su propia fórmula mental desarrollada para aquellas situaciones en las que había estado en la estratosfera, yendo a varios cientos de kilómetros por hora en un avión militar cuando de repente las cosas salían mal y tenía que hacerlas buenas, o morir.

*Dirección, altitud, poder, precisión, control.*

*Ahora...*

Con el movimiento toda la chapa del hierro levantó la pelota y la envió haciendo un arco encima de las malvadas arenas y luego hacia el green.

Tenía poder suficiente para sacarla por completo del obstáculo de arena y llevarla al green donde cayó y comenzó a viajar rápidamente hacia el banderín.

Joshua no podía ver el hoyo desde donde estaba, así que estaba «volando por instrumentos», como él decía, usando solamente como guía la bandera que el pastor Campbell sostenía en el green.

Entonces el pastor Campbell dio un breve salto, agitó el puño en el aire y se rió.

—¡Increíble! —gritó—. ¡Tremendo tiro!

Joshua salió de la arena, caminó a grandes pasos hacia el green y luego al hoyo.

Sintió una tranquila sensación de satisfacción mientras se agachaba

y agarraba la pelota en el fondo del forro para recuperarla.

Bob y Carl, que estaban jugando más atrás, llegaron justo a tiempo para el espléndido tiro de Joshua.

Cuando los cuatro regresaron a la casa club, hubo una celebración general por el dominio que Joshua tuvo en el campo. Al mismo tiempo el pastor Campbell decía que este había sido el mejor juego de dieciocho hoyos que jugara alguna vez en Hanover.

Los otros dos hombres tenían que irse corriendo a unas reuniones, así que Paul Campbell y Joshua se sentaron en el club para comer un sandwich rápidamente.

—Realmente usted me obligó a elevar mi juego —dijo el Pastor—. Pero, oiga, al mismo tiempo tengo que reconocerlo... algunos de mis tiros fueron pura casualidad. No creo que me gané la puntuación de hoy con solo dos golpes detrás de usted. Por el contrario, usted realmente ganó su puntaje. Juega con mucha habilidad. Y disciplina.

Joshua sonrió mientras masticaba su sandwich de jamón, lechuga y tomate con pan integral.

Entonces se dio cuenta de algo. Tenía que decirlo en voz alta.

—Eso es.

—¿Qué? —contestó Campbell.

—La respuesta a su pequeño acertijo. Dijo que la vida era distinta al golf.

—Y... entonces, ¿cuál es su respuesta?

—Creo que lo que usted quería decir era que lograr las cosas en la vida puede requerir disciplina y habilidad. Es evidente. Pero de alguna manera esas cosas no son suficientes.

Paul Campbell dejó de comer. Se limpió la boca con su servilleta y se recostó.

—Creo que tiene razón.

Pero Joshua quería que ahora fuera el Pastor quien «cerrara el círculo». Así que le preguntó:

—Entonces, habilidad y disciplina no son suficientes... pero, ¿no son suficientes *para qué*?

—Para Dios.

Hubo silencio entre los dos hombres. Joshua esperaba que el hombre sentado al otro lado de la mesa de la cafetería siguiera hablando. Pero no lo hizo. Por fin Joshua tuvo que seguir.

—Está bien. ¿Qué hay con Dios?

—Por muy hábil, disciplinado y realizado que usted, o cualquiera, pueda ser... además de eso, no es suficiente para agradar a Dios.

—Parece que es muy difícil de complacer —contestó Joshua con una risita.

El Pastor sencillamente contestó:

—Exactamente. Dios es difícil de complacer. De hecho, es imposible.

Esto sorprendió a Joshua.

—Vaya, eso es deprimente, viniendo de un clérigo. Yo pensaba que ustedes se especializaban en dar palabras de aliento.

—Digámoslo de esta manera: Dios no se complace con meros esfuerzos humanos como para lograr de esa manera una relación con él. Eso nunca funcionará.

—¿Por qué?

—La Biblia dice que cada uno de nosotros ha pecado y ha sido destituido de la gloria para la que fuimos diseñados originalmente. Todos tenemos un pecado inherente, y actuamos basados en eso. Eso bloquea nuestra capacidad de relacionarnos con Dios.

—Entonces, ¿cuál es su solución... no pecar? ¿Actuar con justicia propia? ¿Ser piadoso? ¿Ir a la iglesia?

—No.

Ahora Joshua se estaba impacientando. Si había un problema, a él le gustaba buscarle solución. Campbell estaba proponiendo un problema trágico para la raza humana y no una solución.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Joshua. Habló lo suficientemente alto como para captar la atención de un grupo de mujeres que almorzaban en una mesa cercana, la cuales se viraron y miraron.

Campbell contestó.

—Aceptar la solución que Dios nos ha dado. Es el único remedio que funcionará. La única cosa que nos permitirá tener algún tipo de relación con él. Para recibir perdón por el pecado. Sacarnos del campo enemigo y permitirnos tener amistad con el Creador del universo. Eso es todo. No hay nada más que lo haga posible.

Joshua buscaba evasivas.

—¿Así que no hay varias opciones disponibles? Mire, si yo estoy bien arriba en la estratosfera, volando un Mach uno y me encuentro con problemas en mi nave, no voy a limitarme a una sola solución. Yo pruebo varias estrategias para ganar control de esa nave.

—Vamos a usar un modelo de comunicación. Usted está en ese avión. Quiere comunicarse con la torre de control. El radio tiene que estar en la frecuencia correcta. Si la torre solo tiene una frecuencia disponible, no tiene mucho sentido decir que no le gusta esa frecuencia, y que preferiría tener varias opciones...

—Entonces, ¿cuál es la frecuencia para Dios?

—La Biblia lo marca bien claro. La razón principal por la que Jesús vino a la tierra era simple, pero es asombrosa. Él vino a que lo torturaran cruelmente para luego ir a morir en una cruz romana fuera de las murallas de la antigua Jerusalén. Esa es la única manera en la que él podría ser un sacrificio. El hijo perfecto de Dios, ofrecido como un pago perfecto por el precio de mi pecado... y del suyo.

Joshua estaba calculando las probabilidades. Había algo que no tenía sentido.

—Cuántas personas hay... trece mil millones de personas viviendo en este planeta, ¿algo así? Entonces, ¿cómo podría un hombre, no me importa quién sea... cómo sería posible que la sangre de un solo hombre pudiera cubrir los pecados de cada persona? Eso es imposible.

Paul Campbell asintió.

—Tiene razón. Eso no es posible.

Joshua se rió y examinó al hombre que estaba del otro lado de la mesa.

—¿Ahora está de acuerdo conmigo? ¿Cómo es posible?

—Un hombre ordinario nunca podría haber muerto por sus propios pecados, mucho menos por los miles de millones de otros. Pero entonces, ese es el punto de todas esas profecías bíblicas de las que yo estaba hablando en la iglesia. Dios nos ha dado la guía en su Palabra, que es como las luces de aterrizaje que alumbran la pista de un aeropuerto. La guía de su Palabra apunta directamente a Jesús como el único Salvador. Dios hecho hombre. Completamente humano y, no obstante, completamente divino. ¿Incomprensible? Sí. Pero cuando Jesús fue crucificado, era literalmente la sangre de Dios la que se derramaba, que es lo único que puede limpiar los pecados de trece mil millones de personas. Josh, es obvio que Dios piensa que vale la pena salvar a los seres humanos. Es así de simple y así de profundo. Lo único que queda es cómo vamos a responder a eso.

—Entonces, aquí está mi respuesta —dijo Joshua—. Algunas cosas son dignas de salvar, ¿verdad? En eso estamos de acuerdo. En mi caso, yo quiero salvar a mi país. Entendí lo que usted dijo anoche. De hecho, usted y yo tenemos algo más en común. Es decir, aparte de un juego de golf casi empatado.

—¿Qué cosa es?

—Ambos entendemos que esta pudiera ser la mejor y la última oportunidad que tenemos para impedir que absorban a Norteamérica en una comuna global. Un lugar donde la libertad quede destruida por la redefinición. Nuestras fronteras comienzan a evaporarse. Tendremos que pedir permiso a la comunidad internacional antes de actuar para defendernos. La visión de hombres como Patrick Henry y George Washington se borran de los recuerdos de nuestros nietos. Según lo que usted dijo anoche, si eso sucediera, podría ser el comienzo del fin. Una larga y fea pesadilla global. Bueno, yo no voy a quedarme tranquilo para ver cómo esto sucederá.

—Las naciones están conformadas de personas. Eso lo incluye a usted. Así que Josh, tal vez quiera considerar buscar primero su propia salvación. Tal vez le sorprenda lo que Dios tiene para usted una vez que se una a su equipo.

—¿Quiere que yo tenga el mismo tipo de conversión espiritual que Abby tuvo? Para ella está bien, pero lo que me está ofreciendo... en realidad no es el mejor momento.

—¿Qué quiere decir?

—Seamos honestos. Ahora mismo mi vida está amarrada a una lucha complicada. Tengo una misión. Todo lo que soy y todo lo que tengo será dedicado a esa tarea. Mis negocios, mi energía. Todo. Aprecio lo que está diciendo, pero ahora voy por un camino diferente. Y no me voy a detener hasta que haya logrado la misión. Campbell asintió y dijo:

—Usted mencionó a Patrick Henry. ¿No fue él quien dijo que Dios dirige el destino de las naciones?

—Sí, pero entonces se levantó y amenazó con su puño a Gran Bretaña y luchó por la libertad. Pastor, yo no puedo esperar por la intervención divina. Necesito actuar.

—Una idea más. Algo que no tuve la oportunidad de decir anoche.

—¿Qué fue?

—Es Dios quien lleva el cronograma. Él es el único que sabe el momento exacto del fin. Yo he hecho de las Escrituras mi estudio para toda la vida. ¿Quiere saber dónde se menciona a los Estados Unidos?

—Claro.

—Yo también, y todavía lo estoy buscando. ¿Por qué no hay una mención clara y específica de Norteamérica? Tal vez porque sencillamente él no quiere que de antemano sepamos el destino de nuestro país. Para que podamos aceptar el reto. Buscar su rostro mientras todavía haya tiempo.

Había un poder penetrante en la mirada del pastor Campbell. Él miraba a los ojos de Joshua con un extraño tipo de tranquilidad.

Por fin Joshua se levantó y dijo que tenía que ir a la oficina. Sonrió y estrechó la mano de Paul Campbell.

Pero antes de salir de la casa club, tenía que dar el crédito merecido.

—Por cierto, fue un gran juego. Me hizo sudar. Hagámoslo de nuevo en algún momento.

## TREINTA Y OCHO

A la vicepresidenta Jessica Tulrude le dolían muchísimo los pies. Hubiera deseado no andar en tacones, sobre todo para el paseo turístico por las antiguas calles de piedra de Pompeya. Ella fingía escuchar con atención al guía de turismo y se esforzaba de igual modo para mantener su sonrisa ante el pequeño contingente de reporteros internacionales.

Tulrude era parte de un pequeño séquito que incluía a varios oficiales de la Unión Europea y al Asistente del diputado del Presidente de la Unión. Tulrude había ido a Italia para una conferencia conjunta entre la Unión Europea y los Estados Unidos acerca de asuntos de interés común, incluyendo las finanzas globales.

Antes del viaje tuvo una acalorada discusión con Danburg, el Secretario de Estado, sobre quién debía asistir a la conferencia. Siempre saliendo a flote en la política, la vicepresidenta Tulrude pudo sacarlo del camino. Ella sabía el valor de ese acontecimiento en cuanto a las relaciones públicas. Después de todo, sus consejeros políticos le habían dicho que si quería impulsar su futura campaña, necesitaba incrementar su prestigio en materia de política exterior. Esto era exactamente lo que hacía falta.

Las personas importantes en el grupo del paseo también incluían a unos cuantos empresarios internacionales de mucha influencia.

Caesar Demas era uno de ellos. Él estaba paseando con sus mangas cortas y sonriendo detrás de sus gafas *Georgio Armani* de diseño exclusivo.

Demas caminaba cerca de Tulrude mientras fingía estar examinando los arcos romanos en las entradas de los edificios y las casas de piedra del primer siglo a cada lado de la blanca calle de

adoquines.

Tulrude lo miró de soslayo para cuidarse de no mirarlo de frente.

—Caesar, vuelve a decirme, ¿quién inventó esta ridícula idea de pasar medio día caminando por una ciudad romana en ruinas?

—Jessica, creo que fue su eminencia, el Presidente de la Unión Europea. Esto es parte de su promoción mediática global para conseguir un esfuerzo internacional de preparación en conjunto para desastres masivos.

Demas no lo pudo apreciar, pero Tulrude puso los ojos en blanco ante la noticia. Cuando respondió, se podía notar con claridad en su voz ese tono de queja y cinismo contra el cual sus consejeros le habían advertido.

—¿Así que él selecciona una ciudad... del siglo primero... enterrada por una erupción volcánica, para su sesión de fotos con la prensa como su proyecto favorito para desastres globales? Oh, por favor...

—Míralo de esta manera, al menos nos da la oportunidad de conversar unos minutos sin levantar sospechas —dijo Demas—. De todas maneras estaba buscando la manera de hablar contigo. Decirte lo triste que estuve por no poder trabajar con la Casa Blanca como enviado no oficial para negociar un arreglo que permitiera compartir la tecnología de las armas SGR-DR con otras naciones...

—Sí, bueno, todas las encuestas nos fueron contrarias en ese asunto. En ese momento parecía ser una buena idea, pero al final no podríamos sobrevivir a las consecuencias políticas.

—Comprendo. Pero ahora tú y yo tenemos otras cosas de qué hablar —dijo Demas dándole unos golpecitos en el brazo—. Como tu futuro político.

Antes de que Tulrude pudiera responder, divisó a su jefa de personal, Lana Orvilla, y a un agente del servicio secreto caminando a paso rápido hacia ella.

Orvilla le extendió un *Allfone* satelital codificado.

—Disculpe, señora Vicepresidenta —dijo ella—, pero tenemos una llamada urgente del Departamento de Justicia. El fiscal general Hamburg necesita hablar con usted.

Tulrude se excusó con Caesar Demas y se alejó un poco del grupo para recibir la llamada.

—Señora Vicepresidenta —comenzó el fiscal general Cory Hamburg—. Lamento interrumpir su viaje, pero tenemos un importante asunto de seguridad que necesitamos verificar. Tanto el FBI como nuestro personal dedicado al contraterrorismo aquí en el Departamento de Justicia necesitamos verificar bien algo.

—Por supuesto. La seguridad nacional está siempre primero. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—La seguridad nacional emitió una orden en cuanto a un objetivo principal del terrorismo. Un conocido terrorista y asesino conocido como el señor Atta Zimler.

—¿Cómo se relaciona esto conmigo?

—Bueno, durante varios años Zimler estuvo en los primeros lugares en nuestras listas de terroristas. Pero Seguridad Nacional nos ha pedido que retiremos toda investigación interna sobre Zimler. Cuando les preguntamos las razones, dijeron que debíamos llamar a su oficina.

—Sí, ahora recuerdo la situación —dijo Tulrude—. La Casa Blanca y Seguridad Nacional han estado analizando el problema de identidades equivocadas en nuestros programas antiterroristas. Usted sabe, arrestar a la persona equivocada por una falla en el sistema. Nombres similares. Ese tipo de cosas. El asunto es que no podemos tolerar ese tipo de errores...

—Sí, eso es lo que ellos también nos dijeron —interrumpió de inmediato el Fiscal general—. Que había un supuesto diplomático que se piensa que puede estar en peligro, usted sabe, que lo confundan con Atta Zimler. Se supone que este diplomático viene a los Estados Unidos y Seguridad Nacional está preocupada con una vergüenza internacional si por equivocación se le pone bajo custodia. Para ser

sincero, me siento un poco intranquilo al respecto. No tenemos nombre alguno de este diplomático. Francamente, ni siquiera sé si existe...

—Por supuesto que existe —dijo Tullrude y se contuvo para no decir nada más.

Frunció los labios y comenzó a dar golpes con su dedo sobre el teléfono. Después de unos breves segundos de silencio dijo:

—No estoy segura adónde quiere llegar con esto. Ni cómo esto me concierne...

—Usted sabe bien —continuó el Fiscal general—, señora Vicepresidenta, que esta directiva es completamente atípica. Viene de Seguridad Nacional al Departamento de Justicia. Con respecto a una potencial investigación de terrorismo... como usted sabe, el protocolo es que se debe hacer todo lo contrario. Incluso, ellos nos dijeron que a Zimler lo tenían en custodia en Europa... quizás en París. Si Zimler está en custodia, está bien, no hay problemas... pero no podemos conseguir verificación de esta noticia. Nada a través de los canales establecidos... ninguna información de la policía de París... nada de la Interpol.

La respuesta de Tullrude fue brusca:

—¿Qué quiere de mí, general Hamburg? Sea específico.

—Si pudiera hablar con los de la Unión Europea mientras está en Italia, hacer que sus contactos en Francia se apuren en este tema de inteligencia. Confirmar que han capturado a Zimler. Necesitamos esa información lo antes posible. Por supuesto, mientras tanto vamos a retirar toda investigación aquí en los Estados Unidos sobre personas que pudieran confundirse con este Atta Zimler.

—Sí, por supuesto. Cuando sea el momento apropiado... —le aseguró Tullrude—. Y, ¿general Hamburg? Estoy segura de que hablaré bien de usted en la conferencia de la Unión Europea.

—Gracias, señora Vicepresidenta.

Tullrude le devolvió el teléfono a la Jefa de personal. El Agente del servicio secreto estaba justo detrás de ella. El resto del grupo se había

alejado en su recorrido por la antigua calle, todos excepto Caesar Demas, que se había quedado atrás.

La Vicepresidenta ordenó a Lana Orvilla y al hombre del servicio secreto que se adelantaran y dijeran que pronto ella se uniría. El Agente protestó con mucha cortesía. Le recordó a la Vicepresidenta que su seguridad era responsabilidad de él. Pero ella lo interrumpió.

—Agente, ¿quiere que lo libere de su responsabilidad?

Él entendió el mensaje. Su cara se puso tensa.

—Estaré esperando por usted más adelante, señora Vicepresidenta.

Cuando Orvilla y el Agente estuvieron a unos quince metros, Tulrude caminó para acercarse a Demas. Al hacerlo, le hizo una señal con la cabeza hacia una entrada en forma de arco de un edificio de piedra donde podrían hablar. Los dos subieron al portal, miraron a ambos lados para ver si había algún fotógrafo, y luego se adentraron un poco lejos de la vista de los demás.

—Nunca vas a adivinar, Caesar, de quién era esa llamada.

Antes de que Demas pudiera responder, Tulrude continuó como quien no puede contenerse.

—Fue el fiscal general —dijo—. Llamaba por causa de este asunto de Atta Zimler. Ahora estoy en problemas por tu culpa. Por el momento estamos demorando toda investigación interna sobre Zimler. Tal y como tú lo pediste. Así que le puedes decir a tu amigo diplomático... quienquiera que sea... que no tiene por qué preocuparse de que lo molesten por error dentro de los Estados Unidos. Pero necesito pedir a tus contactos dentro de la oficina de inteligencia de París que verifiquen con el Departamento de Justicia que es cierto que tienen a ese Zimler bajo custodia, como me dijiste que era. Quiero decir, créeme, Caesar, que por ti me estoy arriesgando mucho en esto. Solo piensa en lo que me podría ocurrir si estás equivocado, y este Zimler de alguna manera terminara dentro de los Estados Unidos...

—No te preocupes. Le pediré a mis amigos dentro de la seguridad francesa que confirmen esto a las personas de tu Departamento de

Justicia.

—Bien.

Caesar Demas se acercó un poco más para tomar la mano de la Vicepresidenta.

—Mi fundación ha depositado diez millones de euros en una cuenta fuera del país para tu campaña electoral. Luego se va a diseminar por varias organizaciones y sociedades de beneficencia norteamericanas a favor de tu campaña. Todo muy limpio. Depositaremos otros veinte millones; asumiendo que puedas pasar las elecciones primarias en una situación favorable.

—Oh, voy a ganar las primarias, Caesar. No tengas dudas de eso.

—Solo estoy repasando las reglas para ambos.

Justo entonces algo captó la atención de Jessica Tulrude. Estiró el cuello para ver más de cerca las descoloridas pinturas sobre la pared del antiguo edificio donde estaban.

—Caesar, ¿qué tipo de edificio era este? Quiero decir, en tiempo romanos...

Él comenzó a reírse.

—Era un burdel.

Tulrude lanzó una estridente carcajada.

Ambos disfrutaron el humor implícito. Escoger ese tipo de lugar para discutir sobre las intenciones de Jessica Tulrude de postularse para la presidencia.

## TREINTA Y NUEVE

### En la Universidad Liberty

—Señor Jordan, ¿podiera usted responder esta pregunta?

Cal Jordan estaba entretenido delineando un dibujo en su libreta de notas. Levantó la cabeza avergonzado para darse cuenta de que toda la clase lo estaba mirando.

—Disculpe, profesor. No lo escuché.

Se escucharon risas apagadas de algunas estudiantes unas diez hileras atrás que resonaron en todo el amplio salón de conferencias de la universidad.

El profesor al frente de la clase frunció el ceño e intentó de nuevo.

—La pregunta, señor Jordan, de uno de sus compañeros del aula fue, ¿por qué el Congreso debe tener el poder para obligar a un particular a testificar en una audiencia congresional?

Durante un instante el cerebro de Cal se quedó paralizado.

El profesor miró con detenimiento a Cal y luego amplió la pregunta.

—Estamos estudiando los poderes del Congreso. El señor Hitchney hizo una interesante pregunta acerca del poder del Congreso para enviar una orden de comparecencia.

Cal se volvió y miró diez hileras atrás hasta que vio el rostro de Jeff Hitchney, otro estudiante en el aula. Hitchney, un estudiante alto y rubio de segundo año, tenía una maliciosa sonrisa en su cara. Cal comprendió entonces que el estudiante había hecho el planteamiento con el propósito de avergonzarlo. Hitchney era el lanzador estrella del

equipo de béisbol de la universidad y líder del equipo de debate de la escuela. Pero había algo más. Él tenía un intenso interés en Karen Hester, la novia de Cal. Y Hitchney parecía tener la intención de hostigar a Cal. Después de todo, ¿cómo era posible que Karen hubiera preferido a Cal y no a él?

—Señor Jordan —dijo el Profesor, presionando con amabilidad—, yo pensé que usted tendría algunas ideas acerca de este tema, considerando el hecho de que su padre, Joshua Jordan, está en las noticias por este mismo asunto.

Cal se sintió avergonzado. *Ahí está de nuevo. El coronel Joshua Jordan. El hombre que sin ayuda de nadie rescató a la ciudad de Nueva York del peligro de un misil nuclear. No importa adónde vaya, no me puedo escapar de mi padre.*

Ahora Cal se esforzaba por concentrarse y preparar una respuesta inteligente. Hizo lo mejor que pudo.

—El poder del Congreso para dirigir las audiencias en cierto modo da por hecho, pienso yo, el poder de celebrar las audiencias para el bien del país. Y eso asumiría, supongo, el poder de obligar a las personas a testificar.

El profesor asintió brevemente con la cabeza. Luego vio a Hitchney levantar una vez más la mano reclamando su atención.

—Profesor, me da la impresión de que Jordan está admitiendo que su padre estaba equivocado y que el Congreso tiene la razón. Porque en su respuesta sugirió con toda claridad que el poder para obligar a comparecer es un ejercicio apropiado de autoridad por parte de los comités del Congreso.

Hitchney puso fin a su comentario con una presuntuosa sonrisa.

Otras risas se sumaron desde la hilera de Hitchney.

Cal levantó la mano. El profesor le dio la palabra.

—Sí, señor Jordan.

—El señor Hitchney está en lo correcto en que admito el poder del Congreso para obligar a una persona a testificar. Pero la situación con

mi padre no es esta. El caso que mi padre defiende es que el Congreso no puede obligar a alguien a entregar secretos industriales ni asuntos de inteligencia empresariales. Eso es lo que ellos están tratando de hacer. Además... hay algo más en todo esto...

El profesor preguntó:

—¿Y qué es?

—Algunas veces las personas rechazan dar información al Congreso... o también ante un tribunal... por buenas razones. La semana pasada estudiamos la situación de los reporteros de los medios que se negaron a testificar ante el tribunal cuáles eran sus fuentes confidenciales. Ellos dijeron que tenían un derecho mayor de proteger las fuentes de sus noticias.

—¿Y cuál es el derecho mayor en el caso de su padre?

Cal hizo una pausa. Ahora estaba ante el interesante dilema de defender el caso de su padre. No estaba muy entusiasmado con esa idea. Aparte de que las cosas que su mamá y su hermana, Deborah, le habían comunicado sobre la situación legal de su padre eran de carácter estrictamente familiar. Muy privadas. Pero Cal tenía otro pensamiento que lo dominaba. *Por otro lado, de ninguna manera voy a dejar que Hitchney se libre de esta.*

—Está bien. Este es el asunto —respondió Cal—. Mi padre inventó esa arma láser... el SGR-DR. Ese asunto de Devolver al Remitente. Él nunca le dio al gobierno la propiedad total del diseño. Aún estaba como en fase experimental. Entonces los norcoreanos nos lanzaron los misiles. El gobierno utilizó el arma de mi papá para detener los misiles.

Otro estudiante irrumpió con desfachatez:

—Sí, y derribó a los norcoreanos que tal vez ni siquiera fueron los atacantes...

Ante esto, unos pocos estudiantes lanzaron un apagado *bú*.

Pero el resto de la clase comenzó a aclamar de forma espontánea a Joshua Jordan.

Mientras el tema explotaba por todo el salón de conferencias alrededor de él, Cal miraba con tranquilidad sus manos, delante de él. *Caramba, no puedo creerlo. ¿Por qué habrá el profesor sacado este asunto a colación?*

Después que el profesor logró controlar la clase, le pidió a Cal que terminara su idea.

—Lo que quería decir es solo esto —explicó Cal—. Si el gobierno no poseía el arma, ¿no debía entonces el hombre de negocios que la inventó ser capaz de proteger su diseño?

Hitchney levantó su mano, y el profesor le hizo un gesto con la cabeza para que volviera a hablar.

—Las armas están relacionadas con la seguridad nacional. Este asunto no pertenece a un hombre de negocios multimillonario, pertenece al gobierno.

Cal no esperó a que le dieran la palabra.

—Uh, nosotros *somos* el gobierno —dijo, volviéndose hacia Hitchney—. Estudiamos eso durante la primera semana de clases... Hitchney no esperó esta vez a la señal del profesor.

—Un ciudadano en particular no puede decidir ese tipo de cosas. Eso sería un caos. Se supone que sea el gobierno quien decida esos asuntos.

—¿Y si algunos políticos del Congreso no son dignos de confianza? ¿Y si permiten que la información del arma caiga en malas manos?

—Wow, hablando de paranoicos —murmuró Hitchney a sus amigos que se sentaban junto a él, pero con el volumen suficiente como para que casi toda la clase lo escuchara.

Fue entonces que el profesor regresó a la discusión.

—Está bien, está bien. Buena discusión. Por cierto, me encanta cuando ustedes deciden poner a funcionar su materia gris. Creo que es magnífico.

Luego el profesor se volvió una vez más a Cal.

—Solo por curiosidad, señor Jordan, ¿cuál es su especialidad?

—Arte

—Bueno, si se cansa alguna vez del arte, pudiera pensar en estudios preparatorios para estudiar leyes. Planteó muy buenos razonamientos hoy. Y quizá también pudiera pensar en unirse al equipo de debate.

Cuando dijo esto, el profesor lanzó una sonrisa a Jeff Hitchney, quien estaba esforzándose por no parecer amenazado por este último comentario.

Mientras el profesor continuaba con su conferencia, Cal sintió vibrar su *Allfone*. Él lo había puesto a vibrar en el modo código Morse. Si la llamada era de la casa, vibraba con puntos y rallas formando la palabra *familia*. Pero si la llamada era de la oficina de su padre, la palabra que transmitía era SOS; la señal internacional de socorro. Era su chiste privado.

Esta vez era un SOS. Él no iba a responder. Al menos no en ese momento, cuando los ojos de la mitad de los estudiantes aún estaban fijos en él.

□□□

En su oficina, en un alto edificio de Nueva York, Joshua Jordan esperaba con su teléfono en autoparlante que su hijo respondiera mientras continuaba repasando una nota que su equipo de ingeniería le había dejado sobre diseño de armas.

El teléfono se mantuvo sonando. Joshua puso el papel sobre la mesa. *Él no va a responder. Así que, él sabe que soy yo el que lo llama, y no contesta. Por supuesto, podría aún estar en clases. Calma, Joshua. Dale una oportunidad al chico.*

Cuando Joshua escuchó el comienzo del mensaje del correo de voz de su hijo pensó en dejar un mensaje. Pero las malas noticias se dicen mejor de persona a persona.

Decidió colgar e intentarlo de nuevo dentro de unos pocos minutos.

Joshua recordó la llamada que acababa de recibir de Rocky Bridger, un hombre cuya fortaleza de ánimo por lo general parecía esculpida en granito. Pero cuando Joshua recibió su llamada, su voz

sonó diferente.

Rocky comenzó diciendo:

—Josh, Rocky. Oh, mi amigo... —Su voz vacilaba.

Hubo una larga pausa. Luego un sonido. La voz de Rocky se sentía quebrantada por la emoción.

—¿Qué pasa? —preguntó Joshua.

—Roger, mi yerno... asesinado... Joshua... Dios mío, está muerto.

Cuando Rocky se pudo calmar, le comunicó la poca información que tenía. La policía estaba haciendo de aquello una historia de operación clandestina. Pero la horrible conclusión era que habían asesinado a Roger French en su oficina, en el centro de Filadelfia. La policía local se esforzó mucho en no ofrecer detalles, aunque mencionó que el FBI tenía cierto interés en el caso. Pero su yerno estaba muerto, víctima de un crimen brutal, y ahora Rocky estaba con su hija, que se quedó traumatizada y sin consuelo.

Joshua trató lo mejor que pudo de consolar a su amigo y mentor, pero se sintió estúpido, inútil y torpe.

Enseguida llamó a Abby. Siempre le había impresionado su sentido de compasión, pero esta vez su disposición de dejarlo todo para ir a Filadelfia a ayudar a la familia fue algo especialmente gratificante.

Entonces, algo golpeó a Joshua como un meteorito. *Rocky acaba de perder a su yerno. Un asesinato sin sentido. Tu vida cambia en un latido del corazón. Uno puede perderlos... tan rápido. ¿Cuándo fue la última vez que le dije a Cal que lo amaba? Debbie y yo no tenemos ese problema. Ella es tan abierta con todas las cosas. Pero Cal y yo... las cosas siempre han estado tensas. Bajo presión. Y el reloj sigue caminando. Y nada se resuelve. ¿Y si algo me sucediera y no he tenido antes la oportunidad de suavizar las asperezas con Cal?*

Fue entonces que Joshua sintió esa irresistible necesidad de llamar a su hijo.

Lo intentó de nuevo, y luego de unos pocos segundos llenos de nerviosismo, Cal respondió la llamada.

—Josh, es papá.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Bueno. Mira... acabo de escuchar algunas noticias terribles de un amigo. ¿Tú conoces a Rocky Bridger?

Cal se quedó callado. Joshua añadió:

—El General del Pentágono. Mi amigo de mucho tiempo de la Fuerza Aérea.

—Oh, sí...

—Bueno, asesinaron a su yerno hace un par de noches en Filadelfia. Rocky no tenía los detalles. ¿Por qué desearía alguien matar a Roger?

—Lamento oír eso, papá. Tú y mamá mencionaban mucho a Roger. Pero yo no lo conocía muy bien...

—Bueno... estaba pensando que necesitaba llamarte.

—Está bien.

—Y...

—¿Sí?

—Solo para decirte...

Hubo una pausa.

—Te quiero.

Joshua deseaba algo más elaborado, pero lo terminó así.

Tomado por sorpresa, Cal solo pudo balbucear:

—Gracias, papá.

—Tú y yo necesitamos hablar en algún momento.

—Está bien.

—De hombre a hombre.

—Perfecto.

Cal estaba pensando dentro de sí: *¿De qué se trata todo esto? Pero*

preguntarlo era muy arriesgado.

—Quiero decir —añadió Joshua—, acerca de lo que sucedió en Nueva York. El día que lanzaron los misiles. Cuando aún estabas en la ciudad...

Cal estaba pensando: *¿Quieres decir que así me podrás interrogar acerca de por qué no te dije la verdad sobre haberme quedado atrás en Manhattan con mi novia, Karen Hester, con la que tú no estás de acuerdo? ¿Quieres decir que necesitamos hablar de eso? Ya yo le confesé todo eso a mamá. ¿No puedes dejarlo así y ya?*

Fue ahí que la conversación comenzó a ir a la deriva como un barco sin timón.

Por fin Joshua fue el que la dio por terminada.

—Bueno, hijo. Solo quería llamarte. Así que... hasta luego.

Cal fue el último en hablar.

Y lo único que dijo fue:

—Hasta luego.

Luego presionó el botón para terminar la llamada en su *Allfone*.

Algunos estudiantes que habían estado en su clase de gobierno cuando enfrentó a Jeff Hitchney pasaron junto a él y le hicieron señas con las manos de estar a su favor.

Cal sonrió un poco y les agradeció.

Pero por dentro se sentía muy confundido.

## CUARENTA

El propietario de la tienda de ferretería y suministros para la minería en West Virginia sostenía con mucha cautela la caja de explosivos. La puso con cuidado sobre el mostrador. Luego señaló el contenido para que el cliente pudiera mirar en su interior.

El cliente que estaba frente a él era un hombre que vestía una camisa de franela con las mangas cortadas. Tenía puesto un pantalón vaquero y unas botas.

Los pantalones parecían ser nuevos.

Él no reconoció al cliente.

—¿En qué operación de minería me dijo que está trabajando?

—Carbón Wyler —dijo Atta Zimler, inventando el nombre al instante y haciendo una buena imitación con el acento—. Es una mina pequeña. Pertenece a la familia. Acabamos de empezar.

—Está bien —dijo el vendedor—. De todas formas, estos son detonadores del tipo Bridgewater. Detonan con una chispa eléctrica...

—Bien —dijo Zimler—, esto es lo que estoy buscando.

—¿Qué está utilizando como explosivo principal?

Zimler sonrió. No tenía intención alguna de decirle la verdad. Su explosivo *primario* eran explosivos plásticos de tipo militar que ya había comprado en el mercado negro por una bella suma de dinero en cierto lugar en las afueras de Pittsburgh. Lo que necesitaba ahora era el detonador. Estos que accionaban con una carga eléctrica serían perfectos. Ya había comprado los interruptores remotos en una tienda de electrónica. Instalarlos con teléfonos celulares que enviaran la carga sería juego de muchachos para él.

—¿Explosivo principal? —repitió Zimler—. Oh, el de siempre. Ahora bien, ¿estos detonadores no detonarán por accidente con la electricidad estática en el aire, verdad?

—No.

—Señales descarriadas de teléfonos celulares, ¿ese tipo de cosas no lo hará?

—No. Para que estalle tiene que enviar una carga eléctrica directa al detonador.

—Muy bien —dijo Zimler—. Mi criterio es que cuando uno se dedica a explosiones, desea asegurarse de que el objetivo reciba toda la fuerza. Y que estalle solo *cuando* uno lo quiere. El momento oportuno lo es todo. ¿No es así?

Algo en aquella conversación le pareció extraño al dependiente, aunque no podía decir qué era.

—Sí, eso creo... —respondió él.

Zimler sacó un fajo de billetes y pagó en efectivo. Sin embargo, antes de que el dueño de la tienda le entregara la caja con los detonadores, tomó una tablilla y la puso con fuerza sobre el mostrador.

—Se supone que hagamos esto con todos los que desean explosivos. Ponga su rúbrica aquí...

Zimler sonrió y actuó como si comprendiera la frase. Pero vaciló por un instante.

Miró la tablilla y vio las firmas que estaban allí.

—¿Quiere que yo firme aquí?

—Esa es la idea.

Zimler firmó con un nombre falso. El dueño de la tienda le entregó la caja.

—Que no tenga problemas —le dijo a Zimler.

—Por supuesto —dijo Zimler mientras tomaba la bolsa con la caja de detonadores y salía de la tienda. Había tenido que dar un gran

rodeo para conseguirlos, pero había valido la pena.

□□□

En algún momento, luego de Zimler salir camino a West Virginia para conseguir sus detonadores, fue hacia el este por la autopista de Pensilvania. Esto sucedió antes de ir al sur, hacia la frontera de West Virginia. En ese momento preciso Zimler estaba a menos de ochenta kilómetros de la ubicación del agente especial John Gallagher.

El agente del FBI seguía atorado en Filadelfia antes de regresar a Nueva York. Le quedaba una parada por hacer, pero esta era muy importante. Sabía que tenía que encontrarse con Miles Zadernack en las oficinas centrales del FBI. Sin embargo, unas horas antes de la hora en que debía estar en el aeropuerto, recibió una llamada de los detectives de la policía de Filadelfia. Para su sorpresa, el detective principal había accedido a su petición y lo estaba llamando con informaciones adicionales acerca de su investigación del asesinato de Roger French.

—Agente Gallagher, tenemos algo que le pudiera resultar interesante.

—Soy todo oídos.

—Una cinta del video de vigilancia.

—¿De dónde exactamente?

—De la cámara de video en el lobby del edificio donde la compañía de seguro de Roger French tenía sus oficinas.

—Oh, sí, me encanta el video de vigilancia del lobby —dijo Gallagher con voz emocionada.

Hubo una pausa en el otro extremo. El detective no sabía a ciencia cierta cómo responderle a este agente del FBI que le sacaba chiste a las cosas.

Por fin dijo:

—Venga. Estamos en el cuarto de proyecciones. Cuando Gallagher colgó, sintió de repente como si estuviera viendo la luz irrumpir en la distancia. Con un poco de suerte podrían identificar a Zimler en la

cinta. Y si esto sucedía, entonces Miles Zadernack tendría que oírlo.  
Las cosas iban mejorando.

## CUARENTA Y UNO

En el lobby de *Jordan Technologies, Inc.*, la secretaria tenía la mirada de un animal acorralado. Joshua le había advertido que esto podría suceder, pero aún no estaba preparada para enfrentarse cara a cara a un mariscal de los Estados Unidos que sostenía en su mano una citación legal.

—¿Usted me escucha, señorita? Soy un mariscal de los Estados Unidos. Esto es un documento legal. Tengo que entregarlo al señor Joshua Jordan. *De inmediato.*

Ella le echó un vistazo. Logró ver el encabezamiento en la parte superior del documento:

Por la autoridad del Senado del Congreso de los Estados Unidos de América

A: Señor Joshua Jordan

Por este medio se le ordena comparecer...

La secretaria alzó sus ojos al mariscal y dijo: —Él no está aquí, señor. —¿Dónde está? —No lo sé. —¿Cuándo regresa? —No lo sé.

—Joven, usted está muy cerca de estar obstruyendo a un mariscal federal en sus funciones oficiales. ¿Se da cuenta?

Ella tragó con dificultad antes de responder.

—Mire, como le dije, el señor Jordan tuvo una emergencia, me dijo que cancelara sus citas y salió. No sé qué más puedo decirle.

El Mariscal dejó caer su tarjeta sobre el escritorio.

—Ahí está mi número. Llámeme en cuanto llegue.

Tan pronto como el Mariscal salió de la oficina, ella llamó a

Joshua. Él estaba en su limosina rumbo al Boulevard de las Américas en Manhattan.

Cuando entró la llamada, Joshua estaba en línea con Harry Smythe. Él puso a Harry a la espera.

—Señor Jordan —dijo la secretaria casi sin aliento—, un Mariscal de los Estados Unidos acaba de venir con esos papeles.

—¿Y?

—Le dije exactamente lo que usted me dijo que dijera. Palabra por palabra.

—Muy bien.

—Aunque estaba un poco nerviosa.

—No se preocupe. Estoy seguro de que lo hizo muy bien.

Joshua se despidió y regresó con Harry.

—Bueno, tal y como lo predijiste, Harry, ya estuvieron en mi oficina tratando de dejarme una citación oficial.

—Creo que necesitamos hacerle frente a esto, Josh. Admite la citación. En mi oficina aceptaré por ti la notificación de la orden de comparecencia. Luego veré lo que se puede hacer desde el punto de vista legal.

—Harry, quiero escuchar la opinión de Abby acerca de esto.

—¿Está ella allí contigo?

—No. Ella está en Pensilvania. Está ayudando a una familia amiga nuestra. Ellos tuvieron una tragedia personal.

—La misma Abby de siempre.

Joshua le pidió a Harry que esperara en línea mientras añadía a Abby a la conversación telefónica.

Cuando sonó el *Allfone* de Abigaíl, ella estaba fregando los platos en la casa de los French, mientras la recién viuda Peg French estaba descansando en su cuarto. Rocky Bridger jugaba calladamente con la hija de ella y de Roger.

—Abby, cariño, soy yo —dijo Joshua—. ¿Cómo están las cosas?

—Peg por fin está descansando. Josh, esto es terrible.

—¿Han recibido algún otro detalle?

—No mucho. Solo dijeron que tienen varias teorías. Pero por alguna razón la policía está muy sigilosa. Pero sí dijeron una cosa.

—¿Qué es?

—Que no solo lo asesinaron. Lo torturaron antes de matarlo.

—¿Lo torturaron?

—Sí.

—¿Quién podría desear hacerle algo así a Roger French? No puedo creer que haya estado implicado en algo sórdido, él era una persona muy íntegra.

—Nadie puede imaginárselo.

—¿Y Rocky?

—Él se esfuerza por parecer fuerte. Tú lo conoces. Se está centrando en Violet, la hija de Peg.

—Mira, lamento echarte esto encima, pero tengo a Harry Smythe en la otra línea. Quiero ponerte en conferencia. Tal y como él pensó, el senador Straworth está determinado a echar la pelea sobre el asunto del SGR-DR. Han emitido una orden de comparecencia. Un mariscal de los Estados Unidos estuvo intentando notificarme en mi oficina. Pero yo había salido.

—Está bien. Ponme en conferencia —dijo Abigaíl. Se secó las manos con una toalla y fue a una esquina del comedor donde no la escucharan.

Cuando estuvieron los tres en línea, él explicó el asunto.

—Abby, Harry dice que debemos dejarlos notificar la citación y luego tratar de luchar en el tribunal.

Abigaíl saltó de inmediato.

—Harry, ¿me imagino que vas a ir al tribunal federal en Washington D.C. con una moción para anular la orden de comparecencia?

—Esa es la estrategia. No quiero debilitar mi posición legal por causa de un retraso de parte Josh para aceptar la orden de comparecencia que los mariscales quieren presentarle.

Abigaíl estaba en silencio al otro extremo. Joshua sabía que ella estaba digiriendo la idea. Luego dijo lo que tenía en mente.

—Harry, una vez que Josh acepte la orden de la citación legal, el reloj comenzará a caminar. Tendrás que apresurarte en el tribunal. ¿Y si consigues el juez equivocado y rechazan tu moción?

—Bueno —dijo Harry—, entonces el juego casi terminó. O Josh entrega sus documentos del SGR-DR o va a la cárcel. Desde un principio estas han sido las dos únicas opciones.

—Tú conoces a Josh —comentó Abigaíl—, él no va a entregar esos documentos al Congreso. Él cree que en estos momentos nuestra seguridad nacional está demasiado comprometida en el Capitolio. Y si va a la cárcel, su reputación, todo lo que ha logrado se va a empañar y destruir.

—Todo esto apesta —dijo Harry—. Yo lo sé. Pero yo no hago las reglas.

—Entonces tal vez sea el momento —dijo Abigaíl—, de cambiar el juego.

—¿En qué estás pensando, baby? —preguntó Joshua.

Abigaíl respondió como un relámpago:

—Aplazar esto. Estirarlo. Solo necesitamos unos pocos días.

—¿Días para qué? —dijo Harry—. Josh, tratándose de batallas políticas como esta con el senador Straworth, tú has llegado a mi mundo, y yo sé un poco de esto. La mayor parte de mi práctica ha sido representar a senadores, congresistas, incluso un trabajo como asesor jurídico en la Casa Blanca, como tú sabes. Mira, Abby, yo te respeto mucho. Hiciste un gran trabajo legal en el Capitolio cuando estabas ejerciendo la abogacía. Los casos ante la Comisión Federal de Comunicaciones. Otras agencias federales. Pero Josh, tienes que escucharme en esto. Hay algunas personas allá arriba, en el Congreso, que quieren *destruirte*. Y lo harán, créeme, si comienzas a jugar con

ellos evitando la citación legal.

—Harry, estás hablando de enemigos que quieren destruirme. Eso suena a guerra, y cuando se trata de logística militar, tú estás en *mi* mundo. No tengo intenciones de esperar que un puñado de políticos me destruya.

—Razón por la cual —dijo Abigaíl—, golpearemos primero. Responderemos primero.

—¿Con qué? —dijo Harry, esta vez alzando su voz con un matiz de arrogancia profesional—. La única esperanza es mi moción para invalidar la cita obligatoria.

—Esa es solo una estrategia —dijo Abigaíl—. Y Harry, para ser franca, creo que perderás esa moción. La estrategia de respaldo, Josh, es que ganemos tiempo. El tiempo justo para asegurarnos de que Phil Rankowitz lance el *AmeriNews*.

—¿De qué están hablando? —dijo Harry.

—Un proyecto de medios de comunicación en el que estoy trabajando —dijo Joshua—. Algo en lo que tú no puedes estar involucrado. Pero Abby tiene razón. Esa será nuestra ofensiva.

—Si evitamos que el mariscal te notifique la citación, te mantenemos fuera de la cárcel el tiempo justo para que las personas en los Estados Unidos lean la primera publicación de *AmeriNews* —dijo Abby—. Una vez que descubran la verdad, apuesto a que mostrarán cierta indignación a sus senadores. Cuando eso suceda, apuesto a que el senador Straworth y sus socios comenzarán a pensar en la posibilidad de retirar esa citación oficial.

—Josh, *en realidad* —balbuceó Harry—, este asunto tiene pocas posibilidades de salir bien...

Pero Joshua lo interrumpió.

—Harry, he tomado mi decisión. Esto es lo que vamos a hacer. Voy a evitar que me notifiquen esa citación legal. Aunque tenga que esconderme. Harry, ¿de todas formas puedes conseguir a un juez que la rechace?

—Al no aceptar mis servicios me estás poniendo en una posición muy incómoda ante el tribunal.

—No estoy preguntando acerca de tu comodidad. Te estoy preguntando si aún puedes tratar de hacer esa maniobra legal aunque no me hayan notificado la citación.

Luego de una pausa de un momento, Harry Smythe respondió:

—Sí, supongo que puedo.

—Muy bien. Mientras tanto, Abby, tú y yo necesitamos asegurarnos de que *AmeriNews* salga al aire cuánto antes. Necesitamos llegar al público norteamericano. Esa es nuestra mejor esperanza.

Harry Smythe no iba a retirarse sin luchar.

—Entonces, ¿ustedes están rechazando mi propuesta? ¿Mi recomendación? —dijo Harry con frialdad.

—Lo que estoy haciendo —dijo Joshua—, es irme mejor con el plan de Abby.

Y luego añadió algo más.

—Cuando se trata de los consejos de ella, estoy dispuesto a invertir mi vida.

—Es posible que lo hagas —Harry respondió con su pesimismo judicial—. Vas a tener al gobierno federal detrás de tu pellejo.

## CUARENTA Y DOS

En algún lugar en el cerebro de Hamad Katchi las cosas no estaban bien. Aunque a su alrededor las azules aguas del Mediterráneo estaban en calma y brillantes, y soplaba una suave brisa de cuatro nudos.

Katchi había estado muchas otras veces en el enorme yate de su compañero, Caesar Demas. Sin embargo, esta era la primera vez que Demas utilizaba una tripulación tan pequeña. Solo un capitán, un primer y segundo a bordo, a ninguno de los cuales Katchi reconoció, y otras dos personas. Los últimos dos al parecer bastante inútiles. Eran de cuellos anchos y musculosos, parecían más fisiculturistas u hombres de pelea que marineros.

El traficante de armas de origen paquistaní le tenía miedo a los barcos. No lo disimulaba. Era lo impredecible del mar lo que le provocaba la incomodidad. La ondulante expansión cambiando de forma constante. Para él, la ausencia de la vista de tierra era desconcertante. Así como el hecho de que contenía criaturas vivientes bajo su superficie. Cosas que uno no puede ver. Pero criaturas que te pueden comer.

Sentado en una suave silla, en la cubierta trasera junto a Caesar Demas, Katchi estaba tratando de parecer relajado.

Ellos habían tenido una breve conversación.

Luego, Demas cambió el tema. Quería discutir su plan para vender la tecnología de armas láser del SGR-DR tan pronto como Atta Zimler la obtuviera.

—Hemos hablado muchas veces de nuestros arreglos para vender el SGR-DR.

—Sí. ¿Alguna noticia de nuestro mensajero?

—Ya está muy cerca. En este punto, ya es difícil de detener.

—Es bueno oír eso.

—Entonces —continuó Demas—, seguimos de acuerdo, tú y yo, en que cuando estemos en posesión del diseño del SGR-DR, debemos venderlo a un grupo de naciones que estén dispuestas. No debe haber derechos exclusivos para una sola nación. ¿Verdad? ¿Estamos de acuerdo en esto?

—Por supuesto. Es la mejor manera de maximizar las ganancias.

—Las ganancias, sí, por supuesto.

Caesar Demas miró a su alrededor, buscando a alguien de la tripulación. Luego divisó a uno de los chicos musculosos que tomaba el sol en la cubierta superior. Tenía puesto unos pantalones holgados, pero se había quitado la camisa.

—Georgio —llamó Demas—, tráeme un trago de ginebra.

Demas miró a Katchi, pero él dijo que no, no quería otra cosa que no fuera un vaso de agua.

En esos momentos ya Katchi se estaba sintiendo un poco nauseabundo. Tal vez mareado.

Después de unos pocos minutos, llegó Georgio con la ginebra y el agua.

El agua de Katchi no tenía hielo. Katchi iba a pedirle que le buscara un poco, pero decidió no hacerlo.

—Entonces —dijo Demas, dándole un rápido giro a la conversación—, ¿cómo te fue en el viaje a Moscú?

Katchi se quedó paralizado. No le había dicho nada a Caesar de su viaje.

—Bien —fue todo lo que dijo como respuesta.

La sensación ondulante y de desequilibrio del barco ahora tenía su efecto en Katchi. Esperaba no tener que vomitar sobre esta cubierta de madera barnizada del yate de noventa millones de dólares de

Caesar Demas.

Katchi tomó un gran sorbo de agua, pero no le sirvió de mucho. Caesar Demas miraba con cierta indiferencia el ondulante mar azul que los rodeaba, pero sin decir palabra.

Ahora Katchi se estaba poniendo nervioso. Sentía que necesitaba dar alguna explicación del viaje a Moscú. *Si no doy una explicación, Caesar pudiera pensar que no consideré que el viaje fuera muy importante. Eso sería bueno. Por otro lado, mi silencio pudiera hacerle pensar que le estoy escondiendo algo. Y lo estoy. ¿Sabe Caesar para qué fui allá? Tal vez sí y solo está jugando conmigo. Eso sería muy típico de Caesar. ¿Qué hago yo hoy en su yate? Podía haber inventado alguna excusa. Decirle que estaba enfermo. Que no me gustan los barcos.*

Demas tomó un lento sorbo de su vaso y se secó los labios.

—Con relación al viaje a Moscú —dijo por fin Katchi—. Siempre he tenido un acuerdo contigo...

—¿Oh?

—Acerca de realizar pequeños negocios extras por mi cuenta. Armas pequeñas. Nada grande. Pero me has dado la impresión de que eso no es ningún problema.

—¿Negocios de armas pequeñas? Eso no es problema. ¿Para eso fue el viaje a Moscú? ¿Armas pequeñas?

—Sí. Fue para eso.

—Supongo que se las habrás vendido a algún rufián ruso de poca monta.

—Cierto. Nada significativo para el bolsillo. Algo como para pagar la cuenta de la electricidad.

Katchi trató de reír, pero se le atoró en la garganta.

—Armas pequeñas... —murmuró Demas.

—Tú sabes. AK-47. Lanzacohetes.

—Hmmm —susurró Caesar Demas.

—Espero que no tengas problemas con eso.

—Oh, no. No hay problemas con eso.

Otro rato en silencio.

Luego Demas volvió la vista a Georgio, quien Katchi de repente notó que se había acercado más a ellos, aún sin camisa.

Luego se le unió el segundo tipo musculoso que tenía una sonrisa tonta en su cara.

Ambos tenían sus manos en los bolsillos y estaban mirando a Hamad Katchi.

—¿El viaje a Moscú fue exitoso? —preguntó Demas.

—Oh, sí, seguro. No hubo mucho dinero, pero me parece que el viaje valió la pena.

Demas hizo un gesto rápido a los dos hombres, casi indescifrable.

Los dos hombres se adelantaron y se pusieron uno a cada lado de Katchi.

—Por favor, levántate —le dijo Demas muy calmado a Katchi.

Algo estaba dando vueltas en la cabeza de Katchi. En su negocio del mercado de armas de destrucción y muerte, debía reconocer lo que estaba pasando. El instinto de sobrevivencia debía ponerse en acción. Luchar o huir.

Excepto que en este caso, ninguna de las dos era una opción válida. Y su cerebro estaba atascado.

—Ponte de pie, Hamad —le dijo Demas otra vez—. Y da un paso hasta la alfombra.

Katchi, mirando hacia abajo, vio una gruesa alfombra de tela frente a su silla.

Además, notó un chaleco salvavidas que estaba sobre la cubierta. Pero el chaleco salvavidas no era anaranjado como todos los demás que él había visto. Era azul. Como el océano. Era algo extraño porque desde el aire sería difícil ver a alguien con ese chaleco.

Katchi obedeció la orden de Caesar Demas y se levantó con lentitud, tratando de que se le ocurriera algo ingenioso que decir.

Algo que detuviera el avance del reloj. Para detener aquello terrible que su instinto le decía que estaba a punto de ocurrir.

Trató de sonreír.

—Calistenia sobre cubierta...

Pero no pudo terminar su poco convincente intento de chiste.

Antes de que pudiera, el hombre musculoso sin camisa había sacado una pequeña pistola de su bolsillo y le disparó una vez a Katchi en el muslo.

La explosión de dolor abrasador atravesó su muslo. Gritó y se desplomó sobre la alfombra.

Caesar Demas seguía bebiendo sorbos de su vaso. Luego se agachó para acercarse a Katchi quien estaba aferrado a su pierna y quejándose de dolor.

—¿Con quién te reuniste en Moscú?

—Ya te dije, solo fue una pandilla local. Operadores de poca monta...

Esta vez el otro hombre fornido sacó su pistola, apuntó y disparó sobre la otra pierna de Katchi.

Katchi estaba suplicando y gritando.

—¿Quieres decir que no te reuniste con nadie más?

Katchi no podía hablar por el dolor que sentía, pero estaba moviendo su cabeza.

Demas hizo un gesto con la cabeza a los dos chicos.

Ambos ataron a Katchi, sumido en gritos, al chaleco salvavidas.

Luego lo arrojaron por la borda.

Balanceándose en el frío Mediterráneo, mientras sangraba de las heridas en sus piernas, Katchi permanecía aún consciente. Pudo ver a Caesar Demas y a los dos chicos musculosos doblarse sobre la baranda del yate.

Demas le gritó.

—Solo dime sí o no. ¿Llegaste a un acuerdo para vender el SGR-DR

a Vlad Levko en Moscú? ¿Estuviste de acuerdo en dar a Rusia los derechos exclusivos sobre el SGR-DR? Si no puedes hablar, tan solo mueve la cabeza de arriba para abajo. Si me dices la verdad, te vamos a traer de regreso al barco. Vamos a curar tus piernas.

Katchi movió su cabeza afirmativamente.

Entonces una idea se apoderó de la mente de Katchi. *Estoy en el mar. ¿Tiburones? Estoy derramando sangre...*

Fue como si Caesar Demas pudiera leer su mente.

—No tienes que preocuparte de los tiburones. Leí en un artículo de un biólogo marino que no son muy frecuentes en el Mediterráneo.

Había pasado medio minuto, pero Demas no hacía intento alguno de sacar del agua al hombre. Katchi trató de gritar, pero no tenía fuerzas. Trató de levantar un brazo para llamar su atención, pero parecía que estaba lleno de cemento.

Luego vio algo con el rabillo del ojo. Algo que se movía en el agua, a su izquierda.

Pero Demas y los otros dos lo vieron primero, y ellos tenían una mejor posición para verlo.

Era un tiburón azul, su aleta iba cortando el agua rumbo a Katchi. Tenía alrededor de un metro y medio de largo.

Las última palabras de Caesar Demas a Hamad Katchi fueron:

—Me parece que voy a tener que escribirle a ese biólogo marino y decirle que estaba equivocado...

Katchi sintió una colisión en su pierna, como si un carro lo hubiera golpeado. Luego otro golpe.

Ahora Hamad Katchi se hundía en el agua. Estaba por entero en las mandíbulas del tiburón azul que lo agitaba de un lado a otro.

Las corrientes de agua azul sobre él y las espumosas burbujas de sus propios gritos silentes bajo el agua, fue lo último que Hamad Katchi vio antes de que todo se pusiera oscuro.

## CUARENTA Y TRES

Harry Smythe sabía que los riesgos en este caso serían los más grandes que jamás enfrentara.

En Washington, D.C., Harry estaba sentado en la mesa del abogado en la sala de justicia número doce del tribunal de distrito de los Estados Unidos en el Distrito de Columbia. En la otra mesa estaban sus oponentes, dos abogados asistentes del gobierno que estarían disputando el caso a favor del Congreso.

Si Harry perdía su moción, que pedía una orden de emergencia que revocara la citación oficial que emitió el comité del senador Straworth, solo le quedaba una táctica. Podía intentar que el tribunal de apelaciones de los Estados Unidos por el distrito del D.C. la hiciera suya y emitiera una suspensión de emergencia contra la ejecución de la citación oficial. Pero esto era poca probable. Así que su única oportunidad real estaba precisamente aquí, en la sala del tribunal de la jueza federal Olivia Jenkins.

Con todo, en lo profundo de su estómago tenía un triste e inevitable sentimiento de condena. Sus argumentos serían novedosos. Muy novedosos. A la jueza Jenkins no le gustaban las discusiones exóticas. A ella le gustaba decidir casos en los que los asuntos estuvieran claros. En los que estuvieran implicadas aplicaciones ordinarias de la ley establecida.

Este caso era cualquier cosa menos ordinario. El proceso legal que Smythe estaba presentando argumentaba que el tribunal debía invalidar una citación legal que emitió un comité del congreso; una citación que a todas luces estaba dentro de la jurisdicción de ese comité.

Smythe escuchó que se abría la puerta de las cámaras interiores

detrás del tribunal.

Entró el Alguacil, seguido del Secretario del jurado, quien de un golpe dejó un expediente sobre el tribunal del juez, y por último entró el taquígrafo judicial.

Menos de un minuto después entró a la sala la jueza Olivia Jenkins y los abogados se pusieron de pie.

El resto de la sala estaba vacía. El gobierno se había conseguido una orden del juez para evitar visitantes y curiosos, excluyendo a los medios de comunicación, por motivos de seguridad nacional.

Jenkins era una mujer negra, atractiva, de mediana edad, con reputación de ser una jueza inteligente y práctica.

Le echó un vistazo al expediente y luego anunció el caso.

Harry Smythe subió al podio y ofreció sus argumentos. Solo había dos puntos principales. Primero, que el diseño del SGR-DR le pertenecía a Joshua Jordan, no al gobierno. Era un tema de la ley de patentes y de derechos de propiedad intelectual. El Congreso no tenía el derecho de obligar a alguien a divulgar el diseño de armas que era secreto comercial y pertenecía a particulares. Además, argumentó Smythe, Joshua Jordan no dudó en testificar ante el comité selecto del Congreso y también respondió a todas sus preguntas. El único límite que estableció fue su rechazo a presentar documentos muy delicados sobre el diseño del arma SGR-DR a los miembros del Congreso.

La jueza Jenkins le pidió a los abogados asistentes que intervinieran.

El primer abogado del gobierno fue brusco.

—Su Señoría, el contrato que el Pentágono tiene con el señor Jordan establece que cuando los Estados Unidos aceptara el arma de manera oficial, esta se convertiría en propiedad de los Estados Unidos. El señor Jordan cedió todo derecho especial que tuviera sobre el diseño del SGR-DR.

Harry Smythe respondió:

—Pero el SGR-DR aún está en fase experimental. El gobierno de los Estados Unidos nunca lo aceptó oficialmente.

—Está usted equivocado —se opuso el fiscal del gobierno—. Su Señoría, cuando el gobierno de los Estados Unidos utilizó el SGR-DR para hacer regresar los misiles que se acercaban, lo usó con el permiso y la participación del señor Jordan. Debo agregar que eso es lo mismo que «aceptar» el arma para los propósitos del contrato.

La jueza Jenkins se basó en esta discusión y llegó a una rápida conclusión.

—No estoy convencida —dijo—, que el señor Jordan retenga algún derecho privado sobre el diseño del arma SGR-DR, al menos contra los Estados Unidos de América. Él puede proteger su patente contra otros ciudadanos, pero no contra el Congreso, que es un brazo del gobierno de los Estados Unidos. Señor Smythe, ha perdido en ese punto.

Entonces Smythe lanzó su segundo punto: A Joshua Jordan le preocupaba la capacidad del comité del Congreso para guardar el secreto del diseño del arma SGR-DR.

—Ese comité ya le ha filtrado información a la prensa —dijo Smythe, perdiendo su característica serenidad profesional. Su rostro comenzaba a encenderse a medida que hablaba con airada pasión—. ¿Cómo podemos creer que ahora no se permitirá que también se filtre esta información tan delicada sobre el arma? —añadió.

—El argumento del señor Smythe también me concierne —dijo la jueza, indicando con la mano a los abogados del gobierno que respondieran.

El segundo abogado asistente subió al podio para hablar sobre este punto.

—Me parece que pudiéramos acordar qué pasos se deben tomar para asegurar el carácter súper secreto de esta información sobre el SGR-DR —dijo—. Por supuesto, una vez que el señor Jordan la revele.

La jueza Jenkins se volvió para mirar a Harry Smythe.

Harry ya tenía la premonición de lo que la jueza iba a hacer. Todo

era muy razonable. Una solución muy práctica como para que la jueza no la tomara.

—Señor Smythe, ¿qué dice al respecto? —dijo la jueza Jenkins—. Muchas veces, en los casos de protestas por citaciones oficiales, nosotros confeccionamos procedimientos de confidencia. Dígale al señor Jordan que presente los documentos para este tribunal. Yo le daré forma a algunas restricciones para el comité que esperamos que ellos acepten. Después de esto todos quedarán contentos, ¿verdad?

Pero Smythe sabía que alguien no estaría contento. Sabía que Joshua Jordan no tenía intenciones de divulgar su diseño del SGR-DR para un posible uso, o abuso, por parte de un grupo de políticos.

Smythe se preparó para comenzar a comunicar las malas noticias.

—Su Señoría, dudo que su creativa solución funcione.

—¿Y me puede decir por qué?

Harry estaba a punto de quitar el pasador de una granada de mano.

—Porque el señor Jordan no está dispuesto a acatar la citación oficial. Él no va a divulgar su tecnología SGR-DR. Solo la divulgará al Departamento de Defensa bajo condiciones en las que él tenga ciertas garantías de que no se utilizará para propósitos políticos y que no se dará la información a otras naciones.

En el rostro de la jueza Jenkin se vio una mirada diferente. Ya no era la mirada mediadora, conciliadora que buscaba un entendimiento entre las dos partes. Ahora era la jueza exasperada que tenía el poder para nivelar el juicio.

—El gobierno en sus documentos de respuesta dice que el señor Jordan está evitando de forma deliberada la notificación de la citación legal. ¿Es eso cierto?

—Ellos no han podido notificarlo, su Señoría...

—Eso no fue lo que le pregunté. ¿Está su cliente dispuesto a que le notifiquen la citación oficial?

—No, su Señoría. No está dispuesto.

—Entonces el señor Jordan está desafiando al Congreso. Está

desafiando una citación oficial. Me pregunto, señor Smythe, si también va a mantener su conducta desafiante ante este tribunal.

—¿Su Señoría?

—Como usted sabe, el gobierno me ha pedido como parte de este procedimiento que emita una orden para que el señor Jordan presente su información del SGR-DR, y si no la cumple que se declare en rebeldía ante el tribunal y se le envíe a la cárcel hasta que obedezca. Si al señor Jordan se le ordena que presente sus documentos sobre el SGR-DR a este tribunal, ¿dice usted que desobedecerá mi orden?

Ahora Smythe tenía que recurrir a una rápida estrategia legal.

—Su Señoría, con el debido respeto, me está pidiendo que comprometa a mi cliente en una situación hipotética futura. El hecho es que usted aún no ha dado la orden para que mi cliente presente sus documentos sobre el SGR-DR... solo tenemos la citación legal del Congreso.

—Bueno, *ahora* estoy dando la orden —vociferó la jueza—. Su cliente solo tiene cuarenta y ocho horas para entregar esos documentos ante este tribunal. Si no lo hace, voy a considerar, y es posible que ordenar, su encarcelamiento indefinido en una cárcel federal. Será mejor que le diga a su cliente que ahora anda en aguas profundas. Espero que sepa nadar.

Harry Smythe gritaba «no hay comentarios» mientras que se abría paso entre los periodistas que pululaban en el vestíbulo, fuera de la sala, que lo acosaban con preguntas. Luego buscó una esquina en la que pudiera estar tranquilo.

Llamó a Joshua.

—Josh, la jueza rechazó nuestro pedido.

—Abby dijo que era probable que perdiéramos.

—La jueza ordenó que entregues tus documentos sobre el SGR-DR en un plazo de cuarenta y ocho horas.

—¿O...?

—O los mariscales federales tendrán una orden para arrestarte. Luego te llevarán para procesarte, te tirarán una foto para el archivo de la policía, te quitarán todos tus efectos personales para que los pongan a buen recaudo y te desnudarán para cachetearte. Después te pondrán en una celda en la cárcel.

—¿Cuál es tu próximo paso? —preguntó Joshua con serenidad.

—Apelar. Pero no cuento con un resultado favorable. Más importante aún, Josh, ¿cuál es *tu* próximo paso?

—Lo que siempre hago cuando estoy bajo el fuego del enemigo. Mantener mi cabeza gacha y mi dedo en el gatillo.

## CUARENTA Y CUATRO

Una parte de ella aún no podía creer que esto estuviera sucediendo.

Darlene Rice se había instalado bastante bien en el Centro de Recuperación *Living Waters* en Tucson. Desde su propia perspectiva, ella sentía que había estado progresando. Ahora la pregunta era si la especialista de rehabilitación pensaba igual. En este momento Darlene se encontraba sentada frente al buró de Margaret, una consejera de adicciones a la drogas. Era su primera evaluación después de haber estado en el centro durante varias semanas. Todo esto seguía siendo extraño para Darlene. Algo bueno, pensaba Darlene para sí, era que Margaret le caía bien. Era fuerte, pero amable. Una persona muy franca.

Margaret levantó la vista del informe, sonrió y comenzó.

—Hemos terminado la evaluación. Durante los días que has estado aquí todos hemos creído que tú has sido muy cooperadora. A la larga, tú eres la que estarás guiando tu propia recuperación. Puede parecer que nosotros somos los que estamos al mando, pero en realidad no es así. La persona tiene que comprender que es adicta y luego tiene que *desear* la mejoría. Desde nuestra perspectiva, nos parece que así ha sido contigo. Esto es algo muy bueno, Darley. Nos sentimos muy estimulados. Tú debes estarlo también.

Darlene respondió con una sonrisa, pero temblaba un poco. Ella quería ocultar sus manos, que no habían dejado de temblar desde que dejó de tomar sus excesivos medicamentos. Sin embargo, de alguna manera ella sabía que ese era el lugar donde debía estar. Ellos entenderían. Sí, ella habría preferido tener a Abigaíl sosteniendo su mano. Pero, tal vez así era mejor. Darlene sabía que tendría que aprender cómo caminar por sí sola por el sendero de la recuperación.

de su adicción.

—Ahora ya tenemos una idea general de tu situación. Me gustaría hablar contigo sobre los pasos siguientes. Primero, he visto que tu esposo, Fortis... —continuó Margaret.

—Le decimos Fort.

—Está bien. Fort no vino ayer durante el día de visita. No es gran cosa. Las personas tienen sus agendas muy ocupadas. Pero quería preguntarte algunas cosas más sobre él.

—Bueno, en la entrevista ya hablamos sobre Fort.

Margaret, con calma, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Pero Darlene vio que no estaba conforme con su respuesta. Margaret le caía bien. Ella tenía el maravilloso don de llegar a la verdad de la adicción a las drogas de Darlene sin que fuera demasiado doloroso. En otras palabras, usaba un anestésico antes de realizar la cirugía emocional. Esto era muy importante para Darlene. Ella pensó: *He estado usando drogas para adormecer la ansiedad y el temor a tantas cosas. Buscando consuelo para el dolor en todos los lugares que he podido. Después de perder a Jimmy necesitaba escapar de cualquier cosa que me hiriera. Ahora lo sé. Pero, ¿qué le voy a decir acerca de Fort...?*

—Entonces, tu esposo...

Darlene decidió que era el momento de soltarlo, así que dijo:

—Fort no ha aceptado este asunto de la consejería. Él es muy tradicional. Un hombre muy reservado. No está convencido de que tengo una adicción. No le gusta la idea de un programa de grupo en el que las personas les cuentan a otras sus problemas. Para él lo que tengo que hacer es dejar de tomar las pastillas. Además, hay otra cosa...

—¿Otra cosa?

—El hecho de que este sea un centro de rehabilitación *cristiano*. Oh, Dios mío, en realidad tiene serios problemas con eso.

Darlene se rió entre dientes.

—Fort dice que «son muchas las personas que usan a Dios como un

sustituto de sus problemas».

—Pero viniste de todas maneras.

—Sí. Mi buena amiga Abby Jordan me lo recomendó. Me alegro de que lo hiciera. Abby es una de esas «chicas cristianas resplandecientes». Así es como yo la llamo. Tú sabes, tiene un resplandor en su interior. Como la luz que se enciende en las tenazas de rizado para dejarte saber que ya están calientes y listas para usar. De todas formas, tiene un poder interior que otras personas no tienen. Me encantaría tenerlo.

—Bueno, hablamos de eso en la sesión de anoche, ¿verdad?

—Sí, y he estado pensando mucho en lo que me dijiste. Es más o menos lo que Abby siempre me dice. Incluso, antes de descubrir lo de mi adicción. No solo resolver un problema... sino *transformación*.

—¿Y recuerdas cómo es que eso sucede?

—Dijiste que mediante el poder transformador de Jesucristo.

—Cierto. Yo también era una adicta —dijo Margaret—. Jesús cambió mi vida. Por completo.

Fue ahí cuando Margaret dejó de hablar. Sonrió y se recostó. Durante un momento ninguna pronunció palabra alguna. Luego Darlene, cuya frente estaba arrugada de tanto pensar, levantó la vista y habló.

—¿Sabes algo? Yo deseo eso también.

—Puedes tenerlo.

—No sé. Me he sentido muy perdida desde que Jimmy murió. Ni siquiera sé cómo comenzar.

—Tal y como aquí tenemos pasos para la recuperación, hay pasos para estar bien con Dios. Primero reconoce que tú, como todos nosotros, eres una pecadora. Ya esto no es una frase popular. No es algo políticamente correcto. Sino que es una verdad eterna. La Biblia dice: «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios».

Darlene asintió con energía.

—Oh, he cometido muchos errores. Por momentos parece que no

me puedo controlar...

—Después necesitas comprender que Dios te ama. Él no te ha abandonado. Él ha trazado un plan que puede conducirte a su familia. Su Palabra dice que Él amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, Jesucristo, para que todo el que cree en Él no se pierda sino que tenga vida eterna.

—En una cruz. Murió por nosotros...

—Exacto. La única forma en que pueden ser perdonados nuestros pecados. Lavados. Limpios por completo...

—Más limpio que esa cosa con lejía súper potente que uso tanto para limpiar mi baño —dijo Darlene y ambas sonrieron.

—Más limpio que lo limpio. Pero tienes que hacerlo como Dios dice. Reconocer que Jesucristo es el Hijo de Dios, que murió por tus pecados, que resucitó de la tumba tres días después, tal y como lo dice la Biblia.

Darlene se demoró un poco para estar segura. Durante mucho tiempo había estado pensando en esto. Después que habló con Abby la primera vez sobre el cambio en su vida. Y luego, en otras tantas ocasiones, después de aquella en las que hablaron sobre Dios y cómo habían cambiado las cosas para Abby. Era como si un viento hubiera estado todo ese tiempo a sus espaldas, empujando a Darlene desde atrás. Llevándola a este punto.

—Sí. Yo creo todo eso —dijo Darlene—. Recuerdo lo que Abby me decía. Una y otra vez ella me preguntaba si yo estaba dispuesta a invitar a Jesucristo a venir a mi corazón, para que perdonara mis pecados y cambiara mi vida para siempre. Yo cambiaba el tema. No estaba lista. Pero ahora lo estoy. Quiero que Jesús sea mi Salvador. Quiero decir... mi Salvador personal. No solo una figura religiosa en una cruz o en una pintura. Sino algo real... Quiero tener un encuentro con él en mi corazón. No quiero aplazar esto más.

Ambas inclinaron sus cabezas.

Justo en ese momento, Darlene sintió el impulso de ponerse de rodillas. Y así lo hizo. Margaret la siguió, arrodillándose junto a ella,

ambas descansando sus brazos y manos sobre el sofá.

—Soy pecadora, Dios —dijo Darlene, con sus ojos bien cerrados y con voz temblorosa—. Eso no te sorprende, ¿verdad? Tú siempre lo supiste. Y yo lo sé. Creo que tu Hijo, Jesús, murió en la cruz por mis pecados. Luego salió de la tumba porque, bueno, tenía que hacerlo, porque Él es el Hijo de Dios. Hacer esto no fue un problema para el Hijo de Dios. Así que, Dios, quiero que Jesucristo venga a mi corazón. Por favor, que venga, Dios. Necesito que Él me salve. Me limpie. No solo las pastillas, sino todo...

Sus palabras eran vacilantes y quedaban atrapadas en su garganta mientras continuaba:

—Quiero que Jesús tome el control de todo. Una vida cambiada. Transformación. Por favor, Dios, lo necesito mucho...

Fue entonces que aparecieron las lágrimas y cesaron las palabras.

Margaret puso su brazo sobre Darlene, cuyos hombros temblaban.

Se quedaron juntas, de rodillas, durante un largo rato. Las personas caminaban por la oficina, hablando y riendo, pero Darlene no lo notaba. Pocas horas después, Darlene estaba en su habitación, pensando aún en lo que había sucedido. Una idea le pasó por la mente. Se rió fuerte y gritó:

—¡Oh, sí! ¡Tengo que hacerlo!

Discó el número de memoria.

Cuando le salió el correo de voz de Abigaíl Jordan dijo:

—Abby querida, ¡adivina qué! Hoy hice una oración. Y, bueno... ¡creo que me he convertido en una chica resplandeciente!

Darlene colgó el teléfono y se sentó en su cama. No podía esperar para hablar con Abigaíl acerca de esto.

Pero, entonces, un instante después, una idea atravesó su mente.

*¿Y qué le voy a decir a Fort?*

## CUARENTA Y CINCO

Ahora Joshua estaba escondiéndose. Se había hospedado en la suite triple del hotel Palace en el centro de Manhattan. Solo dos personas sabían dónde él estaba. Una era Abby. La otra era su chofer privado desde hacía muchos años, quien había reservado la habitación a nombre de su cuñado y luego pagó en efectivo para que el nombre de Joshua no apareciera en el registro. Entonces dio un paso más para asegurarse de que no lo seguían. La empresa de Joshua había estado desarrollando un celular súper seguro que tenía la capacidad de enmascarar la señal para que no pudieran localizarla ni vía satélite ni por una torre. Estaba diseñado para el personal de operaciones especiales que trabaja en territorio hostil, pero el Ministerio de Defensa había pospuesto el proyecto. Joshua llevaba consigo el prototipo.

Ni siquiera Harry Smythe conocía su ubicación, pero sí le informó a Joshua que, aunque el llamado a juicio federal no clasificaba el tipo de prioridad que se daba a prisioneros fugitivos ni a delincuentes violentos, esto era un asunto serio. Si a Joshua lo detenían por una multa de tránsito o si un agente federal lo reconocía en público, en algún lugar, se acababa todo.

El plan de Joshua era permanecer clandestino hasta que el servicio noticioso AmeriNews despegara. El proyecto estaba demorando más de lo que Phil Rankowitz había predicho. Entonces, con algo de suerte, el proyecto de la Mesa Redonda avivaría a los ciudadanos para que actuaran de inmediato. La gente sabría que el verdadero motivo por el cual Joshua se resistía a las despóticas exigencias del senador Straworth con relación al SGR-DR era para proteger a los Estados Unidos. Los votantes descubrirían que una pandilla de políticos de

Washington estaba tratando de mandar a la cárcel a un héroe norteamericano. Las líneas telefónicas de la pizarra del Capitolio se iluminarían con las llamadas airadas de los ciudadanos norteamericanos. Straworth vería que su popularidad había caído como una pelota de bolos en una piscina. ¿Qué otra cosa podría hacer entonces sino retirar por completo la citación a comparecer?

Ese, por lo menos, era el panorama. Pero Joshua entendía las probabilidades. Sabía exactamente cuántas cosas tenían que suceder de manera perfecta para que todo eso funcionara. La idea de ir a la cárcel no le preocupaba. Es verdad que probablemente Abby tuviera razón en cuanto al hecho de que estar encarcelado podría dañar su reputación profesional y dañar irreparablemente su negocio.

Pero la preocupación que tenía era más de tipo táctico. *Si estoy encerrado, no puedo dirigir las cosas. No puedo dirigir las decisiones que necesitan tomarse en cuanto al proyecto AmeriNews. ¿Y qué del perfeccionamiento del SGR-DR en el que mi equipo de ingenieros y yo estamos trabajando?* Estamos a punto de resolver un posible problema de diseño. No puedo darme el lujo de que me dejen fuera de combate.

Antes de darse cuenta ya era hora de comer y tenía hambre. Cuando estaba a punto de pedir servicio de habitaciones, se dio cuenta que la lista de mensajes del teléfono del hotel estaba parpadeando. Era de la carpeta. Marcó el número y le dijeron que tenían una nota para él. Joshua pidió que se la trajeran. Minutos después llegó un botones con un sobre sellado. Por fuera estaban escritas las palabras *Para el caballero de la habitación 2507*. Después de dar una propina al botones, se escondió rápidamente en su habitación y leyó la nota.

Joshua Jordan:

Usted no nos conoce, pero nosotros a usted sí. Es importante que hablemos. Podemos ayudar. Estoy abajo en el comedor privado, el que tiene las puertas cerradas. No es visible al público. Tendré la cena lista para los dos. Por favor, permíteme por la nota pero por cuestiones de discreción no deben verme yendo a su habitación.

Lo primero que pensó Joshua fue que habían descubierto su escondite. Alguien sabía donde él estaba. ¿Sería esto una trampa para sacarlo de su habitación? Pero si eran los federales quienes estaban detrás de esto, no estarían usando tantas intrigas y misterios. Sencillamente vendrían a su habitación sin anunciarse, armados con una orden judicial. No, esto era otra cosa. Sabía que tenía amigos en el Pentágono que en silencio lo apoyaban. Tal vez había otros. Pero una cosa estaba clara: ahora que un juez federal quería arrestarlo, él necesitaba toda la ayuda posible.

*Parece que llegó la hora de correr un riesgo calculado.*

Diez minutos después Joshua estaba sentado en una habitación privada del comedor principal, tras las puertas cerradas de caoba pulida, cenando frente a una atractiva mujer de mediana edad.

Joshua le dio otro mordisco a su filete. Notó que su anfitriona estaba vestida a la moda. Aunque Abby todavía hubiera notado más detalles, como por ejemplo el vestido exclusivo de Vera Wang y los quilates de los aretes de diamantes que llevaba, probablemente de dos quilates cada uno.

—Lamento parecer un agente secreto —dijo la mujer—, pero, señor Jordan, yo sé que ahora usted está clandestino. Primero déjeme decirle cuánto mi esposo y yo le apreciamos.

Joshua dibujó una sonrisa y dijo:

—Gracias. —Pero inmediatamente le surgieron varias preguntas—. En la nota su esposo solo aparece como «El patriota», ¿lo conozco?

—No creo —y luego añadió—, pero él cree que usted está en el camino correcto y quería que lo supiera.

—¿Y cuál sería ese camino?

—Su desconfianza en el senador Straworth. Y tal vez en algunos otros miembros, o el personal, en el comité especial que está investigando la crisis de misiles de Corea del Norte. Mi esposo

también está de acuerdo con su decisión de no darles la información del diseño del SGR-DR. No se puede confiar en todos los miembros de ese comité.

Estaba claro que esta mujer tenía una comprensión bien definida del mundo de Joshua.

—Los aplaudo a usted y a su esposo, quienquiera que sea —dijo Joshua—. Ustedes tienen una comprensión de asuntos que los medios no han cubierto.

Ella sonrió. Había algo detrás de aquella sonrisa. Su próximo comentario le dijo mucho a Joshua.

—Lamento que tengamos que andar clandestinos, pero ambos necesitamos ser cautelosos.

Las palabras que ella utilizó sonaban conocidas. Así que Joshua presionó un poco.

—¿Qué es lo que usted vino a decirme?

—Usted corre peligro.

—Eso no es muy específico.

—Lo sé. Digamos que no voy a hablar de las cosas de las que usted ya está consciente, como los locos que no entienden los motivos por los que usted hizo lo que hizo. O el grupo de políticos del Capitolio que quiere enterrarlo. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué?

—Tenemos una clara impresión, de varias fuentes, de que usted corre un riesgo considerable de parte de participantes extranjeros.

Una vez más las palabras que usaba, la conocida jerga de inteligencia, le sonaban familiares a Joshua.

—¿Qué puedo hacer al respecto?

—Nada, todavía. Solo quiero que sepa que nosotros existimos. Y si está dispuesto, podemos coordinar una reunión para que usted reciba más detalles.

—Todo esto es muy interesante... pero todavía no sé su nombre.

—Por ahora yo solo soy la esposa del Patriota —dijo ella sonriendo.

Entonces metió la mano en su cartera, que estaba bellamente adornada con perlas blancas y sacó algo. Lo puso en la mesa. Era una tarjeta blanca de presentación. Lo único que decía era *El Patriota*. Y había un número telefónico.

Él tomó la tarjeta y luego miró a la mujer. Había llegado el momento de ser atrevido.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted... o en su esposo?

—Eso debe ser fácil —dijo ella sonriendo. Luego se levantó para marcharse.

Joshua, un caballero como siempre, se levantó junto con ella.

Ella extendió su mano y estrechó la de él. Entonces, antes de dar la vuelta para marcharse, le dijo a Joshua algo más.

—Tal vez usted pueda reflexionar en dos cosas. Primero, pudimos localizarlo aquí, a pesar de que usted tomó precauciones para esconderse de las autoridades federales. Los alguaciles de Estados Unidos no han podido encontrarlo hasta ahora, pero nosotros sí.

—¿Y la segunda?

—No lo hemos delatado.

## CUARENTA Y SEIS

En el elegante y abarrotado piano bar llamado Johnny One Note en Park Avenue South, el abogado Allen Fulsin estaba sentado al frente de su contacto, en el reservado. Acababan de pedir unos tragos y tenían una conversación, pero el otro hombre, Bill Cheavers, vicepresidente ejecutivo de la División Norteamericana de World Teleco, se estaba impacientando.

—Allen, me dijiste que tenías información confidencial.

—¿Estás al tanto de la negociación pendiente entre World Teleco y un grupo de medios llamado Mountain News Enterprises, MNE?

—Ya no es una negociación pendiente. Es un contrato firmado de distribución de medios de comunicación. No estoy seguro de querer entrar en más detalles. Tal vez debieras hablar con el asesor legal de nuestra empresa.

Allen Fulsin se rió de manera ordinaria y dijo:

—Ah, no, Bill, sin dudas eso *no* es lo que debo hacer.

—¿Por qué no?

—Yo soy abogado. Yo sé lo que pasa cuando el abogado de una organización como la tuya mete la nariz en este tipo de información confidencial. Se ponen muy nerviosos. Enseguida empiezan a tomar medidas. Amenazan con llamar a una agencia federal para que se ocupe del asunto. Y todo porque no quieren verse en el medio ni perder su licencia. O algo peor.

Bill Cheavers miró alrededor del bar en busca de rostros familiares. Como no vio ninguno, se volvió al abogado que estaba frente a él.

—Está bien. Mira, Allen, el único motivo por el que tú y yo estamos teniendo esta conversación es porque tú manejas asuntos legales

personales, muy delicados. Así que vayamos al grano.

—El grupo MNE es una pantalla.

—¿Para qué?

—Un grupo radical. No me sé el nombre, pero se reúnen en secreto. Hay gente muy poderosa en el grupo.

—¿Cómo lo sabes?

—Quiso la suerte que un juez retirado del Tribunal Supremo de Idaho llamado Fortis Rice se me acercara para hablarme de este grupo secreto, quería tantearme. Se reúnen habitualmente en un lugar clandestino de las Montañas Rocosas.

—¿Para qué se te acercaría?

—Su grupo necesita más fuerza legal, supongo. Creo que les gustó algunos de los asuntos que yo defendía cuando estaba en la oficina del fiscal general. Honestamente, yo no estaba de acuerdo con la mitad de los casos que tenía que defender, pero así es Washington. Haces lo que tienes que hacer y finges que lo crees. Debo haber sido más convincente de lo que pensé...

—Y este grupo que mencionaste...

—Sí. Está lleno de personas extremadamente anti-Corland. Parece que tienes que ser un ricachón o tener muy buenas relaciones, o ambas cosas, para que te inviten. Supongo que pensaron que yo estaba en el segundo grupo. De seguro, no en el primero, aunque estoy trabajando en eso.

Entonces Fulsin sonrió y se tomó un trago de su vaso.

—¿Y ellos no saben que tienes relación conmigo, como mi abogado personal?

—No. La pregunta que me hizo Rice fue si alguna vez yo representaría a World Teleco. Yo le dije que no. Eso técnicamente es correcto. Técnicamente hablando.

—Pero, ¿cómo supiste de la relación entre Mountain News Enterprises y este grupo político secreto?

Allen Fulsin se rió otra vez.

—Porque después de que Rice me hablara, comencé a indagar como un minero de West Virginia. Busqué información y yo sé cómo conseguirla en esta ciudad. Oye, cuando se presenta la oportunidad...

Bill Cheavers estaba uniendo todas las piezas en su cabeza. Entonces tenía otra pregunta más.

—Allen, esto me lleva a una pregunta obvia: ¿qué ganas tú con todo esto?

—Solo estoy tratando de ser un buen «boy scout».

—Vamos, ¿qué quieres sacar de esto?

—Bill, lo único que necesito es asegurar que este contrato entre World Teleco y Mountain News Enterprises a nombre del grupo de Rice no llegue a ningún lado. No tienes que preocuparte por cómo yo me beneficie cuando eso suceda.

—Si nosotros infringimos un contrato firmado con una red nacional como esta, oye, eso podría convertirse en una verdadera pesadilla de litigios para nosotros.

—Considera las consecuencias.

—¿Cómo por ejemplo?

—Este grupo encubierto tiene la administración de Corland en sus mirillas. Un asunto avasallador. Al facilitarles su plan, cualquiera que sea, World Teleco va a provocar la ira de la Casa Blanca.

—Tal vez tengamos que correr el riesgo.

—No creo que quieras hacer eso.

—¿Por qué no?

—Bill, la Casa Blanca podría destruir todo el imperio de telecomunicaciones de tu empresa. En serio. Así como tu carpeta de acciones en World Teleco, tu plan de participación en las ganancias. ¿Entiendes?

—Esa afirmación es muy atrevida. En realidad es escandalosa. Necesito detalles más específicos.

—¿Qué te parecería una llamada de la Casa Blanca, te bastaría eso?

Bill Cheavers estaba atónito. Alejó su vaso y dijo:

—Pero el incumplimiento de un contrato...

—Las empresas lo hacen todos los días —dijo Fulsin—. Haz que tus abogados encuentren alguna laguna. Para eso les pagas.

Entonces se inclinó hacia delante y dijo:

—Tienes que impedir que este plan con los medios se realice. — Después de mirar su reloj, Fulsin añadió—: en una hora vas a recibir una llamada de un número restringido. Contéstala. Será de la Casa Blanca. Después de esa llamada creo que vas a querer desactivar los planes de este negocio con Mountain News Enterprises.

Bill Cheavers no terminó su trago. Se levantó rápidamente y dio otro vistazo al bar. Sus últimas palabras al abogado fueron:

—Estaré esperando la llamada —y luego se fue.

Allen Fulsin vació su vaso y salió unos minutos después.

□□□

Fue entonces cuando otro hombre en el bar, quien había estado observándolos, sacó su teléfono y marcó un número.

Un hombre contestó el teléfono del otro lado y sencillamente anunció: Habla el Patriota.

El hombre del bar dijo:

—Acabo de observar la cita entre Fulsin y un tipo llamado Bill Cheavers.

—¿Quién es Cheavers?

—Un ejecutivo de alto rango en World Teleco.

—Está bien. Continúa. Hazme llegar la información como siempre.

—Lo haré.

El hombre del bar dio clic para cerrar su teléfono Allfone codificado, pagó su cuenta y se fue.

□□□

En el centro de Filadelfia, en las oficinas de la policía, John Gallagher estaba cansado de esperar. Debía reunirse con el detective que iba a mostrarle el video de seguridad del edificio empresarial donde trabajaba Roger French. Pero justo antes de que Gallagher llegara, el detective tuvo que salir a otra investigación.

Gallagher miró su reloj. *Voy a tener que perder mi reservación en el avión. Nunca llegaré a Nueva York a tiempo para reunirme con Miles a primera hora de la mañana. Tal vez salga algún tren tarde que yo pueda tomar.*

Gallagher llamó a la taquilla para averiguar sobre el tren expreso. Sí, podría tomar el último, que saldría dentro de noventa minutos. Hizo la reservación por teléfono.

Fue entonces cuando el detective, dando grandes pasos, entró a la sala para mostrarle unos videos a Gallagher. Traía consigo un policía uniformado.

Le ofreció sus disculpas a Gallagher con una voz cansada y entonces se volvió a su oficial de videos forenses y le dijo que comenzara el video.

Los ojos de Gallagher estaban fijos en el monitor de pantalla súper plana que estaba en la pared.

En la esquina inferior derecha del video aparecían en blanco y negro la hora y la fecha, mientras que en la pantalla se mostraba la imagen del lobby de un edificio empresarial vacío.

—Lamento que no hubiera video a color, pero los dueños de estos edificios siempre usan lo más barato.

—No, así es mejor —murmuró Gallagher—. El blanco y negro da una mejor definición. Al menos para lo que yo quiero.

Entonces, el técnico avanzó el video a las dos horas antes del momento en que se estimaba que Roger French había muerto. Luego redujo un poco la velocidad.

Por fin vieron la imagen de un hombre vestido de traje que entraba al lobby.

—¡Páralo ahí! —gritó Gallagher.

Congelaron la imagen.

Un hombre de mediana altura. Bien vestido. Hombros anchos. De paso confiado, pero con la cabeza ligeramente alejada de la cámara.

Gallagher sintió un escalofrío en la espalda.

—Haz un zoom.

El técnico acercó la imagen. Al aumentarla se ponía un poco borrosa.

Gallagher la contempló. Tenía que saber. ¿Era Atta Zimler?

—Está bien, empieza a rodarlo, pero muy despacio, cuadro a cuadro.

Y así lo hizo el técnico.

El hombre en el lobby, según fue tomado en cada cuadro consecutivo, había mantenido la cara alejada de la cámara.

Entonces viró la cabeza hacia la cámara.

Gallagher se puso en pie.

—Déjame verte, escoria asquerosa... ¡muéstrame la cara!

El hombre en el lobby, en los cuadros entrecortados, seguía mirando hacia abajo, jugando con los botones del saco y manteniendo su rostro oculto.

—¡Mírame! —gritó Gallagher.

Y justo entonces, cuando el hombre del lobby se acercaba a las puertas del elevador, le dio una mirada de lado al reloj que tenía en su muñeca izquierda y reveló la mitad de su rostro.

—¡Para! —gritó Gallagher.

El cuadro se congeló. —Auméntalo...

El técnico amplió el cuadro hasta que el rostro pudo verse parcialmente.

Gallagher se acercó caminando a la pantalla. La tocó con el dedo índice.

—Yo te conozco. ¡Lo sé!

Entonces Gallagher giró sobre sus talones.

—¿Podemos mandar por correo electrónico a alguien una imagen JPG de esto con alta definición?

El oficial salió de la oficina de controles y miró al detective quien asintió.

Gallagher sacó de su billetera una dirección de correo electrónico, era de la Unidad de Identificación Facial de la División de Tecnología Biométrica del FBI. Entonces se la dio al tipo del video.

—Necesito que envíes esto por correo electrónico ahora mismo —le dijo.

De camino a la estación de trenes, Gallagher llamó al número privado de la casa de Sally Borchek, la especialista en identificación de rostros en el Buró.

Ella estaba viendo televisión. Después de nueve timbrazos por fin contestó.

—Sally, habla John Gallagher.

—Caramba, John, estoy en la casa, en mi pijama. ¿Qué pasa?

—Tengo que pedirte un favor. Lo siento, pero es realmente importante.

—¿Sí?

—Ahora, mientras hablamos, están mandando a tu oficina la imagen de un tipo.

—¿Y eso no puede esperar?

—No. De veras que no. Es de vida o muerte, ¿por favooooor?

—Ay, está bien —refunfuñó ella—. ¿Cuál es el posible candidato?

—Un tipo en nuestros archivos que se llama Atta Zimler. Necesito una coincidencia de rostro.

—¿De dónde es la imagen?

—video de seguridad de un lobby.

Ella volvió a refunfuñar.

—Por lo general esos son bastante malos.

—Eres un genio. Tú puedes hacer que *no* sea malo.

—Está bien. Dame como una hora para llegar a la oficina. Me debes una, Gallagher.

—Lo que sea.

—Cuando termine el análisis te llamaré a tu celular. —Te voy a poner en mi testamento, Sally, de verdad. —Maravilloso —dijo ella—. La cuarta parte de nada es...déjame ver... —Estaré esperando sobre ascuas. Nos vemos.

Gallagher volvió a mirar su reloj. Creía que a fin de cuentas podría tomar el tren.



En Manhattan, Bill Cheavers, el ejecutivo de World Teleco también estaba mirando su reloj. Había regresado a la habitación de su hotel pero se estaba haciendo tarde. Había pasado una hora desde que se reunió con Allen Fulsin. *Entonces, ¿qué pasó con la llamada telefónica?*

Supuso que, por alguna razón, su abogado estaba mintiendo o exagerando. ¿Por qué? No lo sabía. Cheavers estaba a punto de apagar su celular hasta el otro día cuando sonó.

Miró la pantalla de LCD. Decía *Restringido*. Cheavers no podía creerlo.

Cuando respondió, la persona del otro lado de la línea habló.

—Señor Cheavers, habla Lana Orvilla. Soy la jefa de personal de la vicepresidenta Jessica Tulrude. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, gracias.

—Disculpe que lo llame tan tarde.

—No hay problemas.

—El objetivo de mi llamada —continuó—, es porque al gobierno de

Corland le preocupan mucho las posibles violaciones de la ley antimonopolio.

—¿Cómo?

—Sí.

—¿Qué tipo de violaciones?

—Bueno, grandes empresas de telecomunicaciones como la suya, World Teleco, por ejemplo. Estamos considerando si sería adecuado comenzar una investigación relacionada con ese tipo de alegaciones. Llamar la atención del Ministerio de Justicia al respecto.

—Yo puedo asegurarle que World Teleco no ha violado la ley Sherman ni ninguna otra cosa.

—Estoy segura de que usted tiene razón. Esto es solo una llamada amistosa para pedir su cooperación.

—¿Qué tipo de cooperación?

—Cualquier cooperación que usted considere adecuada.

Cheavers hizo una pausa. Necesitaba algo más específico. Si él iba a hacer que su empresa rompiera el contrato con Mountain News Enterprises, tenía que saber de seguro que esto era lo que la Casa Blanca le estaba pidiendo para evitar una investigación con relación a la ley antimonopolio. —Por favor, sepa que a mí me alegrará cooperar por completo, sin dudas...

Pero la jefa de personal de la vicepresidenta lo interrumpió. —Entiendo que usted es amigo de Allen Fulsin, el abogado, ¿cierto? —Cierto.

—Él es un buen hombre y da buenos consejos. ¿No le parece? —Por supuesto que sí —dijo Cheavers—. Eso fue todo. No había nada más que decir.

Lana Orvilla le dio las gracias por responder a la llamada tan tarde y luego se despidió.

Cheavers enseguida llamó al correo de voz del asesor legal de la empresa en el departamento de transacciones de Allfone. Dejó un mensaje. «Habla Bill Cheavers. Por favor déme su mejor vía legal, a

primera hora mañana en la mañana, para terminar nuestro contrato de Allfone con Mountain News Enterprises. Vamos a tomar un curso diferente en cuanto a eso. Por favor, déle prioridad a este asunto. Y, por favor, envíe una alerta al departamento de operaciones con relación al trato pendiente que creo que estaban llamando AmeriNews. Dígale a operaciones que ese trato se cancela de manera permanente».

## CUARENTA Y SIETE

Por fin John Gallagher llegó a la estación Grand Central a las 7:30 de la mañana. El tren se había demorado a la salida de la estación de Filadelfia. Entonces hubo otra demora en una de las paradas. Después de agarrar una taza de café en un puesto de meriendas, subió corriendo las escaleras y salió a tomar un taxi.

La reunión con Miles Zadernack era a las 8:30 a.m. Con el tráfico de la hora pico que cruzaba de un lado a otro de la ciudad, tendría suerte si llegaba a tiempo.

En medio del tráfico, que se movía tan despacio como una babosa, recibió una llamada de Sally Borscheck. Había terminado de trabajar en la imagen del video.

—Muy a tiempo —dijo Gallagher—. Necesito esto para una conferencia. ¿Cuál es la conclusión?

—Ah, no, no te la voy a dar —le contestó ella rápidamente—. Primero tengo que revisar algunos requisitos preliminares.

En el taxi Gallagher hizo como que estrangulaba su teléfono Allfone con ambas manos.

—Sally, ¿no podemos saltarnos eso? Realmente estoy apurado.

—Mira, fuiste tú quien me sacó de mis cómodas pijamas mientras veía TV. Estaba en la mitad de la vieja versión de *El Detective* con Robert Mitchum. Me *encanta* esa película. Y casi nunca la ponen en televisión. Así que, John, déjame en paz.

—Rally, no bromees...

—No, no bromees tú. Yo te hice un favor. Y yo sé lo que va a pasar. Vas a usar mi análisis para causar una invasión tipo Normandía en algún lugar. Y si las cosas salen mal, ¿a quién tú crees que el Buró le

va a echar la culpa?

—A mí, por supuesto —dijo Gallagher—. Pero está bien, sigamos el procedimiento.

—Está bien —empezó ella—. La identificación facial en la correspondencia biométrica depende de la calidad de la imagen. En ese caso, el fragmento del video que me mandaste no era bueno.

—Pero servía para el análisis, ¿verdad? Dime que era adecuado en grado mínimo...

Borcheck suspiró.

—Sí, adecuado en grado mínimo. Ahora bien, existen ochenta variantes faciales para crear la imagen de un rostro. El tamaño del cráneo, las medidas del rostro, las interrelaciones entre las estructuras faciales...

—Ochenta variantes. Bien. Continúa...

—El índice de certeza en la escala superior va de sesenta a noventa por ciento.

—¿Y cómo calificarías este?

—Si considero los calificadores que acabo de mencionar...

—Claro, seguro. ¿Cuál es la calificación?

—Yo calificué la imagen de video que me diste en un sesenta y siete por ciento de certeza de que las características en el video corresponden con las del sujeto en cuestión, Atta Zimler.

—*Certeza...* me encanta esa palabra.

—Sí, pero está en el espectro inferior de la certeza —le recordó Borcheck.

—Pero solo debido a la mala calidad del video y al ángulo que tenía el tipo, con la cabeza parcialmente oscura.

—Es verdad. Por otro lado, con un mejor video y una toma de todo el rostro, tal vez tendríamos un porcentaje por debajo de sesenta... es decir, ninguna correspondencia.

Pero a Gallagher no le importaban las posibilidades negativas.

Ahora mismo tenía la base forense para hacer una investigación completa de la presencia de Atta Zimler en los Estados Unidos. Tenía una buena racha.

—Sally, ya tengo lo que necesito —dijo Gallagher mientras se inclinaba hacia el frente para pagarle al taxista—. ¡Eres brillante!

Gallagher pasó apurado por la seguridad en las oficinas centrales del Buró a las 8:35. Estaba en la oficina de Miles Zadernack a las 8:39.

Miles llevaba puesto su traje negro, una camisa blanca planchada y una corbata de color entero.

Gallagher tenía la ropa arrugada por el viaje en tren toda la noche y también estaba sudado.

—Miles, tengo algunas cosas de última hora que decirte —dijo Gallagher.

—Y yo tengo algunas cosas que decirte —dijo Zadernack de manera insulsa—. Comencemos con mi agenda.

—Seguro.

—vas a tener que salirte de cualquier investigación relacionada con Atta Zimler.

Gallagher mantuvo su sonrisa y asentía con la cabeza de una manera atlética. Medio que se esperaba esto. Pero supuso que ahora tenía algo que podría usar antes de que su supervisor lo dejara completamente fuera.

—Está bien, precisamente de eso quiero hablarte... —empezó a decir, pero Zadenack lo interrumpió. Estaba claro que tenía un discurso e iba a darlo.

—Tú no entiendes, John. Estás quedando *fuera* de toda investigación, no solo la relacionada con Atta Zimler, sino de cualquier investigación de campo. Por el momento. Vas a realizar trabajo de oficina aquí en las oficinas. Mientras tanto estoy coordinando para que recibas consejería en cuanto a profesionalismo dentro del Buró. Gallagher se estaba enrojeciendo.

—Espérate.

—Eso es exactamente de lo que estoy hablando —dijo Zadernack—. Tu actitud raya con la insubordinación, ¡y eso es un problema serio!

Pero Gallagher iba a dar la pelea.

—Tengo una correspondencia de rostro entre Atta Zimler y un sospechoso que acaba de torturar y matar al yerno de un ex general de alto rango en el Pentágono. *Acaba* de pasar. En Filadelfia. Tenemos la prueba forense, Miles, por favor...

—¿Prueba forense?

—Sí. Sally Borchek, en biometría. Ella hizo la correspondencia a partir de un video de seguridad que se tomó a la hora del crimen y en la escena del crimen.

—¿Qué nivel de certeza?

Ahora Gallagher tenía que tragar en seco. Esta era la parte difícil de vender.

—Sesenta y siete por ciento. Pero esto se hizo con el video de un *lobby*. Zimler trataba claramente de evadir la cámara. Pero aún así estamos en el rango de certeza que necesitamos para una investigación. Lo suficiente para tener una probable causa de detención, intervención de conexiones telefónicas, lo habido y por haber.

Zadernack mostró su expresión favorita carente de emoción y como de yeso. Habló con un tono apenas por encima de lo monótono. Pero lo que tenía que decir era indignante.

—Está bien, John. Respira profundo. ¿Estás bien? Relájate. Esto es lo que hay. Nos dijeron que Atta Zimler está bajo custodia. En París.

—¿Quién lo agarró?

—Estamos esperando confirmación, pero el propio fiscal general nos dijo que nos retiráramos. No queremos arriesgar la identificación falsa de gente inocente. Al parecer un diplomático extranjero va a entrar a los Estados Unidos y le preocupa que lo confundan con Zimler. Eso es todo lo que sé.

Gallagher cerró los ojos, moviendo la cabeza mientras hablaba.

—Claro que no queremos algo así. Por supuesto, tal vez un terrorista psicópata se nos cuele entre las manos y se pasee por Estados Unidos matando, asesinando y torturando, pero lo principal es tratar a la gente amablemente.

—¡Basta ya! —casi gritó Zadernack. Era una muestra rara de emoción. Entonces prosiguió— John, se llama profesionalismo en el Buró. Aprenderás al respecto en tus sesiones de consejería. Eso es todo por ahora. Tengo otros asuntos que atender. Gracias por tu tiempo. Vera, mi secretaria, te asignará un buró.

Gallagher sintió que el cerebro se le entumecía, como si alguien le hubiera puesto una inyección de novocaína y se hubiera olvidado de la cirugía.

Caminó hasta el buró de Vera. Ella le sonrió cortésmente y lo guió a un cubículo, ni siquiera una oficina. Le señaló un buró.

—Esta será su área de trabajo —dijo. Y luego se fue.

Gallagher se sentó en el buró. Sabía que estaba parado ante una decisión irreversible. Un punto al que, años después, él miraría y se daría cuenta de que necesitaba tomar una decisión realmente inteligente. Algo que tuviera sentido, un camino que asegurara su futuro.

Él se retiraría dentro de poco tiempo. Había trabajado mucho en el Buró y ahora no podía deshacerlo todo. Así que en el aire había una seria pregunta: ¿Iba a echarlo todo por la borda en base a un mero sesenta y siete por ciento de certeza? Mientras más lo pensaba, menos sentido tenía. *Oye, sesenta y siete por ciento ni siquiera es una nota de aprobado. Eso es desaprobado.*

Entonces tamborileó con los dedos sobre el buró vacío que estaba frente a él. No podía sacudirse otro pensamiento contrario: *Por otro lado, un sesenta y siete por ciento podría, al fin y al cabo ser un aprobado. Algunos maestros consideran de sesenta a setenta como una D, ¿verdad? Y luego está el hecho de que algunos maestros califican con una curva...*

Se puso en pie. Al dirigirse al elevador, pasó caminando rápido

junto al buró de Vera.

—¿Agente Gallagher? —Vera llamó a la figura en movimiento.

—Tengo que ponerle dinero al parquímetro —le contestó y desapareció en el elevador.

Cuando estaba en la calle llamó a Ken Leary en la CIA.

—Ken, habla Gallagher. Tengo que hablarte rápido. Me están cerrando la investigación de Zimler.

—¡Vaya!

—Necesito que me des lo último que tengas de Zimler o del asesinato de ese profesor en Bucarest. Y lo necesito como en, eh, cinco minutos.

—Realmente estás yendo lejos con esto, John. Y no sé si puedo darme el lujo de arriesgarme más de lo que ya lo he hecho.

—Si alguna vez me debiste dinero, Ken, todas las deudas quedan canceladas. ¿Qué te parece?

—En realidad tú me debes dinero *a mí*.

—Está bien, olvídalo. Mira, Ken, realmente necesito esto. Tú sabes cuánto tiempo llevo detrás de este psicópata, Zimler.

Leary se demoró cinco segundos completos.

Gallagher caminaba de un lado a otro en la acera, miraba a su alrededor para asegurarse de que no lo estuvieran observando.

Por fin Leary habló.

—Mira, hay una lavandería coreana como a dos cuadras de mi oficina. Se llama Yang's Dry Cleaning. Nos encontraremos allí en diez minutos.

—Primero dime una cosa —le dijo Gallagher.

—¿Qué?

—¿Tienes más de lo de Zimler o no? No puedo darme el lujo de perder tiempo.

—Eh, calcula tú, John —dijo Leary riéndose—. Vamos a hablar de una posible información clandestina de la CIA acerca de un terrorista

de talla mundial y yo escojo una lavandería coreana. ¿Qué te dice eso?

## CUARENTA Y OCHO

Joshua Jordan se había fundido en un abrazo muy apretado con Abby. La besaba apasionadamente en el vestíbulo de su suite en el hotel Palace.

—Te extrañé tanto, mi amor —le dijo mientras seguía sujetándola fuertemente.

—No tanto como yo a ti —susurró ella y luego lo besó otra vez.

Entonces se detuvo y separó un poco su cabeza para decirle algo.

—He tenido unas pesadillas horribles.

—No me sorprende, estando con Rocky y Peg en aquella casa, ayudándolos con su dolor...

—Mis pesadillas no son con ellos. Sueño con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Pesadillas. Ya hace un tiempo. Esta sensación de desastre... como si algo malo pendiera sobre nosotros, una catástrofe inminente o algo así. No puedo quitármelo de la cabeza. Anoche soñé que en nuestro condominio había una figura oscura. Que revisaba nuestras cosas. Creo que nos quería hacer daño.

Joshua no le hizo caso.

—Fue solo un sueño, eso es todo.

Él vio que la bolsa que ella había traído para pasar la noche estaba en el suelo, la agarró y la levantó.

Le preguntó cómo iban las cosas con Peg al lidiar con su pérdida, y cómo le iba a Rocky Bridger. Abigaíl le dio un informe detallado.

Pero Joshua veía el cansancio en su rostro.

—La manera en que te das a otras personas, Abby... también tienes que cuidar de ti misma.

—Estoy bien —le dijo ella. Entonces miró la espaciosa suite del hotel—. Así que por ahora este es nuestro hogar.

—Sí. Es cómodo, pero en definitiva no es como la casa. Honestamente, preferiría que estuviéramos juntos en Nido de Halcón, en nuestros sillones, mirando las estrellas.

Eso les parecía bien a ambos, pero sabían que no sucedería durante un tiempo. No hasta que el enredo con el Congreso y la orden del juez Jenkins, y el proyecto de AmeriNews se resolvieran primero.

—Abby, cariño, llegaste en un buen momento. Bueno, más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, hay buenas y malas noticias.

—Comencemos con las buenas...

—Dentro de treinta minutos tendremos una teleconferencia con la gente de la Mesa Redonda. Espero que sea para decirme que AmeriNews saldrá al aire hoy, más tarde. Quisiera que estuvieras conmigo. Te necesito en esto.

—Entonces, ¿cuál es la mala noticia?

—La razón por la que quiero que estés en la llamada es porque recibí un correo electrónico de Fort Rice. Ahora dice que tiene que retirarse como jefe de nuestra sección jurídica. Dice que tiene un conflicto de intereses.

—¿Qué tipo de conflicto?

—Darley oyó tu consejo y entró a un centro de rehabilitación de drogas. El que le recomendaste.

—Pero eso es una buena noticia.

—No desde el punto de vista de Fort. Él piensa que han exagerado extremadamente la «adicción» de ella. En realidad, creo que Fort siente un poco de vergüenza de que su esposa necesite ayuda. Tú sabes que él es un tipo muy reservado, a la antigua.

—Mira, yo creo que Fort se dará cuenta de que realmente ella necesita ayuda —dijo Abby.

—Bueno, es un poco más complicado. Darley se convirtió en cristiana en ese Centro.

Los ojos de Abby se abrieron y luego se le llenaron de lágrimas.

—Querida Darley. Mi querida amiga. Qué alegría siento por ella. Eso es increíble...

—Fort está muy furioso con esto. Él no acepta mucho eso del cristianismo. Y en parte te echa la culpa a ti.

—Yo asumo ese tipo de culpa, Josh. De verdad que lo haré. Darley se va a mejorar. De las pastillas, claro, pero también se sanará espiritualmente, de adentro hacia fuera. Eso sucede cuando Cristo viene a la vida de alguien. Él cambia a las personas.

—Yo no te culpo por nada —dijo Joshua tomando la mano de ella y apretándosela—. Pero entre Fort y yo las cosas se han enfriado. Me resulta difícil creer que Fort esté abandonando la Mesa Redonda de esta manera...

—Mira, Josh, dijiste que él era «a la antigua». Recuerda que él era juez del tribunal supremo de un estado. Para él los conflictos de intereses son algo muy serio. A los jueces los entrenan para pensar de esa manera. Si él me tiene rencor porque cree que yo influí en su esposa, y si realmente piensa que esto va a influir en su eficiencia en la Mesa Redonda porque tú eres el presidente, entonces Fort Rice es del tipo de gente que se descalifica a sí mismo. Sé que parece demasiado exigente, pero por raro que parezca, yo lo entiendo. Además, están los problemas personales que también tienen con la situación de Darley...

—Bueno, el asunto es que por eso tú cuentas en todo esto.

—¿Cómo?

—vas a tener que ser la representante legal en la llamada de hoy.

—¿Cómo lo tomarán los demás de la Mesa Redonda?

—Yo me encargaré de eso.

Abby estaba mirando por la cocina de la suite para prepararse un té, cuando sonó el Allfone de Joshua que encubría la señal. Abby y los de la Mesa Redonda eran los únicos que tenían ese número especial.

—Es curioso —dijo Joshua—. Se adelantaron.

Contestó. Phil Rankowitz y los demás miembros estaban en la llamada.

Phil comenzó.

—Josh, tenemos una emergencia. Todos los demás ya fueron informados.

—Lo sé. Fort se ha tomado un tiempo de licencia —dijo Joshua—. Ahora mismo los motivos no son importantes. Dice que tiene conflictos de intereses, pero necesitamos tener un asesor jurídico...

—Y mucho —dijo Phil—. En un minuto sabrás por qué. Algo más está pasando.

—Le pedí a Abby que nos acompañe en esta llamada —continuó Joshua—. Ella es una abogada inteligente. Creo que puede sustituirlo.

—Me parece que estás subestimando a tu esposa —contestó Phil—. Ella tiene una mente jurídica brillante. Que entre.

—Esperen un momento —habló Alvin Leander—. Tal vez sea por los días sirviendo en el comité de ética del Senado. Pero hablando de conflicto de intereses, si Abby es la asesora de la Mesa Redonda mientras que su esposo es el presidente, ¿no tendremos un problema?

—Al diablo con la conferencia de ética —la voz en el teléfono era la de Rocky Bridger.

—Rocky —dijo Joshua—. Todos sentimos tu pérdida. Entenderemos, si quieres retirarte.

—Estoy en esta llamada porque creo que es importante —dijo él—. Y en cuanto a que Abby se una al grupo, voto con un sí rotundo.

Leander retiró el punto.

Joshua cambió al altavoz del teléfono para que Abby pudiera acompañarlos.

Phil Rankowitz fue directo a la crisis.

—World Teleco ha cancelado nuestro contrato para AmeriNews.

—¿Qué? —gritó Joshua—. ¿Basados en qué?

—Inventaron una razón absurda basada en las letras chicas. Yo lo revisé con nuestros abogados de la transacción. Dicen que es una excusa bastante pobre. Yo digo que es un incumplimiento del contrato, sencilla y llanamente. Si quieren, digan que esto es paranoico pero yo veo algo muy político detrás de todo esto. Ellos saben algo de nuestro mensaje y World Teleco no quiere tener nada que ver con eso.

—Muy bien, asesora —dijo Rankowitz dirigiéndose a Abby—. ¿Qué hacemos ahora?

—Si suponemos que sea un claro incumplimiento —dijo Abby—, podemos llevarlos al tribunal por desagravio judicial. Pero esa pelea no es fácil. No hay garantías. Además, la empresa de telecomunicaciones nos puede amarrar durante años en ese pleito.

—No tenemos tiempo como para eso —dijo Rankowitz—. Josh, ¿no te ordenó el juez presentar los documentos del SGR-DR mañana a más tardar?

—Esa es la fecha tope —contestó Joshua—. Harry apeló a la orden, pero dice que las probabilidades son cero.

—Entonces, pregunto otra vez —dijo Rankowitz—, Abby, ¿qué podemos hacer?

—Dame algo de tiempo para pensar bien en todo esto —les dijo—. Denme una hora o dos.

Todos los que estaban en la teleconferencia podían escuchar a Alvin Leander refunfuñando.

—Está bien —dijo Joshua—, convocamos de nuevo para dentro de una hora. Phil, tú haces la misma teleconferencia. Conéctanos a Abby y a mí de último.

Joshua miró a Abby cuando terminó la llamada. Ella estaba sumida en sus pensamientos.

—Necesito un té —dijo ella—. Y tiempo para pensar.

Caminó a la cocina y calentó la jarra de té.

Joshua sabía que tenía que dejarla sola. Fue al amplio salón de estudio y trató de repasar con la vista cierta información que había recibido de sus ingenieros que sugerían algunas mejoras para el SGR-DR.

Pero le costaba trabajo concentrarse. *¿Cómo voy a dirigir esta empresa desde la celda de una cárcel?*

Unos minutos se convirtieron en una hora. Joshua miró su reloj y luego llamó a Abby, pero no podía encontrarla.

Comenzó a recorrer la enorme suite hasta que la encontró en uno de los cuartos.

Profundamente dormida.

Le acarició la mejilla gentilmente. *Estás agotada. Lo siento.*

Ella abrió un ojo.

—Se acabó el tiempo. Lo siento, cariño, pero ahora tenemos nuestra teleconferencia.

Ella asintió y se esforzó para abrir el otro ojo, después comenzó a levantarse. Abigaíl caminó con pesadez hasta el baño y se salpicó la cara con agua.

Entonces Joshua y Abigaíl se sentaron uno junto al otro, en el sofá del enorme salón, con el teléfono Allfone en altavoz para la llamada.

Un minuto después entró la llamada.

Phil Rankowitz comenzó.

—Bien, Abby. Somos todo oído. ¿Tienes un plan?

Abby preguntó:

—¿Pueden conseguirme algunos abogados?

—¿Cuántos?

—Cuatro.

—¿Cuándo?

—Antes de las 8 de la mañana y tienen que ser versados en leyes de telecomunicaciones.

—Sí. Creo que podemos resolverlo.

—¿No dijiste que el pleito nos mantendría amarrados durante años?  
—dijo Alvin Leander.

—Sí, pero no estoy hablando de una demanda —contestó Abby.  
Beverly Rose Cortez habló.

—Abby, ¿crees tú que con esto podrás hacer magia antes de mañana? ¿De verdad lo crees?

—Tengo una idea, pero necesito una evidencia crucial.

—¿Qué es? —le preguntó Joshua a su esposa.

—Necesitamos saber algo concreto sobre los motivos de World Teleco. Alguna prueba fuerte de que las sospechas de Phil son ciertas. Que nos desconectaron para impedir que nuestro mensaje saliera.

—Descubrir ese tipo de prueba toma demasiado tiempo —dijo Leander—.

Pero Joshua intervino.

—No necesariamente. Señores, déjenme trabajar en eso.

## CUARENTA Y NUEVE

John Gallagher llegó unos minutos antes a Yang's Dry Cleaning.

Un hombre asiático y amistoso que estaba en el mostrador le preguntó si tenía ropa para recoger.

—No, gracias —dijo Gallagher—. Pero creo que mi amigo sí.

Cinco minutos después entró Ken Leary, lamiendo un cono de helado. Debajo del brazo llevaba un enorme sobre color café.

El hombre asiático estaba de nuevo en el mostrador, sonriendo. Leary le entregó un recibo de la tintorería.

El asiático asintió, dio la vuelta al mostrador, fue a la puerta, la cerró y viró el cartel para que dijera «Cerrado», después bajó la cortina de la ventana. Entonces desapareció en el cuarto de atrás.

Leary se sentó frente al mostrador en una silla que tenía un hoyo rojo desteñido. Gallagher se sentó en otra silla mientras que Leary sacaba unos papeles del sobre.

—Esto es una transcripción —empezó—, de una entrevista entre uno de nuestros agentes y la señora Elena Banica. La entrevista se realizó luego del asesinato de su esposo. No puedo dejar que te lo lleves. Ya es bastante malo que te lo deje leer. Y todavía peor que saliera de nuestra estación de Nueva York, aunque sea por unos minutos. Así que revísalo ahora. Esto es todo lo que tengo para ti. Cuando termines, necesito volver a llevármelo para la oficina.

Gallagher abrió la primera página. Él había leído muchas transcripciones en su carrera. Él sabía que una transcripción no cuenta toda la historia. Siempre estaba el elemento humano que aflora durante este tipo de entrevista. Algo que no se traduce bien en el teclado de la computadora mientras la secretaria de la Agencia lo

escribe. Pero unas cuantas décadas de trabajo de campo con el FBI, amistades dentro de la CIA, y un nivel extraordinario de instintos le daban a Gallagher una idea bastante buena de cómo había sido todo. Prácticamente podía visualizarlo.

Esta transcripción en particular contenía una entrevista que un agente norteamericano de la unidad de Servicios Clandestinos realizó en Bulgaria. Elena Banica era la esposa joven y atractiva del Dr. Yergi Banica, un hombre mucho mayor.

Cuando la entrevista se realizó, el sujeto, Elena, estaba sentada en una habitación vacía de una enorme catedral ubicada muy cerca del Pasaj Subteran Unirea en Bucarest. Allí conocía a un sacerdote amistoso, así que había insistido en usar ese lugar para la reunión. Es probable que la exigencia de Elena, de dar su declaración en una iglesia, le pareciera irónica a su interrogador, tomando en cuenta su antigua profesión, un tanto desastrada.

Pero el agente que la iba a interrogar no se detuvo a pensar mucho en eso. La Agencia necesitaba llegar al fondo en cuanto al Dr. Banica. Elena era la única testigo que sabía lo suficiente sobre él y a quien también podrían presionar para que lo soltara.

Junto a Elena, en el suelo, había una grabadora digital que grababa la conversación. Las preguntas del agente se concentraron en su relación con Yergi. Su próxima pregunta fue bastante directa.

—¿Por qué se casó con él, considerando la diferencia de edad?

—Por amor —dijo ella, pero no miró a su interrogador cuando lo dijo. Elena trató de sonreír y se tomó un segundo para sacudir las cenizas de su cigarro.

—¿Qué más?

—Bueno, él me mantenía.

—¿Dinero?

—Sí, él se ocupaba de mí.

—Mientras estuvo con Yergi, ¿usted veía a alguien más?

—No. Pero tal vez usted no me lo crea... El agente comenzó a

hablar del asesinato.

—¿Usted lo vio el día de su muerte?

—Le preparé el desayuno. Una salchicha picante. Tomates a la parrilla. Café.

Elena dijo las palabras sin ninguna expresión. Sí, ella era dura. Había trabajado de prostituta por teléfono en Bulgaria. Eso fue antes de conocer a Yergi. Ella siempre pensó que él lo sabía pero era todo un caballero y no lo mencionó. Así que un día, discretamente, ella le dejó ver los resultados de su chequeo médico de rutina y de sus análisis de sangre para que pudiera relajarse y saber con seguridad que no tenía una enfermedad alguna. El agente continuó abriendo las capas de su interrogatorio.

—¿Le dijo Yergi esa mañana adónde iba?

—En ese momento no.

—¿Usted sabía adónde iba?

—Creo que sí.

—¿Entonces él le había hablado del asunto?

—Sí, pero solo de manera general. Me dijo que estaba vendiendo cierta información que había llegado a su poder.

—¿La había obtenido originalmente de un agente ruso? Elena encogió una esquina de la boca. Se preguntaba si el agente norteamericano era honesto cuando le dijo que si ella cooperaba, no se metería en líos. Por otro lado, ¿qué otra opción tenía?

—Sí —contestó ella—, me dijo que obtuvo la información de un agente ruso.

—¿Información sobre un sistema norteamericano de armas?

—Era... una cosa de misiles.

—¿Qué tipo de cosa?

—Mandaría un misil que viniera a un lugar... bueno, lo devolvería... con tremenda sorpresa. Regresaría al lugar de donde vino. Y ipum! Algo así.

—Devolver al Remitente, ¿SGR-DR? ¿Lo llamó así?

—Sí, creo que sí.

El agente se detuvo lo suficiente como para recostarse y evaluar al sujeto. No le importaba si ella había amado a Yergi Banica. Eso no era lo importante. Lo que realmente importaba eran sus respuestas a las próximas preguntas.

—Entonces Yergi iba a obtener esta información del SGR-DR, que había recibido del ruso, y se la iba a vender a otra persona. ¿Correcto?

—Ese era el plan. Con eso iba a ganar mucho dinero. Íbamos a comprar una casa nueva. Cerca de la playa.

—¿Alguna vez mencionó algún nombre?

—¿De quién?

—Me refiero al nombre de la persona a quien le vendería esta información... en Bucarest... la persona con quien se iba a encontrar en el hotel. Ese nombre.

—Ningún nombre, no.

—¿Alguna descripción?

—¿Qué quiere decir?

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Altura?

—No.

—Peso

—No. Nada de eso.

—¿Tez?

Elena suspiró y aspiró largamente su cigarro. —No. Yergi nunca mencionó nada de eso. —¿Edad? —No. Él realmente no...

Entonces el agente la interrumpió. —¿Algo sobre su nacionalidad?

Elena echó al aire una bocanada de humo. Frunció la boca. Arqueó

una ceja.

—¿Cómo dijo?

—¿Algo sobre la nacionalidad del hombre? ¿De qué país vino?

Pasaron unos segundos. Elena pensó en aspirar otra vez su cigarro y se lo acercó a los labios como si fuera a hacerlo.

Pero entonces se detuvo. —Yergi le llamaba «el argelino». —¿«El argelino»? ¿Está segura? —Sí. De eso estoy segura. —Está bien. Gracias.

—Pero hay algo más que quiero decirle —dijo Elena. —¿Sí?

—Cuando encuentre a este hombre que mató a mi Yergi. Por favor... —la barbilla de Elena temblaba un poco. —¿Qué?

Ella logró dejar de temblar. Entonces habló con un control glacial.

—Mátelo bien.

Eso era lo último que aparecía en la última página de la transcripción de la entrevista de la CIA.

Cuando Gallagher terminó de leer la transcripción, tomó las páginas y se las devolvió a Ken Leary, quien había estado terminando su cono de helado. Leary volvió a meter los papeles en el sobre color café.

—Gracias —dijo Gallagher.

Leary se quedó sorprendido ante la manera en que su amigo dijo eso. Gallagher parecía profundamente reflexivo, como Leary nunca antes lo había visto. Comprometido. Inflexible. Así que Leary le hizo otra advertencia a Gallagher, por si acaso.

—Mira, John, no puedo tratar nada más contigo sobre este asunto. A partir de ahora estás solo en esto. Yo negaré nuestra conversación. Todo. Tú lo sabes.

—Correcto.

Pero Leary tenía que hacer una última pregunta.

—Tú vas a seguir detrás de Zimler, ¿verdad? John, ¿sabes lo que estás haciendo?

—Ken, yo pensaba que tú y yo habíamos terminado de hablar de esto. ¿No fue eso lo que acabaste de decir?

Leary sonrió y se puso en pie con el sobre bajo el brazo. Sus últimas palabras para John Gallagher fueron:

—Ve con Dios.

Entonces salió de la lavandería y regresó a su oficina.

## CINCUENTA

Desde su puesto, recostado a la baranda del ferry, Joshua Jordan tenía una buena vista de la Estatua de la Libertad que surgía enorme más allá de la proa del barco turístico. El cielo estaba gris y nublado y el agua de la bahía, color hierro, estaba picada mientras el ferry salía de Battery Park Harbor en Manhattan. Dejar la privacidad de su habitación en el hotel lo hacía sentir incómodo. Llevaba una gorra de béisbol y gafas de sol como un intento para esconder su identidad, pero él sabía que se estaba exponiendo a un riesgo. No obstante, la esposa del Patriota, quienquiera que fuera, dijo que ellos tenían información secreta de amenazas en contra de Joshua, y él necesitaba ayuda. Llegó el momento de otro riesgo calculado. Pero no podía correr muchos más. Solo esperaba que al acceder a esta reunión, no estuviera poniéndose la soga al cuello.

Desvió su atención a los pasajeros que estaban en la cubierta y trató de divisar a su contacto. Joshua no sabía cómo era, pero la voz del teléfono le había dicho a Joshua que el hombre conocido como «el Patriota» lo reconocería.

Joshua, dando un último vistazo a la tarjeta de presentación que solo tenía escrito «El Patriota» junto con un número de teléfono, se preguntaba si aparecería alguien. Joshua lo había llamado inmediatamente después de la conferencia con la Mesa Redonda. El Patriota había insistido en usar el ferry para su cita. No era exactamente el lugar que Joshua prefiriera.

Ese día había una multitud en el ferry. Joshua recorrió el mar de rostros que se arremolinaba en la cubierta.

Entonces escuchó la voz de un hombre a su lado.

—Usted me recuerda a alguien que le gusta jugar ajedrez. Esa era la

frase inicial acordada. La introducción que preparó el Patriota le parecía melodramática, pero Joshua tenía que darle la respuesta acordada.

—Sí. Prefiero salir con el caballo.

El otro hombre extendió su mano y le dio a Joshua un fuerte apretón de manos. Tenía un rostro afable, poco más de sesenta años, de mediana estatura y se conservaba muy bien. De acuerdo a su apariencia muy bien podría ser un banquero o el dependiente de una tienda de ropa de hombres.

—Lamento el asunto del agente secreto —dijo el hombre—. Señor Jordan, es un placer conocerle.

—Llámeme Josh.

—Y usted puede dejar de llamarme el Patriota. Mi nombre es Packard McHenry. Mis amigos simplemente me dicen Pack. Entonces, ¿usted quería hablar conmigo?

—Su esposa me dio su tarjeta. Parece que usted es alguien que está listo para ayudar. Lo que no estoy seguro es de cómo exactamente me podrá ayudar.

—Con información, Josh. Entre otras cosas. Tengo un grupo de amigos que trabaja conmigo en asuntos importantes para nuestro país. Similar a su Mesa Redonda.

—¿Cómo supo de eso?

—Si usted conociera a mis amigos, entendería. Gente retirada de la Agencia de Seguridad Nacional. Antiguos miembros de la Agencia de Inteligencia del Ministerio de Defensa. Ex miembros del Servicio Secreto. Yo, soy retirado de... la Empresa.

—¿CIA? Pack McHenry sonrió. No contestó directamente, pero preguntó.

—¿Qué podemos hacer para ayudar?

—Tenemos una emergencia. Necesitamos saber algo acerca de World Teleco. Nos están cancelando un proyecto. Teníamos un contrato con ellos, pero ahora se niegan a cumplirlo. Nuestro plan con

los medios dependía de eso. Y esto, a su vez, sería el eje de todo lo demás.

—Quiere decir el eje para hacer que el senador Straworth quite la citación, de manera que entonces la jueza Jenkins no lo mande a encarcelar por desacato al tribunal... y así usted podrá mantener protegido el diseño del SGR-DR y solo en las manos del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos para que no se filtre a los países menos amistosos. ¿Se refiere a ese tipo de eje?

Joshua se sonrió y dijo:

—Entonces, usted realmente está al tanto de todo.

—Mire, a mi grupo le gusta lo que usted está haciendo. Por el país. Así que he puesto a algunas de mis gente a que le sigan la pista, por su propia seguridad. Y también a seguir a la gente no tan buena que pudieran representar una amenaza para usted. Tengo información acerca de una reunión que coordinó un abogado no muy agradable llamado Allen Fulsin, un hombre que usted conoce porque el juez Fortis Rice de su Mesa Redonda habló con él para que se uniera a su grupo. Estoy seguro de que el juez Rice pensó que estaba siendo discreto al hablar con él, pero resulta que Fulsin es uno de esos tipos con muy buenas relaciones que se conoce todos los trucos sucios y puede sacar mucha información con muy pocas pistas. De modo que Fulsin investigó un poco acerca de su Mesa Redonda, basándose solamente en la poca información que el juez Rice le dio, obtuvo lo que necesitaba y luego se reunió con un vicepresidente de alto rango de World Teleco en un bar. En un reservado que hacía esquina. Tenemos toda la historia. Fulsin le advirtió a la empresa de telecomunicaciones que el mensaje de ustedes criticaría a la Casa Blanca. Que pondría al descubierto la corrupción. Que mostraría cómo al pueblo norteamericano se le ha suministrado información errónea deliberadamente. Cómo un monopolio de los medios está ayudando y apoyando todo esto. Y, lo más importante para nosotros, cómo el control de nuestro país se está vendiendo, trozo por trozo, a una red global.

—Pero, ¿cómo obtuvo usted toda esta información?

Pack McHenry señaló la Estatua de la Libertad que se acercaba.

—Me pregunto cuándo fue que empezaron a ponerle el nombre de ese monumento a un juego de fútbol —dijo él.

Joshua movió la cabeza.

—Bueno, en algún momento, como mínimo a fines del siglo pasado, un equipo universitario hizo la primera jugada Estatua de la Libertad. Esa misma jugada, o alguna variante de la misma, todavía se juega ocasionalmente en el fútbol americano universitario. También he visto que lo usan en la liga nacional de fútbol. Supongo que eso demuestra algo —dijo McHenry.

—¿Qué cosa?

—Es bueno quedarse con las cosas viejas que funcionan. Con Fulsin seguimos una vieja estrategia. Hicimos una vigilancia rigurosa a la antigua. Dio resultados. Cuando coordinaron la reunión, nos aseguramos de que les dieran un reservado. Era de noche y ambos son de los que beben. No era probable que tomaran café. Así que colocamos un dispositivo para escuchar en uno de los paquetes de azúcar que están en la cesta para azúcar y crema. Le digo todo eso porque esta es nuestra primera reunión y estamos fomentando la confianza, pero no espere que en el futuro le cuente más acerca de nuestros trucos.

—Entendido.

—Ahora mismo le diré a uno de los míos que le mande por correo electrónico una declaración jurada que respalde la reunión entre Fulsin y el ejecutivo de World Teleco.

—Tome, aquí tiene mi dirección privada de correo electrónico.

—No es necesario —dijo McHenry—, ya la tenemos. Por cierto, tal vez quiera actualizar su programa de codificación para el correo electrónico. —Entonces sonrió y prosiguió— solo le advierto que espero que esto no vaya a la sala de justicia y se haga público. Si sucede, la persona que firmó la declaración tendrá que alejarse por completo de nosotros. Ahí terminaría su servicio para nuestro grupo. Y él es un buen hombre.

—No se preocupe. Mi esposa tiene un plan, pero no es un litigio.

—Bien.

—Pero hay algo más que necesito saber —dijo Joshua.

—Correcto —dijo McHenry adelantándosele—. Lo que le dijo mi esposa, Samantha, en el restaurante del hotel. ¿En cuanto a correr peligro por parte de participantes extranjeros? Lo único que tenemos son fragmentos que no encajan. Lo que sí sabemos es que las agencias federales, incluyendo el Ministerio de Justicia, están tomando medidas drásticas con esto. Estrechando filas. Por el momento no podemos obtener información sobre esto, pero estamos trabajando en eso. Sin embargo, tengo una recomendación.

—¿Cuál es?

McHenry le dio a Joshua un pedazo de papel y entonces dijo:

—Pídale al general Rocky Bridger, de su grupo, que llame a este hombre a este número. Ellos tienen que hablar.

En el pedazo de papel estaba escrito el nombre del Agente Especial John Gallagher junto con su número de teléfono privado.

Después de eso Pack McHenry pronunció algo que parecía una especie de bendición.

—Vaya con Dios. Luego cruzó la cubierta y desapareció en la muchedumbre de pasajeros.

## CINCUENTA Y UNO

La jueza Olivia Jenkins llegó desde muy temprano a su despacho. Abrió su almanaque para ver qué estaba pendiente. Tenía una lista completa de casos, pero en su mente tenía un caso en particular. Y ese sería el primero que ella llamaría.

Afuera, en la sala del tribunal, Harry Smythe y los dos abogados auxiliares del gobierno esperaban pacientemente que la secretaria los llamara de regreso al despacho de la jueza.

Entonces, la secretaria asomó la cabeza a la sala del tribunal y les hizo una seña para que entraran.

Cuando todos estuvieron sentados y la secretaria cerró la puerta, Jenkins comenzó.

—Harry, veo que su cliente, el señor Jordan, no le acompaña hoy.

—No su señoría.

—¿Está usted preparado para informar a este tribunal el paradero del señor Jordan para que pueda recibir hoy mi orden de detención?

—No lo estoy, jueza.

—¿Cuál es el motivo?

—Nada que pueda tratar con usted sin incumplir con la confidencialidad de abogado y cliente.

—Eso lo reconozco —dijo la jueza Jenkins—. Sin embargo, pudiera argumentarse que el juramento que usted tomó para ser abogado, el juramento de apoyar nuestro sistema de justicia, es igualmente importante. Tal vez hasta más.

—No hay nada más que yo pueda decir, señora jueza —Smythe dijo esto con una calma muy deliberada—. Excepto que me han dado un

dilema muy... desafiante.

—Usted sabe que yo podría provocarle muchos problemas —dijo la jueza.

—Como jueza federal su poder es amplio e imponente —dijo Smythe—. Solo le pido que nos dé hasta el final del día de hoy antes de emitir su orden de detención para el arresto del señor Jordan.

—Jueza —intervino uno de los abogados auxiliares—, eso sería *más* de cuarenta y ocho horas. Y su orden para la detención del otro día decía cuarenta y ocho horas.

—Hasta el final del horario laborable de hoy —dijo Harry Smythe—. Eso es todo lo que le pido. En su rostro había una súplica de misericordia más que de justicia.

La jueza Jenkins reconoció la mirada. Tomó el expediente del caso y lo balanceó en una mano. Entonces dictaminó:

—Está bien. Hasta que termine el horario laboral hoy, pero hasta ahí. No hay más extensiones. Ni más excusas. A menos que haya un cambio radical en las circunstancias, en ese momento se emitirá una orden para la detención inmediata de Joshua Jordan. A partir de ese momento se tratará como un prófugo de la justicia por parte del gobierno federal.

Harry Smythe salió rápidamente de la sala y llamó a Joshua para darle un informe inmediato. Le contestó el correo de voz y dejó un mensaje extenso.

□□□

Joshua, enclaustrado en la suite de su hotel, no contestaba ninguna llamada que no fuera las de la Mesa Redonda. Ese día se había estado comunicando constantemente con Phil Rankowitz acerca del proyecto AmeriNews. Phil tenía todo su equipo de comunicación inalámbrica listo para activar el sistema que revelaría su servicio noticioso y lo mandaría a la mitad de los teléfonos celulares en Norteamérica. Pero faltaba algo. Los ingenieros del servicio World Teleco tendrían que abrir la compuerta electrónica.

La noche antes, y a primera hora de la mañana, los agentes de medios de Phil habían llamado al ingeniero jefe de telecomunicaciones de la empresa global de telecomunicaciones, amenazando, engatusando, suplicándole que conectara el material de AmeriNews a los Allfone que recibían el servicio de World Teleco, tal y como requería su contrato.

—Mire —le contestó el ingeniero—, me dijeron que todavía no se ha llegado a un acuerdo en cuanto a esta transacción. No vamos a conectarlo solo porque usted quiera. Mis superiores dicen que no y yo tengo que cumplir con las órdenes. Lo siento.

Entonces Joshua recibió un mensaje de texto de Abigaíl. Decía simplemente: «Ahora estoy con abogados. Te avisaré».

La noche anterior Abigaíl había tomado un vuelo de puente aéreo a la capital.

Ahora, en un pequeño café cerca del edificio de la Comisión Federal de Comunicaciones en Washington, Abigaíl estaba sentada a la mesa con cuatro abogados, todos eran veteranos en leyes de comunicaciones. Ellas les informaba acerca de su misión legal.

—Todos tienen la declaración jurada —comenzó— del testigo de la conversación entre Allen Fulsin y Bill Cheavers, el ejecutivo de World Teleco. Ahí él lo explica todo.

—Yo solo tengo una pregunta —dijo uno de los abogados, una mujer de mediana edad—, acerca de este hombre que firmó la declaración, ¿de dónde sacó esto? ¿Cómo pudo simplemente «escuchar», como él lo describe vagamente, esta conversación realmente asombrosa entre Fulsin y Cheavers?

—Puedes preguntar —respondió con toda naturalidad—, pero no voy a contestar. Ahora veamos la estrategia general. En la FCC hay cinco comisionados. Yo me encargaré del presidente, Jacob Daniels. He asignado a cada uno de ustedes uno de los comisionados restantes. Como ustedes saben, por alguna extraña razón, el presidente Corland, después de ser elegido, le ha dado largas a ejercer su prerrogativa

ejecutiva para designar a un nuevo presidente para la FCC. Creo que Corland sencillamente tiene las manos llenas con una serie de crisis. Tengo una buena relación profesional con Daniels, así que voy a tratar con él primero. Si me parece que lo puedo convencer, voy a apretar la función Quick-Tweet, QT, en mi Allfone y les mandaré un mensaje instantáneo a todos con el signo de «adelante» para que se dirijan a sus respectivos comisionados.

—Me gustaría revisar la teoría legal que vamos a argumentar a estos comisionados —dijo uno de los abogados.

—Muy sencilla —contestó Abigaíl—. Ustedes recordarán cuando a todas las cadenas noticiosas nacionales, redes de televisión y agencias de radio, se les exigió que transfirieran al Internet la entrega de su contenido noticioso. Hubo argumentos en cuando a quién lo controlaría, quién lo supervisaría. Las cortes revocaron todos los intentos legislativos para estructurar una supervisión federal. El Congreso, preocupado por la industria de medios y noticias que estaba en tan malas condiciones económicas, quitó las restricciones antimonopolio a esas empresas. Los medios a través del Internet rápidamente se convirtieron en un monopolio que ahora descansa en manos de unas pocas corporaciones transnacionales. Pero recuerden, la FCC todavía tiene un poder muy estrecho y rara vez usado sobre el Internet.

—Exacto, solo en caso de una clara discriminación por puntos de vista de parte de las empresas de telecomunicaciones —intervino otro abogado.

—Exactamente —dijo Abigaíl—. Todos sabemos que la discriminación por parte de las empresas de telecomunicaciones en contra de puntos de vista «políticamente incorrectos» en la web sí sucede. Pero nadie ha podido probarlo. Hasta ahora. Esta declaración jurada es la evidencia que muestra que World Teleco está perpetrando un acto ilegal de discriminación basado en un punto de vista en contra de nuestro cliente, y el proyecto AmeriNews.

—Parece lógico —dijo la primera abogada. Pero luego señaló—: El presidente de la FCC tiene mucha discreción. ¿Cómo sabes que va a

estar de acuerdo? ¿Y cómo vas a lograr que actúe de inmediato? La FCC tiene fama de alargar los asuntos durante años.

Abigaíl sonrió y dijo:

—Eso déjenmelo a mí.

—Pero el Presidente no va a emitir una orden de desistir y abstenerse él solo —replicó un abogado golpeando la mesa con su bolígrafo para dar mayor énfasis.

—No, no lo hará —contestó Abigaíl—. Va a querer el apoyo de por lo menos dos de los otros cuatro comisionados para tener la mayoría de votos, tres de cinco. —Entonces añadió—: Y ahí es donde ustedes, excelentes abogados defensores, entran a jugar.

Menos de treinta minutos después Abigaíl estaba en el sexto piso del edificio de la Comisión Federal de Comunicaciones, en el vestíbulo de la oficina de Jacob Daniels, el presidente. En su mano tenía el expediente que contenía la declaración jurada. La secretaria del presidente Daniel ya había recibido el mensaje de que había una necesidad urgente de hablar con el Presidente.

Después de una espera de cuarenta minutos, salió el asesor legal del Presidente. Era un abogado joven, no más de treinta años, tenía una sonrisa planchada y un estrechón de manos no sincero.

—Señorita... —dijo indagando el nombre de Abigaíl.

—Abigaíl Jordan —dijo ella—. ¿Pudiera decirme si el abogado Cort Windom todavía trabaja como asesor legal principal del presidente Daniel?

—Lamento que no. Se fue hace como un año para ejercer el derecho con una firma en Washington. Yo he ocupado su lugar. ¿Puedo ayudarle?

—Yo trabajé mucho aquí con el señor Windom, representando a clientes de los medios ante la FCC —dijo ella—. También trabajé muy de cerca con el presidente Daniels en varios asuntos relacionados con las comunicaciones. Eso fue cuando él era un nuevo comisionado. No

lo he visto desde que está de Presidente. Pero siempre disfruté de una excelente relación con Jacob.

—Bueno... eso es bueno —dijo él insípidamente.

—¿Recibió mi mensaje...?

—Sí. Usted quisiera una reunión con el Presidente. Con gusto le pasaré su nombre a la secretaria de planificación del Presidente. Tal vez podamos coordinar algo para dentro de unas semanas.

—Esto es una emergencia. No puede esperar.

El abogado asumió una pose como si acabaran de insultar a su madre.

—Lo siento, pero el protocolo es que la secretaria de planificación debe examinar las peticiones sin cita. Sin excepciones.

—Le garantizo que este es un asunto que el presidente Daniels sin dudas va a querer tratar inmediatamente.

—Sin excepciones —dijo el abogado con una sonrisa tensa.

Abigaíl se recostó en la silla de la recepción.

—¿Le gustaría hablar con la secretaria de planificación? —preguntó él.

—No. Esperaré a Jacob.

—El presidente Daniels no va a aceptar una reunión con usted sin cita.

Abigaíl le sonrió al joven abogado pero no se movió.

—Tal vez usted deba regresar en otro momento.

Ella siguió sonriendo pero no se inmutó.

—Realmente no quisiera tener que llamar a seguridad...

—Entonces, tal vez no deba hacerlo —dijo ella aferrada a su expediente con todavía más firmeza.

Hubo un momento largo e incómodo mientras el abogado se movía sobre sus pies y Abigaíl permanecía sentada como una piedra con el expediente sobre su regazo.

La secretaria de la recepción observaba la escena con la boca medio abierta y con un asombro ansioso. Todo el mundo en el vestíbulo de la oficina del Presidente sabía que algo estaba a punto de suceder.

Y sucedió.

La puerta que llevaba al vestíbulo se abrió de par en par y el presidente Jacob Daniels entró, sin el abrigo, en mangas de camisa y con una taza de poliestireno con café.

—Tuve que cruzar al otro lado de la calle para buscar esto —dijo distraídamente—. ¿Cuándo se supone que reparen nuestra máquina de hacer café? ¿Alguien sabe?

Entonces Jacob Daniels recorrió la habitación con la vista, en busca de una respuesta. Sus ojos se posaron en Abigaíl.

Él trató de recordar su nombre.

—Abigaíl... eh...

—Jordan.

—Sí, claro. Con todas las noticias acerca de tu esposo, ¿cómo podría olvidar tu apellido?

—Exacto —dijo ella con una sonrisa.

—Te hemos extrañado por aquí. Hiciste un trabajo excelente en comunicaciones para tus clientes de los medios.

—Gracias. Me gustaba el trabajo, pero hace un tiempo que no ejerzo.

—Pues la profesión legal se lo pierde —dijo él—. Y, bueno, ¿mi personal te está tratando bien?

Abigaíl miró al abogado que ya no se balanceaba. Ahora estaba parado muy derecho. Esperaba que el disparo que le harían en cualquier momento fuera solo una herida y no acabara con su carrera.

—Oh, sí —dijo Abigaíl mostrando otra sonrisa radiante—. El abogado de su personal, aquí presente, ha sido muy servicial.

El abogado logró mostrar una sonrisa humilde y comenzó a respirar nuevamente.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Daniels.

—Un asunto urgente que creo le resultará muy interesante —dijo ella.

—Debe ser importante para que hayas venido hasta aquí —dijo el presidente.

Entonces señaló a su oficina interior y dijo:

—Hablemos. Tengo algunos minutos.

## CINCUENTA Y DOS

En el concurrido Manhattan, en la suite de su hotel, Joshua Jordan estaba absorto en su lluvia de ideas con Phil Rankowitz. Estaban diseñando los pasos finales para su plan de AmeriNews. Sin embargo, ellos sabían que todo dependía de una cosa. Abigaíl todavía tenía que conseguir la orden de la FCC para que World Teleco cumpliera con su contrato y lanzara a los millones de teléfonos Allfone el explosivamente controversial servicio noticioso inalámbrico de la Mesa Redonda. Pero luego de colgar con Phil, Joshua tenía la sensación molesta de que algo se le olvidaba. Miró su lista de la Mesa Redonda para el proyecto. No, todo estaba en marcha. Tal vez era otra cosa. ¿Algo personal?

Entonces recordó su conversación con Abby. Antes de ella irse para Washington le instó a que llamara a Cal para ver cómo estaba. Él todavía recordaba sus palabras: «Josh, creo que él necesita escuchar otra vez a su papá. Él siempre sabe que su mamá está de su lado, pero *tú* necesitas llegar a él. Hace rato que no sabemos de él. Además, dijiste que la última llamada que le hiciste no llegó a ninguna parte».

Joshua había estado muy preocupado últimamente. Tal vez Abby tenía razón. Además, ella tenía una intuición increíble con los muchachos. Joshua marcó el número de Cal, confiado en su Allfone que codificaba la señal.

En las instalaciones de la Universidad Liberty el celular de Cal estaba sonando. Al principio no contestó. Estaba ocupado observando a Karen, su ex novia, alejándose de él. El timbre continuaba. Sin mirar al identificador de llamada, Cal respondió con un tono enojado.

Hubo una pausa embarazosa. Entonces Joshua Jordan habló.

—Cal, soy yo, papá. ¿Todo bien?

—Ah, sí.

—¿La escuela bien?

—Claro.

—¿Todo lo demás?

—Bien.

Hubo otra pausa. Joshua ahondó más.

—¿Cómo están las cosas entre Karen y tú? Cal masculló:

—vaya, dos tantos.

—No te escuché bien...

—No importa, papá. En cuanto a lo de Karen...

—Dime.

Cal en realidad no quería decirle, pero lo soltó de todos modos.

—Hoy nos peleamos.

—Lo siento. ¿Cómo te sientes?

—No fue idea mía. Ella va a volver con Jeff Hitchney.

—Te entiendo. Eso duele. El ego masculino es algo poderoso, yo sé que la querías. Lamento que no funcionara.

—¿De veras? Me resulta difícil de creer...

—Solo porque yo tuviera algunas dudas en cuanto a ella y pensara que debías concentrarte en tus estudios.

—Bueno, así no fue como se entendía. ¿Comprendes? Como yo lo veo es solo una manera más en que Joshua Jordan está tratando de controlar al mundo, incluyendo a su propio hijo.

—Eso es un golpe bajo, Cal. Yo pago tu matrícula. Creo que eso me da cierto derecho en tu vida escolar. En la especialidad que escojas. Relaciones que pudieran dañar tus estudios.

La voz de Joshua era firme pero no enojada. A Cal, por otra parte, le resultaba difícil mantenerse controlado, así que no hablaba. Su

padre llenaba los vacíos.

—Mira, vamos a hacer esto de manera cortés. Como adultos. Cal, ya tú no eres un niño, eres un hombre. Así que voy a hablarte como tal. Tú y yo necesitamos poder conversar de las cosas sin reservas. ¿Entendido? Tienes un problema conmigo, está bien. Puedo aceptarlo. Dime lo que piensas, pero yo voy a seguir diciendo lo que yo pienso. No te pongas bravo conmigo solo porque te diga que tu brújula está desorientada y tu trayectoria un poco desviada. ¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿Eso es un sí?

—Sí, señor.

—Otra cosa más. Cal escuchaba.

—Necesitas saber algo. Más importante que ninguna otra cosa.

—¿Qué es?

—Tu padre te quiere. No lo olvides. Nada va a cambiar eso nunca.

—Está bien.

Justo en ese momento hubo un pitido en la línea de Joshua.

—Está entrando mi próxima teleconferencia. Tengo que colgar. Recuerda lo último que te dije, Cal. ¿Está bien? Es importante.

—Está bien, papá.

Entonces terminó la llamada. Un instante después Cal miraba su teléfono celular, se dio cuenta de que había metido la pata. Por segunda vez, en poco tiempo, su papá le había dicho que lo quería, pero Cal no le había reciprocado. Él se preguntaba, *¿qué es lo que me pasa?* Muy dentro de sí Cal sabía que debía haber dicho algo. Hacerle saber a su papá cómo se sentía realmente. Por supuesto, Cal lo admiraba, pero más que eso él sentía un enorme respeto por él. Pero siempre había tanta agitación entre ellos. Cada vez que su papá trataba de llegar a él, que no era muy a menudo, bueno, él no sabía cómo reaccionar. Así que se quedaba callado. Quizá era hora de que eso cambiara. *La próxima vez que hable con él le diré cómo me siento. Y que lo quiero. Lo respeto. Se lo diré pase lo que pase.*

Ahora Cal caminaba de regreso a su dormitorio.

□□□

Ese día Deborah, la hermana de Cal, estaba ocupada con su horario de clases en West Point. En cuanto al resto de la familia de Cal, Abby y Joshua, estaban inmersos en sus propias luchas, pero todos estaban ajenos al peligro que les acechaba, y que cada vez estaba más cerca.

En ese preciso momento Atta Zimler había llegado a unas cinco kilómetros de su destino. Y se estaba acercando.

Él sabía que el parqueo podía ser un problema. Su habilidad para sacar rápido la camioneta era de mucha prioridad. Como para todo lo demás, él también tenía un plan para eso.

El itinerario era perfecto. Él sabía que en breve el objetivo estaría en su poder. Entonces aseguraría los documentos del diseño del SGR-DR. Y le agradaba la idea de la fortuna que se transferiría a su cuenta extranjera, que se añadiría a su enorme balance debido al pago por anticipado de Caesar Demas. Pero para Atta Zimler esto no era solo una cuestión de dinero. Él era un hombre con un ego gigantesco. Cuando él dice que matará a un hombre, se asesina al hombre. Cuando dice que algo se hará, se hace. Él se consideraba una fuerza de la naturaleza. Incontenible. Tenaz. Despiadado.

Zimler tenía su expediente táctico en el asiento del pasajero. Fotografías. Diagramas. Mapas. Rutas de escape. Y lo más importante, por supuesto, sus herramientas mortíferas cuidadosamente arregladas en la parte trasera de la camioneta.

Al pensar por adelantado en el golpe de gracia final, Zimler sabía que se derramaría mucha sangre antes de que terminara.

Pero tenía una sensación de divertida satisfacción al pensar exactamente en cómo se derramaría esa sangre.

## CINCUENTA Y TRES

Jacob Daniels, el presidente de la FCC, tenía a una sola persona en su oficina. Abigaíl Jordan. No había otros miembros del personal. Ningún otro asesor jurídico. Solo ellos dos.

Abigaíl trataba de lucir calmada, pero por dentro se le hacía difícil mantener la compostura. Ella sabía todo lo que estaba en juego para Josh. Y también era lo suficientemente inteligente como para saber cuán poco probable parecía ser toda su estrategia. Un pensamiento dominaba su mente, a pesar de cuánto se esforzaba por concentrarse. *¿Cómo vamos a lograr todo esto?*

¿Podría ella realmente convencer a la FCC para que emitiera una orden de cesar y abstenerse en contra de una de las empresas de telecomunicaciones más grandes del mundo antes de que terminara el horario laboral de ese día?

Mientras el presidente Daniels leía una copia de la declaración que ella le había presentado, Abigaíl tomó un instante para familiarizarse con la oficina. Hacía años que no estaba allí. Era espaciosa pero ecléctica. Había un enorme sofá, varios aparadores llenos de adornos y dos libreros estilo Art Nouveau victoriano que parecían antigüedades. Cuatro sillas alrededor de una mesa de centro poco común, con patas de hierro y el tablero hecho de piedra caliza. Abigaíl estaba en una silla y el presidente Daniels en la otra.

Con dos dedos trató de quitar un pliegue a la declaración que ella tenía. La declaración jurada era cortesía de Pack McHenry, su amigo el «Patriota». Un vigilante que trabajaba para él había grabado la reunión de Allen Fulsin con el ejecutivo de World Teleco en un bar de Nueva York. Esta declaración era la única evidencia que Abigaíl tenía para presentar. El documento de tres páginas de repente parecía muy

delgado.

Daniels terminó, regresó a la primera página, alzó la vista y puso la declaración sobre la mesa de centro.

Abigaíl sonrió.

Él miró discretamente su reloj. Abigaíl respiró y como un corredor que apoya los pies en los bloques de salida, se preparó en silencio. *Muy bien, allá vamos...*

Entonces comenzó su presentación.

—Como presidente de la FCC usted siempre ha hablado atrevidamente sobre la posibilidad de que se desarrolle un monopolio de los medios de comunicación.

—Sí, por supuesto, pero no creo que la gente indicada estuviera escuchando.

—Recuerdo que usted dijo que el peor caso sería una dictadura de unos pocos gigantes de los medios que controlaran las noticias para toda la nación.

—Sí, es verdad —dijo él con una sonrisa. Le alegraba que alguien recordara sus comentarios—. Yo sabía que con el tiempo todas las cadenas de noticias pararían a una plataforma de Internet. Así que la pregunta era ¿cómo impedir la censura de las noticias si solo unas pocas empresas de telecomunicaciones controlan el servicio y nadie tiene jurisdicción para patrullar el Internet? Mi meta no era controlar el contenido, ni siquiera regularlo. Olvídate de eso. Yo siempre pensé que el mercado libre debía prevalecer en la red. Solo quería asegurarme de que las noticias en Estados Unidos no estuvieran censuradas, que unas pocas empresas poderosas de telecomunicaciones no bloquearan los puntos de vista impopulares.

Abigaíl atacó.

—Esta situación con World Teleco es una oportunidad perfecta para hacer valer su posición. Todos sabemos que el presidente Corland pudiera y probablemente le sustituirá.

—Siempre me he preguntado por qué sencillamente no me pidió

que renunciara. El procedimiento estándar. Yo lo hubiera hecho, por supuesto. Al igual que lo hicieron otros presidentes antes que yo. Pero no lo hizo. Así que aquí estoy.

—No por accidente —sugirió Abigaíl cautelosamente. Dudó durante un instante antes de decir lo que realmente estaba en su corazón—. Yo creo que Dios dirige las situaciones. Los destinos. Él abre oportunidades históricas. El hecho de que usted todavía sea presidente pudiera ser una de ellas.

—¿Tú crees que esta disputa entre AmeriNews y World Teleco es tan importante?

—Sí. Va más allá de la flagrante ilegalidad de World Teleco. Si usted está dispuesto a ordenarles que cumplan el contrato que hicieron con nosotros, y a hacerlo hoy, las piezas del dominó comenzarán a caer. El campo de juego de las noticias y la información de repente podría convertirse en una superficie nivelada. Eso para no hablar de otras consecuencias cruciales que no tengo la libertad de mencionar.

El presidente de la FCC miró la declaración que estaba sobre la mesa de centro.

—Tengo que reconocer que aquí hay algunas cosas muy poderosas... —dijo señalando el documento.

—Usted siempre dijo que estaba buscando un caso indicado para ejercer su poder muy limitado pero importante para mantener abierta la Internet. Yo recuerdo sus palabras: «Mantener los canales de la comunicación libres de la tiranía de los pocos que ejercerían control absoluto sobre la mayoría».

—Sí, dije eso una vez —señaló Daniels. En su voz había un anhelo, como un lanzador de las ligas mayores que está a punto de retirarse y que supuso que nunca llegaría a la Serie Mundial—. Bueno, al menos tienes razón en una cosa. La Casa Blanca se va a deshacer de mí. Es posible, incluso, que lo haga mañana. O pasado. Pero al parecer no va a ser hoy —entonces, se estiró y agarró otra vez la declaración—. Así que, por el día de hoy todavía soy el presidente.

Fue entonces cuando Abigaíl se dio cuenta de lo que estaba pasando. Se esforzaba por escuchar lo que vendría después.

—Muy bien, Abby. Consígueme otros dos comisionados que me apoyen y lo haré. Le diré a World Teleco que no pueden violar el contrato para el servicio de AmeriNews sin enfrentar consecuencias graves de parte de la FCC. Pero por lo menos necesito otros dos comisionados para tener mayoría. Lo que significa que debes ponerte en marcha...

—Ahora mismo mis abogados están afuera de las oficinas de los comisionados —dijo Abigaíl.

—Tú sabes que el comisionado Winston no lo apoyará —dijo Daniels—. Ni Johnston tampoco. No lo creo. Habla con la comisionada Susan Copple. Vale la pena intentarlo con ella. Es casi seguro que el comisionado Justin Lattig me apoyará en esto, aunque creo que está fuera de la ciudad dando un discurso en alguna parte. Tendrás que chequear con su oficina.

—Lo haremos.

—Ahora bien, no tengo que recordarte que el protocolo dice que a partir de este momento no puedo hablar más de esto contigo. Al menos mientras ponga esto en circulación de emergencia oficial entre los demás comisionados.

—Entendido.

—Pero espero que hoy mismo tengamos una respuesta para ti. Entonces Abigaíl se puso en pie para marcharse, Daniels se levantó, estrechó la mano de ella y añadió algo más.

—Mi padre era rabino, es posible que lo sepas —dijo Daniels—. Él solía citar a Gamaliel, un erudito judío del primer siglo: «Procura tener un maestro». Con el paso de los años yo me he procurado unos pocos maestros. Abby, hoy tú fuiste uno de ellos.

Abby estaba eufórica. Salió rápido de la oficina del Presidente y con una mano mandó un Quick Tweet a los teléfonos Allfone de los otros

cuatro abogados. Cada uno de ellos estaba estacionado afuera de la oficina correspondiente de cada uno de los otros cuatro comisionados. El mensaje decía: «Daniels dio el sí, aseguren apoyo de dos comisionados más».

Los cuatro abogados agarraron sus maletines simultáneamente y entraron a las oficinas.

Aunque el comisionado Winston estaba en su oficina, se negó a reunirse con el abogado. Mediante su asistente transmitió que no tenía ningún interés en tomar medidas en contra de World Teleco.

El abogado pudo hablar directamente con el comisionado Johnston en su oficina, pero el comisionado dio una excusa diplomática.

—No voy a apoyar ninguna medida inmediata en cuanto a esto —dijo—. Lo que sí consideraré será apoyar un procedimiento futuro para la normalización, quizá en los próximos meses. Pero solo con una audiencia completa. Con un aviso público completo. Algo así. Pero hoy no voy a votar solo para hacer una presión intensa a esa empresa bajo estas condiciones.

La comisionada Susan Copple se había demorado para llegar a Washington D.C. desde Maryland debido al tráfico del puente Wilson. En menos de una hora el abogado asignado pudo hablar con ella por el celular. Copple dijo que filosóficamente estaba de acuerdo con el presidente Daniels, pero tenía que hablar con su personal jurídico antes de tomar cualquier decisión oficial.

—En algún momento trataremos de revisar esto, tal vez después del almuerzo —dijo ella.

En cuanto al comisionado Justin Lattig, estaba regresando de un discurso en Nashville. Su avión debía aterrizar a la 1:00 de la tarde, pero estaba atrasado. Su personal lo llamó al celular. Luego le transmitieron al abogado un mensaje de parte del propio Lattig.

—Dígale a Abigaíl Jordan que no haré nada a menos que ella y yo hablemos de este asunto personalmente. Cara a cara.

Todos los abogados se volvieron a reunir en un almuerzo de trabajo en el Monóculo, en la calle D, muy cerca de Capitol Hill.

Abigaíl trató de parecer optimista, pero la tensión entre los abogados era palpable. No se habían confirmado los dos votos adicionales. Dos comisionados los habían rechazado. Copple parecía una posibilidad. Pero Lattig estaba fuera del alcance.

—Mira, Abby —dijo uno de los abogados varones—, esto pudiera ser factible... tal vez... pero tratar de lograr esto hoy antes de que se termine el día de trabajo... mira, todos somos abogados con experiencia con la FCC... pero lo que estás pidiendo es, bueno, probablemente imposible. Lo siento. Solo te digo las cosas como son.

—Nada es imposible —contestó Abigaíl. Respiró profundamente, puso el menú en la mesa y miró a su alrededor—. Ustedes son algunos de los mejores abogados de los medios de comunicación de todo el país. Cada uno de ustedes. Nosotros podemos lograr esto. Yo sé que sí.

Abigaíl pidió una ensalada Cobb, pero mientras la camarera tomaba el resto de los pedidos, Abigaíl tranquilamente lo calculaba todo en su cabeza. Ella sabía que en pocas horas, a menos que World Teleco recibiera una amonestación y se lanzara AmeriNews y el Congreso recibiera una avalancha de llamadas de ciudadanos enojados, a menos que todo eso sucediera y sucediera de manera perfecta, la citación permanecería en pie. Y la jueza Jenkins acabaría firmando una orden que convertiría a su esposo en un fugitivo de la ley.

A la 1:00 de la tarde los abogados se fueron a los lugares designados. Dos para la oficina de Copple, dos esperaban en la oficina de Lattig a que el Comisionado llegara del aeropuerto Reagan. Abigaíl se apostó afuera de la oficina del Presidente.

Entonces esperaron. Primero una hora. Pronto el reloj en la pared del edificio pasó de las 2:30.

La primera en opinar fue la comisionada Copple. Después de reunirse con su personal jurídico, llamó a los dos abogados a su oficina para tratar el asunto personalmente.

Fue una sesión de treinta minutos en la que los abogados de la comisionada acribillaron a los de Abigaíl con preguntas, posibilidades

hipotéticas y advertencias, mientras que la comisionada observaba recostada en su silla. ¿Qué tipo de precedente crearía esto? ¿No debería haber una audiencia completa antes de que se tomara este tipo de medida? ¿Tenía la FCC, en primer lugar, la autoridad legal? ¿Una sola declaración jurada era suficiente para hacerle frente a un enorme gigante de telecomunicaciones? Por fin, la comisionada estuvo lista para hablar.

—Me inclino a apoyar al presidente Daniels en esto —dijo Susan Copple—, pero solo lo haré luego de hablar yo misma con él. Todavía tengo algunas preocupaciones.

Eso era suficientemente bueno para el equipo de Abigaíl. Le enviaron ese mensaje a Abigaíl y al resto del equipo.

A las 3:00, uno de los miembros del personal del comisionado Justin Lattig sacó la cabeza al lobby y se dirigió a los dos abogados que esperaban.

—Lo siento —les dijo—, pero el avión del comisionado Lattig acaba de aterrizar. Está tan atrasado que no va a venir hoy a la oficina. Está de camino a otro discurso que tiene que dar esta noche en Winchester, Virginia, al final del extremo occidental del estado. Lo siento.

Los abogados caminaron hasta donde estaba Abigaíl, todavía apostada afuera de la oficina del Presidente y le dieron la mala noticia. Pero ella no podía aceptarlo.

—¿Ustedes le dijeron al empleado de Lattig cuán urgente era esto?

—Sí, pero no tenemos manera de saber si él se lo dijo al comisionado o no.

Abigaíl corrió a la oficina de Jacob Daniel y se las arregló para que él saliera al lobby y ella le hiciera una última petición.

—Te lo dije, Abby, no puedo hablar más de esto contigo.

—Jacob, ¿no puede usted, por lo menos, llamar al comisionado Lattig y pedirle que nos acompañe en una teleconferencia desde su limusina?

Daniels se acercó más a Abigaíl y le susurró:

—Ya lo intenté. El hombre tiene apagado el celular.

Entonces extendió su mano y apretó la de ella, dijo que lo sentía mucho y lentamente regresó a su oficina. Abigaíl agarró su maletín y salió enojada del edificio. Bajó por la rampa que la llevaba a su auto alquilado. Ahora lo único que podía hacer era cambiar su pasaje para un vuelo que saliera más temprano. Regresar con Josh. Dejarle saber que ella había fallado. Y ver si entre las dos cabezas juntas podían idear algún tipo de Plan B. Aunque ella ya sabía que no había Plan B.

Desde el centro gubernamental de Washington pudo subir más rápido de lo que imaginaba hasta la carretera interestatal 66 para dirigirse al oeste. Pero no tenía fuerzas para llamar a Joshua. Todavía no. *¿Cómo podría hacerlo? Señor, ¿por qué me llevaste tan cerca de un milagro... para que al final todo se desbaratara?*

Las lágrimas comenzaban a salir. Entonces el tráfico se detuvo, en ambos carriles. *Maravilloso. Ahora llegaré tarde al aeropuerto. Me extrañaría si esta noche puedo tomar un vuelo. ¡Qué desastre! Perdóname, Dios, pero estoy totalmente...*

Entonces vio algo a su derecha, en una entrada a la Interestatal. Una limusina negra. Bajó la velocidad mientras el chofer evidentemente trataba de evaluar el verdadero estacionamiento en que se había convertido el tráfico detenido. Pero un camión que estaba como a veinte autos delante de Abigaíl se las arregló para meterse en el carril de al lado, dejando un espacio. El chofer de la limusina aceleró por la entrada y trató de meterse en ese espacio.

Los ojos de Abigaíl se posaron en la larga limusina, observando que tenía placa del gobierno. Decía «FCCOM 2». El comisionado Lattig tenía que dirigirse al oeste por la I-66 para llegar a su próxima reunión en el lado occidental del estado. Ella no podía creerlo. La limusina negra se metió en el carril en medio de choferes enojados y bocinas de autos que sonaban. El tráfico seguía detenido.

*Piensa. Piensa,* se decía a sí misma. La limusina tenía una ventaja de veinte autos delante de ella. Una vez que el tráfico se abriera, ella

nunca podría alcanzarla.

Abigaíl sacó su auto del tráfico y se puso a la derecha, en el carril de emergencia. Apretó el botón de las luces intermitentes y puso su auto en posición de estacionamiento. Agarró frenéticamente su maletín, y en el proceso se partió una uña pintada, pero por fin pudo agarrar la carpeta que tenía la declaración jurada. La sacó bruscamente, se bajó del auto y cerró la puerta. Entonces, algo le dijo que hiciera una cosa más. Ella había llevado su bolsa de ir al gimnasio con la esperanza de hacer ejercicios en el hotel. *Y por qué no*, masculló. Abrió el portamaletas, se quitó los tacones y desafortunadamente se abrochó sus zapatos de correr.

Pero fue en ese momento que de pronto el tráfico comenzó a moverse. *¡No! ¡No!* gritó. La chofer del auto que estaba en el carril de al lado la miró mientras ella comenzaba a correr por el carril de emergencia de la autopista y movió la cabeza mientras pasaba despacio por su lado.

Con la carpeta que tenía la declaración en la mano ella tomó velocidad y se puso junto a la línea del tráfico que avanzaba muy lentamente, se dirigía en dirección a la limusina negra del gobierno. Ahora estaba a solo doce autos de la limusina. Pero el tráfico comenzó a acelerar un poco, como a once kilómetros por hora. Ella movía los brazos más rápido y avanzaba a pasos más largos. La congestión del tráfico se estaba acabando. Ahora iban a catorce kilómetros por hora. Después a dieciséis. Ahora Abigaíl corría a toda velocidad y el sudor rodaba por su cara. La limusina estaba a solo dos autos. Un chofer le gritó algo pero lo único que ella escuchó fue la palabra «loca» mientras ella le pasó corriendo por el lado.

«*¡Ayúdame, Señor!*», gritó ella porque se cansaba y no lograba vencer la distancia de dos autos entre ella y la limusina que se le iba del alcance. El tráfico disminuyó ligeramente. Ella seguía corriendo. Cuando un autobús de turismo que iba delante lentamente se abrió paso del carril derecho al izquierdo y entonces se produjo un embotellamiento que detuvo nuevamente el tráfico. Abigaíl corrió hasta la ventanilla del pasajero de atrás. El comisionado Lattig, muy

sorprendido, vio a alguien junto a su puerta y rápidamente se deslizó al otro extremo del asiento de atrás. Ella agitó la carpeta frente a la ventana. Entonces en su rostro apareció una mirada que daba muestras de reconocerla. Lattig se corrió en el asiento y bajó la ventana a la mitad.

—¿No es usted...? —empezó a decir él.

—Abigaíl Jordan, sí —logró decir ella mientras respiraba con dificultad.

—Qué rayos...

—Un asunto de emergencia para la FCC.

Aunque el tráfico todavía estaba detenido, un auto detrás de ellos sonó la bocina. Lattig lo ignoró.

—Oh —dijo él absorto—, no me dijeron que era una emergencia.

—Lo es. Tenemos dos votos a nuestro favor —dijo ella sin aliento—. El Presidente y creo que la comisionada Copple. Lo único que necesito es su voto... contra World Teleco... es una atrocidad, señor Comisionado... tiene que hacerse esta tarde. Aquí está la prueba de la discriminación deliberada por puntos de vistas y también de la censura por parte de World Teleco...

Al decir esto ella metió la carpeta que tenía la declaración por la ventana medio abierta de la limusina.

—Su empleado dijo que usted necesitaba verme en persona. Así que aquí estoy —añadió luego.

—¿En persona? Ah, sí. Pero no era por esto...

—Entonces, ¿para qué? —soltó Abigaíl casi en un grito.

—Bueno, para decirle algo personal. Acerca de su esposo.

Lattig bajó por completo la ventana de la limusina. En la ventana abierta se veía todo el rostro de Lattig.

—Quería que supiera que yo creo que su esposo es un héroe.

Abigaíl no podía contenerse, comenzó a reírse y a llorar al mismo tiempo.

—Ahora bien, en cuanto a este caso suyo —dijo Lattig—. Entre. Hablemos.

Entonces abrió la puerta. Ella entró justo cuando el tráfico comenzaba a moverse de nuevo.

□□□

A las 4:10 de la tarde, luego de una conferencia en persona con la comisionada Copple y de hablar por teléfono con el comisionado Lattig desde su limusina, el presidente de la FCC, Jacob Daniels, se escribió una nota a sí mismo en su diario. En la parte superior estaban el día y la fecha. La anotación decía:

En cuanto al asunto de World Teleco, con relación a su negación de servicio por Internet a AmeriNews...

Entonces alzó el bolígrafo del papel por un instante. Estaba considerando el resultado. Y todo lo que podría venir después. Luego terminó su nota.

Después de consultar con los comisionados KC y JL, he tomado mi decisión. Ordenaré que World Teleco cumpla con su contrato con AmeriNews. Los comisionados KC y JL están de acuerdo, lo que nos da la mayoría de los votos.

A las 4:16 el presidente Daniels sostuvo una llamada telefónica con Bill Cheavers, presidente ejecutivo de la División Norteamericana de World Teleco. No fue una llamada agradable.

Cheavers amenazó al presidente de encabezar una «conspiración para sacar a World Teleco del negocio». Daniels le contestó calmadamente que no tenía tal intención.

—A menos, por supuesto —continuó Daniels—, que usted viole nuestra orden de cesar y abstenerse y no cumpla con su contrato de servicios con AmeriNews. En cuyo caso, tendremos que revocar la autoridad de su empresa para realizar telecomunicaciones en los Estados Unidos, algo que usted y yo sabemos que tengo la capacidad de hacer, y tengo lo votos.

—Yo apelaré —gruñó Cheavers—. Usted perderá. Quedará como un tonto. Entonces el Presidente por fin lo sacará de la FCC.

—Puede que todo eso sea verdad —dijo Daniels—. Pero no sucederá hasta que Wall Street y NASDAQ respondan al hecho de que su corporación no puede continuar funcionando. Me pregunto cuál será el récord para la mayor y más rápida caída de las acciones de cualquier sociedad norteamericana. Tal vez ustedes en World Teleco rompan el récord.

□□□

A las 4:31 p.m., por órdenes de Bill Cheaver, ejecutivo de World Teleco, se lanzó AmeriNews a la mitad de los teléfonos Allfone en los Estados Unidos. Lo titulares decían:

Un héroe norteamericano es perseguido: Miente un senador acerca del Sistema de Defensa contra misiles de Joshua Jordan

El subtitular decía:

¿Traición en el Congreso?

Cinco minutos antes de las 5:00 de esa tarde, la pizarra telefónica del Congreso estaba tan cargada con las llamadas indignadas de los ciudadanos que se hizo inoperable. A las 5:25, llamaron al senador Straworth a una reunión con los miembros de su partido.

El líder de la mayoría en el senado, Russell Beyers, habló a nombre de todos:

—Straworth, aquí tienes un huracán —le dijo—. Este asunto de la citación con relación a Joshua Jordan ahora nos amenaza a todos en el partido. Necesitas retirar la citación, y ahora. Haz que todo este se acabe.

El senador Straworth resopló y se negó, gritando tan fuerte que salió un escupitajo de su boca.

—Yo no le tengo miedo a un tornado político.

—Yo soy de Oklahoma —entonó el líder de la mayoría—. Tú no. Nosotros sabemos un poco de la fuerza de un tornado. Puede tragarse a un hombre de la superficie de la tierra —y luego añadió—, y si ese tornado no te desaparece, tus compañeros senadores lo harán.

Antes de las 5:30 el senador Straworth ordenó la retirada oficial de la citación que se había emitido contra Joshua Jordan, y con carácter retroactivo. Y después se lo notificó al secretario del tribunal de la jueza Jenkins, como correspondía.

Enviaron a Harry Smythe al tribunal federal para que tratara de ver a la jueza Jenkins y hacer que esta anulara su orden en contra de Joshua Jordan ya que toda la disputa con el Congreso ahora se consideraba irrelevante legalmente.



Joshua, Abigaíl y todos los miembros de la Mesa Redonda estaban conectados en una teleconferencia para recibir la noticia.

La alegría resonaba. Phil Rankowitz estaba tan feliz que apenas podía hablar. Hasta Alvin Leander se reía, diciendo que todavía no podía creer que lo hubieran logrado.

Después que terminó la celebración y también la llamada, Abigaíl llamó de nuevo a Joshua para poder hablar, solos los dos. Le explicó que había recibido una llamada privada de Harry Smythe, quien dijo que quedaba solo un problema, y Joshua y Abigaíl necesitaban saberlo.

—Lo único malo es que la jueza Jenkins se fue hoy del tribunal sin anular tu orden de arresto —dijo Abigaíl—. El secretario no quería molestarla en casa. Así que Harry irá allá mañana a primera hora para hablar con ella. Yo pensaba que ella quitaría la orden en tu contra en cuanto supiera que se había eliminado la citación del Congreso, que fue el motivo legal de toda esta disputa.

—Harry hará lo correcto —dijo Joshua con aire confiado—. No estoy preocupado. Querida, creo que ya tenemos la victoria. Y todo te lo debo a ti. Tu estrategia fue absolutamente brillante.

—Cariño, yo le doy todo el crédito a Dios. Él obra milagros, incluso cuando dejamos de buscarlos.

## CINCUENTA Y CUATRO

En su villa campestre al norte de Roma, precisamente fuera de la Vía Salaria, Caesar Demas estaba a punto de entrar en negocios con su invitado del Medio Oriente. Él ya le había dado un corto paseo por sus jardines de cuatro mil metros cuadrados, los establos cubiertos de caoba y el antiguo camino romano restaurado que formaba parte del camino para coches, de tres kilómetros de largo, con una verja a la entrada. Ahora él y su visitante estaban sentados en el salón dorado, así llamado por las paredes pintadas de color de trigo oscuro, con una vista impresionante de las colinas de su propiedad. Demas estaba sentado en una silla de cuero carmelita, su invitado en la otra silla igual, cerca de él.

Ahora que se habían servido los refrescos, Demas hizo señas para que los sirvientes abandonaran el salón. Pero antes de que salieran, el mayordomo principal se inclinó cerca del oído de Demas y le susurró:

—Dispéñeme, señor, pero la Sra. Demas está preguntándose si a usted le será posible atender hoy el asunto de los viñedos. El jefe de operaciones para su propiedad tuscana renunció hace una semana. Su señora está preocupada porque no hay nadie que supervise el trabajo del viñado.

Demas se volvió al mayordomo y le dio una mirada despectiva.

—No, te repito que no me molestes con esas insignificancias. ¿Entiendes?

—Sí, señor —susurró el mayordomo—, pero, ¿qué quiere usted que le diga a la Sra. Demas?

—Dile lo que quieras. Y, por favor, vete ahora.

El mayordomo asintió cortésmente y estaba a punto de salir, pero

entonces Demas pensó en algo y le hizo señales de que regresara.

Cuando el mayordomo se inclinó nuevamente cerca de Demas, su señor le susurró al oído:

—Recuerda que yo quiero que ella esté acompañada todo el tiempo. No quiero que se quede sola. ¿Comprendido? Y, por favor, haz que su escolta, que la está ayudando con su silla de ruedas, me envíe mensajes instantáneos con regularidad. Quiero saber de todas sus andanzas y todo acerca de sus actividades. El mayordomo asintió una vez más y salió con rapidez del salón.

Después Demás volvió su atención al visitante que estaba bebiendo té.

El delegado de la República de Irán sonrió con aprecio, ahora que al fin iban a tratar la razón de su visita. Con la mano dio una rápida caricia a su barba recortada y alisó su chaleco de seda blanca.

—Había esperado que Hamad Katchi formara parte de esta conversación. Ya habíamos tratado esto.

—Por desgracia, tenemos muchos enemigos —dijo Demas, quien luego dobló las manos, tomó una expresión triste, reflexiva y añadió —: Temo que el Sr. Katchi haya caído presa de alguno de ellos. Él ha desaparecido. No hemos podido localizarlo y me preocupa mucho que ellos lo hayan liquidado.

—Esa sería una pérdida terrible.

—Sí, para todos nosotros.

—Bien, entonces usted y yo hablaremos acerca de estos asuntos importantes —dijo el iraní—. ¿Cuando... se entregarán las especificaciones... del SGR-DR?

—Tendremos posesión de esta en las próximas cuarenta y ocho horas. Después de eso se entregarán tan pronto como sea posible.

—¿Se garantizará la asistencia técnica? —preguntó el iraní.

—Eso es parte del acuerdo. Nosotros tenemos algunos físicos y diseñadores de armas que están preparados para ayudarles a integrar el SGR-DR en sus sistemas de armas existentes.

—El asunto de exclusividad ha sido de gran preocupación para nuestro Presidente —dijo el iraní—. No queremos que el SGR-DR se convierta en una clase de artículo de descuento disponible para cualquier pequeño país con una dictadura o una isla sin nombre.

—Por supuesto que no —dijo Demas ofreciendo llenar de nuevo la taza de té de su invitado.

El iraní sonrió, pero mantuvo la mano en alto para decir no, gracias.

—Le repito. La tecnología del SGR-DR solo estará disponible para las naciones cooperativas o las uniones internacionales que son miembros de nuestra Liga de Diez que muy pronto se establecerá —continuó explicando Demas.

Luego recordó algo más y añadió:

—Y recuerde que otro beneficio es que su nación y otras en nuestra Liga tendrán el beneficio de la tecnología que evite el SGR-DR, la que esperamos desarrollar tan pronto como nuestros científicos analicen los principios operativos de la SGR-DR. De modo que usted no solo tendrá el beneficio de la devolución de los misiles a su punto de origen, sino que su nación, y aquellas dentro de nuestras diez, también serán capaces de enviar sus misiles a los estados no miembros, como los Estados Unidos y sus aliados... y lo más maravilloso es que usted será capaz de evadir su SGR-DR.

El iraní sonrió radiantemente.

—Muy bien. Todo eso está muy bueno.

Caesar Demas devolvió la sonrisa. Luego tuvo un pensamiento privado. *Me alegro de haber escogido a Atta Zimler para esto. Los hombres realmente confiables son difíciles de encontrar.*

□□□

En una zona de horario diferente, en una parte del mundo muy diferente, Cal Jordan estaba en su cuarto en el dormitorio de la Universidad Liberty, cambiándose a su short y camiseta para el gimnasio. Estaba contento, ahora que planeaba ir a jugar baloncesto

con sus compañeros para descansar la cabeza.

Y también estaba contento porque había sabido de su papá. *Quién sabe, puede ser que él y yo comencemos a relacionarnos. Es posible que las cosas mejoren entre nosotros.*

Antes de salir, Cal iba a apagar las luces en su dormitorio, pero de repente comenzaron a ser más tenues y luego se fueron por completo.

Le dio al interruptor un par de veces. Todavía no había luz. *¡Qué agradable! Me pregunto cuánto le llevará a mantenimiento arreglar esto. Tengo mucho que estudiar esta noche.*

Luego oyó un toque en la puerta.

Abrió la puerta de par en par.

Un hombre con un uniforme gris de mantenimiento estaba a su puerta.

—Perdón por molestar. Estamos quitando la corriente en algunos cuartos. Estas luces fluorescentes en el techo están viejas y tienen que reemplazarse una por una. Es su turno —dijo el hombre de mantenimiento—. Espero que esto no lleve mucho tiempo.

—Dichoso de mí, —y luego añadió—: Se espera que en unos cuantos minutos yo vaya a jugar baloncesto con algunos de mis amigos.

El hombre de mantenimiento dio una mirada que carecía de una completa comprensión acerca de algo en la respuesta de Cal, pero de todos modos sonrió brevemente. Luego rodó un gran carro cubierto de servicio dentro de la habitación. Unos cuantos estudiantes pasaron junto a la puerta abierta y antes de que el hombre cerrara la puerta tras él, miraron adentro con alguna curiosidad.

—Aquí tengo mi escalera portátil y las herramientas —dijo el hombre de reparación, señalando al carro.

—Está bien, haga su trabajo —dijo Cal mientras daba un paso hacia la puerta.

—¿Podría ayudarme solo por un segundo?

—Seguro.

—Solo necesito que usted reciba esta gran lámpara cuando yo se la baje. No llevará mucho tiempo. Si mira allá arriba, a la instalación en el cielo raso, verá dónde el bulbo encaja en los dos extremos. Solo tenga cuidado de no desplazar el bulbo largo de la luz cuando yo se lo entregue. Se podría romper. Dentro tiene algún contenido tóxico.

—No parece muy difícil —dijo Cal.

Luego Cal dio un paso hacia el centro del cuarto y estiró el cuello para mirar arriba, a la instalación de la luz.

—Creo que veo lo que usted está diciendo —dijo Cal mientras que estudiaba el asunto.

Atta Zimler, vestido con su uniforme gris de mantenimiento, se sonreía justo detrás de él.

Dio un paso más cerca a Cal Jordan y, al hacerlo, tuvo un pensamiento de satisfacción.

*Esto es casi demasiado fácil.*

## CINCUENTA Y CINCO

La Vicepresidenta Jessica Tulrude no notó el leve aspecto de pánico en el rostro de su jefe de personal. En su oficina de trabajo en el Ala Oeste de la Casa Blanca, Tulrude había estado repasando su agenda diaria con Lana Orvilla. Pero Orvilla estaba retorciéndose y al fin tuvo que hablar y anunciar que ella tenía que conversar de un asunto suyo.

—Señora Vicepresidenta, hace un minuto usted mencionó que los senadores se echaron atrás y retiraron la citación contra Joshua Jordan acerca del asunto del arma SGR-DR —comenzó ella.

—El Senador Straworth tenía un trato conmigo. Él lo rompió. Todas las apuestas con ese cerdo están anuladas.

—Bien, esta marcha atrás de los senadores no los hiere a ellos tanto como a usted... creo... —trató de sugerir Lana.

—¿Está loca? —chilló Tulrude—. Yo soy quien le ha estado diciendo al Presidente que no necesitamos sistemas exóticos de armas de defensa. Estas fueron mis palabras exactas. Esa es la posición oficial de la Casa Blanca que se le ha dado a los medios de comunicación. Estamos promoviendo cortes en el presupuesto de la defensa, ¿recuerda? También nos preocupa la crítica internacional sobre nuestro ataque a los barcos norcoreanos con sus propios misiles. Y el potencial para las bajas civiles si en el futuro volvemos a usar este SGR-DR. Hemos tomado partido en esta pelea callejera. Nosotros tomamos partido contra el SGR-DR. Contra el desafío al Congreso de Joshua Jordan. Recuerde, Lana, pronto me postularé para presidenta. Usted sigue olvidándose de eso.

—Lo que se relaciona con lo que quiero discutir...

—Estamos perdiendo tiempo. Suéltelo de una vez.

—El día del ataque a la ciudad de Nueva York —comenzó a decir Lana—, cuando supimos por primera vez que los misiles estaban llegando, usted me dio suficiente confianza para incluirme en sus instrucciones al Pentágono. Ese día las cosas fueron espantosas. Tengo que admitir que yo estaba muy asustada.

—Lana, esto no es una repetición del programa de *Oprah*, ¿a dónde quiere llegar?

—Tengo un hermano... no sé si alguna vez se lo dije. Él trabaja en Nueva York, en Manhattan. Es ingeniero técnico para un programa de radio.

—Al grano, Lana. ¿Hay un punto para esta historia?

—Yo estaba preocupada por él, eso es todo. En la reunión privada con el personal de la Casa Blanca, después del informe de dos minutos al Pentágono, usted básicamente dijo...

—El Pentágono va a darle luz verde a esta arma SGR-DR y la va a usar contra los norcoreanos. No creo que eso funcione, pero, ¿qué otra opción tenemos?...

—Yo nunca dije eso.

—Señora Vicepresidenta, usted lo dijo, casi palabra por palabra...

—Bien, si en realidad lo dije, yo *no* lo dije, si entiende lo que quiero decir con eso. Lana, en nuestra carta al comité del Senador Straworth, dijimos que la Casa Blanca *no* autorizó el uso del SGR-DR, ni supimos que se iba a usar. Ahora no podemos decir, «Ah, caramba, qué pena que hayamos mentimos, solo estábamos bromeando».

—Así que yo estaba preocupada por mi hermano Ted, que trabaja para el programa de radio de Iván Teresky en Nueva York. El apodo del presentador de radio es Iván el Terrible...

Ahora, Jessica Tulrude comenzó a poner en orden las piezas. Miró a la jefa de personal con una mirada de horror, sin dejar que ella terminara su terrible confesión.

—Yo estaba sobresaltada, usted dijo que el SGR-DR no iba a funcionar. Así que me aterroricé, salí en secreto y llamé a mi hermano

al único número que tenía, la línea directa del estudio, y le grité «baja al sótano, protégete de los misiles que vienen para Nueva York», o algo así.

—Está bien, su hermano es de la familia. Podemos mantenerlo tranquilo... —habló Tulrude con severidad.

—No, usted no entiende. No fue mi hermano el que contestó. Fue otro hombre. Creo que el que cogió el teléfono cuando yo dije todo eso fue ese hombre Iván, el presentador del programa de radio.

Tulrude movía la cabeza y su cara estaba estremecida como si dijera, «Nooo, pero qué ser humano más deficiente es usted, no podía haber sido más estúpida».

Luego estalló:

—¡Usted le dio información clasificada a un presentador de un programa de radio! ¿Se da cuenta de eso? Y lo que es peor, la razón por la cual trató de llamar a su hermano fue porque me oyó decir que el SGR-DR es nuestra única esperanza, aunque pienso que no va a funcionar. Eso significa que yo sabía que el SGR-DR iba a usarse. Eso quiere decir que ellos pueden probar que la Casa Blanca autorizó el SGR-DR, ¡usted es una idiota! Si alguien rastrea esa llamada suya a este hombre del radio, me van a alcanzar a mí. ¡Me va a destruir políticamente!

—Pero... pero el Presidente era el responsable de hacer la decisión, ¿no es así? No usted —dijo Orvilla tartamudeando un poco.

—El Presidente había sufrido otro de sus desmayos, imbécil. ¿No lo recuerda? ¿Tiene usted el cerebro muerto?

Hubo un silencio en el salón. Orvilla comenzó a recuperar la serenidad luego que su jefa acabara de hacer una confesión que ni siquiera la jefa de personal había oído antes.

—Usted nunca me dijo que el Presidente se desmayaba —dijo Orvilla con una voz controlada.

—Yo se lo dije.

—No. Nunca lo hizo. Usted me dijo que él estaba «indispuesto», «no

disponible», «tratando con problemas personales». Aquel día que venían los misiles, cuando le pregunté por qué el Presidente no estaba en esas reuniones, usted simplemente me dijo que «me callara la boca».

Jessica Tulrude estudió de cerca a la jefa de personal. Sintió que la bañaba una ola de ira muy personal mientras que consideraba su dilema político. *Esta es otra persona peligrosa que ahora necesitaré controlar.*

□□□

En su cubículo de la oficina del FBI, en Nueva York, John Gallagher comía un burrito de desayuno y consideraba sus opciones.

Durante un rato la investigación del programa de radio de Iván el Terrible había estado fuera de su radar mental. Primero porque Miles Zadernack lo había sacado de ese proyecto. Segundo, porque él tenía un pez más grande que freír. Pero ahora Gallagher estaba convencido de que Atta Zimler estaba dentro de los Estados Unidos. Aunque todavía tenía que contestar la pregunta más importante de todas: ¿Por qué Zimler se aventuraba en un territorio tan peligroso?

Tenía que ser por algo grande. Él estaba seguro de eso.

Entonces, en el celular de Gallagher, entró una llamada telefónica de Rocky Bridger. Después de esta llamada estuvo todavía más seguro.

—¿Quién te dijo que me llamas? —preguntó Gallagher.

—Mi amigo Joshua Jordan. Él consiguió la pista de otro amigo.

—¿Tiene un nombre el otro amigo?

—Josh no me dio el nombre. Solo dijo que responde al título de «el Patriota».

Involucrarse con Rocky Bridger en el caso de la tortura y muerte de su yerno, Roger French, en Filadelfia, le iluminó la mente a Gallagher. Un asesinato que Gallagher había ligado con Atta Zimler. De modo que Gallagher se levantó de su cubículo y con rapidez se escurrió al cuarto de los hombres para finalizar la llamada sin que por casualidad

lo oyeran.

—Lamento tu pérdida —le dijo—. Me imagino que el departamento de la policía de Filadelfia te entrevistó.

—Sí, lo hicieron. Pero no pienso que la investigación esté progresando mucho.

Así que Gallagher decidió hacer unas cuantas preguntas por su cuenta. Después de todo, Bridger es el que lo llamó. Él no estaba violando activamente la orden de Zadernak de quedarse fuera de la investigación de Zimler. A Gallagher no le tomó mucho tiempo conseguir los detalles de la relación de Bridger con Joshua Jordan. Incluso, su reunión regular con Joshua en algún tipo de grupo político, aunque Bridger rehusó referirse por nombre a la Mesa Redonda.

—¿Alguna vez le confiaste información a tu yerno, Roger French, acerca de Joshua Jordan? ¿Dirección de su hogar? ¿Información de negocios? ¿Descripción de su familia? ¿Información privada como esa? —preguntó Gallagher.

—Él sabía que yo fui comandante de Joshua y que soy un buen amigo de la familia Jordan. Quizá yo mencionara algunas de esas cosas en una conversación casual. ¿Por qué?

A Gallagher no le gustaba hacerlo, pero tenía que admitir que era obvio.

—Tú hablaste con tu yerno Roger French acerca de Joshua Jordan. Joshua es el hombre controversial con acceso a poderosa información de defensa. Después torturan y matan a Roger French. Quizá por esa clase de información. No es nada cierto. Pero es una teoría.

Cuando Gallagher le dio las gracias a Bridger por haberlo llamado, supo que acababa de darle un golpe que dejó privado al general retirado. Bridger lo recibió como un hombre. Pero Gallagher comprendió que por dentro debía estar muriéndose luego de descubrir que inadvertidamente él pudo haber contribuido a la muerte de su yerno.

Después de esta conversación el veterano del FBI permaneció en el

cuarto de los hombres durante unos minutos más, uniendo todas las piezas. Él había seguido las noticias, como la mayoría de las personas, acerca de Joshua Jordan y su sistema de antimisiles Devolver al Remitente. El agente del FBI supo, por la última reunión con Ken Leary en la lavandería, que Zimler estaba interesado en meter las manos en la tecnología del SGR-DR.

Su situación era terrible. Si él le vertía toda esta información a Miles, tal vez su supervisor vería la luz. Por otra parte, Miles era un hombre que seguía las reglas. Él tenía la orden del Departamento de Justicia de suspender todas las investigaciones activas respecto a Zimler dentro del continente de los Estados Unidos. Al final, no parecía haber mucha esperanza de que Zadernak fuera en contra de esa clase de autoridad. Aunque él estuviera dispuesto a pensar en eso, todo lo que podía hacer era ir preguntando, muy lentamente y en orden de jerarquía, a todos sus superiores. Ir al jefe de división, al director asistente, quizá hasta al mismo director del FBI, y luego al Departamento de Justicia, y de nuevo subir esta escalera de jerarquía hasta llegar a asquearse.

Y, para entonces, sería demasiado tarde. ¿Cuántos cuerpos más se encontrarían? ¿Cuánta sangre más se derramaría? ¿Cuánta más inteligencia de defensa americana robaría un terrorista sociópata?

Gallagher se inclinó sobre el lavabo, se echó agua en la cara y cogió una toalla de papel. Al mirarse al espejo vio una cara pálida y decaída, la imagen envejecida de un agente del FBI, cerca del fin de su carrera, y entonces decidió tener una conversación estimulante de cinco segundos consigo mismo.

*John, es la novena entrada a la Serie Mundial. Súbete a la placa...* Rocky Bridger se sintió turbado luego de su conversación con John Gallagher. Había comenzado a sentir el alud sobrecogedor de culpabilidad por la posibilidad de haber guiado a su yerno hacia alguna clase de trampa mortífera. También sintió que necesitaba advertirle a Joshua que algo podía suceder.

Pero apenas los dos hombres mencionaron ese asunto, timbró el teléfono de Joshua. Miró a la pantalla LCD. Se leía: *Liberty University Office of Security* [Oficina de seguridad de la Universidad Liberty] Puso a Rocky en espera y tomó la llamada.

—¿Sr. Jordan? —preguntó un hombre en el otro extremo.

—Sí, soy yo.

—Yo estoy con la seguridad de la escuela. Estamos tratando de localizar a su hijo Calvin. Hay alguna preocupación acerca de su paradero. Nos preguntamos si hoy usted ha sabido de él.

—No. Ayer fue la última vez que hablé con él. ¿Hay algún problema?

—Bueno, Cal no se presentó en el juego de baloncesto con algunos amigos. También estamos comprobando un informe de algunos estudiantes en el edificio de su dormitorio acerca de una persona no autorizada que aparentemente entró en su dormitorio. Mire, Sr. Jordan, no se preocupe. Estoy seguro de que él aparecerá.

Después de esta llamada, Joshua tuvo que reponerse antes de volver a conectarse con Rocky. Tenía que calmarse ante el profundo y desalentador sentimiento de que algo andaba terriblemente mal. Entonces recordó las advertencias que Pack McHenry le hiciera acerca de «actores extranjeros» que vinieran tras él.

Ahora sentía un pavor envolvente. Antes de pelear todas las otras batallas, ¿debía haberse enfocado en mantener segura a su familia durante los últimos días? ¿Era esta situación con Cal parte de la amenaza contra él? ¿Qué querían decir por una «persona no autorizada» en su dormitorio? Y eso conducía a una pregunta más devastadora que Joshua tenía que hacerse a sí mismo. Acerca de su fallida responsabilidad para con su hijo. Era una pregunta que no tenía una respuesta clara ni fácil, pero que cortaba en pedazos su corazón con un cuchillo serrado.

*¿Qué he hecho?*

## CINCUENTA Y SEIS

Tan pronto como Abigaíl aterrizó en el aeropuerto Kennedy [JFK], Joshua la llamó y le explicó que Cal había desaparecido. Abigaíl estaba desesperada y lo acribilló a preguntas. Joshua, con paciencia, contestó cada una de las preguntas, algunas veces hasta más de una vez. Sí, Joshua había llamado al celular de Cal, pero estaba cerrado e iba directamente al correo de voz. No, la seguridad del recinto universitario no había aparecido con nada más allá de su investigación inicial: que poco antes de que él desapareciera unos estudiantes vieron en el dormitorio de Cal a una persona no identificada y no autorizada, vestida con un uniforme de mantenimiento, que entraba en su habitación con una carretilla grande de servicio. Ellos esperaban que Cal se uniera a sus amigos en un juego de baloncesto, pero él nunca se presentó. La seguridad de la escuela le había preguntado a Joshua si él quería que la policía local en Lynchburg se involucrara y él dijo que sí.

Cuando Abigaíl llegó al hotel y al fin irrumpió a través de la puerta, Joshua reconoció en su rostro la misma aprehensión ansiosa que él estaba guardando en su interior. Él le dijo que no tenía nada nuevo que informar en esos veinte minutos que habían pasado desde que hablaron.

Pero cuando se oyó decir eso, explotó.

—Yo *no* estoy solo en espera de que algo suceda —gritó Joshua—. Voy a abrir esto. Voy a tener respuestas...

Abigaíl se pasó la mano por el cabello, se levantó y apuntó la mano hacia su esposo como si fuera un policía en una intersección deteniendo el tráfico.

—No podemos movernos torpemente en esto hasta no tener más

información —dijo ella—. Pudiéramos crear más obstáculos para la policía, y tal vez terminemos por estorbarlos en lugar de ayudarlos.

Había algo que Joshua quería decir para responderle, pero lo olvidó debido al sonido que oyó después.

Su teléfono. Él lo agarró.

La voz al otro extremo parecía como de un hombre, pero la habían alterado digitalmente. Era baja, metálica y computarizada.

—No cuelgue —comenzó por decir la voz.

—¿Cómo consiguió este número?

—Por supuesto, del teléfono de su hijo Cal, Sr. Jordan. Esto no es una broma. Es algo real. Yo tengo a su hijo.

Joshua, como un loco, le hizo señas a Abigaíl con la mano para que se acercara al teléfono y escuchara.

—Su hijo está a salvo... por ahora, pero si usted se comunica con cualquier agente de la policía, el FBI o cualquier otro agente del gobierno, yo lo sabré. Y si eso sucede, entonces tendré que herir a su hijo... —dijo la voz.

Abigaíl tuvo que taparse la boca con ambas manos para amortiguar su llanto, de modo que el que hablaba no la oyera.

—Para ser más específico, si usted comete algún error, entonces yo tomaré un serrucho oxidado y le cortaré la cabeza a su hijo. Y sacaré un video de eso, mientras él grite por su mamá y su papá. Y luego lo pondré en una red de video, para que no solo usted sino también millones de otros lo puedan ver —continuó la voz.

—Lo llamaré en varias horas. Se le requerirá que siga mis instrucciones con cuidado, si es que quiere ver otra vez a su hijo Cal. Ahora, Sr. Joshua Jordan, usted debe estar listo para entregarme todo documento de diseño relacionado con el arma de antimisiles SGR-DR, los principios operativos del láser, las hojas de papel con las especificaciones, los dibujos de ingeniería, todo. Cuando yo vuelva a llamar, le daré las especificaciones exactas de cómo usted me

entregará todo esto —terminó diciendo la voz.

—¡Mi hijo! —gritó Joshua en el teléfono.

—Usted no está escuchando, ya le dije que su hijo está a salvo... por ahora. Se lo demostraré cuando yo llame otra vez. Le daré una prueba —dijo la voz.

Entonces, terminó la llamada.

De inmediato Joshua tocó el servicio de búsqueda de llamadas en su Allfone. Pero cuando lo hizo, solo se leía: «Funcionamiento no autorizado».

Abigaíl estaba sollozando.

Joshua estaba furioso. Gritó al aire. Pero por debajo de su ira había una profunda corriente de terror y dolor. Quería un rostro que odiar, una persona que aplastar, no una voz electrónica. Cuando él estuvo de piloto en Operaciones Especiales de las Fuerzas Aéreas lo entrenaron para lanzar bombas con una exactitud mortal, sobre objetivos increíblemente hostiles, clandestinos. Pero ahora, ¿dónde estaba su objetivo? Lo entrenaron en habilidades de sobrevivencia y en combate básico mano a mano si él se estrellaba detrás de las líneas enemigas. Pero, ahora, ¿dónde estaban esas líneas? ¿Quién era el enemigo?

—Tenemos que planear esto —logró decir Abigaíl a través de sus lágrimas.

—Necesito matar a este monstruo quien quiera que sea —gritó Joshua señalando al Allfone.

—¡Necesitamos salvar a nuestro hijo!

Joshua atrajo a su esposa y ella cayó en sus brazos. Durante varios minutos se estrecharon uno al otro en un apretado abrazo, en medio de un silencio en el que solo se oían los latidos de sus corazones. Luego Joshua la dejó ir y dijo:

—Estamos perdiendo tiempo.

—¿Qué... qué vamos a hacer? Él dijo que si nos comunicamos con las autoridades, lo sabrá. No podemos arriesgarnos —dijo Abigaíl.

—Escucha. Yo estaba al teléfono con Rocky Bridger cuando el agente de seguridad del recinto de Liberty me llamó acerca de Cal. Cuando nos volvimos a comunicar, Rocky me explicó algo. Por sugerencia de Pat McHenry, el Patriota del cual te hablé, Rocky se adelantó y habló con un agente del FBI de nombre Gallagher. Rocky dice que después de hablar con él, ahora cree que la muerte de su yerno de algún modo estuvo relacionada conmigo y los documentos de diseño del SGR-DR.

—¿Qué estás diciendo?

—Yo no sé. Yo no sé. Tal vez necesitemos poner nuestras cabezas junto a la de Rocky. Puede ser que juntos podamos unir todas las piezas.

—Y, ¿hacer que? Este maníaco tiene a nuestro hijo. Él está controlando todas las cartas del juego.

—Yo voy a salvar a mi hijo. Cueste lo que cueste.

La respuesta de Joshua tenía un sentido irrevocable que su esposa nunca antes había visto.

—Josh, ¿está Cal seguro ahora...? Su voz se ahogó de dolor. Joshua la sostuvo con gentileza por los hombros y entonces la miró a los ojos.

—Creo que sí. En realidad lo creo. El secuestrador necesita dar pruebas de que Cal todavía está vivo. Ahora mismo está a salvo. Tiene que estarlo.

Abigaíl se secó las lágrimas y asintió.

—Necesitamos tener a Rocky aquí con nosotros. Inmediatamente. Tenemos que llamarlo. Pero no con mi celular. Ahora el secuestrador tiene el número de mi celular y puede estar rastreando mis llamadas. Ya no puedo darme el lujo de confiar en mi Allfone de alta seguridad.

—Por esa misma razón no podemos usar el mío. Iré al centro comercial del hotel en el segundo piso. Puedo usar ese teléfono. Ellos tienen áreas privadas de trabajo. ¿Qué debo decirle a Rocky? —dijo Abigaíl.

—Que lo necesitamos en este hotel tan pronto como pueda llegar. Y

que no le diga a nadie adónde va. Que nuestro hijo está en peligro. Y eso tiene que ver con las cosas que Rocky me estaba diciendo esta mañana por teléfono.

Antes de salir, Abigaíl se detuvo durante un segundo. Estaba temblando. Dijo algo, ya fuera una oración o algo más, quizá un desahogo de lo más profundo de su corazón. Joshua no estaba seguro. Pero parecía que Abigaíl lo decía desde un profundo vacío de su dolor. Y en ese momento, en la manera en que lo dijo, también había una clase de resolución extraña.

—No sea hecha mi voluntad sino la tuya.

Después salió con rapidez de la suite del hotel, cerrando bien la puerta tras ella.

Cuando se hubo ido, Joshua sacó la tarjeta de negocios del Patriota con el número de Pack McHernry. La miró con detenimiento, tentado a comunicarse con él. Hasta que decidió no hacerlo.

*No te muevas con precipitación. La vida de Cal está en juego.*

## CINCUENTA Y SIETE

Cal Jordan estaba comenzando a recuperar el conocimiento. Adivinó que estaba en un vehículo en movimiento. Un van o un camión. Yacía sobre una dura superficie con un capuchón negro sobre la cabeza y una cinta adhesiva sobre la boca. Sus manos y pies estaban atados con tanta fuerza que sintió como si la circulación se le estuviera cortando lentamente.

Cuando se le aclaró la cabeza, comenzó a darse cuenta del dolor punzante en el lado izquierdo del cuello. Y algo que le fluía del pinchazo de una aguja allí. No sabía nada acerca de la droga Nembutal, pero sí sentía los efectos secundarios de la inyección que le pusieron. Aún peor era el severo dolor de cabeza que le golpeaba dentro del cráneo como un martillo.

Pero el temor se apoderó de él, luego de evaluar el dolor y la confusión. *¿Qué está pasando? Yo estaba en... la sala de mi residencia estudiantil. Alguien estaba allí conmigo. Algo acerca de las luces... en el cielo raso... estábamos mirando al cielo raso. ¿Cómo llegué aquí? Bueno, estoy atado. En un van o algo parecido. Había un tipo en mi cuarto. Él debe haber hecho esto. Tengo que salir de aquí. Ahora.*

Cal luchó, pero le era imposible moverse. No solo estaban atadas sus muñecas y piernas, sino que el cuello, torso y piernas estaban pegadas al piso del van. Su respiración se dificultaba al tratar de liberarse. Le era difícil aspirar el aire por la cinta adhesiva que tenía sobre la boca y trataba de respirar por la nariz pero cuando trataba de hacerlo, con el desespero, se llenaba de pánico y se hiperventilaba. Casi perdió el conocimiento.

Había sensación de movimiento, el sonido del camino debajo de las ruedas, el frenazo y la parada momentánea. Luego comenzó otra vez.

Durante un momento, cuando pensó que el van iba a detenerse, Cal tuvo alguna esperanza de que todo terminaría pronto. Pero rápidamente sus perspectivas cambiaron a algo oscuro y atemorizante. Como si él hubiera caminado junto a los espejos distorsionados de una casa de entretenimiento en el carnaval.

*¿Qué va a pasar cuando el carro se detenga? Me han secuestrado, pero, ¿quién? ¿Qué quieren? Dinero. Mamá y papá pagarían por mi rescate. Voy a estar bien. Solo que no puedo mirar a los secuestradores. Estaré bien mientras que no los pueda identificar.*

Entonces, con lentitud, el van comenzó a detenerse nuevamente. Y paró.

Pero esta vez el conductor lo estacionó definitivamente y apagó el motor.

El corazón de Cal estaba latiendo tan fuerte dentro de su pecho que se preguntaba si estaría creando un eco en el van.

Algo se le aclaró a Cal en una fracción de segundo. Sus presunciones en cuanto a su propia fe ahora se estaban esparciendo sobre una mesa de terror. Todo lo que él creía saber acerca de Dios y su relación con un Salvador que guiaba sus pasos y habitaba en su vida. Todo lo cual ahora se probaba en el mismo centro del fuego. Una vez él sobrevivió el tumulto humano en la estación de trenes, ese día cuando los misiles estaban llegando. Pero ni siquiera eso se podía comparar con esto. Nada era como esto.

Recordó el conocimiento sencillo de que había un Señor invisible. Y que él, con seguridad, oiría y contestaría. Formó las palabras en su boca... y dijo en silencio: *Oh, Dios, por favor, protégeme.*

Un minuto después llegó el sonido de una doble puerta que se abría en la parte de atrás del van.

Alguien estaba subiéndose. Luego se cerraron las puertas. Aun con el capuchón negro en su cabeza Cal podía ver que ahora había una luz brillante que llenaba el área en la parte trasera del van donde él estaba pegado al suelo.

Le quitaron el capuchón, y le halaron la cinta adhesiva de la boca,

sacándole los pelos de su labio superior.

Lo miraba una cara iluminada por detrás con un doloroso resplandor de una lámpara de fotógrafo.

—Te daré un minuto para que te acostumbres a la luz —dijo Atta Zimler.

Cal pensó que podía reconocer la voz. Sonaba como la del hombre de mantenimiento en su dormitorio. Entonces pudo ver mejor la cara del hombre. Sí, era él.

Luego Cal vio que el hombre había preparado un trípode con una cámara de video en él. Zimler sostenía las páginas impresas de dos periódicos.

—Cal Jordan, vas a hacer una pequeña película para tu padre. Vas a decir tu nombre ante la cámara de video. Y la fecha de hoy. Y que no has sufrido daño. Luego quiero que supliques por tu vida porque si tu padre no me da lo que yo quiero, voy a matarte. Y voy a grabarlo todo y a poner tu ejecución en la red de video, de modo que millones de personas lo disfruten. ¿Has entendido lo que acabo de decirte? —dijo Zimler con una extraña indiferencia.

Cal estaba aterrorizado y no pudo hablar, pero asintió con la cabeza.

—Dilo en voz alta, idí que tú me entiendes! —le gritó Zimler en la cara.

—Yo lo entiendo.

—Bien. ¿Sabes, Cal?, esto será muy interesante —dijo Zimler con un extraño placer en la voz. Y luego añadió sonriendo— Cal, ¿sabes por qué?

Todavía Cal estaba atontado por el terror y solo pudo mover la cabeza en una señal negativa.

—Te diré por qué —le explicó Zimler—. Porque cuando esto haya pasado, vamos a descubrir algo importante acerca de tu padre, el gran Joshua Jordan. En realidad, yo me he preguntado acerca de esto... ¿a quién ama él más, a su hijo o a su patria?

A menos de dos horas de camino del lugar trasero del van en el que estaba Cal, se había estado debatiendo el destino legal de Joshua Jordan. En el edificio del tribunal federal, en la ciudad de Washington, Harry Smythe se las había arreglado para tener una breve vista ante la jueza Jenkins. En representación del Congreso solo se molestó en presentarse un abogado asistente de los EE.UU.

—Estoy pidiendo que usted anule la orden de arresto emitida contra mi cliente, el Sr. Jordan. Las bases de la orden son que él ignoró una citación legal que emitió un comité del Senado de los EE.UU., es ahora un caso discutible porque tanto el Senador Straworth como el Presidente retiraron esa citación. También enfatizaría que el gobierno no tiene objeción a nuestra petición —dijo Smythe.

—Todo eso es muy interesante, pero no me amarra en mi decisión. Yo tengo la discreción de ejecutar mi orden judicial sin considerar la validez de la base original para los cargos de desacato a la autoridad. Usted es un buen abogado, estoy seguro que reconoce eso —le respondió la jueza.

—Lo reconozco, pero la equidad y la justicia —respondió Smythe.

—Eso es algo que yo decido. Y he decidido que este tribunal necesita estar satisfecho de que Joshua Jordan sienta el debido respeto y acate la idea de que nadie está por encima de la ley. En particular a la luz de su desafío al Congreso y su falta de respeto a este tribunal. Yo quiero dirigirme personalmente al Sr. Jordan, aquí en mi sala de justicia. ¿Está él aquí? —dijo la jueza Jenkins al finalizar su oración.

Smythe movió la cabeza y se preparó para otra humillación.

—Él no está aquí, Su Señoría.

Harry Smythe lo había llamado más temprano para sugerirle que asistiera al este tribunal con él, pero le contestó su correo de voz. Dejó un mensaje, pero nunca recibió respuesta de Joshua, lo cual no era usual. Ahora Smythe no tenía explicación alguna para la jueza y

le quedaba poco para aplacarla.

La jueza Jenkins se demoró un minuto para poner en orden sus ideas, pero no fue capaz de esconder su furia.

—Si su cliente no respeta este tribunal para aparecer personalmente a pedir que se retire la orden del tribunal, entonces yo tampoco tengo motivos para retirarla.

—Pero, jueza, usted nos ha puesto tanto a mí como a mi cliente en los cuernos de un dilema intratable —se quejó Smythe.

—Ese es su problema —contraatacó la juez Jenkins—. La orden judicial continúa con toda su fuerza y efecto. Ya le ordené a un pequeño ejército de agentes federales que salgan a cazar y arrestar al Sr. Jordan. Buenos días, Sr. Smythe.

## CINCUENTA Y OCHO

Rocky Bridger, como general retirado, tenía varios amigos dueños de helicópteros y le fue posible conseguir que uno de ellos, con un breve aviso, lo llevara hasta Manhattan. Allí localizaron un helipuerto a una cuadra de distancia del Hotel Palace.

Joshua y Abigaíl tuvieron que esperar la llegada de Rocky durante dos horas y, mientras esperaban, permanecieron congelados en la habitación del hotel, sentados junto al Allfone de Joshua.

Pero no entró ninguna llamada.

Entonces Abigaíl se volvió a Joshua y le hizo una sugerencia sorprendente.

—Tú querías a Rocky aquí, de modo que él pudiera ayudarnos a figurar la logística práctica de esta horrible situación. Y yo estuve de acuerdo. Pero ahora yo también necesito a alguien más aquí que me ayude a calcular algo —comenzó ella.

—¿Calcular qué?

—La logística espiritual —dijo ella—. Necesito al pastor Paul Campbell aquí conmigo.

—Abby, ¿es eso realmente necesario? —dijo Joshua con brusquedad.

Él había estado mentalmente consumido por la situación de Cal y cómo podrían rescatarlo. Joshua no necesitaba interferencia exterior.

—Necesitamos mantener esto en un círculo pequeño de personas en las que podamos confiar —descargó Joshua.

—Por eso es que yo necesito a mi pastor aquí. Él es confiable.

—Mira, este no es el momento para un pastor. Aquí estamos

entrando en una guerra.

—Entonces considéralo como un capellán en el campo de batalla. Esto es lo más aterrador que jamás hayamos enfrentado. Aun peor que tus misiones en los aviones espías. Estamos hablando de la vida de nuestro hijo. Nuestro hijo... Las decisiones que hagamos aquí pueden salvarlo o matarlo. Josh, por favor, comprende...

En ese momento Rocky Bridger timbró la suite del hotel y dijo que estaba subiendo hacia allá.

Joshua se volvió a Abigaíl. El rostro de su bella esposa estaba retorcido de emoción. Ella era una mujer inteligente, pero más que eso, tenía el hábito de tener razón acerca de cosas que la apasionaban.

—Está bien. Llama al Pastor Campbell. Solo dile que tenemos un asunto personal urgente que discutir con él y lo necesitamos aquí. Pero que él no puede decirle a nadie adónde va ni por qué —le dijo Joshua a Abigaíl.

Ella sonrió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Después Joshua presentó de nuevo su opinión.

—Espero que el hombre mantenga la boca cerrada.

Sonó el timbre de la puerta y allí estaba Rocky Bridge ante la entrada. Abigaíl lo saludó con un largo abrazo, agradeciéndole el haber venido, y después se escurrió pasándole por el lado camino al centro de negocios del hotel para llamar al Pastor Campbell.

De repente, cuando Joshua estiró su mano, pensó que Rocky se veía más bajo y más viejo.

Mientras tanto, los dos se estrecharon las manos con firmeza y así estuvieron durante unos largos minutos.

En sus ojos se estudiaron uno al otro su respectiva angustia. Rocky acababa de perder a su yerno y venía de la casa de su hija, donde había estado tratando de consolarla a ella y a su nieta, que tenían roto el corazón. Ahora el hijo de Joshua estaba secuestrado, con la vida pendiente de un hilo. Y parecía claro que estos dos trágicos ataques estuvieran relacionados. Ambos estaban atados a la

tecnología del SGR-DR de Joshua. Este era un precio con el que Joshua no había contado.

Joshua le volvió a contar, esta vez con detalles, acerca de la información del personal de seguridad de la Universidad Liberty y luego lo que el secuestrador le había dicho por teléfono.

—Y el secuestrador, ¿no se ha vuelto a comunicar contigo? —le preguntó Rocky.

—No. Solo dijo que esperara su llamada.

—Vayamos al grano, Josh, yo no soy experto en situaciones de rehenes. Tú lo sabes...

—Eso no es lo que yo recuerdo. Esa situación con el piloto que cayó en Ecuador y que fue capturado por los rebeldes de la FARC... tú te las arreglaste para conseguir el rescate de ese hombre con mucha suavidad...

—Yo tenía un montón muy grande de ayuda...

—Todavía tú eres el mejor hombre en una crisis que yo haya conocido.

—Bien, ¿entonces estás dispuesto a recibir algún consejo de este viejo general?

—Tú sabes que lo estoy.

—Tienes que extender tu red un poquito más.

—¿Cómo?

—Sé que te preocupa pensar que alguien haya estado ayudando a este criminal.

—Él debe estar muy bien relacionado. Supe por mi amigo el Patriota que detrás de mí hay intereses extranjeros por causa del SGR-DR. Y llegamos a la conclusión de que este lunático torturó a tu yerno para conseguir información acerca de mi familia. Luego toma a mi hijo. Las migajas de pan se extienden por todo el camino, desde el dormitorio del colegio de mi hijo a través del planeta hasta algunos terroristas internacionales que con toda probabilidad orquestraron esto.

—Yo no estoy diciendo que debemos llamar al FBI e informar el secuestro.

—Entonces, ¿qué?

—Es como el escenario del 9 de septiembre de 1911. El fallo en coordinar las fuentes de inteligencia puede ser desastroso. Creo que necesitamos llamar a ese hombre a quien tú me enviaste, Gallagher. Me parece que él está trabajando en esto desde otra dirección. Él está siguiendo la pista de un sospechoso sin saber adónde atacará la próxima vez. Gallagher solo sabe que él apunta a tu dirección. Este pudiera ser el eslabón —dijo Rocky.

—Y qué pasaría si él se sintiera obligado a buscar la aprobación de la cadena de mando y se filtrara hasta los contactos de los secuestradores, quienes quiera que sean. Ese es un riesgo que pienso que no podemos correr.

—Todo lo que sé es que después de hablar con el agente Gallagher yo tuve esa sensación.

—¿Acerca de qué?

—He empleado toda mi carrera tomando y dando órdenes —dijo Rocky—. Al principio recibía un *montón* de órdenes. Luego consigues tus barras, y más tarde algunas estrellas y cintas, y al final estás dando más órdenes de las que tienes que tomar. Pero todo esto baja por la cadena de mando. Yo reconocí ese tono cuando hablé con el agente Gallagher. El hombre no está exactamente siguiendo órdenes, no al pie de la letra, pero tampoco está tratando de oponerse. Pero él está fuera, en el perímetro exterior. Con sus dedos al filo del precipicio.

—¿Así que crees que necesitamos involucrarlo?

—Sí. Creo que él sabe quién asesinó a Roger. Y también creo que él tiene una idea de quién es tu secuestrador. Es probable que la misma escoria hizo las dos cosas. Gallagher tiene el cuadro completo, a diferencia de los detectives locales que me entrevistaron. Gallagher sabe mucho, yo apostaría mi retiro en eso.

—Entonces, la pregunta es: ¿se enterará el secuestrador?

—¿Y qué si se entera?

—No, no, entonces mataría a Cal...

—Quizá no.

—Ni siquiera quiero correr ese riesgo.

—Es probable que Cal corra el mismo riesgo, ya sea que te comuniques o no con Gallagher.

—Pero tengo que actuar de acuerdo a lo que sé. La persona que llamó me advirtió que no me comunicara ni con la policía ni con el FBI.

—Pero si Gallagher está en el perímetro como creo que lo está, tal vez esté haciendo esto mediante un canal discreto, de manera aislada —dijo Rocky—, en cuyo caso, son menos las probabilidades de que nuestro asqueroso secuestrador se entere. Y si es el mismo monstruo que mató a Roger... entonces quiero que el agente Gallagher sepa lo que nosotros sabemos. Quiero vengar a Roger tanto como sé que tú quieres que Cal se salve.

—¿Realmente crees que podemos arriesgarnos a incorporar a Gallagher en todo esto? —preguntó Joshua otra vez. Sus ojos estaban cerrados mientras trataba de calcular lo incalculable, imaginándose a su hijo sobre una roca sacrificial. Un movimiento equivocado y la cuchilla se hundiría y la sangre comenzaría a fluir.

—Sí lo creo —dijo Rocky.

No había ni una sombra de duda.

—Y yo estoy de acuerdo.

Joshua abrió los ojos y vio a Abigaíl en pie a la entrada del gran salón de la suite del hotel.

—Creo que hasta ahora el agente Gallagher, quienquiera que sea, ha demostrado quién es —dijo ella—. Necesitamos ayuda de afuera para esto. Nosotros solos no podemos garantizar la seguridad de Cal. Este secuestrador ya mató a Roger. Tal vez a otros de los cuales no sabemos. Y una vez que consiga lo que quiere de ti, Josh, no hay garantías de que deje libre a Cal.

—Así que estamos hablando de riesgos calculados... con relación a la vida de nuestro hijo —dijo Joshua.

—Estas son las únicas bases que tenemos para actuar —dijo Rocky.

Abigaíl añadió lo que estaba pensando.

—Eso... y el poder de la oración.

Joshua miró a los ojos de su esposa. Debajo de su dolor y temor, ella todavía tenía una especie de quietud y eso le llegó a él hasta lo más profundo. Miró a Rocky, pero un pensamiento había estado atormentando a Joshua desde el principio, pendía en las sombras y ahora se abría paso hacia la luz.

Metió la mano en su bolsillo y sacó la tarjeta del Patriota, Pack McHenry.

Pero antes de que pudiera decir lo que tenía en la mente, lo distrajo un sonido claro. Se dio vuelta para mirar al lugar justo donde estaba su Allfone.

Estaba timbrando.

## CINCUENTA Y NUEVE

Joshua se apresuró hasta donde estaba el Allfone y lo agarró.

En la pantalla decía: «Mensaje en video. ¿Sí? ¿No?»

Joshua apretó Sí en la pantalla.

Abigaíl y Rocky miraban mientras una imagen comenzaba a cargarse.

Era Cal. Solo podían verlo de los hombros hacia arriba. Estaba sentado y detrás había una especie de telón de fondo. En sus ojos se veía terror.

Entonces levantó las versiones impresas de dos periódicos electrónicos, uno en cada mano.

Uno era el *Washington Post* y el otro era el *Boston Herald*. La cámara hizo zoom en los titulares y ambos tenían la fecha de ese día.

Entonces Cal bajó los periódicos y miró a un lado, como si estuviera recibiendo instrucciones.

Se inclinó hacia el lado y susurró algo a la persona invisible.

Entonces, en un instante, apareció una mano en el cuadro que golpeó a Cal en la cara, él aulló y comenzó a salirle sangre de la nariz.

Abigaíl dio un grito.

Joshua estaba de pie con los puños cerrados en uno, su rostro contraído por la ira. *Por qué no vienes a buscarme a mí, gusano retorcido. Déjame ponerte las manos encima.*

Entonces, en la pequeña pantalla, Cal se sobrepuso y con una corriente roja que emanaba de ambas ventanas de la nariz, miró a la cámara.

—No estoy herido —dijo con una voz que era casi monótona, como

quien sigue un guión—. Me secuestraron. Por favor, hagan exactamente lo que dice esta persona. Estoy implorando por mi vida. Mamá y papá, tal y como se los dijeron, si no entregan la información del SGR-DR, me van a matar. Mi muerte saldrá por el Internet...

Justo en ese momento Cal se ahogó con sus palabras y tuvo que parar. Luego respiró profundamente y terminó.

Cal miró directamente a la cámara y dio un último mensaje.

Pero este no estaba en un guión.

—Y papá, tengo algo que decirte. Quiero decirte que en esas últimas llamadas telefónicas que nos hicimos lamenté no haberte dicho que te quiero. Lo siento porque de verdad te quiero.

Pero lo detuvo un puño que cruzó la pantalla y de nuevo le dio un golpe en la cara, y él cayó fuera del cuadro de la imagen.

Dos segundos después la imagen en el Allfone se quedó oscura y terminó la llamada.

Abigaíl luchaba para controlar su llanto. Rocky suspiró larga y angustiosamente.

Pero Joshua, que todavía hervía de rabia hacia la persona que había golpeado a su hijo, sentía cada vez más como si su mundo se estuviera deslizando con rapidez por un precipicio de una montaña. Y se preguntaba si tenía algún poder para detenerlo.

El piloto de pruebas y de aviones espía que había desafiado al temor y enfrentado peligros sin paralelos, se sentía abrumado por una ola de terror e impotencia.

Entonces Joshua se aclaró la garganta y comenzó a hablar, con su voz un poco agrietada.

—Todavía tenemos que recibir instrucciones...

—Sobre cómo él quiere que le entreguen la información del SGR-DR... —terminó Rocky la idea.

Abigaíl hizo la pregunta obvia que pendía en el aire, llenando la habitación.

—¿Él va a matar a Cal? ¿Lo hará? Dime...

Ninguno de los dos hombres habló.

—Sé que no es una pregunta justa —dijo ella—. Pero no me importa lo que sea justo. Necesito saber...

Joshua se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la sostuvo.

—Eso tan brutal, con ese tipo golpeando a Cal así frente a la cámara —dijo Rocky—, eso fue dirigido a ti, Josh. Él sabe que eres un militar. Sabe que necesitas ver que él se propone ir en serio. Solo una demostración de fuerza, eso es todo. Creo que Cal todavía está bien.

—Rocky —dijo Joshua—, ¿tienes tu celular contigo? Lo tenía.

—Bien —continuó Joshua—. Llama a Gallagher de tu teléfono. Entonces, cuando le hagas la introducción, me das el teléfono.

□□□

El agente especial John Gallagher estaba en su cubículo cuando entró la llamada.

—Habla el general Rocky Bridger.

Gallagher corrió hasta el baño de los hombres, tratando de no mirar directamente a la secretaria de Miles Zadernack. Pero cuando entró al baño vio dos pares de pies en cada uno de los dos compartimentos. Volvió a salir afuera y caminó por el pasillo.

—Aquí no puedo hablar mucho —dijo Gallagher en voz baja y tratando de sonreír y saludar con la cabeza a los agentes que le pasaban por el lado en el corredor.

—Usted será quien hable. Yo no podré hacerlo mucho.

Rocky Bridger le dio un breve resumen. Tomaron al hijo de Joshua como rehén, el tipo responsable quiere a cambio los documentos del SGR-DR. Mandó un video con Cal sosteniendo los dos periódicos de ese día como prueba de que estaba vivo. Entonces Rocky le dio el teléfono a Joshua.

—¿Usted ha hablado con la policía o con el FBI? —preguntó Gallagher.

—No. Este tipo nos ha dado órdenes estrictas de no hacerlo o

matará a mi hijo. Creemos que alguien le está pasando información secreta.

John Gallagher contestó:

—Eso es típico. —Luego añadió—: escuche, la posición oficial del Buró en cuanto a los rehenes es esta: cuando el secuestrador dice «no llames a la policía o ya verás», por lo general está fanfarroneando. Y si no lo está, nos parece que podemos impedir que sepa el hecho hasta que ya sea demasiado tarde para él...

Pero el agente del FBI sabía que solo estaba dando la respuesta que venía en los libros. En la mayoría de las situaciones con rehenes el malo no tiene nada que perder al hacer ese tipo de exigencias. Pero este caso distaba mucho de los libros de texto. Gallagher tenía la horrible sensación de que había algo muy podrido en alguna parte, muy arriba, en el gobierno de los Estados Unidos. La evidencia número uno era la asombrosa orden que le dieron a Gallagher, el experto número uno en Atta Zimler del Buró, para que se retirara de su investigación de la entrada de Zimler a los Estados Unidos. ¿Tenían los tipos que contrataron a Zimler, quienesquiera que fueran, ese tipo de influencia?

—Tal vez, pero no podemos correr el riesgo. Rocky piensa que usted sabe quién es el tipo. ¿Es así?

—No estoy seguro de poder hablar de eso con usted...

—Necesitamos ayuda. Tenemos el video que prueba que mi hijo todavía esta vivo. ¿Nos puede ayudar?

—No estoy seguro —confesó Gallagher.

—Por favor...

—¿Alguna instrucción para la entrega?

—No, todavía no. Estamos esperando recibirlas pronto. Hubo una pausa.

—Llámeme cuando reciba las instrucciones.

Joshua se sentía desesperado.

—Agente Gallagher, ¿eso es todo? ¿Es todo lo que puede decir?

¿Todo lo que usted va a hacer?

—Bueno, digámoslo así —contestó Gallagher—, sí, eso es todo lo que voy a *decir*...

Entonces Gallagher colgó el celular y regresó a su cubículo. Se restregó la frente durante un rato. El pecho le ardía y deseaba tener un trago de leche para calmar las cosas. Tal vez habría algo en el comedor. Fue hasta allí y abrió la puerta del refrigerador. Estaba de suerte. En el fondo había una caja de leche casi vacía. Se la llevó a los labios. *Creo que voy a evitar chequear la fecha de vencimiento de esto.*

Pero mientras se tragaba el último buche, su mente daba vueltas.

Las piezas del rompecabezas le mostraban a Gallagher que Zimler estaba trabajando en esta misión del SGR-DR desde una base de operaciones en el extranjero, comenzando en Bucarest. Tenía que suponer que algunos tipos internacionales con mucho poder fueron los que contraron a Zimler. Y podrían tener conexiones muy poderosas en los Estados Unidos.

Gallagher sentía que solo tenía una oportunidad para ayudar a los Jordan. Y de ir tras Zimler. Pero todo tenía que ver con el próximo paso de Zimler, y Gallagher tenía una suposición bastante buena de cuál sería ese paso.

Todavía Gallagher tenía en la mano la caja de leche vacía mientras miraba la lata de basura que estaba como a metro y medio. Pero una voz interrumpió su atención.

—Sé lo que estás pensando...

El comentario venía de Miles Zadernack. Estaba en el comedor buscando una taza de café. Gallagher le sonrió ligeramente.

Entonces Miles cambió de tema.

—Así que, supe que te matriculaste en la clase de profesionalismo.

—Sí, Miles, lo hice.

—Eso es bueno.

Miles se quedó parado allí con su taza de café, parecía que todavía tuviera algo más que decir. Gallagher tenía el celular en una mano y

la caja de leche en la otra, y se preguntaba si su supervisor podía leer los pensamientos.

Entonces Miles añadió:

—Mira, John, ¿te puedo hacer una advertencia seria? Yo sé lo que estás planeando. Sé lo que está pasando por tu mente ahora mismo...

—¿Sí? —dijo Gallagher, pero dentro de sí le preocupaba que todo se hubiera descubierto. Miles se había enterado de que todavía estaba persiguiendo a Zimler. Se preparó para eso.

Miles mostró una sonrisa lenta y forzada. Los dos hombres estaban parados mirándose.

Entonces lo soltó.

—Sí, cada vez que intentas uno de esos tiros largos con tus cajitas de leche o las bandejas vacías de perro caliente o lo que sea, no llegas a la lata de basura. Y en el proceso botas comida en el piso. No es justo que otros limpien lo que tú ensucias. Todos tenemos la obligación de mantener limpio este salón. *Profesionalismo*. ¿Recuerdas?

Gallagher asintió y Miles Zadernack agarró su taza de café y salió del comedor.

Ahora que estaba solo, Gallagher dio la vuelta y a metro y medio lanzó la caja de leche vacía en un tiro perpendicular al cesto. *¡Pum!*

—¡Tres puntos! —dijo Gallagher para sí.

## SESENTA

Treinta minutos después, en la suite de Jordan en el hotel Palace, el Allfone de Joshua volvió a timbrar. Él contestó y lo puso en altoparlante. Nuevamente escuchó la voz digital y distorsionada del secuestrador.

—Su hijo es un poquito debilucho —dijo la voz—. No tolera muy bien el dolor. Espero que por su bien usted decida cooperar conmigo.

—Espero que por tu bien no te agarre solo en una habitación —le replicó Joshua.

—Usted es un tremendo héroe para Norteamérica. ¿Qué le parece si mato a su hijo ahora mismo, señor Héroe? ¿Sería bueno? ¿Le gustaría oírlo gritar un poco más?

Abigaíl agitó desesperadamente sus manos a Joshua mientras que con la boca decía *no, no, no*.

Zimler continuó.

—Hablemos de negocios. Va a presentar sus documentos del diseño del SGR-DR. Y se asegurará de explicar dos cosas. Primero el método del reflejo exacto que usa el láser para captar el patrón de vuelo en la computadora que va en el interior del misil entrante. Y segundo, quiero ver el sistema para reprogramar a distancia esa trayectoria a ciento ochenta grados.

—¿Cómo se supone que te haga llegar esto? —preguntó Joshua.

—Lo va a mandar todo por correo electrónico a una dirección codificada que yo le daré. Cuando mis expertos lo analicen y me digan que están completos, liberaré a su hijo.

Joshua no dudó un segundo. Le contestó enseguida.

—Yo no puedo hacer eso.

—Yo tengo a tu hijo. Recuérdelo. Usted no tiene otra opción.

—No —dijo Joshua bruscamente—, entendiste mal. Los ficheros son demasiados grandes para el correo electrónico. Si quieres los documentos del SGR-DR, tenemos que coordinar un lugar para encontrarnos. Un intercambio. Así será como lo hagamos.

Abigaíl estaba perpleja, sus ojos abiertos de asombro.

Pero Rocky Bridger asentía.

Entonces hubo silencio. Y el silencio del otro extremo duró tanto que todos temieron que la llamada se hubiera caído.

Una sensación de pánico comenzó a apoderarse de Joshua. ¿Y si acababa de echar abajo las negociaciones? ¿Y si el secuestrador decidía cancelarlo todo? Entonces la vida de Cal no tendría ningún valor para el secuestrador. Lo que significaba que Joshua acababa de llevar a Cal un paso más cerca a la ejecución.

De repente se quebró el silencio con un grito de Cal que se escuchó de fondo. Fue entonces que regresó la voz digital.

—Su hijo está llorando porque acabo de partirle uno de sus dedos con unos alicates. Pensé cortárselo pero no quise pasar el trabajo de cambiarme a mi traje de carnicero.

Joshua se armó de valor. *Contrólate hombre. Tenemos que ser más astutos que este tipo.*

Abigaíl se cubría la cara mientras lloraba en silencio.

—Si vuelve a intentar hacerse el duro para hacerme exigencias, entonces voy a empezar a cortarle partes del cuerpo. Ahora escúcheme... esto es lo que vamos a hacer. Va a guardar los documentos en una memoria flash y lo pondrá en un maletín a prueba de incendios que llevará a la estación Grand Central exactamente dentro de dos horas y treinta minutos. Cuando esté allí, lo llamaré y le daré más instrucciones.

—¿Y mi hijo?

—Recibirá pruebas de que todavía está vivo, pero también verá con

exactitud cómo va a morir si no me obedece...

Entonces Zimler añadió:

—Pero antes que nada, va a demostrar que puede entregar lo que yo quiero. Así que busque una pluma y prepárese a escribir.

—Estoy esperando.

Entonces Zimler le dio una dirección de correo electrónico.

—va a mandar un par de documentos del SGR-DR a esa dirección. Si no me convence de que tiene lo que yo quiero, entonces le diré dónde encontrar el cadáver de su hijo y yo desapareceré.

Luego colgó.

Rocky se viró hacia Abigaíl y dijo:

—Josh lo hizo todo bien. Sé que estabas preocupada...

—Por favor, dime exactamente qué sucedió aquí —preguntó ella con aspereza.

—Abby, tenía que hacerlo —le contestó Joshua—. No podemos arriesgarnos con una entrega electrónica, a distancia...

—Si empezamos a entregar todo esto por correo electrónico —dijo Rocky—, Cal no tendrá oportunidad. La única esperanza es mantener a este desgraciado acorralado. Mantenerlo cerca. A la vista. Obligarlo a hacer un intercambio. Mientras más cerca estemos de este tipo, más cerca estaremos de Cal.

Joshua marcó otra vez el número del agente Gallagher desde el celular de Rocky, y cuando contestó, él le soltó de inmediato:

—El secuestrador acaba de llamar. Lo quería todo por correo electrónico, pero le dije que no... pedí un intercambio cara a cara. Lo del SGR-DR a cambio de mi hijo.

—Bien hecho. Muy inteligente de su parte...

—Luego dijo que la entrega tendrá lugar en la estación Grand Central. Debo estar ahí en dos horas y media con los documentos del SGR-DR. Entonces recibiré más instrucciones. Pero me pareció que ya él tenía la idea de la entrega en su cabeza...

—Dos pasos por adelantado. Esa es exactamente la manera en que estos tipos trabajan...

—¿Lo conoces?

Gallagher no cedió, pero preguntó:

—¿Algo más?

—Sí, quiere que le mande un par de documentos del SGR-DR solo para probar que yo le puedo entregar lo que él quiere.

Joshua le dio la dirección de correo electrónico codificada y Gallagher la anotó.

—Entonces, ¿le enviará el correo? —preguntó el agente.

—¿Qué otra opción tengo?

Gallagher no se molestó en decir lo que era obvio. Que cualquier documento del SGR-DR que Joshua pudiera enviar probablemente sería secreto.

—Está bien. Voy a hacer lo que pueda —dijo Gallagher.

—Necesito oír algo más —le dijo Joshua bruscamente.

—Yo también, si estuviera en su lugar —contestó—. Usted va a tener que confiar en mí. Solo sepa que yo estaré vigilándolo. No me pida que explique.

Después de colgar, Joshua tenía una sensación de desasosiego, como si tal vez Cal estuviera simplemente fuera de su alcance, fuera de su habilidad para rescatarlo. Pero le quedaba otra llamada por hacer y no dudó ni por un instante.

Cuando marcó el número, el hombre en la otra línea respondió:

—El Patriota.

—¿Pack McHenry?

—¿Quién habla?

—Joshua Jordan.

—Eso me pareció.

—Necesito ayuda. Tenemos una emergencia...

—Interesante, porque estábamos a punto de llamarte —dijo McHenry.

—¿Por qué?

—Acabamos de recibir información de que hay alguaciles federales de camino a tu hotel. Probablemente ya estén allí.

—¿Alguaciles?

—Sí, para detenerte. Tienen una orden de detención de una jueza federal.

—Eso no puede ser posible.

—Pues sí. No lo dudes.

—Tengo un problema en relación con mi hijo. Es de vida o muerte. Lo tienen como rehén... tengo que salir de este hotel... —dijo Joshua.

—De ninguna manera. Te encontrarás con ellos. Estoy seguro de que están buscándote por todo el hotel.

—No puedo dejar que me arresten. Mi hijo me necesita...

—¿Dijiste que lo *tienen como rehén*?

—Te lo explicaré todo.

—Primero dame el número de tu habitación en el hotel.

Joshua se lo dio y McHenry le dijo que lo volviera a llamar exactamente dentro de dos minutos.

Entonces le preguntó:

—A propósito, ¿en qué piso estás?

—Estamos en el piso veinticinco...

—Creo que eso funcionará...

—¿Qué?

—Solo quédate en tu habitación. No respondas la puerta a nadie, a menos que sea un tipo con una caja que diga: «Correo aéreo para el señor Jordan». Si es así, abre, agarra la caja y ábrela. Y en cuanto a tu hijo...

—Sí, ¿qué?

—Veremos que podemos hacer para ayudar.

□□□

Mientras Joshua terminaba su conversación con McHenry, abajo, en el lujoso lobby del Palace, dos alguaciles federales armados, con las flagrantes chaquetas azules que decían *Alguaciles de los Estados Unidos* en la espalda, estaban en la carpeta del hotel. Otros tres alguaciles se diseminaron por la instalación.

—Lo siento —dijo el hombre de la carpeta—. Nadie ha reservado con el nombre de Joshua Jordan.

—Estoy seguro de que la habitación está a nombre de otra persona —dijo el alguacil—. Quiero ver las registraciones recientes.

Entonces vio al botones jefe. El alguacil lo llamó y sacó una foto de Joshua.

—¿Ha visto a este hombre en el hotel durante estos últimos días?

El botones estudió la foto un instante, luego asintió con la cabeza y dijo:

—Lo vi cuando llegó. Tal vez en uno de los pisos...

—¿Me puede decir en qué piso del hotel pudiera haberlo visto?

—Creo que sí...

Justo en ese momento un hombre con un uniforme de entregas color café, con una caja en la mano, entró al lobby del hotel y se dirigió a uno de los elevadores.

Entonces esperó a que las puertas se abrieran. Cuando se abrieron, el hombre de la entrega entró al elevador y apretó el botón del piso de Joshua. El alguacil, que todavía estaba parado con el botones, miró justo a tiempo para ver que las puertas del elevador se cerraban.

## SESENTA Y UNO

Abigaíl seguía mirando su reloj, preguntándose cuándo llegaría el pastor Campbell. Rocky Bridger agarró el libro para turistas que estaba en una mesa de centro y buscó la página que tenía fotos de la estación Gran Central. Estaba tratando de descubrir por qué el secuestrador había escogido ese lugar.

Joshua volvió a llamar a Pack McHenry y luego se apresuró a contarle todo lo que había sucedido. También le dijo que había llamado al agente Gallagher del FBI pero no había recibido ningún comentario de lo que él haría para ayudarlo.

—No te preocupes por eso —dijo McHenry—. Gallagher es un buen hombre en un lugar difícil.

—¿Lo conoces?

—No directamente. Tengo que colgar. Tengo mucho trabajo que hacer para ti.

En el preciso instante en que Joshua terminaba la llamada, sonó el timbre de la puerta.

—Tal vez sea mi pastor —dijo Abigaíl y se dirigió a la puerta. Pero Joshua la detuvo e hizo señas de que él abriría.

—Hay alguaciles federales que están en camino para aquí, necesitamos tener mucho cuidado —le dijo Joshua.

Miró por la mirilla y vio al hombre de la entrega con el uniforme color café y una pequeña caja del tamaño de un horno microondas pequeño.

Joshua abrió la puerta.

—Correo aéreo para el señor Jordan —dijo el hombre de la entrega

y le dio la caja. Entonces añadió rápidamente— Apúrese, señor Jordan.

Después dio una vuelta y corrió por el pasillo.

Luego de cerrar la puerta con el seguro, con Abigaíl y Rocky de testigo, Joshua rompió la caja y la abrió.

—¿Qué rayos...? —Empezó a decir Abigaíl mientras miraba lo que había dentro.

Joshua sacó de la caja algo que parecía un rollo de cable largo revestido de plástico que tenía dos agarraderas a cada lado. Al final de la caja había un chaleco de nylon con ganchos de metal.

Una nota en la caja decía:

Amarra la punta del cable a algo seguro. Una agarradera del carrete es para agarrarte, la otra es un freno de emergencia. Ponte el chaleco, engánchalo al cable, luego déjate caer por la ventana y aprieta el botón que suelta. Disfruta el paseo. El Patriota.

—¿Entonces así es como él cree que voy a salir de aquí? —dijo Joshua.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste ejercicios de descenso rápido usando una cuerda en un precipicio escarpado? —preguntó Rocky.

—No lo he hecho desde el campamento de sobrevivencia en la Academia de la Fuerza Aérea —dijo Joshua.

El timbre sonó otra vez. En esta ocasión, luego de dos segundos, escucharon a alguien golpeando la puerta.

—¡Abra la puerta, alguaciles federales!

—Creo que estás a punto de tomar un curso de perfeccionamiento —espetó Rocky.

En el fondo escuchaban más golpes y advertencias:

—¡Abran! ¡Alguaciles federales! ¡Tenemos una orden! ¡Abran la puerta...!

—Tienes que ayudar a Cal —gritó Abigaíl—. Recátalo. Avísanos.

Rocky metió su propio Allfone en el bolsillo del pantalón de Joshua.

Joshua haló la punta del cable del carrete y la enredó alrededor del pomo de una puerta. Entonces corrió a una ventana que estaba en el dormitorio más lejano, pero la ventana solo abría unas pulgadas. Un soporte de seguridad impedía que abriera completa. Joshua agarró la ventana y la empujó furiosamente hacia fuera y hacia adentro.

—¡Aléjese de la puerta! —gritó uno de los alguaciles desde su posición en el pasillo.

—Apúrate —le gritó Rocky—. Van a derribar la puerta.

Con un último empujón Joshua rompió el soporte y la estrecha ventana francesa se abrió por completo. Joshua se puso el chaleco, lo abrochó al extremo del carrete y se dejó caer lentamente por la ventana, los pies se balanceaban en el alféizar.

Miró hacia abajo y vio el tráfico en miniatura y a los diminutos transeúntes, veinticinco pisos más abajo.

—Oye, esto pareció muy buena idea mientras estaba en la caja —susurró Joshua.

Entonces apretó el botón que soltaba y el enorme carrete de cable comenzó lentamente a sacar cable de manera estable. Suspendido del cable y sujetándose de las agarraderas, Joshua descendía con los pies por el costado del edificio del hotel. Cada vez que saltaba bajaba más de metro y medio. Desde su posición en el aire podía ver la estación Grand Central a una distancia de seis cuadras.

*Resiste Cal, dijo en el aire. Voy a buscarte.*

Piso por piso bajaba por el costado del hotel Palace que daba a la avenida Park.

Cuando estaba como a ocho metros del suelo se dio cuenta de que una multitud se había reunido abajo, en la acera. Alguien le gritaba.

Algunos de las transeúntes comenzaron a aplaudir cuando sus pies tocaron el pavimento.

Un tipo que tenía veintitantos años, con una gorra de béisbol al revés y una bolsa de lona, seguía gritando y apuntando a Joshua.

—Te lo digo, ieste es Magic Marvin! Vi el anuncio en el metro. El tipo que esta noche va a hacer todo eso de los escapes y los trucos en el teatro Garden. ¡Bien hecho, hombre!

Joshua apretó el botón de «replegar» y el carrito se fue de sus manos, y junto con él el chaleco, veinticinco pisos hacia arriba hasta que se detuvo en la ventana de su hotel.

—Ahora sí que ya lo vi todo...

Tratando de ubicar la voz, Joshua se dio la vuelta. Era el pastor Paul Campbell.

—¡Me muero porque me cuentes esto! —le dijo Campbell.

—¿Tiene un auto?

—Acabo de parquearlo más abajo. De camino a tu hotel...

—Vámonos de aquí —le gritó Joshua—. Tiene que llevarme a un lugar.

—Espero que me pongas al tanto —dijo Campbell mientras los dos hombres comenzaron a correr hacia el estacionamiento al otro lado de la calle—. Abigaíl dijo que ustedes tienen una crisis.

—Eso es poco. Increíble coincidencia que llegara en el momento en que llegó —dijo Joshua mientras corrían por la rampa de entrada al parqueo.

—Yo no creo en coincidencias —le gritó Campbell, que corría a su lado—. Pero sí creo en la providencia de Dios.

—Está bien —le contestó Joshua—. Aceptaré eso.

## SESENTA Y DOS

Mientras que su carro subía por la rampa del estacionamiento, Joshua continuó dándole al Pastor Paul Campbell un rápido relato de la crisis de Cal como rehén. Llevaron el carro hasta la taquilla y pagaron con rapidez, luego Campbell condujo el carro hacia Park Avenue.

—Hacia mi oficina, yo le daré las instrucciones —gritó Joshua.

—¿No es en la Gran Estación Central de Ferrocarril? —contestó Campbell—. Pensé que allí sería la reunión. Eso está a unas pocas cuadras de aquí.

—No. Necesitamos llegar allí en... —Joshua miró su reloj— exactamente en una hora y cincuenta y ocho minutos...

Campbell se quitó el reloj pulsera y se lo entregó a Joshua.

—¿Por qué no sincronizas mi reloj con el tuyo. Eso es lo que tú haces en esta clase de situaciones, ¿no es verdad?

—Sí, —dijo Joshua tratando de forzar una sonrisa, aunque le era difícil. En algún lugar, en lo más profundo de su cabeza, pensaba cuán lejos había llegado en esta crisis, allá donde el aire no tiene oxígeno. Sin un paracaídas. Sin casi ningún apoyo. Pero ahora no era su vida la que estaba en juego, como lo había estado durante todos estos años como piloto de prueba y en misiones de aviones espías. Ahora era Cal. Él tuvo que apagar la voz débil, el eco que amenazaba golpearlo y descomponer y agitar su concentración. Él siempre había hecho las decisiones de modo deliberado y frío como el acero. Así había sido toda su vida. Pero ahora la voz seguía susurrándole dudas. *¿Estás seguro de saber lo que estás haciendo? Esta es la vida de tu hijo...*

Joshua sincronizó el reloj de Campbell y se lo devolvió. Luego dijo:

—Debemos estar allí en veinte o treinta minutos, contando con el

tráfico de la ciudad. Está bien, vire a la derecha en cuanto pueda y salga de Park Avenue.

Después Joshua llamó a su oficina y contestó la recepcionista.

—Es Joshua, ¿quién está ahora en la oficina? —gruñó Joshua.

—Oh, solo... bien, déjeme ver... quiere saber quién de Investigación y Desarrollo o...

—No. Solo dime si tenemos algunos visitantes...

—Los mariscales federales pasaron por aquí hace alrededor de dos horas. Les dije que usted estaba fuera, y no les dije nada más, se lo juro. En realidad les dije que yo no sabía. Que nadie más sabía. No pude ayudarles.

Joshua la interrumpió y dijo:

—Está bien. ¿Tienes frente a ti este número del que estoy llamando en el identificador de llamadas del teléfono de la recepción?

—Sí, seguro que lo tengo.

—Lláname en el mismo instante que alguien llegue a mi oficina.

—Lo haré.

—Dentro de poco llegaré como un bólido a la oficina. No se me puede molestar ni interrumpir. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Después colgó el celular Allfone de Rocky.

Joshua le dijo a Campbell:

—Yo sé que usted es un hombre de oración.

—Lo soy.

—Necesito que ore para que se pueda rescatar a Cal.

—Ya lo he hecho.

—Y, por favor, hágalo bien.

Luego hubo una pausa mientras Joshua se pasaba la mano por el cabello al mismo tiempo que miraba por la ventanilla. Joshua añadió:

—Tengo que tomar una decisión. Dentro de poco...

—¿Quieres decir la parte de enviar el correo electrónico...?

—No. Ya sé lo que haré acerca de eso. En mi mente ya he elegido los documentos. Lo suficiente para dejar que este tipo sepa que he conseguido lo que él quiere. Pero nada que le dé a los malvados la tecnología que necesitan para duplicar el SGR-DR.

—Entonces, ¿qué?

—Lo que me preocupa es lo otro... La combinación completa de los protocolos... Los esquemáticos. Las especificaciones exactas para las funciones del láser. El módulo que captura los datos. El software para la lectura remota. Los sistemas de dirección de los misiles que entran.

—Así que eso es lo que los capacitaría para duplicar lo que tú has hecho.

—Sin duda. Si les doy estos documentos, enseguida nuestros enemigos pudieran establecer un sistema de defensa contra los EE.UU. No solo pudieran crear su propia defensa haciendo que los misiles regresaran a nosotros, sino que también podrían entender cómo negar nuestro SGR-DR si alguna vez se implementaran. Y enviarían misiles nucleares a nuestras costas que serían irrefrenables.

—Tú eres experto en armas, yo no. Pero de todas formas, ¿acaso América no tiene la ventaja en toda esta tecnología?

—Mire, eso es lo que todo el mundo cree —dijo Joshua con una voz un tanto brusca—. El secreto sucio es que la investigación y el desarrollo se han detenido mucho con el edicto del Presidente Corland contra cualquier «nuevo sistema exótico de la defensa contra misiles». El Departamento de Defensa ha tenido sus manos atadas. Por eso es que mi láser SGR-DR ha llegado a ser tan controversial en los círculos políticos. Hace ver mal a la Administración de Corland. Aunque salvó la ciudad de Nueva York, cae en su categoría «exótica» prohibida.

—Así fue que se convirtió en una clase de molestia, ¿puede creer esto? Todo esto huele tan mal, tan podrido, tan político...

—Entonces, ¿cuál es tu plan? Me refiero a Cal y a los documentos del SGR-DR.

Joshua examinó al pastor. En ese momento deseaba tener reunida a su Mesa Redonda. La gama completa de expertos y patriotas sentados con él alrededor de la mesa. Consejeros. Amigos. Pero en lugar de eso, andaba metido en el auto con este ministro que estaba fuera de su liga. Sin embargo, tratar de enlazarse con los otros consumiría un tiempo precioso. Y luego cabía la posibilidad que de algún modo se le comunicara al secuestrador... puesto que ya ellos habían tenido una brecha en la seguridad de la Mesa Redonda, con el abogado Allen Fulsin, ¿habrían otros allí?

Joshua sabía que tenía que vencer su orgullo y su forma de ser de «a mi manera o a la carretera». Por lo menos, el pastor era un buen hombre, inteligente y lo suficientemente interesado para arriesgarse e involucrarse.

Entonces le cruzó un pensamiento por la mente. Era extraño que no se le hubiera ocurrido de inmediato. *Este hombre sabe que, técnicamente, ahora mismo soy un fugitivo de la justicia. Sin embargo, me está llevando en su auto a todas partes. Ayudándome. Caramba, la verdad es que esto podría ser un perjuicio potencial para su posición como un clérigo importante. Hay que darle crédito al hombre por esto...*

—Pastor, estoy en los cuernos de un dilema terrible.

Campbell asintió y esperó más detalles mientras llegaban a una luz roja.

Joshua continuó:

—Si le doy a este tipo los documentos del SGR-DR, mi nación estará en peligro. Juré por mi vida que nunca permitiría que sucediera algo así. Jamás. Todo en mi ser lucha contra ese pensamiento. Pero si yo no... bueno, usted sabe por lo que estoy pasando. Yo nunca hago algo que pueda herir a Cal. No puedo... pero solo... Yo no, oh...

La voz de Joshua disminuyó al sentirse ahogado de la emoción y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se volvió, y mientras trataba de recuperarse miró como ausente por la ventanilla del carro.

—Trato de hacerme la idea de lo que estás pasando —le dijo Campbell—. Pero seamos realistas. Yo ni siquiera me lo puedo

imaginar. Estoy muy lejos de todo esto.

Después que cambió la luz, aceleró el carro y siguió guiándolo. Campbell miraba al frente, estudiando las señales de la calle mientras que al mismo tiempo se dirigía a Joshua. Le preguntó:

—¿Hasta qué punto conoces tu Biblia?

—Algo, no tanto como debiera. Ni siquiera tanto como Abby —dijo Joshua encogiéndose de hombros.

—La historia de Abraham e Isaac. ¿La recuerdas?

—Bueno, no sé —dijo Joshua sin entusiasmo.

—Dios le dijo a Abraham que le sacrificara a su hijo Isaac, como una ofrenda, como una demostración de fe...

—Sí, correcto. —Un instante más tarde Joshua le ripostó diciéndole —: ¿Y cuál es el punto? ¿Que yo debiera ayudar a sacrificar a mi propio hijo? ¿Es así? Está jugando, ¿verdad?

—No, —dijo Campbell con calma—. Me refiero a la otra parte de la historia.

—¿Qué otra parte?

—La forma en que terminó la historia.

Joshua se quedó en silencio. Sus ojos miraban por la ventanilla con una mirada ausente, pero él estaba cautivado con las palabras del pastor. Luego preguntó:

—Bueno, ¿y qué quiso decir eso?

—Dios detuvo la mano de Abraham y en lugar de eso dijo que Abraham había pasado la prueba. Entonces, Dios le mostró algo que estaba enredado en los arbustos...

—¿Qué era?

—Era un cordero. Dios proveyó un cordero que estaba atrapado en la espesura de los arbustos, a menos de un metro de distancia de Abraham. Dios salvó al muchacho y proveyó su propio cordero para el sacrificio.

Finalmente Joshua se apartó de la ventana y miró a Campbell.

—¿Qué quiere decir?

—Dios es experto en rescates.

Pasó un momento mientras Joshua seguía pensando en esto.

Campbell añadió:

—Puede ser que necesitemos orar a Dios para que nos provea un cordero.

Ahora su carro estaba solo a unas cuantas cuadras de la oficina de Joshua.

Joshua preguntó:

—Entonces, ¿por qué Dios no hizo que Abraham experimentara eso? ¿Matar a su propio hijo como una prueba de fe? Podía haberlo forzado a hacerlo...

Campbell puso el indicador para doblar y enfiló hasta la senda para doblar a la avenida que conducía directamente a la oficina de Joshua.

Por fin, Campbell dijo:

—Buena pregunta. Pero Dios solo permitiría que muriera *un* hijo como sacrificio por los pecados de todos los demás. Y eso sucedería dos mil años después. Cuando el mismo Hijo de Dios vendría a la tierra como un predicador itinerante para morir sobre una cruz romana en Jerusalén, muriendo por ti y por mí.

Entonces, cuando apareció la oficina de Joshua a dos cuadras de distancia, Campbell añadió:

—Y también murió por tu hijo Cal.

Joshua se quedó callado. El carro se dirigió al área privada del estacionamiento reservada para el «presidente». Los dos hombres salieron del carro y comenzaron a correr por el estacionamiento. Pero luego Joshua comenzó a ir más despacio, casi hasta detenerse. Sus ojos estaban fijos en algo, en algún lugar, pero Campbell no estaba seguro qué era o qué le estaba pasando. Aminoró el paso para emparejarse con el paso de Joshua. Ahora Joshua se detuvo, quedándose inmóvil. Campbell tuvo que preguntar lo evidente.

—¿Qué pasa?

Joshua elevó la vista y luego miró al rostro de Campbell, como si en ese momento se fijara en él.

—Bien —comenzó a decir Joshua. En las comisuras de sus labios casi había un rastro de una amarga sonrisa. Pero había algo más en el aspecto de Joshua. Un reconocimiento espantoso, serio, de algo muy profundo. La clase de cosa que solamente nace cuando una persona está en el lugar más caliente dentro del horno de la aflicción.

—Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Qué?

—Dónde podríamos encontrar al cordero.

## SESENTA Y TRES

Joshua y el pastor Campbell corrieron a la oficina de Joshua, pasaron junto a la recepcionista que con los ojos muy abiertos pestañeó al verlos.

En su oficina, Joshua tuvo acceso a su computadora privada. Tipió en código:

«Devolver al Remitente alta seguridad protocolos últimos misiles.  
Joshua RDX143TSC

DoD. Agencia de proyectos de investigación de defensa avanzados.  
EE.UU.».

A los pocos segundos la pantalla de la computadora se llenó con un índice largo, enumerando los documentos de diseños de armas SGR-DR.

Joshua tecleó en dos documentos introductorios SGR-DR que solo incluían sumarios ejecutivos y luego los envió a un archivo segregado para enviar por correo electrónico.

Sacó un pedazo de papel con la dirección en código que le había dado Atta Zimler en la última llamada telefónica. Luego tecleó la dirección y al final unió los documentos al correo electrónico.

Después que sus dedos se balancearon sobre el teclado, respiró brevemente. Elevó la vista hacia Campbell. El pastor miraba al piso. Sus labios apenas se movían.

*Manténgase orando, pastor,* se decía a sí mismo Joshua.

Joshua oprimió la tecla de enviar.

Un segundo después se leía en la pantalla.

—Ya está hecho —dijo Joshua. Y luego, con un aspecto irónico en

su cara, dijo entre dientes— he cometido mi primer acto de traición.

—Si no hay daño, no hay falta —le contestó Campbell—. Dijiste que esos documentos no revelan nada esencial.

—Exacto. No pienso que lo hagan —dijo Joshua para después añadir con una honestidad desesperada—. Eso espero.

Luego le dijo a Campbell.

—Por favor, salga de mi oficina.

El pastor lo miró con curiosidad pero asintió con rapidez.

—No quiero testigo alguno en cuanto a esto —dijo Joshua con una expresión sombría.

Campbell dejó el salón y cerró la puerta tras él.

Joshua abrió de golpe un portafolio de seguridad que era de metal, para comenzar a llenarlo. Sabía exactamente lo que el secuestrador quería. Él tenía todos esos documentos. En ese mismo instante los tenía en su pantalla, en el índice de documentos. Le llevaría unos diez minutos imprimir cada uno de ellos en el impresor de ultra alta velocidad próximo a su escritorio. Y luego debía colocarlos en el portafolio y cerrarlo. Por otra parte, solo le llevaría un minuto o dos cargarlo a un disco portátil.

—Por favor, Dios, ayúdame —dijo calladamente. Luego añadió— espero saber lo que estoy haciendo.

Nueve minutos después salió de su oficina. El pastor Campbell lo estaba esperando.

—Vámonos —dijo Joshua.

Cuando descendieron hasta el carro, Joshua oyó un pitido en el Allfone. Un mensaje de texto de Abby. Ella lo estaba enviando desde el centro de negocios en el hotel.

«Manejé a los agentes federales. No estaban contentos. Les hablé suave y rápidamente».

—Buena mujer —dijo Joshua en alta voz.

El final del texto decía: «No puedo permanecer lejos. Necesito estar

allí. Rocky y yo estaremos afuera de la Gran Estación Central para estar en el lugar. Nos aseguraremos de que no nos sigan. Estoy orando. Te quiero. Oh, Dios, ayúdanos.

Joshua le dijo al pastor que necesitaban darse prisa para regresar a la Gran Estación Central. Debían estar allí temprano. No podía arriesgarse a llegar ni un minuto tarde. Después debían esperar por el próximo contacto del secuestrador.

Al regresar, el tráfico estaba congestionado. Joshua miraba el reloj cada treinta segundos más o menos.

—Solo vamos a tener una oportunidad de quince minutos —dijo Joshua.

—Te voy a dejar en la entrada principal, donde los taxis dejan a los pasajeros —le dijo Campbell—. Luego trataré de estacionarme cerca de allí. Aquí está el número de mi celular en caso de que me necesites. Estaré en el carro hasta tener más instrucciones tuyas.

Campbell le entregó una tarjeta a Joshua que tenía el número de su celular.

Todo estaba muy congestionado. Parecía que todos los semáforos estaban en contra de ellos. Una luz roja tras otra.

Joshua apretaba el portafolio de metal contra el pecho, mientras se movían lentamente por el tráfico. *¿Funcionará esto?*, se preguntaba Joshua. Luego sacó ese pensamiento de su mente. Esto tiene que funcionar. Ahora no había más opciones.

Al fin Campbell arrimó su carro, por la calle 42, a la entrada principal del edificio de la terminal con sus tres ventanas enormes en forma de arco y una columnata de altos pilares.

Joshua iba a salir del carro, pero Campbell lo detuvo asíéndolo por el brazo.

Los ojos de Campbell estaban cerrados. Detrás de él un carro tocó la bocina. Pero el pastor Paul Campbell la obvió. Él ofrecería su bendición, su oración, y nada lo detendría.

—Amado Señor, en tu Palabra, la Biblia, dice esto: «El Señor le dijo

a Josué ... “Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el Señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas”». Amén.

Joshua abrió los ojos y saludó a Campbell con la cabeza. Después salió y le dio la mano.

—Gracias, pastor. Manténgase orando. Que yo pueda salvar a Cal. De alguna manera. Por favor, eso es todo lo que quiero. Solo salvar a mi hijo.



En el exterior de la Gran Estación Central, un van blanco desmarcado, de la policía de Nueva York, con los cristales oscuros, estaba estacionado en Park Avenue, orientado en posición opuesta a las columnas de la imponente columnata de la estación de ferrocarril. Para ayudarlo a mezclarse con la escena de la calle, le colocaron una multa por mal estacionamiento debajo del limpiaparabrisas. Dentro esperaban dos hombres, tensos y enfocados, vigilando el frente de la estación central por los espejos laterales. Uno de ellos era John Gallagher, el agente del FBI. El otro era Lou Cramer, detective de la policía de Nueva York, veterano de la unidad de contraterrorismo de la ciudad. Los dos hombres se conocían desde hacía años.

Cramer ajustó su audífono, esperando alguna palabra de su observador de la policía que se había situado en uno de los pisos superiores del Edificio Lincoln, que brindaba una buena vista de la terminal del ferrocarril. Pero todavía no había ninguna palabra.

—¡Qué bueno es volver a estar juntos a la espera! —dijo Cramer.

Gallagher simplemente contestó con un «sí» y un asentimiento visible. Pero ambos sabían lo que el otro estaba pensando. Las tensiones entre el FBI y la Policía de Nueva York eran legendarias. Pero se habían exagerado. Luego de algunos años se volvieron a recrudecer, allá por el 2009, con el arresto de Najibullah Zazi. Las acusaciones decían que él planeaba volar los trenes subterráneos de Nueva York. La prensa tuvo otro día de fiesta con eso, acerca de la supuesta contienda entre los departamentos. La verdad era que

Gallagher, de los federales, y Cramer, de la policía de Nueva York, habían trabajado el caso en silencio. Juntos, en la oscuridad, fuera del centro de atención. Así que tuvieron que reírse de los titulares. Esa fue la última vez que fueron socios en un caso conjunto de terror.

Hasta ahora.

En ese momento el detective Cramer recibió un mensaje por el audífono. Asintió y escuchó. Luego lo apagó y se volvió a Gallagher.

—Joshua Jordan acaba de salir de un carro frente a la terminal y lleva un portafolio.

Joshua estaba en la acera exterior de la estación de trenes. Miró su reloj. Echó una larga mirada alrededor del área circundante y vio a Abigaíl y a Rocky parados en la acera, junto a un estanquillo de periódicos, a unos treinta metros de distancia.

Joshua le dio un saludo rápido y restringido con dos dedos a nivel de su cintura.

Abigaíl apretó las manos sobre el corazón e hizo un movimiento hacia él.

Él podía leer su cara, incluso a la distancia, la postura de su cuerpo. Temor, anhelo, esperanza. Todo esto envuelto en un solo momento. Esa mirada furtiva entre esposo y esposa. Situados aparte, pero unidos por la misma crisis inconcebible.

Pero de inmediato Joshua hizo un no con la cabeza cuando Abigaíl dio medio paso hacia él. Rocky, al mismo tiempo, la alcanzó y con gentileza la tomó del brazo.

Joshua les dio un sí breve y comenzó a caminar hacia las puertas de la entrada principal.

Dentro del van, el detective Cramer se volvió a un policía masculino y a una policía femenina que estaban en la parte trasera del van. Ambos estaban vestidos como turistas.

—Bien —les dijo—, ya están en acción.

Los dos policías, en traje de calle, salieron apresurados del van y comenzaron a caminar casual pero rápidamente hacia la posición de

Joshua, cerca a las puertas de entrada. El hombre pretendía leer un mapa de Nueva York para el turismo de la ciudad cuando él y su compañera femenina se acercaron a un transeúnte, pero no le dieron importancia. Luego caminaron hasta Joshua.

—¡Oiga! —llamó el hombre a Joshua, señalando el mapa—, ¿me puede decir dónde está el Empire State Building?

Joshua estuvo a punto de ahuyentarlos, pero entonces el hombre deslizó en la mano de Joshua un pequeño audífono electrónico plástico. Él sabía que era un audífono omni direccional sofisticado que podía enviar comunicaciones en dos vías.

—Póngaselo en el oído derecho, Sr. Jordan —susurró—. Somos policías, estamos aquí para ayudarlo. Luego el hombre y la mujer sonrieron, y en voz alta agradecieron a Joshua las direcciones y se fueron riéndose.

Joshua, con mucha discreción, insertó profundamente en su oído el pequeño audífono.

Esperó. Nada.

Luego una voz.

—Sr. Jordan, este es Lou Cramer, detective del Departamento de la Policía de Nueva York. Vamos a ayudarlo hoy. Déjenos trabajar juntos para rescatar a su hijo.

—¿Cómo lo supo...?

—No se preocupe ahora de eso, señor.

—¿Que debo hacer?

—Prosiga con la reunión. Estaremos vigilándolo.

—¿Y si él recoge esta conversación?

—Imposible. Esta es una frecuencia especial. Si trata de escanearnos electrónicamente todo lo que conseguirá será un ruido blanco.

—Debe saber que todavía estoy esperando que se vuelva a comunicar conmigo.

—Magnífico. Bueno. Si consigue algunas informaciones sobre dónde pueda estar su hijo, necesita hablar en voz alta, que sea audible. Nosotros las recogeremos desde aquí.

—Este tipo es inteligente. No pienso que él me va a decir dónde está Cal.

—No, eso es verdad. Por lo menos no directamente.

—Entonces, ¿qué?

Dentro del van Gallagher escribió una nota para que el detective la leyera. Luego de mirarla, el detective Cramer asintió y entonces le dijo a Joshua:

—Hemos obtenido algunos otros recursos disponibles. Maneras para tratar de ayudarlo. Y también a Cal. Solo relájese, y siga con la corriente. Nosotros lo vamos a acompañar por cada paso del camino.

Después, el detective apagó el micrófono.

—¿Conseguiste francotiradores? —preguntó Gallagher.

—Sí. Todos los hombres de nuestro equipo de crisis son de primera. Y la brigada de bombas está lista por si hiciera falta. No te preocupes, John, tenemos esto cubierto.

—Tú no conoces a este tipo. Atta Zimler es lo mejor. Él puede oler una trampa casi imposible de agarrar. Yo lo sé bien. Hace años que lo estoy cazando.

—Hasta los mejores tipos malos tienen un mal día. Esperemos que este sea el suyo.

—De modo Lou —añadió Gallagher— que en cuanto a mi participación en este asunto...

—Sí, conozco la práctica. Nosotros te llamamos. Tú no nos llamaste. Estás aquí solo porque te lo pedimos. Y solo como consultor.

—Exacto —dijo Gallagher—. Como puedes ver, ni siquiera traje un arma.

—Comprendo. Ahora tranquilízate, John.

Pero Gallagher no podía. Su pecho y esófago se sentían como si

estuvieran aplastados en una presa industrial abrazadora.

Gallagher sacó una botellita de leche del bolsillo de su abrigo, le quitó la tapa y se tomó un trago.

—¿Úlceras? —preguntó el detective.

—¿Qué pasa, Lou, acaso ahora eres mi médico?

Después Gallagher miró su reloj y entonces masculló:

—Ven, mi monstruo, que te estamos esperando. Todo está listo. Entra a la trampa, bandido. Entra... vamos...

## SESENTA Y CUATRO

Una ola de tráfico humano entraba y salía de la Gran Estación Central, ajenos a la catástrofe que se esperaba adentro.

Dentro del salón principal, en un banco de una esquina, un hombre que parecía ser un oficial de Amtrak, con una barba muy bien cortada y unos espejuelos oscuros, trabajaba en un pequeño laptop. Atta Zimler estaba orgulloso de sus disfraces. Este era el que debía que usar para esta asignación en particular.

La pantalla de su laptop tenía protección lateral. Solo él podía leerla. En la pantalla había un diagrama del interior de la terminal. A un lado de la pantalla había varios cuadros. Una decía Scaneo de comunicación electrónica. Tocó la caja con el índice y oprimió una tecla. La pantalla reveló dos puntos intermitentes, uno de ellos estaba a menos de treinta metros de su posición. Tocó la pantalla con el dedo, donde el punto estaba pestañeando.

Luego se insertó el audífono al oído, y comenzó a escuchar. Un hombre estaba hablando acerca de un problema en el cableado eléctrico.

Zimler miró hacia la posición del diagrama, donde la pantalla de su computadora había localizado la fuente de la comunicación electrónica. En medio de la multitud de viajeros descubrió a un hombre vestido con un uniforme de mantenimiento verde, agachado junto a un toma corriente con una caja de herramientas a su lado.

Entonces Zimler tocó el otro punto intermitente, este indicaba un punto en otra parte del edificio, mucho más lejos. Su scáner de transmisión inalámbrica estaba recogiendo un radio de la policía. Él lo escuchó. Un oficial estaba haciendo una llamada de rutina desde su posición, mientras que caminaba a través del salón.

Zimler, tomando una precaución adicional, apretó la segunda caja de su pantalla donde se leía «Alimentación de Video Público». En la esquina inferior de la pantalla apareció una cajita. Estaba en blanco. Con el dedo tocó el segundo punto intermitente y la caja se encendió con un cuadro en blanco y negro que capturaba lo que se veía por una cámara de vigilancia en esa parte de la terminal.

Zimler miró a medida que la policía, haciendo su patrulla rutinaria, inclinaba su cabeza hacia un lado donde llevaba un pequeño Walkie-Talkie colgando de su cuello y terminaba su transmisión. Zimler fijó la mirada en la imagen de la esquina de su pantalla y vio al oficial pasear lentamente por fuera del edificio para terminar su horario del día. Entonces minimizó la imagen y volvió a la pantalla principal del diagrama de la terminal.

Puso el dedo en la parte del diagrama que mostraba un pequeño cuarto de almacenamiento, lo seleccionó tocándolo con el dedo. La caja de la imagen en la pantalla estaba vacía. Entonces fue a una tercera caja al lado de su pantalla. En esta se leía «Alimentación de Video Privado». Tocó en esa. Luego volvió a tocar el local del cuarto de almacenaje.

Ahora la imagen se encendió en la cajita de video, en la esquina inferior. Zimler tocó una tecla para ampliar la imagen y verla más de cerca. Después la volvió a tocar para obtener una imagen todavía más cercana. Ahora podía leer la pantalla amarilla LCD conectada con la bomba que él había construido con tanto cuidado. La equipó con explosivos plásticos de alto grado y la armó con las tapas explosivas que había comprado en la pequeña tienda de artículos de minas en West Virginia. En la esquina de la pantalla de la bomba LCD tenía un relojito digital que estaba parpadeando con las palabras «Preparado-Listo».

Zimler sacó el control del detonador digital que parecía un minúsculo control remoto de televisión y se preparó para presionar el funcionamiento del reloj. Luego miró al fondo de la imagen del video, en la pantalla de su laptop, la cual mostraba el interior de un cuarto de almacenaje con una imagen detallada de la pantalla LCD en la

bomba.

Presionó el botón del reloj. Ahora se iluminó la pantalla LCD del reloj en la bomba y comenzó la cuenta regresiva: 30:00... 29:59... 29:58... 29:57... Zimler puso el control remoto del detonador en su bolsillo y sacó dos Allfones.

Todo estaba en su lugar. Ahora todo lo que tenía que hacer era localizar a su mensajero.

□□□

Fuera de la terminal, al lado de las puertas principales de la entrada, Joshua comenzaba a preocuparse. Había venido y se había ido la hora en que él debía recibir alguna comunicación del secuestrador. Comprobó su propio Allfone para asegurarse de que estuviera funcionando y que la batería estuviera buena. Todo estaba bien. Entonces, comprobó también el otro Allfone, el que pertenecía a Rocky. No había mensajes. Su cerebro andaba corriendo. *Ven. Ven. ¿Dónde estás? Vamos.* En eso andaba cuando de repente se dio cuenta que alguien se le estaba acercando. El tipo tenía un abrigo largo y sucio, y una barba enmarañada. Y en la cabeza usaba una bandana. Parecía un pordiosero.

Joshua lo tomó por un mendigo buscando un par de dólares, así que metió la mano en el bolsillo para sacar algún dinero y así despachar al tipo. Pero cuando el pordiosero estuvo solo a un metro de distancia, Joshua notó que ya tenía el dinero en la mano. Vino directamente hasta Joshua y se detuvo. Mirándole la mano, Joshua pensó *El hombre está sujetando un billete de cien dólares.*

Entonces el pordiosero le extendió la otra mano a Joshua. En su mano tenía una pequeña bolsa de papel.

La tomó y sintió algo dentro de la bolsa, algo duro y cuadrado. Durante un momento el cerebro de Joshua le decía que no la abriera. Podía ser cualquier cosa. Toda la escena era dolorosamente extraña.

Pero con esa misma rapidez él supo que tenía que seguir el juego. El detective le había dicho que siguiera la corriente. No tenía otra opción. Joshua Jordan, el hombre que estaba acostumbrado a tener el

mando, a tomar decisiones clave, a controlar el escenario, ahora supo que todo esto era más grande que él y que en última instancia estaba fuera de su control. A lo menos por el momento.

Joshua sacó algo de la bolsa. Era un Allfone.

En ese momento el pordiosero se metió el billete de cien dólares en el bolsillo, miró con preocupación hacia la terminal, como si alguien lo estuviera vigilando, y luego se apresuró sin rumbo por la acera.

Ahora Joshua leyó el mensaje en la pantalla del Allfone.

Decía: «Aprieta en Video».

Joshua presionó con su dedo índice la tecla video del Allfone.

La pequeña pantalla se alumbró con una imagen. Y cuando Joshua lo vio, sintió como si el terreno que pisaba se le deslizara bajo sus pies. Como el temblor inicial de un terremoto. Se dijo a sí mismo que debía concentrarse, pero su corazón se le rompía.

*Tranquilízate, Josh. Tranquilízate.*

¿Qué estaba viendo? ¿En realidad estaba viendo esto?

Era una imagen en vivo de Cal. Estaba atado. Su boca cubierta con cinta adhesiva. Había algo alrededor de su cuello. Como un abultado collar electrónico de alguna clase. Unidas al collar, tenía una serie de paqueticos del tamaño de unas barajas. Joshua había visto esto antes. Su experiencia militar le dijo lo que era esto.

*Amado Dios...*

El collar contenía varios bloques de explosivos plásticos, quizá Semtex.

Después la imagen se amplió automáticamente. Ahora Joshua pudo ver el reloj digital atado a la bomba alrededor del cuello de su hijo. Estaba andando. Se leía: 25:14... 25:13... 25:12...

La imagen desapareció y en la pantalla del Allfone que Joshua tenía en la mano se leía:

«¿Lo quiere salvar? Traiga el paquete del SGR-DR a la gran escalera en el lado oeste de la terminal. Venga solo o verá explotar a su hijo».

Joshua sostuvo el Allfone. Con la otra mano agarró el portafolio de metal. Se encaminó hacia las puertas, tropezando con los viajeros de negocios y los turistas que entraban y salían de la estación de trenes. Todos ellos, excepto Joshua, iban y venían inconscientes del desastre potencial que se aproximaba segundo a segundo.

Cuando entró a la terminal se quedó pensando en una cosa, y en silencio se la repetía en su mente una y otra vez.

*El cordero en el arbusto. El cordero en el arbusto. El cordero en el arbusto.*

## SESENTA Y CINCO

—Mi hijo tiene una bomba atada alrededor del cuello —hablaba Joshua en alta voz para que Gallagher pudiera escucharlo por el audífono en su oído, mientras él se encaminaba a través de la multitud hacia el gran salón de la terminal.

—¿Algún indicio de dónde está? —replicó John Gallagher.

—Parece que en algún cuarto, en algún lugar... no estoy seguro dónde.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Él me quiere en la escalera grande, al lado oeste de la terminal. Gallagher tomó su Allfone personal con tanta rapidez que casi lo deja caer. El tenía a Pack McHenry en un discado rápido.

—Muy bien. Ustedes, hombres patriotas, piensen que son genios. Es hora de pasar la cuenta. Atta Zimler va a estar dentro del edificio muy cerca a la escalera grande del extremo oeste. El tipo siempre trabaja solo, así que la entrega será a él. Ustedes tienen las fotos de Zimler. Estoy seguro que estará disfrazado. Hagan que su cámara de video escudriñe a los sospechosos de la zona y lo envíe aquí, a la pantalla de nuestra computadora. Confirmaré cuál es Zimler.

En ese momento, dos de los asociados de Pack McHenry comenzaron a caminar entre las multitudes, por el gran salón, dirigiéndose cada uno hacia el extremo oeste con micro cámaras de video en sus solapas. Cada vez que veían a un sospechoso presionaban el control remoto en sus bolsillos y tomaban una instantánea.

Las fotos comenzaron a inundar la pantalla en el van.

—Y, ¿quiénes son esos hombres que están tomando las fotos? Preguntó el detective Cramer a Gallagher.

—Ah, contratistas privados... —dijo Gallagher, tratando de mantener una cara normal mientras lo decía.

Cramer le dio un vistazo raro. Pero Gallagher estaba demasiado ocupado para notarlo. Presionaba frenéticamente la tecla de eliminación para cada una de las fotos en la pantalla después de verlas y rechazarlas.

—Ninguna de esas personas se aproximan a Zimler —gruñó Gallagher.

Entonces vio a uno que atrajo su atención y presionó el amplificador.

En la pantalla se veía un oficial de Amtrak, con espejuelos oscuros y una barba, sentado en una esquina e inclinado sobre un laptop minúsculo.

Gallagher lo amplió todavía más. Luego más cerca.

—Buen disfraz —dijo Gallagher señalando la imagen.

—¿Es ese?

—Apuesto que sí —dijo Gallagher.

—Entremos entonces, ¿está bien?

—No. Me parece que en un lugar muy cerca, en la terminal, él tiene a Cal Jordan usando ese collar Semtex. Tenemos que encontrar dónde.

—¿Cerca? ¿Cómo lo sabes?

—Zimler emplea múltiples planes de seguridad. Tener a Cal cerca de la acción, como rehén, le da una palanca en caso de que las cosas vayan mal. Luego Gallagher volvió a tomar su Allfone.

—Bien —dijo a Pack McHenry— el tipo de Amtrak con la computadora, en la foto marcada jpg14b, ese es nuestro hombre.

—Magnífico —dijo McHenry—. La próxima voz que oirás será la de nuestro jefe de inteligencia cibernética.

—Agente Gallagher —dijo la voz—. Estoy situado fuera de la terminal, en un camión de helados. He despachado a un contacto que

se acercará a Zimler para hacer una vigilancia no intrusa de su computadora. De acuerdo a lo que yo entiendo, ¿tiene usted razones para creer que él pueda tener en ella datos que revelen el local del rehén?

—Sí. El hombre es un cibermaníaco. Es probable que lo tenga en su computadora. Pero va a tenerlo todo en clave. Yo no sé cómo podrá descifrarlo. Solo tenemos unos minutos...

—No invadimos la señal digital —dijo la voz—. Vamos asimétricos. Si está en la pantalla de su computadora, lo conseguiremos.

—va a tener que estar muy seguro de esto —le respondió Gallagher.

—Agente Gallagher —dijo la voz—, la pantalla del laptop del Sr. Zimler, como cualquier monitor, emite señales digitales. Se renueva a sí misma casi cien veces por segundo. Nosotros examinamos esas señales, las entramos en nuestras computadoras y las desciframos; si excluye las emisiones normales del monitor, lo que queda son los Pixels que forman la imagen en su pantalla. Muy pronto estaremos viendo exactamente lo que él está viendo. Espere... —agregó la voz— está bien, ahora estamos entrando la información. Solo necesitamos que su laptop permanezca abierto y que la pantalla se cargue con sus imágenes durante otro minuto o dos para producir la imagen. Tenemos que hacer que su laptop se mantenga activo.

Un operativo Patriota, dentro de la terminal y ahora situado a seis metros de Zimble, parecía absorto mirando un programa deportivo en un pequeño televisor de mano. Dentro del aparato, el sensor electromagnético estaba recogiendo y leyendo las señales digitales del monitor del laptop de Zimler.

□□□

Para Zimler, la última escena del último acto estaba lista para ejecutarse. Ya él había recibido un correo electrónico de un contacto de armas iraní que verificaba que los documentos introductorios SGR-DR que Joshua Jordan había enviado eran auténticos. Ahora él estudiaba una vez más en la pantalla la localización de Cal Jordan. Tecleó la localización del cuarto de almacenamiento. Luego lo amplió

para verlo más de cerca, de modo que pudiera leer el reloj en la bomba que rodeaba el cuello de Cal. Se leía 19:28... 19:27...

De repente Zimler levantó la vista y comenzó a mirar alrededor del salón, como si sintiera algo.

Comprobó su reloj. Volvió a mirar por los alrededores. Notó a un hombre que miraba un pequeño TV. El hombre estaba de pie, un poco cerca. Enseguida Zimler comenzó a descargar su laptop pero algo ocurrió.

—Perdone —le dijo una mujer que arrastraba tras ella una maletica de ruedas mientras trataba de dirigirse a Atta Zimler—. No puedo encontrar la lista para las horas de salidas del tren de Dover. ¿Me puede ayudar?

—No, lo siento, vaya al buró de información —le dijo Zimler mientras que de nuevo comenzaba a alcanzar su laptop.

—Ya lo hice —insistió ella—, pero no me pudieron ayudar.

—Por favor, yo no soy la persona adecuada... —le dijo impulsivamente.

—Pero usted es un oficial de Amtrak, ¿no es así?

Zimble se quedó en blanco durante un momento mientras miraba a la mujer. Luego, con rapidez, se repuso y sonrió.

—Sí, por supuesto. Pero los horarios de los trenes no son parte de mi trabajo.

—Bueno, realmente estoy tan desencantada —dijo la mujer enojada y se fue. Cuando pasaba junto al hombre que miraba la TV, sus ojos se conectaron durante una fracción de segundo en una mirada de camaradería. Ella siguió caminando hasta desaparecer de la vista.

□□□

—Muy bien, ¿dónde estamos en todo esto?, —gritó Gallagher en su Alfone.

—Solo un segundo. No estoy seguro —era la voz del experto en inteligencia cibernética—. Hemos obtenido una clase de imagen,

pero...

Dentro de la terminal, Atta Zimler apagó su laptop, lo dobló y cerró y ahora se ponía de pie. Iba sosteniendo el pequeño laptop con la mano izquierda. Extendió su mano derecha y agarró un maletín de titanio que estaba en el suelo, junto a él. Era pesado.

Luego comenzó a caminar hacia el extremo oeste, hacia la escalera grande.

Joshua Jordan ya estaba allí, meciéndose en sus pies, esperando, con su portafolio en la mano. Estaba examinando el salón en busca de su persona de contacto.

Entonces, John Gallagher oyó la voz del experto en computadoras. Él tenía su Allfone en el altavoz, así que el detective Cramer también lo oyó.

—Bien, obtuvimos la imagen del laptop de Zimler. Él estaba mirando un diagrama de la terminal. Había un cursor parpadeante sobre un cuarto pequeño... quizá un cuarto de almacenaje de alguna clase... Va de norte a sur, precisamente fuera del gran salón...

—Lo tengo —exclamó el detective Cramer. Se comunicó por radio con la brigada de desactivación de bombas para que entraran en todos los cuartos de almacenaje a lo largo de esa parte de la terminal.

—Pero dícales que no hagan ruidos —le gritó Gallagher a Cramer, aunque solo los separaban medio metro de distancia—. Si Zimler ve a un montón de hombres de la policía usando los trajes protectores y corriendo a ciegas por la estación, ¡que Dios me ayude!, detonará...

## SESENTA Y SEIS

—Estoy aquí, junto a la escalera —Joshua se estaba reportando mientras permanecía al final de las escaleras de mármol en espiral. Unas cuantas personas lo rozaban al pasarle por el lado, pero todos seguían caminando—. Aún nadie se me ha acercado. No sé dónde está él... ¿qué está pasando con Cal?

—Creo que ya lo hemos localizado en la terminal.

—Gracias a Dios...

Estamos enviando algunos expertos en bombas.

—¿Qué si nuestro tipo malo los ve?

—Ellos serán tan discretos como sea posible. Nos parece que tu secuestrador está vestido como un oficial de Amtrak. Es probable que lleve uno o dos portafolios o laptops. Algo como eso...

Fue entonces que Joshua avistó a Zimler, vestido con su uniforme de Amtrak, descendiendo rápidamente por las escaleras en su dirección, llevando dos maletines, uno pequeño y otro grande. Una vez más Joshua volvió los ojos al Allfone que Zimler le había entregado con el video de la bomba sonando.

Se leía: 09:36... 09:35...

—Está aquí —susurró Joshua.

En la calle, dentro del van sin marcar de la policía, Gallagher decía:

—¿Qué está diciendo?

—Oiga —dijo Jordan de nuevo. Pero el ruido del ambiente dentro de la terminal hacía que fuera difícil recoger el audio de Joshua.

—Sr. Jordan —dijo Zimbler—, qué placer.

Ahora él estaba situado junto a Joshua Jordan. Joshua lo estaba

midiendo. El otro hombre tenía cerca de una pulgada menos. Posiblemente tuviera unas diez kilos menos de peso. Parecía estar en buena forma, pero nada más. Joshua estaba considerando sus opciones. *Si tengo que derribar a este tipo, podría hacerlo.*

Dentro del van, Gallagher trataba de imaginarse lo que estaba sucediendo. Deseaba que estos hombres Patriotas tuvieran más cámaras para barrer el área y tomar videos de la acción. Pero ya ellos habían usado a cuatro de sus agentes, dos con cámaras de vigilancia, uno sosteniendo una pequeña TV mientras recogía las emisiones de la computadora de Zimler y una mujer pasando como una pasajera retrasada que quería tomar el tren a Dover. Nadie quería asustar a Zimler con una cara conocida que lo estuviera rodeando.

Pero entonces, al agente del FBI se le ocurrió un pensamiento fugaz. Se imaginó a Joshua Jordan, un héroe militar, reuniéndose con el hombre que mantenía a su hijo como rehén. Él conocía la apariencia modesta de Zimler. También sabía que él era tan mortífero como una serpiente de coral.

Gallagher presionó el micrófono.

—Joshua, este es Gallagher. Una última advertencia: No subestime físicamente a este hombre. Es un tipo muy peligroso.

Zimler estaba cerca a Jordan y examinó el salón, girando la vista unos trescientos ochenta grados.

—Creo que hoy usted ha traído a algunos amigos —dijo Zimler para probarlo—. Le advertí lo que haría si eso sucedía.

—¿Piensa que sería tan tonto? Ahora deme a mi hijo.

Zimler y Joshua se miraron.

Joshua bajó la vista al video en el Allfone. La bomba ahora decía: 07:19... 07:18... El necesitaba, con desesperación, apresurar las negociaciones.

—Apague la bomba.

—Todo a su debido tiempo.

—Le digo que desactive la bomba —dijo moviéndose medio paso

hacia Zimler.

—Usted no me ha dado los documentos del SGR-DR. Aquí es usted el que está perdiendo el tiempo.

Joshua le ofreció el portafolio de metal que tenía.

Pero Zimler no lo agarró. En lugar de eso, dijo:

—No aquí. No ahora. Sígame y recuerde que tengo el poder de parar esa bomba. O de detonarla. Intente algo fuera de lo ordinario y yo reduciré a su hijo a un montón de masa quemada y sangrienta.

Luego Zimler dio la vuelta y comenzó a caminar en medio de la terminal

—¿Adónde vamos? —preguntó Joshua.

—¿Quiere ver a su hijo? Usted va a verlo ahora mismo. Yo se lo entregaré. Ustedes dos van a estar juntos.

El pánico lo golpeó. Joshua se dió cuenta que la brigada de desactivación de bombas podía estar allí ahora. Zimler podía tropezar con ellos. Eso podría significar el desastre.

—¿Quiere decir donde está Cal... con la bomba alrededor de su cuello?

—Por supuesto —dijo Zimler friamente mientras caminaban.

—¡Eso es negativo! —dijo Joshua y se detuvo.

Zimler se detuvo. Cambió el laptop de mano, el que tenía el maletín grande de titanio.

Los dos hombres se miraron uno al otro. Zimler sacó el detonador de su bolsillo. Cuando habló, se movió hasta el rostro de Joshua y le dijo entre dientes con una intensidad demoníaca:

—Mire esto, Sr. Jordan. Lo que tengo en la mano es la vida de su hijo. Un apretón del botón, y él no será más que un humo rojo.

—Yo no voy a ir al mismo salón de la bomba —tartamudeó Jordan.

De repente Zimler retrocedió. Sobre su cara revoloteó una sonrisa y se rió entre dientes.

—Héroe americano —dijo Zimler de mal genio—, ¡usted es un

cobarde y no quiere acercarse a la bomba! ¿Es eso? —Se rió otra vez —, está bien, sígame.

Zimler condujo a Joshua a un corredor. Se detuvo a la puerta de un armario de servicio de limpieza. Sacó algunas llaves, probó una, falló, probó otra, y entonces abrió. Empujó a Joshua hacia adentro, encendió la luz y cerró la puerta. Dentro del salón de ciento veinte centímetros por ciento veinte, lleno con trapeadores y un carro de limpieza, se volvió a Joshua y le dijo:

—Abra el portafolio.

Joshua miró al Allfone: 4:02...

—¡Pare la bomba! —gritó.

—¡Muéstreme los documentos SGR-DR!

Este era el momento de tomar una decisión. Joshua supo que no tenía más opción que encomendarse a las manos del Dios a quien su esposa oraba. El Señor de toda la historia, del cual predicaba el pastor Campbell.

Oró en silencio por lo que sucedería próximamente.

En ese momento, Joshua respiró profundamente y entregó todo lo que le era tan querido. Se agachó junto a su portafolio de metal. Giró la combinación del mecanismo de la cerradura y esta se liberó. Luego levantó el portafolio hasta la altura de su pecho y lo abrió poniéndosela frente a sí mismo de manera que Zimler no viera el contenido.

Joshua no se apresuraba, dejaba que pasara el tiempo, esperando que la brigada de desactivación de bombas ya hubiera alcanzado a Cal, con la esperanza de que ellos estuvieran desarmando la bomba mientras él estaba encerrado en un armario de limpieza frente a frente al secuestrador.

—Muéstremelo —dijo Zimler.

Joshua volteó el portafolio abierto a Zimler para mostrar su contenido.

Zimler miró adentro y sonrió durante un segundo.

Pero al segundo siguiente su sonrisa se desvaneció y su faz tomó un aspecto de odio inmisericorde que era casi de otro mundo.

—¿Qué es esto? —preguntó Zimler.

Atta Zimler estaba mirando dentro del portafolio. Estaba mirando la cubierta amarilla de un libro de teléfono de la ciudad de Nueva York. Luego, lleno de furia, levantó los ojos hacia Joshua.

—¿Quién piensa usted que es? ¿Quién piensa usted que es?

Joshua, con una voz de resignación total, replicó quietamente:

—Yo soy el cordero en el arbusto.

## SESENTA Y SIETE

Todavía Atta Zimler sostenía el detonador en su mano izquierda. Con la derecha colocó el pequeño laptop y el portafolio de titanio sobre el suelo, como un robot, sin emoción alguna.

A la velocidad de una serpiente enroscada usó su mano derecha para pegarle a Joshua por el cuello y luego lo agarró, lo apretó con la fuerza de un torno y lo dejó sin poder respirar.

Joshua tiró al suelo su portafolio y con sus dos manos trató de zafarse del agarre de Zimler en su laringe. Luchó pero era incapaz de zafarse del control de Zimler. Joshua estaba asombrado de la fortaleza de su oponente y ya boqueaba por falta de aire.

Entonces Zimler lo dejó ir y se echó atrás. Levantó el detonador lo suficientemente alto para que Joshua lo pudiera ver.

—Diga adiós a su hijo.

—No, tendrá que conseguir los datos directamente de mí. Yo se los puedo dar...

—¿Cómo? Usted es un necio...

—Le daré mi contraseña... allí usted tiene su laptop —le dijo señalándolo—. Podrá tener acceso a los documentos directamente de mi computadora...

—Le dije que quería los documentos...

—Esto es mejor. Tendrá acceso electrónico. A todos ellos...

Joshua miró la imagen en el Allfone. El reloj de la bomba marcaba: 00:49... 00:48...

Zimler, considerando sus opciones, miraba a Joshua con la mirada de una máquina de matar.

Entonces, Joshua volvió a mirar la pantalla LCD del Allfone. Todavía se leía: 00:48. Joshua miró por tercera vez. El reloj se había detenido... Se dio cuenta de lo que acababa de suceder. *La brigada de desactivación de bombas había encontrado a Cal.*

De nuevo miró la imagen en la pantalla del Allfone. Ahora vio las manos que esta vez alcanzaban el cronómetro y le quitaban los alambres.

Joshua levantó la vista hacia Zimler. El asesino vio algo en el rostro de Joshua. No el aspecto de una víctima, sino el de alguien que ahora se consideraba ser el triunfador.

Zimler sonrió torcidamente y mantuvo el detonador en el aire. Ya no le preocupaban los documentos SGR-DR. Él iba a demostrar su capacidad.

—Mi reputación no tiene precio —dijo Zimbler—. No puedo tener a imbéciles como usted pensando que ganaron el juego...

Apretó el gatillo del detonador negro. Y esperó.

Ningún sonido.

Zimbler agarró el Allfone de la mano de Joshua y miró a la pantalla. Vio las manos de los oficiales de la brigada de desactivación de bombas dasatando a Cal Jordan.

Zimbler lo miró a los ojos con la mirada de una furia negra. Joshua también lo miró. En su rostro estaba la resolución férrea de un padre.

—No consiguió a mi hijo —le dijo Joshua—. No ahora. Ni nunca...

—Joshua, Joshua —era Gallagher gritando por el audífono—. Tenemos a Cal. Está a salvo. ¿Oyó esto? Él está a salvo.

Joshua susurró una sola palabra. Apenas era audible. Solo él sabía lo que significaba.

—Isaac.

Zimbler oyó la palabra y miró a Joshua a los ojos, frío como una piedra.

—Ahora vamos por usted. Hemos estado rastreando el micrófono que le dimos. Ellos han establecido su localización... —anunció

Gallagher.

Hubo algo en la inclinación de la cabeza de Joshua cuando oyó eso. Algo que lo delató.

Zimbler lo vio. Sacó del bolsillo una pistola de 9mm y la pegó contra la mejilla de Joshua. Entonces metió el dedo en el oído izquierdo de Joshua. Al no encontrar nada, lo hizo en el oído derecho. Pescó el audífono. Zimbler lo tiró al suelo y lo pisoteó.

—No tengo a su hijo —le dijo a Joshua—, pero todavía lo tengo a usted.

Siguió apuntando a Joshua con la pistola mientras tomaba su maletín de titanio y sacaba un par de esposas. Hizo clic en el hueco de la agarradera del estuche de titanio. Luego hizo clic en la otra esposa en la muñeca izquierda de Joshua.

Zimler sacó de su bolsillo un pequeño segundo control remoto, este de acero inoxidable. Apretó el botón encendedor en el reloj de cuenta regresiva de la bomba que tenía dentro del maletín de titanio ahora atado a la muñeca de Joshua.

En la pantalla de LCD, en el extremo del maletín, se leía: 03:00... 02:59... 02:58...

—Oiga, Joshua, perdimos su señal, ¿qué pasó? ¿Dónde está? —gritaba Gallagher por el micrófono, pero nadie lo escuchaba. Entonces se volvió al detective Cramer y gritó:

—Se acabó. Tienes que sacar a Joshua de allí *¡ahora mismo!* Situado cerca a Joshua, Zimler exigió:

—Deme la contraseña para su sistema de correo electrónico.

—No, ya mi hijo está a salvo. Las reglas del juego han cambiado... y usted perdió...

—¿Está loco? Tengo este maletín equipado para explotar en unos pocos minutos. Démelo y lo pararé...

—No va a conseguir mis documentos SGR-DR.

—Entonces, usted morirá.

Eso era algo para lo que Joshua, en su interior, se había preparado

durante todo ese tiempo. Pero estaba angustiado. Su mundo se estaba derribando. Quería decirle adiós a Abby. Decirle algo a Cal. Y a Deb. Pero no había tiempo...

Joshua bajó la vista al maletín y le pasó la mano a la superficie. Reconoció el material.

—Sí, titanio —le dijo Zimbler—. Casi imposible de romperlo desde el exterior. Pero si en su interior explotara una bomba a la temperatura de ochocientos grados Fahrenheit, se romperá en fragmentos bastante bien. Así que, si quiere ser un héroe, evite las multitudes. Aunque es difícil en un lugar como este. Adiós.

Zimler se metió el arma en el bolsillo y huyó del cuarto. A quince metros se metió en un baño de hombres, dentro de uno de los compartimientos. Se quitó su barba teatral, su saco de Amtrak y los espejuelos oscuros. Miró el reloj. Ahora tenía que salir de la estación.

La pantalla LCD en el maletín atado a Joshua señalaba: 2:05... 02:04...

Joshua salió corriendo del armario de artículos de limpieza, tirando salvajemente de la esposa en su muñeca. No pudo sacar la mano. Buscaba por cualquier lugar un cuchillo, algo afilado. ¿No podría cortarse la mano?

Comenzó a correr por el pasillo que conducía a los trenes mientras gritaba: «¡Bomba, bomba, apártense de mí! ¡Hay una bomba en este estuche! Apártense...»

Las multitudes alrededor de él comenzaron a gritar y a tropezar para salir de su camino.

Vio un túnel que conducía a las líneas del ferrocarril. Lejos del edificio. Lejos de las masas. Tenía que llegar allí. Joshua iba corriendo con el maletín colgado a su muñeca. Un guardia de seguridad de Amtrak se lanzó contra él, Jordan lo noqueó y siguió corriendo.

Ahora estaba entrando en el patio del tren. Los trenes estaban alineados en diferentes carriles y los pasajeros los abordaban.

Movió la cabeza, buscando un espacio vacío. Bajó la vista a la

pantalla del LCD. Decía 00:56 segundos.

*Abby, te amo. Cal y Deb, los amo.*

Descubrió una línea vacía en el extremo lejano. Corrió hacia ella. Entonces oyó que alguien lo llamaba.

Era el agente John Gallagher que corría y gritaba:

—¡Soy el agente Gallagher del FBI! —Estaba a unos treinta metros detrás de él y lo descubrió—. Joshua, espere...

—Esto es una bomba... —respondió Joshua—. ¡Aléjese!

—¡Podemos ayudarlo!

—No hay tiempo...

La pantalla LCD marcaba 00:36...

Se venía aproximando una locomotora que arrastraba un solo carro vacío. Joshua corrió hacia esta por la plataforma al lado de la línea.

De repente a Joshua se le ocurrió algo.

*Trabado en el arbusto.*

Volvió la vista a Gallagher e hizo una decisión desesperada. Cuando esto sucedió, Gallagher lo vio y se quedó boquiabierto.

Joshua saltó hasta la senda de la locomotora. Alguien gritó en una de las otras plataformas de pasajeros.

Abajo, en las líneas del ferrocarril, Joshua colocó la cadena de la esposa, que medía cinco pulgadas, sobre el metal del raíl y descansó el maletín al otro lado de la línea. Después alejó su cuerpo tanto como pudo del tren que avanzaba, contra el lado de la pared de contención.

El maquinista tiró de los frenos del tren, produciendo un chillido ensordecedor. El tren siguió deslizándose hacia delante, lanzando chispas, pasando a pulgadas de la mano izquierda de Joshua, sobre la cadena de la esposa que descansaba en el raíl, desbaratándola y separándola del maletín con la bomba.

El tren se fue parando poco a poco, los frenos de metal se cerraban contra el metal. El tren se detuvo con la mitad trasera del carro de

pasajeros que iba vacío directamente sobre el maletín con la bomba.

Joshua se levantó como un loco y saltó hacia arriba, tratando de agarrarse de la plataforma superior y empujarse hacia arriba con el fin de alejarse de la fuerza de la explosión que estaba solo a segundos de ocurrir. Pero erró. Saltó de nuevo, agarrando la plataforma encima de él con las puntas de los dedos. Gritó con el rugido de un animal, subiéndole sus rodillas y tratando de empujarse con las rodillas.

*Va a explotar*

Exhausto y con un dolor horrible en los brazos hizo un último esfuerzo golpeando, halando, cavando el cemento de la plataforma con las uñas. Ahora sus manos estaban planas en la superficie de la plataforma y él se estaba empujando hacia arriba. Su cabeza, su torso. Luego hasta la cintura. El vientre se desplomó sobre la plataforma. Joshua se paró con dificultad y comenzó a correr hacia la estación y lejos de la bomba.

*Más rápido. Más rápido.*

Entonces sucedió. Sobre las líneas del ferrocarril se produjo un rugido inaudito de humo, fuego y percusión. El estallido de la bomba levantó el carro de pasajeros, lo dobló en el aire, tirando el carro y la locomotora contra el cemento del terraplén y haciendo un sonido infernal del acero que se destrozaba y echaba chispas.

Todavía corría Joshua por la plataforma cuando recibió toda la fuerza del estallido que lo lanzó al aire, dando vueltas y cayendo a lo largo de la plataforma como un muñeco de trapo. Los pasajeros gritaban en la plataforma paralela al tren, corrían llenos de pánico y chocaban unos contra otros, cayendo sobre sus equipajes mientras que otros se lanzaban al suelo. Abajo en las líneas, una nube de humo negro salía de la locomotora del tren, el cual estaba ahora sobre su costado mientras que el combustible se derramaba sobre la escena. El maquinista salió por la ventana abierta y luego saltó a las líneas frenético. Iba cojeando por causa del dolor y se alejaba tanto como podía del tren destrozado. Luego se encendió el combustible y una bola de llamas, como en un infierno furioso, envolvió al tren y al carro de pasajeros vacío.

El ciclón exterior del estallido lanzó a John Gallagher al piso. Se levantó y con dificultad se puso de pie, luego miró hacia abajo, a la plataforma, y descubrió el cuerpo conocido que ahora formaba un montón enmarañado. Una sola palabra en un grito ronco fue todo lo que Gallagher pudo decir: ¡Joshua!

## CUARTA PARTE

### *Cielo rojo al amanecer*

Es bien conocido que Corea del Norte e Irán cooperan intensamente en el desarrollo de misiles con capacidad nuclear. ¿Qué puede detener esta ayuda mutua con sus programas nucleares?

«Irán, Corea del Norte y la Bomba, Hilar nuevos cuentos tenebrosos». *El Economista* (Septiembre 12-18, 2009).

En efecto, bajo Khatami, (el presidente de Irán) el programa de misiles iraní se está acelerando con la continua ayuda rusa... La asistencia rusa está contribuyendo en muchos aspectos clave del programa de misiles iraní: la cabeza, el fuselaje y los sistemas de dirección.

Dore Gold, ex embajador israelí ante las O.N.U. *El surgimiento del Irán nuclear* (2009)

«Hijo de hombre, profetiza contra Gog y adviértele que así dice el Señor omnipotente: “Yo estoy contra ti, Gog, príncipe soberano de Mésec y Tubal. Te haré volver y te arrastraré; te haré salir del lejano norte, y te haré venir contra los montes de Israel...”».

Ezequiel 39:1-2

## SESENTA Y OCHO

### Dos semanas después

El agente John Gallagher se sentó en la punta de una silla imitación a cuero en el cuarto del hospital donde estaba Joshua Jordan. Se sentía ligeramente fuera de lugar, aunque Abigaíl estaba allí, y trataba, tanto como podía, de hacerlo sentir parte de la familia.

Debbie había estado sacándole información a Gallagher acerca de su vida como agente del FBI. Él, con paciencia, le comunicó algunos incidentes interesantes, aunque no era un hombre dado a contar historias de guerra. Así que después de un rato, Abigaíl le pidió a su hija que lo dejara quieto. Cal y Debbie se reclinaron para mirar la TV que colgaba del techo. Para entonces ya Cal se había acostumbrado al yeso en su dedo fracturado. Ahora se reían de un ridículo comercial de TV. La vida estaba regresando a la normalidad.

—¿Así que ya sale mañana? —preguntó Gallagher.

—Quizá —contestó Joshua, quien estaba enyesado por distintas partes del cuerpo. Mientras hablaba, intentaba cambiar de posición en la cama sin enredar los sueros—. Ya sabe cómo ellos hacen estos juegos médicos con uno. Esperan hasta el último momento antes de decir que ya uno se puede ir a la casa.

—Por supuesto, él está apresurando su recuperación —dijo Abigaíl con una sonrisa que enseguida desapareció—. Josh tiene una fisura en la pelvis. Se fracturó la clavícula y la muñeca. Tiene múltiples laceraciones por la metralla y una de ellas le perforó la espalda solo a una pulgada de la espina dorsal. Un poquito más cerca y se habría quedado paralítico.

—Luego de considerar todo esto, usted debía estar muerto. Es un hombre dichoso —dijo Gallagher.

—No, no ha sido suerte, esto es un milagro. Fue Dios. El Señor quería que Josh viviera —dijo Abigaíl con una clase de tierna ferocidad.

Gallagher miró a Joshua que se quedó pensando en eso.

Finalmente dijo:

—¿Cómo puedo discutir eso? Estoy aquí, ¿verdad?

—Bien, es mejor que me vaya. Por ahí anda un perro caliente con chili que lleva mi nombre por algún lugar —dijo Gallagher por fin.

Entonces se levantó con lentitud y trabajo.

Abigaíl lo alcanzó y le tomó la mano al mismo tiempo que decía:

—Agente Gallagher, gracias, gracias por estar allí junto a mi esposo y por ayudarlo a salvar a nuestro hijo.

A John Gallagher no le gustaban esas escenas emotivas, así que asintió rápidamente y se volvió para salir. Pero Joshua tenía una pregunta para él.

—Este tipo Atta Zimbler. ¿Qué pasó con él? Leí en las noticias que desapareció. Se desvaneció. Es perturbador saber que pueda estar en algún lugar por allá afuera.

Cal, al oír esto, dejó de mirar la TV y miró a su papá.

—Yo no me preocuparía por Zimler —dijo Gallagher.

—¿Cómo?

—No. Tenemos buenos indicios de la inteligencia que dicen que al parecer mataron a este tipo en ultramar. Ojalá...

—¿Algo de lo cual puedas hablar?

—En realidad no. Ya tengo suficientes problemas.

—Oiga, ¿está jugando? Usted es un héroe —intervino Cal—. Yo vi cuando lo felicitaron en la TV.

Gallagher se sonrió. Sí, había recibido unos elogios del Buró. Pero al día siguiente, en la oficina, Miles Zadernack le dejó sobre el

escritorio una nota con una reprimenda que decía: «...no notificó al supervisor la petición para consultar con la policía local en cuanto a un incidente de terrorismo».

Pero a Gallagher no le importaba. Veía a un Joshua Jordan vivo y acompañado de su hijo, quien ahora se reía de un estúpido programa en la TV, en lugar de yacer hecho un millón de pedazos. Eso lo hizo reconocer que todo había valido la pena.

Cuando iba por la puerta de entrada al cuarto del hospital, Gallagher se volvió para decir una última cosa. Tal vez sonaría superficial. Es probable que todos los agentes se lo hayan dicho a todas las familias que han sufrido un trauma. Pero esta vez, Gallagher quiso decirlo de una manera en la que nunca antes había querido decirlo.

—¿Saben? —comenzó a decir. Pero en ese momento se sorprendió al notar cómo tenía que luchar para controlar sus emociones y no ahogar su voz—, señores, ustedes... ustedes son los verdaderos héroes. Solo quería que lo supieran.

Luego dio un desmañado saludo y salió de la habitación.

Camino a su auto pensaba en lo que no pudo comunicarle a Joshua Jordan y a su familia. La información clasificada acerca de Atta Zimler.

Por supuesto, al principio fue perturbador. Pensar que Zimler tuviera que matar y torturar para por fin llegar hasta la familia Jordan y que luego los aterrorizara, y que, sin embargo, se hubiera deslizado entre los dedos del gran nido de oficiales de la policía de Nueva York que estaban en la escena. Un escape limpio. Como por arte de magia.

□□□

Zimler sabía que los aeropuertos y los caminos estarían vigilados. Salir de la ciudad de Nueva York podría ser intimidante. Por eso planeó todo lo relacionado con la ruta de escape que usaría, en caso de que fuera capaz de conseguir o no los documentos SGR-DR.

Con antelación gastó una enorme cantidad de dinero para disponer su estrategia de salida de los Estados Unidos. En el puerto de Nueva York, Zimler equipó un gran contenedor para viajes por el océano y lo equipó como una habitación humana durante la travesía por el Atlántico. Tenía un inodoro químico, un sistema de circulación de aire, un pequeño generador solar, un teléfono satélite, una computadora, abundante alimento deshidratado por congelación y agua para el viaje. Desde el exterior se veía como cualquier otro contenedor de metal corrugado de los que se cargaban en un barco de carga con dirección a Rotterdam.

Una vez que llegara a los Países Bajos, se comunicaría con un miembro de la Hermandad Musulmana a quien él conocía. Pasaría unos cuantos meses en la clandestinidad y luego comenzaría a abrirse paso hasta Chipre, donde todavía le esperaba en una cuenta el honorario inicial que Caesar Demas le había pagado.

Y ese era un plan brillante.

Excepto por Petri Feditzch, que en su oficina de embarque en el puerto de Rotterdam, tuvo unos indicios acerca de ese plan. Supo que Zimler había fallado en su misión y que Caesar Demas ya no tenía más uso para el asesino. Así que Feditzch llamó a algunos viejos amigos en Moscú y cuando el barco atracó en el puerto y descargaron el gran contenedor de metal, había un grupo esperando por Atta Zimler dispuestos a darle la bienvenida.

Eran Vlad Levko y otros dos agentes del FSB ruso. Ellos tenían dos razones para estar allí. Primero, querían verificar si Zimler no había confiscado para sí los documentos SGR-DR, mientras que pretendía que su misión había fallado. Sin embargo, estuvieron bastante seguros de que, en efecto, Zimler había regresado con las manos vacías. La única excepción era el hecho de que forzaron a Joshua Jordan a enviar por correo electrónico un resumen ejecutivo de los protocolos del SGR-DR. Aunque era dudoso hasta qué punto esos datos limitados podrían ser de utilidad.

Pero, además, había otro asunto. Zimler había asesinado a varios amigos de Levko en la FSB. Esto hacía que se convirtiera en un asunto

personal.

Los rusos se prepararon al ver que estaban bajando el contenedor en el muelle.

Levko dio una señal a sus dos agentes. Estos se pusieron máscaras para las toxinas y uno de ellos sacó un aerosol radioactivo. Abrirían las puertas de metal y rociarían a Zimler en la cara. Luego lo encerrarían desde afuera en el contenedor de metal. Zimler pasaría unas tres horas en una agonía horrorosa antes de que al fin perdiera el conocimiento. Dos horas después de eso estaría muerto, cubierto de espantosas quemaduras por la radiación.

Levko, con la mano en el asidero de la puerta de metal, lo levantó y abrió la puerta. Enfocó una linterna grande dentro del contenedor.

Dio un paso adentro. Él era demasiado ancho para esta entrada tan estrecha. Se detuvo dentro del gran contenedor de metal, dándole la espalda a los agentes. Luego se volvió, sin emoción, y retrocedió hacia la luz del sol.

El rostro de Levko se encendió en una rabia púrpura luego de mirar a cada uno de los agentes. Apretó el puño y gritó varias obscenidades en ruso. Un agente tomó la linterna y con rapidez entró con otro al contenedor.

El rayo de luz alumbró muy bien el interior del contenedor y pudieron ver el inodoro químico. El generador. Algunos pedazos dispersos de raciones de comida. Unas cuantas revistas.

Pero Atta Zimbler se había desvanecido.

## SESENTA Y NUEVE

—Su esposa es una persona increíble. Aquí en el centro todos nos hemos encariñado con ella. Y ella ha hecho un trabajo excelente con su recuperación.

Margaret, la consejera de Darlene Rice, estaba sentada al otro lado del escritorio frente a Fortis Rice. Él se había convertido en una cara conocida. Cada vez que había un día de visita él viajaba a Tucson para ver a Darley en el Centro de Recuperación *Aguas Vivas*. A él no le debía sorprender que la estancia de ella en este lugar le pareciera larga. A veces, cuando él era juez, sentenciaba a un acusado a rehabilitación de drogas como una condición para la libertad condicional. Ya conocía la rutina. Pero, entonces, eso era un asunto de una fría y objetiva administración de justicia. Era un caso más en su archivo. Él emitía la orden y se olvidaba de esta hasta que de nuevo se presentaba el caso.

Pero esta vez era diferente, le tocaba muy de cerca. Ahora se trataba de su esposa. Todavía él estaba tratando de comprender las implicaciones de este hecho.

—Y el apoyo que usted le ha brindado a Darley ha significado mucho para ella —continuó la consejera—. Fort, estoy segura que ha sido así.

—Ella es diferente... una persona muy diferente. Por supuesto, no en su totalidad. Pero sí en formas que un esposo nota —dijo Rice.

—Eso es lo que sucede cuando una persona encuentra a Dios. Su vida cambia. Comienza a encaminarse en una nueva dirección, emocionante

—dijo Margaret, quien se detuvo y luego añadió—. Sé que al

principio ustedes estaban cautelosos... por el hecho de que somos un centro de recuperación con base cristiana.

—Sí, yo lo estaba.

Y se quedó pensando en eso durante un momento. Fortis Rice siempre había sido deliberativo. Tal vez eso era lo que sus colegas profesionales querían decir cuando hablaban acerca de su «temperamento judicial».

—Aunque siempre he estado dispuesto a que se me declare equivocado. En este caso, pienso que sospeché demasiado —añadió Fort.

Margaret sonrió y se puso en pie. Ella notó que Darley estaba esperando por su esposo afuera de la puerta de cristal.

—Allí está ella, lo dejaré ir —dijo la consejera.

Los dos se dieron la mano y entonces Rice caminó hacia el vestíbulo para saludar a Darley.

Ella lo esperaba con una amplia sonrisa, lo rodeó con sus brazos y le dio un beso, un abrazo y luego otro beso.

—Ay, Fort, es tan largo el tiempo entre las visitas. Te ves como que has perdido peso. Estoy ansiosa por regresar y hacerte algunas comidas caseras. Te haré esa carne asada que tanto te gusta. Con papas hervidas. Con la receta especial para la salsa.

Ella lo condujo fuera del atrio encristalado, donde usualmente se hacían la visita. A ella le gustaba allí. Estaba lleno de cactus y de plantas en flor y tenía una vista panorámica del desierto y de las montañas.

Hablaron durante más de una hora. Principalmente acerca de cosas mundanas en sus vidas. Pero muy a menudo Darly decía algo, y Fort se enfocaba en eso, tomando nota mental de lo que decía, aunque no lo expresara enseguida.

Como cuando Darley comentó: «Soy responsable de los cambios que necesito hacer en mi vida. Yo no te puedo cargar con esto».

Fort jamás pensó que él estuviera a cargo de la vida de su esposa,

no de esa manera. Pero siempre entendió que su tarea era manejar las cosas. Tomar decisiones, eso era todo. Alguien tenía que hacerlo, ¿verdad? Pero es posible que también tuvieran que hacer algunos cambios en cuanto a esto.

Mientras Darley hablaba, Fort tomó el tiempo para escuchar, realmente escuchar... y para estudiar a su esposa. En ese momento había un brillo en su rostro que le hizo recordar el día en que se conocieron. Ella era atractiva y simpática, y tan llena de vida.

Y todavía lo era. Fort se inclinó y rodeándola con su brazo, le dijo:

—Te amo. Lo que hiciste aquí requirió valor. Estoy orgulloso de ti. Y lamento no haber visto lo que estaba ocurriendo en tu vida. No hasta que fue demasiado lejos.

De repente Darley sonrió, puso los ojos en blanco, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Casi al final de la visita Fort mencionó que necesitaba llamar a Joshua Jordan.

—¿Cómo le va en el hospital? —preguntó ella y luego añadió—: Esa pobre familia. Qué cosa tan horrible han tenido que pasar. Dile a Abby que recibí sus cartas. Yo quiero a esa muchacha. ¡Tengo tantos deseos de darle un fuerte abrazo y hablar hasta por los codos cuando salga de esta prisión antipastilla!

Cuando se dijeron adiós, Darley lloró un poquito y dijo cuánto extrañaba su hogar. Luego preguntó como estaban sus plantas.

Afuera, en el estacionamiento, Fort Rice llamó por teléfono a Joshua Jordan, que había salido del hospital el día anterior. Los dos hombres se pusieron al día en un montón de cosas, la recuperación de Joshua, la crisis en la Gran Estación Central, y por supuesto, la Mesa Redonda.

—Te envié un paquete —dijo Fort Rice.

—Ah, sí. Está sentado aquí con la demás correspondencia que es mucha. Pero no lo he abierto todavía —dijo Joshua.

—Vas a querer leerlo. Y comunicarlo a la Mesa Redonda. Es una copia de un testimonio transcripto que me envió un abogado amigo mío. Para hacer corta una historia larga, es parte de una demanda que presentaron las familias de varias personas que murieron en la reyerta en la ciudad de Nueva York cuando Ivan Teretsky, el presentador, lanzó impulsivamente al aire la noticia de que Manhattan estaba a punto de recibir un ataque nuclear. La demanda es contra Teresky y su cadena de radio. Pero debes comenzar a leer en la página ciento cuarenta y cinco.

—¿Por qué?

—Es el testimonio de un hombre llamado Lance Porteau. Él era el novio que vivía con Lana Orvilla, la Jefe de Personal de la Casa Blanca para la Vicepresidenta Jessica Tulrude.

—Oh, eso suena interesante...

—Los abogados demandantes estaban tratando de calcular quién telefoneó a Teresky y quién regó la noticia acerca de los misiles de Corea del Norte dirigidos a nosotros. Así que revisaron una lista de empleados de programas radiales. Uno de ellos era un ingeniero de radio con el nombre de Reggie Orvilla, que es hermano de Lana Orvilla. Sucede que Lana estaba en el salón de instrucciones con la Vicepresidenta cuando se disparó la alerta de misiles. Ella se llenó de pánico y llamó a la estación de radio, pensando que estaba llamando a su hermano para alertarlo, pero era la línea del estudio, y Teresky tomó el teléfono y lo oyó todo. Bueno, esto se pone todavía mejor... En la sala de operaciones de la Casa Blanca, Lana Orvilla oyó que la Vicepresidenta dijo que ella sabía que se usaría el SGR-DR y no hizo objeción alguna. Y Tulrude le dijo a gritos a la jefatura del Pentágono que ella estaba hablando en nombre del Presidente, y que Cortland supuestamente aprobaba todo lo que ella había dicho.

—Eso es contrario en ciento ochenta grados a lo que la Casa Blanca le dijo al Congreso... que ellos *no* autorizaban el uso del SGR-DR...

—Exactamente.

—Y este hombre Lance Porteau...

—Lana Orvilla se lo dijo todo. De modo que no puede protegerse con el privilegio ejecutivo.

Joshua permaneció en silencio mientras acoplaba todos estos comentarios. Entonces dijo:

—Tenemos que sacar todo esto en el *AmeriNews*.

—Me imaginé eso. Veo que tu plan de comunicación está marchando de un modo fantástico, todo el mundo está hablando de eso...

—*Nuestro* plan de comunicación —dijo Joshua para luego preguntar—: Pero, ¿por qué Tulrude habló por el Presidente durante una crisis nacional?

—Ese es el gran misterio. Nadie lo sabe, Todavía no.

□□□

Más tarde, ese mismo día, en la capital de la nación tuvo lugar, a puertas cerradas, una pequeña reunión en el Ala Oeste de la Casa Blanca. Esta fue una conferencia poco común, quizá hasta estrafalaria, incluso para las normas de Washington.

Hank Strand, el jefe de personal del presidente Corland, estaba hablando confidencialmente con la Vicepresidenta. Lo que él tenía que decir era posiblemente una violación de la ética, con certeza del protocolo y probablemente ilegal. Pero Strand estaba preocupado por su futuro político y profesional. A menudo, en Washington, eso mata todo lo demás.

Strand parecía en calma, pero su voz era baja y claramente tensa:

—Al fin ellos tienen un diagnóstico.

—¿Y?

—Algo llamado “ataque transitorio de isquemia”.

—¿Esa es la causa de los desmayos del Presidente?

—Sí. Por lo general las personas con este desorden son realmente viejas. Es un poco difícil de diagnosticar. Es por eso que a los gurús de la medicina les llevó tanto tiempo descubrirlo. Pero de cualquier

forma, la verdad es que el Presidente no es tan viejo para encajar en el perfil usual...

—¿Así que?

—Bueno, solo hay otra sugerencia por la cual él está desarrollando esa condición.

—Y... —Tulrude quería el meollo del asunto.

Strand tomó un segundo para preparar el escenario.

—Señora Vicepresidenta, usted sabe que si el Presidente supiera que yo le estoy diciendo esto, me dejaría cesante al instante.

Jessica Tulrude se inclinó hacia adelante y le palpó la mano.

—No te preocupes, Hank. Este es un lugar seguro. Yo te protegeré.

Hank Strand acababa de oír las palabras mágicas. Así que contestó la pregunta de la Vicepresidenta.

—Abuso de drogas —dijo Strand.

Tulrude miró tan asombrada como si hubiera visto entrar en su oficina a uno que protesta mientras sostiene un pastel en la mano.

—¿Drogas? Pero, ¿qué clase de drogas?

—Permítame decir solo esto: nada que se pueda conseguir en una farmacia local.

Una sarta de malas palabras salió de la boca de Tulrude.

Hank Strand esperó a que el humo se desvaneciera. Luego volvió a hablar:

—Señora Vicepresidenta, pienso que esto se puede manejar. Ya usted ha estado haciendo un trabajo magistral al ponerse al frente. Halando las cuerdas. Yo admiro eso. El Presidente sabe que él no puede aspirar otra vez. No con este antecedente al acecho. Usted conseguirá el asentimiento para la nominación. Ahora todo lo que tenemos que hacer, tanto usted como yo, es asegurarnos de que nadie en esta tierra verde de Dios jamás se entere de este asunto de las drogas. Por lo menos, hasta después de las elecciones. Cuando a usted la elijan como la próxima presidenta de los Estados Unidos. Y yo sea

su próximo jefe de personal.

Tulrude miraba a Hank Strand. Ella estaba asintiendo mientras que él sonreía. Strand pudo ver que esto estaba marchando bastante bien. Los dos juntos podían controlar el daño con mucha eficiencia. Ahora Strand pensaba: *Esto puede ser el comienzo de una maravillosa amistad.*

## SETENTA

### Dos meses después

Tres hombres se reunieron en una mansión muy bien custodiada que pertenecía a la Federación Rusa en la región llamada Krasnodar Krai, anidada en las estribaciones de las Montañas del Cáucaso. En tiempos pasados este había sido uno de los palacios secretos neoclásicos de Stalin destinados a sus vacaciones. Este palacio tenía una vista espectacular del Mar Negro. Pero en años recientes, Rusia la había estado usando para reuniones discretas. Como esta. Ahora los hombres estaban solos en una biblioteca con paneles de roble. Todas las puertas se habían cerrado.

Uno de ellos era Ivan Kranstikov, un físico de cabello plateado, antiguo agente de la KGB, y el director de la unidad táctica de evaluación nuclear rusa dentro de la FSB. Pero él no tenía el aspecto desaliñado de un científico, sino que vestía elegantemente. Tampoco tenía la brusquedad de un oficial ruso de la contra inteligencia. Aunque también lo era. Todo lo cual lo hacía ser un recurso muy valioso y único para el programa global de Rusia.

El segundo hombre simplemente vestía un traje negro con una camisa blanca sin cuello. Él era Hasan Rasshmanadhi, el principal negociador de armas para Irán.

El último, un hombre pequeño, fornido y sin sentido alguno del humor, vestía un uniforme insulso. Po Kumgang era el supervisor político del programa nuclear de Corea del Norte.

Kranstikov ofreció un té ruso a sus invitados. Cuando ellos se lo declinaron, él fue directamente al asunto. Describió la reunión como

una «fusión extraordinaria de intereses comunes».

Luego comenzó a relatar la situación presente. Rusia había estado ensillada con el Tratado de No proliferación Nuclear y los protocolos de Ginebra y Lisboa. Bajo la presión internacional la forzaron a cerrar, pero no a destruir, su centro de producción de plutonio. Todavía Rusia tenía un enorme almacén de armas nucleares, pero todas estaban envejeciendo o ya eran obsoletas, y se mantenían bajo un escrutinio internacional intenso.

Luego se volvió a Po Kumgand.

—Se debe recordar que suplimos a un país con su primer reactor nuclear.

A lo que el norcoreano le espetó:

—Historia antigua. Eso fue hace décadas.

—Y lo que ustedes nos prometieron en cuanto a armas, nunca fue completamente satisfecho —señaló Rashmanadhi.

—Entonces es bueno que nosotros tres estemos hablando para comprometernos juntos en una actividad común —dijo Kranstikov.

—¿La cual es qué? —preguntó el iraní.

—Rusia tiene la experiencia tecnológica y sabe qué hacer en cuanto al armamento nuclear. Pero —dijo con un suspiro—, el liderazgo mundial conlleva desventajas. Hay muchos ojos sobre nosotros. Por otra parte, los países de ustedes, Corea del Norte e Irán, han jugado con éxito el juego del gato y el ratón. Ustedes comenzaron programas admirables de enriquecimiento de uranio y producción de plutonio contra todas las probabilidades. Y se les debe felicitar. Pero ustedes carecen de ciertas cosas. Irán carece de sistemas fuertes de envío de misiles y es relativamente nuevo en esta tecnología. Rusia puede ayudar en eso. Corea del Norte no puede lanzar armas nucleares de largo alcance. Rusia puede proveer eso. En resumen, podemos prestarles un alto grado de asistencia técnica para llevar sus programas de armas nucleares a niveles más altos.

—¿Y de qué carece Rusia? —preguntó Rashmanadhi.

El ruso sonrió, sabiendo lo que Rusia necesitaba. Pero él no lo iba a declarar. Todavía no.

Rashmanadhi ya le había dicho en privado que Irán quería lanzar un ataque nuclear devastador y decisivo contra Israel. Moscú sabía que una ayuda secreta de Rusia con ese proyecto mortal podría ganarle la cooperación eterna de todas las naciones árabes productoras de petróleo. Así que, en lugar de darle la verdad sin rodeos, Kranstikov les dio perogrulladas diplomáticas, aunque deslustradas, con un indicio apetitoso del fondo del asunto.

—Nosotros deseamos una sociedad nuclear con sus países —dijo el ruso.

—¿Qué acerca de Devolver al Remitente? —gritó Po Kumgang proyectando sus brazos a ambos lados.

Kranstikov comprendió su preocupación. Corea del Norte estaba desesperada por vengarse de los Estados Unidos por el ataque a su barco, cuando le diezmaron sus propios misiles con cabezas nucleares. Quería golpear a América, pero todavía le preocupaba el sistema de defensa de misiles SGR-DR de Joshua Jordan.

—Hay maneras de lograr su deseado propósito nuclear contra América sin tener que preocuparse de la protección del SGR-DR —dijo él.

Po Kumgang no sonrió. Pero toda su apariencia parecía incapaz de eso. Por fin arqueó las cejas y asintió con vigor. Eso era suficientemente bueno.

El ruso sabía que un ataque exitoso contra los Estados Unidos no lo destruiría. Pero un ataque nuclear en la Costa Este, en el centro de comercio en Nueva York y otro en el asiento del gobierno en Washington, podía reducir a América, casi al instante, a un país de segunda categoría. Lo que entonces permitiría que la Federación Rusa concentrara sus energías y recursos contra China, el único competidor que estaría entre ella y el dominio del mundo.

—Así que, ¿hablaremos con franqueza acerca de cómo seguir adelante como socios? —dijo Kranstikov.

—Sí, sigamos adelante —dijo con rapidez Hasan Rashmanadhi.

En su voz había una urgencia sorprendente. Ni siquiera un indicio de máscara diplomática o palabras insinceras.

Po Kumgang cruzó los brazos y asintió con firmeza. Sus líderes estaban ansiosos de vengarse de los Estados Unidos.

Kranstikov sonrió. Él había tenido una epifanía notable.

*Esto va a suceder más rápido de lo que yo pensaba.*



Toda la familia Jordan había venido temprano a *Nido de Alcón*, antes de la próxima reunión programada de la Mesa Redonda. Ellos sabían que también sería de gran beneficio para Cal. Joshua estaba levantado, aunque su médico le había advertido que evitara actividades extenuantes. Se le había dicho que no debía montar a caballo. Debbie estaba desilusionada por eso, pero a Abby le alegraba que su esposo estuviera tratando de ser inteligente en cuanto a su recuperación.

Aun así, Joshua ya tenía algo planeado, y nada, ni siquiera las órdenes del médico, iban a disuadirlo. Tan pronto como recesara la Mesa Redonda, él y su hijo Cal prepararían sus mochilas para irse dos días a las Montañas Rocosas. Cal dijo que él cargaría el paquete más pesado que contenía la tienda para que la espalda lacerada de su padre tuviera algún descanso. Y, además, trajo algunas cañas de pescar portátiles de modo que pudieran tratar de pescar algunas truchas en las corrientes rápidas a lo largo del camino. Esta sería una caminata lenta, por placer, sin presión.

Joshua dijo que todo eso era magnífico. Lo único que él quería era pasar un tiempo a solas con su hijo, allá afuera, entre el gran cielo y las montañas.

Ahora Joshua estaba en pie, fuera de la puerta del gran salón, el cual se usaba para las reuniones de la Mesa Redonda. Abigaíl estaba de pie junto a él. Desde allí podían oír las voces de los otros miembros de la Mesa Redonda que parloteaban al otro lado. Hasta

Fortis Rice había venido. Él dijo que luego de pensarlo bien, había decidido que su «conflicto de intereses» había desaparecido. Ahora quería regresar. Ellos se alegraban de tenerlo.

—Bien, querida, ¿estás lista? —dijo Joshua volviéndose a su esposa.

—¿Estás seguro de poder confiar en tu esposa como la miembro más nueva de esta sociedad secreta de conspiradores? —preguntó ella juguetonamente mientras se sonreía.

Él le contestó con una sonrisa abierta y luego agregó:

—Te recordaré que Fort Rice dijo que él regresaría con una sola condición, que tú encabezaras la unidad legal de la Mesa Redonda.

Joshua puso la mano en el pomo de la puerta, pero su esposa lo detuvo.

—¡Oye, pero todavía no has contestado mi pregunta! —dijo ella con una voz todavía un poco burlona—. ¿Puedes confiar en mí?

Él la alcanzó, le dio un largo beso y luego le susurró:

—Con toda mi vida.

Entonces abrió la puerta de par en par.

Cuando Joshua y Abigaíl entraron al salón, los miembros de la Mesa Redonda se pusieron en pie y les dieron una tremenda ovación.

Durante unos cuantos minutos hubo buenos deseos y bienvenidas por todas partes. Pero aunque Joshua disfrutó mucho esto, tenía un asunto urgente de negocios que atender. Llamó al orden.

—Voy a tratar algo que acaba de llamarme la atención. Perdónenme por poner esto en primer lugar en la agenda. Pero cuando lo explique, pienso que comprenderán por qué lo hago —dijo él.

Pero, antes de continuar, Joshua Jordan tomó un momento para recostarse con sus manos descansando en cada brazo de la silla de cuero del capitán. Por la ventana tuvo un vislumbre de los altos pinos que lentamente se mecían a la brisa. Allí era donde él anhelaba estar. Al aire fresco. Con el perfume de los bosques. Pero aún no.

Había una manifiesta certeza en la postura y el aspecto tranquilo de

Joshua Jordan cuando volvió a dirigir su atención al grupo acerca del negocio espantoso entre manos. Miró a Abigaíl a través de la gran mesa. Durante un momento sus miradas se entrelazaron. Había entre ellos una clara comprensión de que una vez más la vida estaba cerca a complicarse y de modo muy peligroso. Abigaíl sabía exactamente que lo que su esposo estaba a punto de anunciar era tan explosivo que hasta tal vez algunos lo llamaran traición.

Pero cuando Joshua habló, su voz estuvo calmada y sin prisa.

—He recibido una información creíble de la inteligencia acerca de dos cosas —dijo él. Tuvo que descansar antes de continuar—. Primero, un ataque nuclear es inminente. Vendrá contra los Estados Unidos. Y también contra Israel.

Después, mientras estudiaba los rostros de los miembros de la Mesa Redonda, sus amigos confiables, todos patriotas, continuó:

—Lo segundo es igualmente importante. La actual administración rechazará esta información y no actuará —después de dar al grupo un momento para considerar este asombroso anuncio, terminó su pensamiento y entonces explicó—, lo que esto significa, amigos míos, es solo una cosa.

Durante un instante vio ante él, por adelantado, una imagen fugaz del problema atormentador. Pero eso no lo detendría. Ni remotamente.

—Nuestro curso a seguir es claro. La Casa Blanca no va a actuar. Así que, somos *nosotros* los que tendremos que hacerlo.

# Copyright

---

*La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.*

---

## **AL BORDE DEL APOCALIPSIS**

Edición en español publicada por  
Editorial Vida — 2010  
Miami, Florida

**© 2010 por Tim LaHaye**

---

Originally published in the U.S.A. under the title:

***Edge of Apocalypse***

**Copyright © 2010 by Tim LaHaye**

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan

---

Traducción: *Wendy Bello, Darío Izquierdo, Josefa Martín*

Edición: *Elizabeth Fragueta M.*

Adaptación de la cubierta: *Pablo Snyder*

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions.  
By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-

transferable right to access and read the text of this e-book on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan.

EPub Edition © SEPTEMBER 2010 ISBN: 978-0-829-75534-3

ISBN: 978-08297-5789-7

CATEGORÍA: Ficción / Suspenso

10 11 12 13 14 15 6 5 4 3 2 1



## About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollinsPublishers, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan ([www.zondervan.com](http://www.zondervan.com)) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.

## Share Your Thoughts

*Nos agradecería recibir noticias tuyas.  
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro  
a la dirección que aparece a continuación.  
Muchas gracias.*



[vida@zondervan.com](mailto:vida@zondervan.com)

[www.editorialvida.com](http://www.editorialvida.com)

